
La
VIRGEN
SUBASTADA
del
MULTIMILLONARIO
LISA PINHEIRO

La virgen subastada del Multimillonario

LISA PINHEIRO

Copyright © 2026 LISA PINHEIRO

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia.

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

CAPÍTULO CUARENTA

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

EPÍLOGO

CAPÍTULO UNO

Carmen

Existen dos categorías de personas en el mundo: las que consiguen dormir y las que se cuentan cualquier cosa mirando al techo.

Yo soy de las segundas. Lo soy desde hace siete años, para ser exacta, pero quién lleva la cuenta.

Yo, por lo visto. Yo siempre estoy contando.

Son las tres y cuarenta y dos de la madrugada y estoy tumbada en el sofá que venía con el piso, un mueble de color mostaza que cruje cada vez que respiro hondo, como si él también estuviera cansado de la vida, contando las manchas de humedad del techo por cuarta vez esta semana. Diecisiete. Siempre diecisiete. Pero las cuento otra vez porque, en el fondo, espero que una de ellas se haya rendido y haya desaparecido durante la noche.

Las cosas tienden a desaparecer de mi vida sin pedir permiso. Mi madre fue la primera: murió trayendo a Sloane al mundo, cuando yo tenía siete años, y me dejó con una hermana recién nacida en los brazos y un agujero con la forma de una mujer a la que apenas llegué a conocer. Así que tengo cierta experiencia en eso de perder.

Vale. Eso ha sido cruel. Pero son casi las cuatro de la madrugada y creo que tengo derecho a ser cruel conmigo misma en la intimidad de mi propio insomnio. Es prácticamente el único lujo que me cabe en el presupuesto.

La alarma del móvil sonará a las cinco, así que no vale la pena intentar dormir ahora. Ya he hecho ese cálculo. Unos minutos de sueño entrecortado hacen más mal que bien, te despiertas más

atontada que si hubieras pasado la noche entera en vela, y yo no puedo permitirme ir atontada. Cuando estoy atontada se me caen los platos, y los platos rotos equivalen a un descuento en el sueldo.

Dentro de tres horas tengo que estar con el delantal puesto en el Marlowe's, sonriendo a ejecutivos de Chicago que piden huevos sin yema, café con leche de almendra y me tratan como parte de la decoración, algo entre el servilletero y el jarrón de orquídeas. Dentro de once horas, después de una clase de Trabajo Social en la que lucharé contra los párpados como quien lucha contra la marea, cambio la ropa por el uniforme de recepcionista nocturna de un edificio de oficinas en Wacker, donde mi trabajo consiste básicamente en existir detrás de un mostrador de mármol falso hasta las dos de la madrugada para que nadie robe las plantas del vestíbulo.

Nunca he entendido quién robaría las plantas. Son de plástico, pero me pagan diez dólares con cincuenta a la hora para asegurarme de que sigan ahí, así que quién soy yo para cuestionar la lógica del mercado.

Dos trabajos, una carrera y una hermana.

Y una factura de hospital con tantos ceros que, cuando la vi por primera vez, me reí. Me reí a carcajadas, sola, en la sala de espera de paredes beis, porque la única alternativa era gritar, y gritar en un hospital hace que la gente te mire mal y llame a alguien de bata para «hablar de lo que estás sintiendo».

Lo que estaba sintiendo, en aquel momento, era que el universo tiene un sentido del humor muy concreto y muy cruel, pero eso no cabe en un formulario de evaluación psicológica.

El móvil vibra en la mesita de centro.

Lo cojo antes del segundo tono, porque una llamada a las cuatro de la madrugada es una de dos cosas: una broma pesada o una catástrofe. Y yo ya tengo una edad para que me gasten bromas.

—¿Diga?

—¿Señorita Pembroke?

Una voz femenina, entrenada, demasiado amable.

Conozco esa amabilidad de memoria. Es la amabilidad profesional de quien ha aprendido a envolver las malas noticias en papel celofán antes de entregarlas, para que duelan un poco menos cuando aterrizan en tu regazo. He recibido tantas noticias envueltas en celofán que reconozco el crujido del papel.

Me siento en el sofá, que cruje, y ni me inmuto.

—Sí, soy yo. ¿Es por Sloane?

—Le llamo de la planta de pediatría del Saint Brigid. No se alarme, su hermana está estable.

Estable.

La palabra más traicionera de todo el vocabulario médico, porque puede significar cualquier cosa entre «respirando con normalidad» y «respirando por ahora». Aprendí a desconfiar de ella igual que se desconfía de una sonrisa demasiado ancha.

—Ha tenido un episodio de fiebre durante la noche —continúa la voz— y ha preguntado por usted. Disculpe la hora, pero estaba bastante insistente.

Cómo no iba a estarlo. Sloane tiene quince años y la terquedad de una mula con posgrado.

—Voy para allá —digo, ya de pie, ya buscando la zapatilla con la punta del pie descalzo por debajo del sofá—. Veinte minutos.

—Señorita Pembroke, de verdad, no es una emergencia. No hace falta que…

—Veinte minutos.

Cuelgo antes de que termine de decirme lo que necesito o no hacer.

A la gente le encanta decírmelo. Es asombroso cuánto le encanta. No hace falta que trabajes tanto. No hace falta que cargues con todo tú sola. No hace falta que vengas corriendo en plena madrugada por una fiebre que ya ha bajado.

Como si ellos supieran. Como si ellos hubieran estado, a los quince años, sujetando la mano de una niña de ocho en el entierro de su padre, las dos solas en el mundo, sin ningún otro adulto que les sujetara la mano a ellas. Nuestra madre se había ido hacía tiempo, y cuando nuestro padre también se marchó, en aquel ataúd con olor a lirio y a tierra mojada, solo quedé yo. Yo y Sloane. Fue ahí, a los quince años, cuando me convertí en madre, padre y hermana a la vez, y nunca más dejé de ser las tres cosas.

Sé exactamente lo que tengo que hacer. Siempre lo he sabido. Lo aprendí pronto.

Me pongo la sudadera por encima de la camiseta de dormir, me recojo el pelo en un moño que más bien parece un nido de pájaro en plena depresión, y cojo las llaves.

No las llaves del coche. Vendí el coche de mi padre hace cuatro meses, ese mismo en el que me enseñó a cambiar la rueda a oscuras, diciendo que una deuda era como un collar mientras yo me quejaba del olor a cerrado de los asientos. Lo vendí por una fracción de lo que valía, a un tío con gorra que se quejaba de cada céntimo como si me estuviera haciendo un favor enorme. Usé el dinero en tres semanas de medicación. Tres semanas. Es lo que vale un coche, al final: tres semanas.

Así que cojo solo la llave del piso, bajo los cuatro tramos de escalera porque el ascensor lleva estropeado desde antes de que yo me mudara, y salgo a la madrugada helada de Chicago para coger el

autobús de las cuatro y diez, que me deja a seis manzanas del hospital.

El viento que viene del lago corta como un cuchillo recién afilado. En abril, Chicago todavía no ha decidido si quiere ser primavera o seguir castigando a todo el mundo, y en esa indecisión la ciudad apuesta por el frío solo por si acaso.

Meto las manos en los bolsillos, agacho la cabeza contra el viento, y camino.

Cuento las manzanas: seis, siempre seis.

Y le rezo a Dios para que esta vez «estable» signifique la versión buena de la palabra.

Porque no tengo un plan B para la versión mala.

Nunca lo he tenido.

CAPÍTULO DOS

Carmen

Sloane está sentada en la cama con los brazos cruzados y la expresión de quien ha sido profunda, irreparablemente maltratada por el universo entero.

—No hacía falta que vinieras —es lo primero que dice.

Sin un «hola», sin un «gracias»: quince años en estado puro.

—Buenos días a ti también, rayito de sol. —Suelto la mochila en el sillón de plástico que hay junto a la cama, ese que todas las plantas de hospital del mundo parecen comprarle al mismo proveedor de incomodidad, y me dejo caer en él. El asiento cruje. Todos los asientos de mi vida crujen. Debería empezar a tomármelo como algo personal—. Me han dicho que has estado aterrorizando a toda la planta de madrugada.

—Pedí un agua. Una. Agua. Carmen. —Levanta un dedo flaquísimo para recalcar la monstruosidad de la acusación—. Y la mujer va y te llama como si me hubiera arrancado el suero del brazo y me hubiera fugado por la ventana en pijama.

—Te arrancarías el suero y te fugarías por la ventana en pijama si creyeras que ibas a poder bajar los tres pisos.

Abre la boca para protestar. La cierra, porque es verdad y las dos lo sabemos, y Sloane tiene muchos defectos, pero mentirse descaradamente a sí misma nunca fue uno de ellos. Es una de las cosas que más quiero de ella.

Sloane es una versión más pequeña y más pálida de mí. El mismo pelo pelirrojo de fuego que el mío, rizado y terco, aunque el suyo esté más ralo ahora, y las dos fingimos con empeño que no lo

notamos, que es solo el corte, que es solo la mala luz del hospital. Tiene los ojos de nuestro padre, castaños, de quien está siempre a punto de soltar una broma o una verdad incómoda, y a menudo dice las dos a la vez, en la misma frase, sin avisar.

Está enferma desde hace catorce meses. Sé el número exacto porque los cuento. Es lo que hago. Manchas en el techo, manzanas de casas, meses. Convierto el miedo en aritmética porque un número no duele tanto como un sentimiento.

—Tienes ojeras —me acusa, examinándome con esa mirada clínica que ha desarrollado de tanto observar a los médicos—. En plan, ojeras de fin del mundo. De cabecera de telediario. ¿Has dormido?

—He dormido de maravilla. Ocho horas clavadas. Me he despertado renovada, he hecho yoga, he meditado, me he tomado un zumo verde y he escrito en mi diario de gratitud.

—Mentirosa.

—Profesional. Premiada, además. —Le cojo la mano.

Está caliente, pero no ardiendo. La fiebre ha cedido de verdad, y el alivio me atraviesa tan rápido y tan hondo que hasta duele, como la sangre volviendo a circular por un brazo dormido. No dejo que se me note en la cara. Una de las dos tiene que ser el termómetro estable.

—¿Cómo te encuentras? Y no me digas «genial» —le advierto, antes de que lo intente—, porque estás en un hospital a las cuatro y media de la mañana con un suero en el brazo, así que «genial» técnicamente no está disponible en el menú de respuestas aceptables.

Se lo piensa. Sloane siempre se lo piensa antes de responder a las preguntas que importan de verdad. Es una cosa que adoro y que me aterra a partes iguales, porque significa que está calculando,

en tiempo real, cuánta verdad soy capaz de aguantar oír ese día en concreto. Mi hermana de quince años racionando su propio dolor para protegerme. No debería ser así. Nada en esta historia debería ser así.

—Cansada —dice, por fin—. En plan, cansada hasta en los huesos. No es sueño. Es otra cosa. —Se encoge de hombros dentro de la bata del hospital, demasiado fina—. Pero ha pasado una cosa. El médico nuevo vino ayer. El doctor Adeyemi. Habló de algo.

El estómago se me cierra como un puño.

—¿De qué algo?

—De un protocolo —dice la palabra con un cuidado casi reverente, como si estuviera hecha de vidrio fino—. Experimental. Terapia celular, creo. CAR no sé qué. Dijo que está dando resultados en leucemias como la mía, cuando la quimio deja de responder como debería.

Casos como el mío. Odio esa frase con cada fibra de mi cuerpo. Odio que mi hermana, que a los ocho años coleccionaba pegatinas de unicornios y cantaba las sintonías de los dibujos con la boca llena de cereales, haya aprendido a pensar en sí misma como un caso.

—¿Y habló contigo de esto antes de hablar conmigo? —Voy a tener una conversación muy educada, muy tranquila y absolutamente aterradora con el doctor Adeyemi en cuanto salga el sol.

—Iba a llamarte hoy. Yo solo… lo oí sin querer. Los médicos creen que los adolescentes no escuchan. —Vuelve a encogerse de hombros, y tiene los hombros tan finos dentro de la bata que tengo que apartar la mirada un segundo—. Carmen. Sé que es muy caro.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Sé lo que quieren decir «experimental» y «no lo cubre el seguro» cuando aparecen en la misma frase. No soy tonta.

—Eres la persona menos tonta que conozco, lo cual francamente es irritante, porque significa que nunca gano una discusión.

Casi sonríe, casi. Y entonces se pone seria de una forma que ninguna niña de quince años debería ser capaz de ponerse, una forma que le envejece la cara diez años en dos segundos.

—No quiero que te rompas por mí —dice, en voz baja, y su voz es firme, pero yo conozco el esfuerzo que hay detrás de esa firmeza, porque es el mismo esfuerzo que hago yo—. Ya trabajas demasiado. Tienes cara de que vas a desmayarte en el pasillo. Prefiero… —La voz le falla por primera vez—. Prefiero que sigas entera, Carmen. Más que cualquier protocolo.

Y ahí está. Lo único que no puedo, bajo ningún concepto, en ninguna circunstancia, dejar que pase: mi hermana sintiéndose culpable por estar viva. Por querer vivir. Por necesitar cosas caras para seguir respirando.

Me inclino y le sostengo la cara con las dos manos. Tiene la piel caliente y seca contra mis palmas.

—Escúchame bien. Eres la única familia que tengo. La única persona en este planeta que es mía de verdad. Y voy a hacer lo que haga falta. No porque sea mi obligación, no porque sea el deber de la hermana mayor, nada de eso. Porque quiero. Tú no eres una carga. Eres el motivo. Hay una diferencia gigantesca entre las dos cosas, y necesito que te quedes con eso.

Se le llenan los ojos. A mí también, pero parpadeo con fuerza, tres veces, porque una de las dos tiene que ser la adulta de la sala y, por desgracia, ese puesto es mío sin oposición desde los quince años.

—Vale —susurra—. Pero si te desmayas en el pasillo, me voy a reír. Bien alto. Lo voy a grabar.

—Justo. Me lo merezco.

Cuando por fin se duerme y la luz gris del amanecer empieza a colarse por la ventana de la planta, salgo al pasillo y busco el número del doctor Adeyemi en el móvil.

Contesta al tercer tono, ya despierto, ya con la voz cuidadosa de quien da malas noticias para ganarse la vida.

Me explica, con la calma de quien sabe que la calma no reduce la crueldad de los hechos, que Sloane encaja en un protocolo de terapia CAR-T autóloga para una leucemia linfoblástica aguda de células B refractaria. No es un milagro ni una promesa, sino una oportunidad: extraerle células, reprogramarlas en el laboratorio, devolverlas a su cuerpo y vigilar cada reacción como quien vigila una bomba demasiado peligrosa para permitir que estalle.

Seiscientos mil dólares.

Sin contar el ingreso, las pruebas, la medicación de apoyo y cualquier complicación que el seguro médico decida llamar detalle opcional.

Apoyo la frente en la pared fría del pasillo, cierro los ojos y hago la única pregunta que importa de verdad.

—¿Cuál es el plazo? ¿Cuánto tiempo tengo para conseguir el dinero e iniciar el tratamiento?

Una pausa, esa de quien no quiere responder. Ya conozco esa pausa también.

—La ventana ideal —dice, con delicadeza— es de unas seis semanas.

Seis semanas, seiscientos mil dólares y una oportunidad que cabe entera en un número imposible.

Me río. Bajito, sola, con la frente pegada a la pared del pasillo vacío.

Porque la alternativa es gritar, y gritar en un hospital hace que la gente te mire mal, y tener esa conversación con psicología, y estoy realmente agotada de esas conversaciones.

Una enfermera aparece detrás de mí sin hacer ruido. Las buenas siempre andan sin hacer ruido, me he fijado, como si hubieran aprendido a no asustar el dolor ajeno.

—Vete a casa unas horas, cariño —dice—. Descansa. Cuando vuelvas, lo mismo tu hermana ya está despierta.

—No me voy a casa.

—Señorita…

—No puedo. Por favor, no me lo pida.

Me mira con una comprensión que no viene de ninguna formación, sino de haber visto a demasiada gente rompiéndose en sus pasillos.

—Hay un baño grande en la segunda planta —dice, en voz baja—. Mucho más reservado que estos de aquí. Por si necesita un sitio para llorar donde nadie la oiga. Trabajé muchos años en oncología. Conozco esa cara que está poniendo. Vaya. Llore lo que tenga que llorar. Luego vuelve.

El baño de la segunda planta es demasiado lujoso para un hospital, con espejos grandes, encimera de mármol y un jabón que huele a vainilla, como si alguien, en algún momento, hubiera decidido que las personas desesperadas merecen al menos un sitio bonito donde derrumbarse. Entro en el último cubículo, me siento en la tapa del váter y me quedo mirando fijamente los azulejos grises,

intentando sacarme de la cabeza una solución que en el fondo ya sé que no existe.

Pienso en llamar a la parroquia. Pienso en vender todo lo que tengo, aunque todo lo que tengo cabe en dos cajones. Pienso en suplicarle a Josie, que no tiene un céntimo más que yo, pero que vendería un riñón sonriendo si yo la dejara. Llego a pensar en mi padre y en lo que haría si estuviera aquí, y la idea dura tan poco que casi me da vergüenza haberla tenido, porque no hay padre, no hay rescate, no hay ningún adulto responsable escondido detrás de una cortina esperando el momento de aparecer. Hace siete años que no lo hay.

Es entonces cuando se abre la puerta del baño.

Entran dos mujeres ya en mitad de una conversación, y noto por el tono que son enfermeras, con ese aire cansado e íntimo de quien comparte turnos demasiado largos. Me quedo inmóvil en el cubículo, con los pies recogidos, invisible.

—…y Megan se ha comprado un piso —dice una de ellas—. En efectivo. Sin hipoteca, sin nada.

—¿Megan? ¿Esa que lloraba porque no tenía dinero ni para el billete de autobús?

—Esa misma. Piso, coche, y la universidad de la hermana pagada. Todo en seis meses.

No respiro.

—Como me digas que se ha hecho influencer, me tiro por la ventana.

—Peor. O mejor, según cómo lo mires. ¿Te acuerdas de aquella red VIP de la que te hablé una vez?

—Sophia, llevo doce horas de turno. Apenas me acuerdo de mi propio nombre.

—Es una red cerrada. Para acompañantes de altísimo nivel. Selección, contrato, abogado, revisión médica, cláusula de confidencialidad. Los hombres también pasan una criba. Todo organizado, elegante, controlado.

—¿Controlado por quién?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Megan dijo que los contratos son legales, que ella eligió estar allí. Pero dijo también que, cuando llegó al hotel, entendió al instante que no era sitio para hacer preguntas. Entras, sonríes, cumples con lo pactado y sales con una vida completamente nueva.

El corazón me empieza a latir más rápido, y lo odio por eso.

—Eso da miedo —dice la otra.

—Y es glamuroso. Y horrible. Y tentador, cuando estás desesperada. Lo mínimo que pagan son cien mil dólares. Según el perfil de la chica, pasa del medio millón. Hay casos de mucho más.

Medio millón. Más. Contengo la respiración dentro del cubículo, y el número se me enciende en la cabeza al lado del otro número, el del doctor Adeyemi, y los dos empiezan a hablar entre ellos solos, sin mi permiso.

—¿Por una noche? —pregunta la otra.

—Por una noche. Hotel de cinco estrellas, chófer, vestido, champán, todo pagado. Megan dijo que el hombre fue educado, que no sufrió. Pero no entra en detalles. Pagó todo lo que debía y nunca más volvió a tocar el tema.

—Parece que se sintió vendida.

—Seguramente se sintió así. Pero su piso es real, la universidad de su hermana es real, y su silencio también es real. Cada una decide lo que es capaz de cargar, Lauren.

Sé que debería dejar de escuchar. Lo sé. Pero tengo los oídos pegados a esa conversación, y cada palabra parece abrir, justo delante de mí, una puerta sucia y brillante a la vez.

—Me dio una tarjeta de recomendación —sigue Sophia—. Es la única forma de entrar. Cada miembro puede recomendar a una persona. Solo a una. La tarjeta es la llave.

—¿Y no la has usado?

—Llevo tres meses mirando esa tarjeta y volviendo a cerrar el bolso. Pero hay un detalle.

—Cómo no.

—Solo aceptan a vírgenes.

La otra suelta una risita.

—Con todo el respeto, esa ventana se me cerró hace unos quince años.

—Catorce, en mi caso. Gracias por redondear hacia arriba. —Una pausa, el sonido de un bolso abriéndose—. Voy a dejar la tarjeta aquí. Igual alguien la necesita más que yo, y tiene la condición que yo ya no tengo.

—Sophia, no vas a dejar una tarjeta de esas en el baño de un hospital.

—Ya la he dejado. Ven, que me muero de hambre.

La puerta se abre, se cierra, y vuelve el silencio. Pero no es el mismo silencio. Ahora tiene una oferta dentro, sentada en el suelo del baño conmigo, respirando como una cosa viva.

Cuando por fin abro la puerta del cubículo, el baño está vacío. Y en el borde del lavabo, apoyada en el grifo del medio, hay una tarjeta negra. Sin nombre, sin logotipo, solo un número y una

secuencia de letras y cifras en una tinta que cambia de color cuando le da la luz.

No la toco de inmediato. El espejo me devuelve mi cara a pedazos, los ojos hinchados, la boca sin color, el pelo recogido de cualquier manera. Tocar esa tarjeta parece aceptar, y aún quiero fingir, unos segundos más, que existe otro camino.

Después estiro la mano y cojo la tarjeta. Pesa más de lo que debería, como suelen pesar más de lo que parecen las cosas peligrosas. La guardo en el bolsillo interior del abrigo, contra el pecho, y bajo los dos pisos con ella ardiéndome ahí, como una brasa, al lado del corazón.

CAPÍTULO TRES

Carmen

—No —dice Josie—. No, no, y otro no de regalo gratis. Cierra ya el pico.

—Si ni siquiera he terminado de hablar.

—No hace falta que termines. Conozco esa cara tuya. —Apunta con la patata frita a mi cara como si fuera una prueba judicial—. Es la cara de «he tenido una idea terrible y he decidido yo sola, sin consultar a nadie, que es genial». Ya he visto esa cara antes. La última vez te rapaste la cabeza.

—Tenía catorce años y fue por solidaridad con una amiga que estaba con la quimio.

—Parecías un pulgar magullado.

—Fue un gesto bonito.

—Fue un gesto de pulgar.

Estamos en la trastienda del fondo del Marlowe's, apretujadas entre el turno de la mañana y el de la comida, compartiendo un plato de patatas fritas que técnicamente son las sobras de un cliente y que técnicamente ninguna de las dos deberíamos estar comiendo, apoyadas en la encimera de acero inoxidable, al lado de la cafetera que hace un ruido de avión despegando. Josie lleva el pelo teñido de un rojo que no existe en ningún rincón de la naturaleza, tres pendientes en la oreja izquierda y la sutileza emocional de una alarma de incendios. Es, sin ninguna competencia, la mejor amiga que he tenido en la vida.

También es la única persona en todo el mundo a la que le contaría lo que estoy a punto de contar.

—Seiscientos mil dólares —digo—. En seis semanas. Es lo que Sloane necesita para tener una oportunidad de verdad.

El sarcasmo se le evapora de la cara al instante, como el agua en una plancha caliente. Josie suelta la patata en el plato. Josie nunca suelta la comida. Eso, más que cualquier otra cosa, me dice que ha entendido el tamaño del agujero.

—Carmen.

—Ya he hecho las cuentas. Todas. Varias veces, de madrugada, en el mostrador de recepción, con la calculadora del móvil. —Cojo una patata solo para tener algo que hacer con las manos, porque las manos quietas me delatan—. He vendido el coche. He cogido el turno extra en la Wacker. Monté la colecta online, que recaudó cuatro mil doscientos treinta dólares, lo cual es precioso, generoso, me hizo llorar, y cubre en plan… una semana y media de tratamiento. Fui a tres bancos distintos. El tercero ni me dejó sentarme en la silla. El director me atendió de pie, en el mostrador, en cuatro minutos, mirando el reloj. —Mastico la patata

sin notar el sabor—. No existe un camino normal para conseguir seiscientos mil dólares en seis semanas, Jo. Lo he buscado. Lo he buscado en todos los sitios donde se podía buscar. No existe.

—Ya nos apañaremos. Hacemos otra colecta, lo colgamos en las redes, llamamos a algún influencer, vendemos una rifa, yo qué sé, nosotras…

—No tenemos seis meses, Josie. Tenemos seis semanas. Una rifa no recauda seiscientos mil en seis semanas. Ni una colecta. Ni un milagro; ya he comprobado la disponibilidad de milagros y están agotados.

Se queda callada.

Josie nunca se queda callada. La he visto hablar sola. La he visto narrar su propio sueño mientras se despertaba. Su silencio ahora es lo más ruidoso de la trastienda.

Y es entonces cuando digo la parte difícil. La parte que empezó con una tarjeta negra olvidada en el lavabo de un baño de hospital, y una conversación que no debería haber escuchado, y un número al que llamé a las tres de la madrugada después de tres noches mirando fijamente esa tarjeta como si fuera a morderme. Al otro lado, una voz educada, la dirección de una web que no aparece en ninguna búsqueda, tres contraseñas, un formulario. Una puerta que solo se abre para quien tiene la llave adecuada y yo, por una casualidad cruel, había caído con la llave en el regazo.

Hablo bajo. Muy bajo, por encima del ruido de la cafetera.

Y cuando termino, Josie me está mirando como si acabara de anunciar, con toda naturalidad, que voy a tirarme desde el tejado del edificio después de comer.

—No —dice otra vez, pero esta vez le tiembla la voz, y el rojo imposible de su pelo de repente parece pequeño alrededor de una

cara muy asustada—. Carmen, no. ¿Tienes idea de lo que son esos tíos? ¿Del tipo de hombre que paga por algo así, en un sitio así?

—Sé exactamente qué tipo de hombre.

—Entonces sabes que es peligroso. No conoces a esa gente. Tienen dinero, tienen abogados, tienen gente que hace desaparecer los problemas. Pueden hacerte daño y nadie llegaría a enterarse nunca, pueden…

—Josie. —Le cojo la mano encima de la encimera de acero inoxidable, y la tiene helada—. ¿Tienes una idea mejor? ¿Una de verdad, que quepa en seis semanas? Porque si la tienes, te juro por todo lo sagrado que la agarro con las dos manos y los dos pies. No quiero hacer esto. No hay ninguna parte de mí que quiera. Es solo que no he encontrado otra salida, y el reloj corre, y Sloane está en esa cama poniéndose más delgada cada semana.

Se le llenan los ojos y se le desbordan de golpe.

—Tiene que haber otra manera —insiste, pero su voz ya ha abandonado la frase a mitad de camino.

—No la hay. —Le aprieto la mano con más fuerza—. Tengo una cosa de valor que nunca he vendido. Tiene gracia, ¿no? Veintidós años guardándolo como si fuera lo más importante del mundo. Esperando el momento adecuado, la persona adecuada, el sentimiento adecuado, todas esas mentiras bonitas que nos cuentan. —Suelto una risa que no tiene nada de graciosa, solo tristeza—. Y al final, quien va a decidir el precio de mi primera vez no va a ser el amor. Va a ser una hoja de Excel con el presupuesto de un tratamiento experimental.

—Carmen…

—Una noche —repito las palabras exactas que leí en la pantalla del móvil, las palabras que me persiguen desde hace tres días y tres noches sin dormir—. Una noche, y Sloane tiene su

oportunidad. Lo pongo en la balanza. De un lado, una noche que me pasaré el resto de la vida entrenándome para olvidar. Del otro, la vida entera de mi hermana. —La miro fijamente, y esta vez no hay ninguna ironía en mi voz—. En este problema no hay cuentas, Jo. No hay dilema moral. Solo hay una respuesta obvia, y sé cuál es desde la primera vez que vi el número de seis cifras.

Y entonces se echa a llorar.

De verdad, feo, y me tira por encima de la encimera en un abrazo torpe que tira el bote de kétchup al suelo, y la dejo. Durante treinta segundos enteros dejo que llore por mí, apoyada en su hombro que huele a fritanga y al perfume dulce que se pone en exceso, porque yo no consigo llorar por mí misma. Hace tiempo que esa función se me fundió, como una bombilla que nadie cambia.

—Como uno solo de esos rizos de fuego tuyos se salga de su sitio —dice sorbiéndose los mocos, mojándome el uniforme—, mato al responsable. No sé a quién, todavía no he decidido los detalles, pero mato a alguien. Voy a la cárcel por ti tan tranquila.

—Sé que lo harías. —Y lo sé de verdad. Es lo más reconfortante que me ha dicho alguien en meses.

Cuando llego a mi puesto en la recepción de la Wacker por la noche, entre una ronda y otra de vigilar plantas de plástico que nadie va a robar jamás, cojo el móvil y abro el mensaje que llevo tres días guardado en borradores, mirando fijamente la pantalla hasta que me arden los ojos.

Una confirmación de inscripción. Un campo en blanco que pide el nombre de flor que sería el mío esa noche. Una dirección que solo aparece si respondes antes de medianoche, porque a esta gente le gustan los plazos, le gusta la urgencia, le gusta meterte prisa para que no pienses demasiado.

Mi pulgar parecería tranquilo por fuera si hubiera alguien mirando. Por dentro, tiembla. Tiembla un poquito.

Pienso en Sloane diciendo *«prefiero que sigas entera»*.

Y pienso que no lo entiende. Ella nunca, jamás, puede entender que yo ya no estoy entera desde hace siete años. Que la parte de mí que era niña se quedó atrás en un entierro con olor a lirio y tierra mojada. Que todo lo que quedó de mí, cada trozo que todavía funciona, es ya, y siempre ha sido, suyo.

Le doy a enviar.

La respuesta llega en dos minutos. Son demasiado rápidos.

Bienvenida a la Subasta de las Rosas, Rosa Roja. El sábado a las 21:00.

Rosa Roja. Ese era el nombre que había elegido para subir a aquel escenario.

Miro fijamente las dos palabras y pienso, con el humor macabro que es lo último que me mantiene en pie cuando todo lo demás ya se ha derrumbado: al menos no elegí Lirio. No habría soportado la ironía de entrar ahí con el nombre de la flor que todavía me recuerda a un entierro.

CAPÍTULO CUATRO

Carmen

Hay ciento cuarenta y cuatro baldosas en el techo de la sala donde me han mandado esperar.

Lo sé porque las he contado tres veces, y las tres veces ha salido el mismo número, lo cual resulta tranquilizador y enloquecedor a partes iguales. Es lo que hago cuando el pánico me sube por la garganta como agua hirviendo en una olla olvidada al fuego: cuento cosas. Baldosas. Latidos de mi propio corazón. Las maneras en que aún me daría tiempo de levantarme, abrir esa puerta y renunciar a todo.

No puedo. El dinero de la Subasta de las Rosas es la única cuenta que me cuadra. Renunciar no cuadra ninguna cuenta.

La mujer que me recibió, vestido negro impecable, tacones altos, sonrisa de quien vende seguros de vida puerta a puerta, me llamó «flor» con la naturalidad de quien usa esa palabra todos los días, y me entregó dos cosas: un antifaz de encaje del color exacto de mi piel y una cinta de raso con una pequeña rosa roja prendida en el centro.

Rosa Roja.

Yo soy La Rosa Roja. El nombre de flor me ha seguido desde el mensaje como un perro callejero que ha decidido adoptarme.

—Sin nombres reales —dijo, ajustándome el antifaz en la cara con la delicadeza distraída de quien coloca una cortina antes de recibir visitas—. En la Subasta de las Rosas, cada chica elige una flor. Los señores aprecian el misterio, es parte de lo que pagan. Subes cuando llamen a tu flor, te quedas quieta bajo la luz, giras despacio una vez y bajas. No hablas. No buscas a nadie entre el público, bajo

ningún concepto. Y no lloras. —Se detuvo y me evaluó de arriba abajo, revisando la mercancía con la mirada práctica de quien elige fruta en el mercado—. No vas a llorar, ¿verdad? El llanto espanta las pujas.

—No —mentí.

—Buena chica.

Yo no soy ninguna chiquilla, pienso, con una rabia que me sorprende por su fuerza. Tengo veintidós años, una hermana muriéndose en una cama de hospital, dos facturas vencidas en la nevera sujetas con un imán, y ninguna niña buena haría lo que estoy a punto de hacer aquí esta noche.

Pero solo respondo:

—¿Cuánto falta para mi turno?

Consulta una tablet, las uñas perfectas deslizándose por la pantalla iluminada.

—Eres una de las últimas. Las flores más codiciadas se dejan para el final; es estrategia básica de la Subasta de las Rosas —dice «flores» como quien habla de un vino de cosecha rara, paladeando la palabra en la boca—. Relájate, cariño. Es solo una noche. Mañana por la mañana el dinero estará en la cuenta que indicaste en el formulario, clavadito, y todo esto te parecerá un sueño lejano.

Y se marcha, dejándome a solas con las ciento cuarenta y cuatro baldosas y la certeza creciente de que sueño no es, bajo ninguna definición del diccionario, la palabra que yo elegiría para esta situación.

La puerta se abre de nuevo, sin llamar, y ella asoma la cabeza.

—Rosa Roja. Cambio en el programa. Eres la siguiente.

El corazón se me para por completo. Después se dispara tan rápido que pierdo la cuenta al tercer latido.

—¿Ya? Dijiste que era una de las últimas.

—La noche va con prisas, los compradores están impacientes y el subastador ha decidido acelerar el programa. —Sonríe como si eso fuera una buena noticia, un regalo que me está haciendo—. Pasa. La casa reorganiza el orden constantemente, aquí dentro nadie tiene derecho a una hora fijada. —Y me evalúa una vez más, y esta vez hay algo más en su mirada, algo que no consigo nombrar en el momento y que me baja por la nuca como una gota de agua helada. Casi lástima. Casi advertencia.

¿Por qué me ha mirado así? Aquella cosa en su mirada, al final, que no era cortesía de la casa ni prisa de programa. Parecía casi lástima. Y la lástima es lo último que esperaba encontrar en un lugar como este.

Pero no da tiempo a preguntar. Me agarra del brazo, con firmeza, pasillo adelante, y la música suena más alta a cada paso. Piano. Algo civilizado y tibio, del tipo que suena en el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas para calmar a los ejecutivos, como si dentro de aquel salón hubiera un cóctel benéfico con canapés y no un matadero de chicas acorraladas que se han quedado sin más opciones.

Nos paramos detrás de una cortina pesada de terciopelo color vino.

—Cuando la abra: tres escalones, vas hasta la marca de cinta en el suelo y te quedas ahí. —Su voz es un susurro ahora, pegada a mi oído—. No busques a nadie entre el público. Pero yo, en tu lugar… —vacila, y por un único segundo parece casi humana, casi alguien que podría haber sido mi amiga en otra vida— rezaría con todas mis fuerzas para que fuera él quien hiciera la puja más alta.

Antes de que consiga preguntar de nuevo, sus dedos me aprietan la muñeca. Rápido. Demasiado fuerte para formar parte del protocolo impecable de aquella casa. Cuando miro hacia abajo, veo que su mano tiembla. Solo un segundo. La suelta como si hubiera tocado fuego.

—Si sobrevives a esta noche —susurra, casi sin mover la boca —, no te olvides de mi cara.

—¡¿Qué?! —pregunto, pero la cortina ya se está abriendo.

Y la luz me engulle entera.

Subo los tres escalones con la espalda demasiado recta.

Ese es el primer error, o quizá la primera cosa verdadera que existe en este salón entero hecho de mentiras. Debería encogerme. Debería curvar los hombros, bajar la cabeza, intentar ocupar el menor espacio posible, desaparecer dentro de mi propia piel como, apuesto, hicieron todas las demás antes que yo. En cambio, subo como quien es llevada al patíbulo y ha decidido, por el camino, que al menos va a mirar al verdugo a los ojos.

El antifaz me cubre la mitad de la cara, pero no me cubre la boca, y sé, sin necesidad de espejo, que la tengo apretada en una línea dura de pura insubordinación, porque es así como aguanto el llanto desde hace siete años: bloqueando la mandíbula hasta que me duelen los dientes.

La luz es tan fuerte y tan directa que no distingo al público. Solo sombras. Sombras de hombres recostados en butacas de cuero, y aquí y allá el brillo rápido de un reloj caro, de un vaso de whisky girando, de un par de gafas captando la luz.

—Rosa Roja —anuncia una voz, en algún lugar a mi derecha, detrás de la pared de luz—. Veintidós años. Sana. Sin historial relevante. Y, certificada por nuestro equipo médico, intacta.

La palabra me revuelve el estómago como un puñetazo.

Los hombres murmuran. Un sonido bajo, colectivo, de aprobación, que me dan ganas de darme una ducha de agua hirviendo. No busco a ninguno de ellos. Miro fijamente un punto en la oscuridad, por encima de las cabezas invisibles, y cuento. Uno. Dos. Tres. Cojo aire por la nariz, lo suelto por la boca.

—Abrimos las pujas en doscientos mil.

Una paleta se levanta. Solo veo el movimiento en la sombra, una mano alzándola. Después otra. Las voces van diciendo números que no parecen números, que parecen la vida de mi hermana troceada en pedazos de cincuenta mil dólares y subastada trozo a trozo.

Trescientos. Trescientos cincuenta.

Aprieto los puños a los lados del cuerpo, con fuerza, las uñas marcándome las palmas. Cada puja es una palada de tierra arrojada al agujero que yo misma cavé y dentro del cual yo misma bajé.

Cuatrocientos mil. Una voz más vieja ahora, lenta, arrastrada, saboreando cada sílaba. Siento, más que veo, a ese hombre inclinarse hacia delante en la butaca, y toda la piel de la nuca se me eriza en un aviso primitivo, el mismo aviso que siente un conejo antes de ver al zorro.

Quinientos mil, ofrece, y hay un placer repugnante en su voz cuando dice el número.

Y es justo ahí cuando ocurre.

Una nueva voz, venida del fondo del salón, de la parte más oscura, donde la luz ni siquiera intenta llegar. Una voz grave, aburrida y tan fría que el aire de todo el salón parece bajar tres grados de golpe.

—Un millón.

El salón entero se vuelve. Siento cambiar de dirección la atención de todos como un viento que gira de lado.

Y rompo la única regla que me dieron.

Busco entre el público.

No consigo verle la cara, está en la sombra, en el fondo de todo, donde la luz fuerte no alcanza, pero veo la silueta con claridad. Hombros anchos. La postura relajada y absoluta de quien nunca, en ningún momento de su vida, ha necesitado pedir permiso para existir en una habitación. Un vaso de whisky posado en el brazo de la butaca, del que tengo la extraña certeza de que no va a beber.

Y aunque no le veo los ojos, siento el instante exacto en que se encuentran con los míos.

Es como recibir una descarga. Como tocar un enchufe con la mano mojada. Atraviesa el salón entero, atraviesa la luz y me alcanza en el centro del pecho.

—Un millón doscientos —gruñe la voz vieja, irritada ahora, el placer convertido en rencor.

La silueta del fondo no se mueve ni un milímetro.

—Dos millones. —Su voz sigue aburrida, como si estuviera pidiendo más hielo para el whisky—. Y sugiero, en interés de todos, que nadie aquí pierda el tiempo cubriendo la puja.

Silencio.

El tipo exacto de silencio que se hace cuando el lobo más viejo y más grande de la manada enseña los dientes ligeramente, y todos los demás lobos recuerdan, a la vez, en un escalofrío colectivo, quién manda en el bosque.

—Dos millones —repite el subastador—. A la una… a las dos…

La paleta del hombre viejo no se mueve. Siento, en la sombra, su odio.

—Vendida. Al caballero del fondo.

Vendida.

La palabra cae sobre mí como la cuchilla de una guillotina, limpia y definitiva, y por una fracción de segundo me falla la rodilla, solo un milímetro, solo el tiempo exacto de un latido del corazón, antes de recomponerme, bloquear la mandíbula, volver a alzar la barbilla en un gesto de insubordinación y bajar los tres escalones por mi propio pie, sin tambalearme.

Orgullosa hasta el final.

Porque el orgullo es lo único que no me han comprado. Lo único que todavía es mío.

Y mientras la cortina de terciopelo cae con todo su peso a mi espalda, devolviéndome a la penumbra de los bastidores, pienso, aferrada al último hilo de humor que me queda como quien se aferra a una cuerda sobre un abismo:

Por lo menos no ha sido el viejo.

Por lo menos no ha sido la voz de los quinientos mil.

CAPÍTULO CINCO

Ethan

Odio este lugar.

El salón huele a puro caro y a impunidad. Conozco a la mitad de los hombres que ocupan los sillones de cuero. He jugado al golf con ellos. He invertido en sus fondos. Les he estrechado la mano en galas benéficas donde hablaban, con los ojos húmedos y la voz ensayada, de legado, de familia y del futuro de los niños.

El segundo sábado de cada mes, esos mismos hombres vienen aquí a comprar chicas.

Sostengo un whisky que no he pedido y que no pienso beber. El vaso me mantiene las manos ocupadas. Sin él, cruzaría el salón y cerraría los dedos en torno a la garganta de Conrad Hitchmore, setenta y tres años, sonrisa ensayada, tercer mayor donante del hospital infantil de Chicago, hasta que me dijera lo que he venido a averiguar.

Esta noche no. Esta noche observo. Memorizo rostros y trazo el mapa de las pujas, los saludos, las puertas, las rutas de huida, los coches en el garaje trasero. Nada más.

Me ha costado tres años conseguir esta invitación. Tres años construyendo la reputación exacta: frío, rico, útil, podrido en los lugares que ellos respetan. Lo justo para que me abrieran la puerta.

No tienen ni la menor idea de por qué estoy aquí en realidad.

No tienen ni idea de que la mujer cuyo retrato guardo en un marco de plata, en la única habitación de mi casa donde no entra nadie, fue vendida por esta misma red, en este mismo tipo de salón,

hace cuarenta años, cuando era una niña de dieciséis años llamada Lucia.

Mi madre.

Voy a quemar este lugar hasta los cimientos. Voy a arruinar públicamente a estos hombres, convertirlos en titulares y hacer que acaben en una celda, pero una red no cae en la oscuridad. Primero hay que ver cada hilo, cada nudo, cada punto de apoyo. Así que vengo, sostengo el whisky intacto y le sonrío a Conrad Hitchmore cuando levanta el vaso. Espero.

Ya he intentado los caminos limpios. Un fiscal local recibió un dosier mío y, dos semanas después, aceptó un cómodo nombramiento fuera del estado. Un detective con quien habló Declan fue trasladado a una división sin acceso a nada. Un juez archivó una denuncia con la naturalidad de quien cierra la tapa de un ataúd. La red no tiene solo clientes. Tiene cerraduras compradas.

Por eso espero, porque la policía local no basta, el juez local no basta, el titular aislado no basta. Necesito nombres, cuentas, rutas, grabaciones, pruebas federales. Necesito una caída pública que no puedan comprar ni silenciar.

Lawrence Van Alen lo llamaría sentimentalismo, si estuviera ahora mismo en mi oído. Mi padre siempre odió las palabras grandilocuentes para las cosas simples. La venganza, para Lawrence, es un balance: nombres, fechas, prueba, punto débil, ejecución. Fue él quien me enseñó a esperar. Fue él quien me enseñó que los depredadores solo respetan a otro depredador. Nunca cuestioné la lección.

El móvil me vibra en el bolsillo interior de la americana. No necesito mirar para saber quién es.

Declan. Desde el asiento trasero del coche aparcado a dos manzanas de aquí, conectado a mi pinganillo, haciendo lo que mejor

sabe hacer desde que teníamos diecisiete años: sacarme de quicio mientras me mantiene vivo y de una pieza.

—Tienes la respiración de alguien que está a punto de cometer un homicidio en primer grado —me murmura su voz al oído, baja y arrastrada—. Respira hondo, anda. Piensa en cosas tranquilas. Playa. Olitas. Perrito. La sonrisa de Hitchmore el día en que el FBI llame a la puerta de su mansión con una orden.

No respondo. No puedo, en un salón lleno. La comisura de mi boca se mueve un milímetro. Declan reconocería la señal.

El subastador anuncia un cambio en el programa. Una flor adelantada. Algunos de los hombres que tengo delante se yerguen en los sillones. Reconozco el movimiento. Hambre antes que etiqueta.

La cortina de terciopelo se abre.

Por un segundo, olvido a qué he venido. Imperdonable. Peligroso.

Ella sube los tres escalones con la espalda demasiado recta.

Ese es el detalle que me agarra por la garganta. Observé a todas las demás chicas antes que a ella. Las otras bajaron de aquella cortina con los ojos gachos, los hombros curvados hacia dentro, plegadas sobre sí mismas, intentando desaparecer de su propia piel mientras la luz las exponía. Siempre igual. Siempre el mismo encogimiento.

Esta no.

Sube como quien ha sido empujada, pero que por el camino ha decidido que caería de pie.

La máscara le esconde la mitad del rostro. No le esconde la boca, apretada en una línea de desafío. Su pelo es fuego, un pelirrojo intenso, rizado, salvaje, cayéndole sobre los hombros como

si también se negara a obedecer a aquel lugar. El vestido es sencillo, barato, comprado a toda prisa, pero en ella parece una armadura.

Los demás hombres de este salón la miran y ven una virgen. Un trofeo. Una noche. Un artículo.

Yo la miro y veo a una mujer a punto de arrojarse por un precipicio porque alguien, en algún lugar, no le ha dejado ninguna otra salida.

Y lo reconozco. Reconozco la forma exacta, el contorno preciso de esa desesperación, porque es la misma que vi en los ojos de mi madre en cada fotografía antigua que quedó de ella. La misma desesperación que se pasó la vida entera intentando esconder tras una sonrisa y que nunca, ni un solo día, consiguió enterrar de verdad.

—La Rosa Roja —dice el subastador—. Veintidós años. Sana. Sin historial relevante. Y, certificada por nuestro equipo médico, intacta.

—Ethan. —La voz de Declan en mi oído, baja, en alerta, porque me conoce demasiado bien y ha captado algo en mi quietud —. Ethan, no me está gustando ese silencio tuyo. ¿Qué silencio es ese? Háblame.

Cuatrocientos mil. Hitchmore levanta la paleta despacio, saboreando el gesto, y la mira con un hambre abierta, sin disimulo, que me da ganas de cruzar el salón y arrancarle los ojos del cráneo con mi propio pulgar.

Quinientos mil, ofrece, y oigo el placer en la voz del viejo como si fuera aceite escurriéndose.

Y es entonces cuando algo dentro de mí, algo que mantengo bajo siete llaves desde hace demasiado tiempo, frío, quirúrgico, bajo control absoluto, la cosa que me permite jugar a este juego largo sin temblar nunca, simplemente se parte en dos.

No lo he planeado. En tres años de planificación meticulosa, paciente, milimétrica, jamás, ni una sola vez, en ningún escenario, contemplé la posibilidad de hacer lo que estoy a punto de hacer.

Es estúpido. Es impulsivo. Es infantil. Es exactamente el tipo de acto que puede echar a perder todo lo que he construido ladrillo a ladrillo.

Levanto la paleta.

—Un millón.

—ETHAN. —Declan prácticamente se atraganta en mi oído—. Qué. Cojones. Estás. Haciendo. Ethan. Responde. ETHAN, respóndeme ahora mismo.

El salón entero se vuelve hacia mí, y siento cincuenta pares de ojos curiosos posarse en mi espalda.

Sus ojos buscan entre el público. Me encuentran en la sombra del fondo, donde no llega la luz, como si supiera exactamente dónde estaba yo todo el tiempo.

No consigo ver el color de sus ojos desde aquí, pero siento su peso, oscuros y enormes tras la máscara de encaje, clavando en los míos una única pregunta que no puede hacer en voz alta:

¿Por qué?

No tengo respuesta. Ni para ella. Ni para mí. Ni para el hombre que está gritando mi nombre en mi oído.

Hitchmore recupera la compostura, se ajusta la americana y levanta la paleta de nuevo.

—Un millón doscientos.

Ni siquiera miro en su dirección.

—Dos millones. —Le hablo al salón entero, con claridad, sin apartar los ojos de ella ni un solo milímetro—. Y sugiero que nadie pierda el tiempo cubriendo la puja.

Silencio, el silencio adecuado. El silencio de quien ha entendido, de golpe, quién es el depredador en lo alto de la cadena alimentaria en esta sala esta noche.

—Vendida. Al caballero del fondo.

En mi oído Declan respira hondo, y cuando vuelve a hablar, la broma ha desaparecido por completo de su voz. Solo queda el amigo, el socio, el hombre que se ha jugado tres años de su vida en esto conmigo.

—Acabas de comprar a una persona, Ethan. Acabas. De comprar. A una persona. Por dos millones de dólares. Delante de toda la red que llevamos tres años enteros infiltrando, un centímetro cada vez. —Una pausa—. Por favor. Dime que tienes un plan. Dime que esto forma parte de algo que yo no estoy viendo.

Observo cómo la cortina de terciopelo cae con todo su peso tras ella. Aquellos ojos oscuros todavía quemando los míos al otro lado de la penumbra, incluso después de que el terciopelo ya ha caído.

Y ya sé dos cosas con la misma certeza absoluta con la que sé mi propio nombre.

La primera: no voy a tocar a esta mujer. Ni esta noche, ni nunca, no de esa manera, no comprada, no mientras haya dos millones de dólares colgando entre nosotros como una cadena.

Y la segunda, que me asusta más que cualquier plan que hubiera podido trazar: no levanté aquella paleta por estrategia. No fue cálculo, no fue parte de ninguna operación. Levanté la paleta porque tenía el rostro de mi madre a los dieciséis años, sonriendo

porque se lo habían ordenado, y porque no pude quedarme quieto viendo a aquellos hombres disputarse su precio.

Fue un impulso. La primera decisión genuinamente sin cálculo que tomo en tres años, y me ha costado dos millones de dólares y, sospecho, algo mucho más caro que ni siquiera sé todavía cómo nombrar.

—Ethan. —Declan, más bajo ahora, casi suave—. Háblame, hermano.

Poso el vaso de whisky intacto en el brazo del sillón, me levanto sin prisa y me abrocho la americana con calma, del modo en que estos hombres esperan que se mueva un hombre como yo.

—Trae el coche hasta la entrada trasera —digo, en voz baja, para que solo él lo oiga por el pinganillo—. Voy a recoger lo que he comprado.

—Eso no es una respuesta, Ethan.

—No. —Empiezo a caminar hacia la cortina de terciopelo. Hacia ella. Hacia, lo sé aunque no quiera admitirlo, la peor decisión y la única cosa genuinamente acertada que he hecho en tres años—. Pero es lo que va a pasar.

CAPÍTULO SEIS

Carmen

La sala a la que me llevan después es completamente distinta de la primera.

La primera tenía ciento cuarenta y cuatro azulejos y olor a antiséptico, ese tipo de lugar donde esperas una mala noticia o una

consulta de rutina, que para el caso es lo mismo. Esta tiene un sofá de cuero que cuesta más de lo que gano en un año entero con dos trabajos sumados, una botella de agua con gas sudando sobre una bandeja de plata pulida y un ventanal del suelo al techo que da a la noche de Chicago allá abajo, las luces de la ciudad relumbrando en la oscuridad como si nada malo estuviera pasando en el mundo, como si a mí no me acabaran de vender en un escenario.

No toco nada.

Me quedo de pie en mitad de la alfombra mullida, todavía con el antifaz, con los brazos cruzados, y cuento las luces de la ciudad hasta perder la cuenta, que es exactamente el objetivo de contar. Contar impide que la cabeza se vaya demasiado lejos. Impide que piense en el escenario, en los hombres escondidos en la oscuridad, en la voz vieja ofreciendo quinientos mil como quien elige un vino, en cómo había sonado mi nombre de flor, Rosa Roja, en la boca del subastador. Demasiado bonito para algo tan feo.

La mujer de negro me dejó aquí con la frase «él vendrá a buscarte» y una sonrisa que yo quería, con una intensidad casi física, poder arrancarle de la cara.

Él.

El dueño de la voz fría del fondo del salón. El hombre que pagó dos millones de dólares por una noche conmigo sin haber visto nunca mi cara entera. Dos millones. Ni siquiera consigo hacer que la cifra me quepa en la cabeza. Es tanto dinero que pierde el sentido, se vuelve abstracción, se vuelve un concepto en vez de una cantidad, se vuelve, al final, la vida de Sloane comprada de golpe, al contado, sin plazos.

Debería estar agradecida. Lo estoy, de una manera enferma, con náuseas, que me revuelve el estómago, pero agradecida.

Pero la parte de mí que construyó mi padre, la parte que sabe cambiar una rueda a oscuras y leer la mentira en los ojos de un

hombre antes de que termine la frase, esa parte está en alerta roja, al máximo, gritando, porque dos millones de dólares no es la puja de alguien que quiere una noche con una virgen enmascarada.

Dos millones es la puja de alguien que quiere otra cosa.

Y no tengo ni idea de qué es, y lo que no conozco es lo que puede hacerme daño.

La puerta se abre sin aviso, sin llamar, y el aire de toda la sala cambia de densidad.

Él entra.

Ya había visto la silueta allá en el salón, hombros anchos, la postura de dueño del mundo, pero de cerca, con la luz dándole de verdad, es otra cosa completamente distinta. Traje oscuro cortado a medida por alguien que sabía exactamente lo que hacía, sin corbata, el cuello de la camisa blanca abierto como si se lo hubiera aflojado por pura irritación y no por relajarse. Pelo oscuro, ligeramente revuelto, del tipo que se toca con la mano cuando está pensando. Mandíbula cubierta por una barba de dos días que claramente no se recorta porque le importa un bledo la opinión de nadie al respecto.

No parece un hombre que entra en una sala.

Parece un hombre que toma posesión de ella.

No de forma ruidosa, no con prisa, no con esfuerzo. Es peor precisamente por eso. Cierra la puerta a su espalda sin mirar el picaporte, y el pequeño clic de la cerradura suena demasiado fuerte. Todo mi cuerpo lo percibe. La espalda se me pone más recta. Los dedos me aprietan mis propios brazos con fuerza suficiente para dejar marca.

Se da cuenta.

Claro que se da cuenta.

Y los ojos.

Azules. Fríos. De esos que parecen conocer ya tus secretos antes de que abras la boca, que te han catalogado y archivado en tres segundos.

Me recorren una vez, no de la manera hambrienta y asquerosa del viejo de los quinientos mil, sino evaluando, midiendo, como si yo fuera una situación que aún no ha decidido si va a resolver con dinero, con amenazas o con sus propias manos. La mirada se le detiene en mi pelo, en los rizos pelirrojos que han escapado a cualquier intento de orden y me caen sobre los hombros como fuego salvaje. La luz los atrapa de un modo casi cruel, encendiendo cada curva, cada mechón rebelde.

Por un segundo, algo cambia en su cara.

No es dulzura. No exactamente.

Es reconocimiento. Impacto. Como si aquel color, aquel rojo demasiado vivo, hubiera atravesado alguna capa de él que el resto del mundo no atraviesa.

Su mirada se queda atrapada en mis rizos demasiado tiempo, y noto la diferencia en la piel antes de entenderla con la cabeza. No es la mirada de los hombres del salón. No tiene esa prisa por arrancar, por tomar, por consumir. Es peor de otra manera, porque parece atenta. Casi cuidadosa. Como si hubiera visto algo ahí que nadie más ha visto. Su mano se mueve un centímetro, solo uno, como si fuera a apartar un mechón que ha caído cerca de mi boca. Entonces cierra los dedos, despacio, y deja que la mano vuelva a su costado.

Ese pequeño gesto, la caricia que no llega a producirse, me desordena más de lo que lo habría hecho cualquier avance.

Y entonces se acaba.

Vuelve la frialdad.

—Puedes quitarte el antifaz —dice.

La voz de cerca es peor de lo que era en el salón. Más baja, más grave, y me atraviesa la columna entera de un modo que decido, en ese preciso instante, odiar por principio.

—Has comprado lo que estás viendo —digo, y me siento secretamente orgullosa de lo firme que me sale la voz, sin temblar —. No recuerdo que «sin el antifaz» estuviera incluido en el paquete.

Algo le cruza la cara. Y no es rabia, que es lo que yo esperaba. Es casi sorpresa. Como si él esperara que yo llorara, o que le diera las gracias, o que suplicara, y la cuarta opción, yo poniéndome deliberadamente insoportable, sencillamente no figurara en el guion que tenía en la cabeza.

—Quítate el antifaz, por favor —repite.

Y el «por favor» le sale raro en la boca, como una palabra que hace tanto que no usa que ha olvidado su forma.

No me muevo de inmediato.

Porque pedir no pega con él. No de la manera normal. En su boca, hasta la cortesía parece una orden con guantes caros.

—¿Y si no me lo quito?

Ladea la cabeza un milímetro.

—Entonces seguiré mirándote con ese encaje en la cara y a ninguno de los dos nos va a gustar mucho el silencio.

—¿Siempre consigues lo que quieres?

—Casi siempre.

—Debe de ser agotador.

—Para los demás, imagino que sí.

Odio el calor que esa respuesta enciende en mí. Lo odio porque es absurdo, porque está mal, porque estoy demasiado asustada para sentir cualquier cosa que no sea miedo. Aun así, ahí está. Una chispa pequeña, vergonzosa, viva. Quizá sea solo mi cuerpo confundiendo el peligro con la atracción, porque los dos, por lo visto, hablan el mismo idioma.

Me quito el antifaz.

Sus ojos me recorren la cara ahora descubierta, despacio, con atención, y bajan por un instante hasta los rizos pelirrojos. Esta vez no consigue esconderlo tan rápido. Por un segundo, un único segundo, algo se fractura en toda esa frialdad. No sé qué es. Sé que desaparece enseguida, oculto de nuevo, pero lo he visto. Yo siempre lo veo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Creía que aquí los nombres estaban prohibidos.

—No he preguntado qué está prohibido. He preguntado lo que quiero saber.

—Carmen —digo, porque no veo motivo para mentir y porque hay algo en la forma en que lo ha preguntado que no admite juego ni evasivas—. ¿Y el tuyo?

Me observa un largo momento, y te juro que se ven los engranajes girando, calculando si decirme su propio nombre es una transacción que merece la pena.

—Ethan.

El nombre le pega de una manera irritante. Corto. Duro. Caro. Un nombre que no pide permiso.

—Estupendo. —Mantengo los brazos cruzados—. Ya que estamos en confianza, Ethan, ¿podemos acabar con esto de una vez? Prefiero no alargarlo.

La voz casi me falla en la última palabra, pero la agarro por el cuello.

Él también lo nota.

Su mirada baja hasta mi boca por una fracción de segundo, no lo bastante para ser vulgar, solo lo bastante para hacer que el estómago me dé un vuelco que no tiene nada que ver con las náuseas y todo que ver con el pánico.

—¿Tienes prisa? —pregunta.

—Tengo ganas de sobrevivir a esta noche.

La respuesta parece golpearle en algún sitio que no alcanzo a ver.

La mandíbula se le endurece.

—Eso lo vas a hacer.

La certeza de su voz me irrita, porque una parte de mí quiere apoyarse en ella.

—¿Dónde quieres hacerlo? —Las palabras me salen casi como si las dijera otra persona. Las digo, oigo mi voz decirlas, pero no me parezco yo, no suena como yo. Es como si me estuviera oyendo a lo lejos, como si mi cuerpo y mi voz no me pertenecieran.

Y entonces dice la frase que me pone el mundo patas arriba por segunda vez en la misma noche.

—No voy a tocarte.

CAPÍTULO SIETE

Carmen

Me quedo mirándolo. Parpadeo una vez. Dos.

—¿Cómo dices?

—Me has oído. —Camina hasta la ventana, con las manos en los bolsillos del pantalón del traje, y me da la espalda como si la conversación ya estuviera zanjada, decidida, archivada—. No voy a tocarte. No esta noche. Nunca de ese modo.

La cabeza se me bloquea sin más, como un motor que se cala. Me había preparado para muchas cosas estos últimos tres días. Lo había ensayado mentalmente, tumbada en el sofá color mostaza a las cuatro de la madrugada: cómo desconectarme, cómo irme a un lugar dentro de mi propia cabeza donde nada pudiera alcanzarme, un cuarto cerrado con llave en lo más hondo de mí donde guardaría lo que quedara mientras el cuerpo cumplía el contrato. Tenía todo un plan para sobrevivir a esta noche.

Lo que no ensayé, en ningún momento, fue esto.

—Has pagado dos millones de dólares —digo, muy despacio, como quien le explica una ecuación sencilla a un niño— para no tocarme.

—Los he pagado.

—¿Y qué es, exactamente, lo que pretendes hacer con eso? —Abro los brazos, señalándome a mí misma, el vestido barato, toda la situación absurda—. Porque te puedo garantizar, con total seguridad, que existen opciones mucho más baratas de no tocar a

mujeres por ahí. La inmensa mayoría, de hecho, son gratis. Podías haberte quedado en casa sin tocarme sin gastarte nada.

Se gira.

Y por primera vez, juro por todo lo sagrado que veo cómo se le mueve la comisura de la boca. No llega a ser una sonrisa. Es el fantasma de una, el borrador de una, pero está ahí.

—Lo que hago con lo que he comprado es asunto mío —dice.

—No. —Doy un paso hacia él, y el miedo ya se ha transformado en otra cosa mientras yo no prestaba atención, se ha vuelto rabia, y la rabia sí sé usarla, la rabia es combustible conocido —. No es solo asunto tuyo, porque «lo que has comprado» soy yo, una persona, con pulso y todo, y he venido hasta aquí esta noche por un motivo muy concreto, y ese motivo no cambia ni un poco solo porque hayas decidido hacerte el caballero misterioso de película. Necesito ese dinero. Hoy. ¿Entiendes lo que significa «hoy»? No mañana, no la semana que viene, no cuando te canses del jueguecito de poder al que estás jugando. Hoy.

Él no parpadea.

Eso me irrita más de lo que debería.

Los hombres suelen reaccionar cuando una mujer levanta la voz. Suelen ofenderse, defenderse, imponerse de forma ruidosa, como si el volumen fuera una prueba de autoridad. Ethan no hace nada de eso. Se queda ahí quieto, ocupando demasiado espacio, demasiado guapo, demasiado peligroso, como si la sala se hubiera construido a su alrededor y todo lo demás, yo incluida, fuera una pieza colocada ahí después.

Sus ojos bajan un segundo hacia mi pelo. No hacia mi escote, no hacia mis piernas, no con aquella hambre sucia que ya le había visto entre el público. Hacia mi pelo.

Los rizos pelirrojos me caen sobre un hombro, sueltos por las prisas, salvajes, encendidos por la luz dorada de la sala como si alguien me hubiera prendido fuego del cuello para abajo.

Su mirada se oscurece.

Solo un poco. Solo lo bastante para que el aire entre nosotros se tense.

—No hagas eso —digo antes de poder contenerme.

—¿El qué?

—Mirarme como si tuvieras algún derecho sobre mí.

Su respuesta llega baja.

—Si creyera que tengo algún derecho, Carmen, lo sabrías.

Mi nombre en su boca es peor de lo que debería. Grave. Lento. Como si hubiera saboreado las sílabas antes de soltarlas.

—¿Eso era para tranquilizarme?

—No. Era para ser sincero.

Da un paso hacia mí.

Uno solo.

Aun así, mi cuerpo entero lo nota. La sala parece de repente más pequeña, el sofá más cerca, la puerta más lejos, mi propia respiración demasiado alta. Se detiene a una distancia perfectamente educada. El problema es que nada en él parece educado. Parece contenido. Y hay una diferencia enorme entre un hombre educado y un hombre peligroso obligándose a permanecer inmóvil.

—No confundas autocontrol con bondad —dice.

—No se me pasaba por la cabeza.

La sombra de aquella casi sonrisa vuelve, mínima y devastadora.

—Lista.

—No me hables como si fuera una niña.

—Pues deja de actuar como si la rabia fuera un plan de combate para esta situación.

Eso da en el blanco.

Cierro la mano en un puño.

—Tú no sabes nada de mí.

—Sé que subiste a aquel escenario temblando por dentro y con la barbilla en alto, como si pudieras vencer a aquellos hombres solo con negarte a bajar la cabeza. Sé que estás muerta de miedo y prefieres atacarme antes que admitirlo. Sé que alguien a quien quieres necesita ese dinero, porque nadie se vende de esa manera por vanidad. —Su voz se vuelve aún más baja—. Y sé que, si cualquier hombre de aquel salón te hubiera puesto la mano encima esta noche, le habría roto esa mano antes de que terminara de respirar.

El silencio que viene después es tan denso que casi tiene peso.

El corazón me da un latido en falso.

Una parte de mí, la parte tonta, cansada, desesperada por cualquier cosa que se parezca a protección, quiere creerle.

La otra parte, la que aprendió pronto que la protección siempre cobra intereses, levanta todos los cuchillos.

—Hablas como si fueras distinto de ellos —digo.

Su rostro se cierra.

—Soy peor que muchos de ellos.

Un escalofrío me sube por los brazos.

—¿Eso también era para tranquilizarme?

—Era para que entendieras el tamaño del problema. —Ladea la cabeza, con los ojos azules clavados en los míos—. No soy un hombre bueno, Carmen. No tengo ningún interés en fingirlo delante de ti. Pero hay una diferencia entre ser peligroso y ser podrido.

—¿Y de qué lado crees que estás?

—¿Esta noche? —Mira hacia la puerta, luego vuelve a mirarme—. Del tuyo.

Lo dice sin ninguna promesa bonita, sin dulzura, sin intentar parecer un salvador. Puede que sea por eso por lo que la frase me atraviesa con tanta fuerza. No siento la seguridad como algo blando. La siento como una pared en la espalda, como una puerta cerrada con llave entre el resto del mundo y yo. Ethan está de pie a dos pasos de distancia, pero su calor parece ocupar el espacio entero, y la parte más cansada de mí, esa que no duerme bien desde hace años, quiere acercarse solo para descubrir si esa sensación es real.

Odio el modo en que esto me remueve.

Odio todavía más el hecho de creerlo, al menos un poco.

—El dinero ya está transferido —continúa, como si no acabara de arrancarme el suelo de debajo de los pies—. Entró en la cuenta que indicaste en el formulario en el instante en que el subastador dio el martillazo. Técnicamente, entró como adelanto de contrato a través de una cuenta de garantía de la casa. Papeleo lo bastante limpio para que el banco no lo bloquee, lo bastante sucio para que ellos finjan que es un negocio. Compruébalo si quieres. Con la lengua afilada que tienes, imagino que no me creerás.

Cojo el móvil con las manos temblando de un modo que odio y que no consigo controlar. Abro la aplicación del banco. Espero a que la pantallita de carga gire con el corazón atascado en la garganta.

Y ahí está.

El saldo que nunca, en toda mi vida, olvidaré haber visto por primera vez.

Siete cifras. Dos millones, como si aquella cantidad fuera normal y la hubieran ingresado por descuido.

La vida de Sloane. Entera. De golpe. Pagada.

Necesito sentarme. Me siento en el sofá de cuero caro sin pedir permiso y me quedo mirando el número en la pantalla, y algo dentro de mi pecho, una cuerda que llevaba tensada hasta el punto de reventar desde hace catorce meses exactos, por fin se afloja, y tengo que apretar los ojos con fuerza y respirar por la boca porque no voy a llorar delante de este hombre.

—¿Por qué? —susurro, cuando consigo volver a confiar en mi propia voz. Levanto los ojos hacia él—. ¿Por qué harías algo así?

Y por primera vez desde que entró en la sala, no tiene una respuesta fría esperando en la punta de la lengua. Me mira, y por un segundo toda esa frialdad parece un abrigo demasiado grande, prestado, que no le sienta bien en los hombros, y veo, o creo ver, en la rendija, algo muy viejo y muy herido moviéndose por debajo de todo.

Luego se acaba. Se cierra de nuevo, se sella, como la puerta de una caja fuerte girando el cierre.

—Recoge tus cosas —dice—. Vas a vivir en mi casa.

—¿Qué?

—Hay un coche esperando abajo, en el garaje de atrás. —Ya se está girando hacia la puerta—. Te vienes conmigo.

—Espera. No. —Me levanto del sofá de un salto—. No voy a vivir a ningún sitio contigo. Si ni siquiera te conozco. Esto lo hice por una noche, no por un cambio de domicilio.

Se detiene.

Muy despacio, gira la cara hacia mí.

—¿Crees que te lo estoy pidiendo?

La frase me atraviesa como una chispa.

—Creo que deberías intentarlo, si no quieres descubrir lo que pasa cuando me pongo a gritar.

Ahora sonríe.

De verdad.

No es una sonrisa que pretenda sonar ligera ni bella, aunque lo sea, por desgracia, bonita. Es corta, oscura y peligrosa, del tipo de sonrisa que no promete cariño. Promete guerra.

—Grita —dice—. He comprado esta sala, esta planta y a la mitad de los hombres que trabajan en la seguridad de este edificio antes incluso de entrar aquí. Nadie va a venir a por ti, a menos que yo lo ordene.

La sangre desaparece de mi cara.

Lo ve. Claro que lo ve.

E inmediatamente la sonrisa se desvanece.

—Esta es la realidad, no una amenaza. —Su voz se vuelve más baja, más dura consigo mismo que conmigo—. Prefiero que entiendas ahora de qué clase de lugar intento sacarte.

—¿Intentando sacarme asustándome hasta la muerte?

—Intentando mantenerte con vida. —Respira hondo y se detiene dos segundos antes de continuar, y su voz es tan tranquila y tan definitiva que me pone la piel de gallina en los brazos enteros—. Acabas de subir a un escenario de la Subasta de las Rosas, organizada por algunos de los hombres más peligrosos de esta ciudad. Tienen tu ficha. Tienen tu cara, ahora que te has quitado la máscara delante de mí, pero sus cámaras te pillaron llegando de todas formas. Y dentro de una hora, cuando salgas sola por aquella puerta, con dos millones de dólares en una cuenta a tu nombre y absolutamente nadie protegiéndote, ¿cuánto tiempo crees, sinceramente, que vas a durar?

Abro la boca. La cierro.

Porque no había pensado en eso. En ningún momento. Había pensado en Sloane, en el dinero, en la noche, en el plan de desconectarme. No había pensado, ni por un segundo, en el después.

—Sé que no me conoces —continúa, y la voz le baja un tono —. Y no espero que confíes en mí. Sería una estupidez por tu parte confiar. No te estoy reteniendo. Vas a quedarte con tu teléfono, vas a hablar con quien quieras. Vas a tener llave, acceso al ascensor y la puerta abierta si decides irte. Solo te digo que, si sales sola esta noche, sin saber quién te está observando, te alcanzarán antes de que hayas recorrido dos manzanas.

—¿Y si digo que no?

Me mira fijamente un segundo demasiado largo.

—Entonces me decepcionarás, porque estaba casi seguro de que eras lista, pero abriré esa puerta, pondré a dos hombres míos detrás de ti sin que te toquen ni un pelo de esa melena roja, me aseguraré de que llegues adonde quieras llegar y después estarás sola.

Se me cierra la garganta.

—Esto sigue pareciendo control.

—Es control. —No aparta la mirada—. Solo que no es sobre ti. Es sobre todo el mundo de esa red podrida que se cree que puede ponerte la mano encima.

Las palabras me entran en un lugar que yo no había autorizado.

Odio esto también.

—En este preciso momento —dice— soy la cosa más segura de esta ciudad para ti. Por muy deprimente que resulte para los dos.

Y que Dios me ayude, porque la parte de mí que lee la mentira en los ojos de los hombres, la parte que mi padre afiló como un cuchillo, mira bien hondo en sus ojos y no encuentra ninguna.

CAPÍTULO OCHO

Carmen

Su casa no es una casa. Es una declaración de patrimonio.

Está en uno de esos edificios donde el portero lleva guantes blancos y el ascensor tiene dentro un banco de terciopelo, como si subir veinte plantas fuera un viaje tan extenuante y peligroso que exigiera la posibilidad de sentarse a mitad de camino. La clase de sitio donde nadie levanta la voz, nadie corre, nadie parece cargar con bolsas de la compra ni con recibos en el bolsillo. Todo es demasiado silencioso, demasiado pulido, demasiado caro. Hasta el aire parece filtrado por el dinero.

Ethan no habla durante la subida.

Se queda a mi lado, inmóvil, una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sujetando el móvil como si el mundo entero cupiera en esa pantalla y él pudiera aplastarlo con el pulgar si quisiera. Veo nuestro reflejo en el metal cepillado de la puerta del ascensor. Él, guapo, alto, impecable. Yo, con el vestido arrugado, los rizos pelirrojos desobedientes, la mochila al hombro y la sensación absurda de haber sido arrancada de una vida y metida en otra sin manual de instrucciones.

El ascensor da una leve sacudida al parar. Nada dramático, nada digno de mención, pero estoy demasiado agotada para fingir equilibrio, y mi cuerpo se inclina medio paso hacia un lado antes de que consiga sujetarme. Su mano aparece en mi codo. Firme. Rápida. Cálida. Me estabiliza y me suelta al instante siguiente, como si el contacto los hubiera quemado a los dos.

—Cuidado —dice.

Es una palabra sencilla, pero sale demasiado baja, demasiado cerca. Miro sus dedos volviendo al bolsillo del pantalón y odio darme cuenta de que, durante medio segundo, quise que se quedaran.

El ático entero es suyo. Ventanas del suelo al techo con todo Chicago arrodillado a sus pies, y una decoración tan fría, tan perfecta, tan impersonal que parece el showroom de una tienda de muebles caros. Nada fuera de lugar. Nada torcido. Nada personal. Ninguna foto en la pared, ningún portarretratos en la estantería, ningún zapato olvidado en un rincón, ninguna señal de que un ser humano de verdad, con vísceras e historia, duerma aquí.

—Acogedor —digo, soltando la mochila en mitad del mármol impecable del recibidor.

Mi mochila raída, con el llavero de poni de plástico que Sloane me regaló de broma por mi veinte cumpleaños, parece un animal atropellado sobre ese suelo de revista.

—Como la recepción de un banco suizo. O un tanatorio muy, muy pijo.

—Vas a dormir en el cuarto de invitados —dice, ignorando por completo mi comentario, lo cual ya estoy aprendiendo que es su estrategia habitual—. Segunda puerta del pasillo este. Tiene baño propio. Hay ropa en el armario, de tu talla.

Me paro en mitad del recibidor.

—Ropa de mi talla.

—Mandé que la prepararan.

—Mandaste que prepararan ropa de mi talla. —Me cruzo de brazos y lo miro fijamente—. ¿Eres consciente de que esto es, clínicamente, espeluznante, no? Nos conocemos desde hace dos horas. Hace una hora todavía llevaba máscara. ¿Cómo sabes, exactamente, mi talla?

—De la misma forma que sé todo lo demás. —Se quita la chaqueta y la echa sobre el brazo de un sofá que sospecho que jamás se ha usado para lo que sirve un sofá—. Le pregunto a alguien, y ese alguien lo averigua.

—Qué reconfortante. Dormir tranquila esta noche va a ser pan comido.

—Carmen.

—Ethan. —Imito su tono grave y serio, y tengo la satisfacción mínima y mezquina de ver cómo su ceja sube un único milímetro—. Te agradezco el cuarto y la ropa espeluznante de psicópata ordenado, de verdad. Pero necesito entender qué es todo esto. Me compraste. Decidiste que no vas a tocarme. Me trajiste a tu casa-tanatorio de lujo en plena madrugada. ¿Qué soy yo en esta historia, exactamente? ¿Invitada? ¿Rehén? ¿Planta decorativa? Porque ya tengo un trabajo cuidando plantas decorativas, y allí por lo menos me pagan por horas.

Me estudia durante un momento largo.

Demasiado largo.

Su mirada no es invasiva, y quizá eso sea lo que lo vuelve todo más inquietante. No parece estar intentando desnudarme con los ojos. Parece estar intentando entender qué clase de daño escondo bajo la piel. Como si yo fuera un problema que sí ha comprado, pero aún no supiera si debería guardarlo, arreglarlo o destruir a quien me puso en sus manos.

—Hablas demasiado cuando tienes miedo —dice.

Me río sin humor.

—Y tú hablas demasiado poco para alguien que secuestra mujeres con tanta elegancia.

—No te he secuestrado.

—¿No? Porque estoy en el ático de un multimillonario, de madrugada, después de una subasta clandestina, oyendo que hay ropa de mi talla dentro de un cuarto de invitados. Si esto no es un secuestro, los ricos necesitáis actualizar el vocabulario urgentemente.

Algo casi divertido cruza su cara, pero no se queda.

—Puedes irte.

—Ya lo has dicho.

—Lo digo otra vez, más claro ahora: la puerta está ahí.

Miro la puerta. Luego a él.

—¿Y si la cruzo?

—Mando a dos de seguridad que te sigan a una distancia respetuosa hasta donde quieras ir —repite lo que me dijo antes.

—Eso no es libertad.

—No. —La respuesta llega sin adornos—. Es supervivencia.

El silencio después de eso comprime el aire.

Entonces, en vez de seguir discutiendo, hace algo que no me esperaba: va hasta un escritorio de madera oscura en un rincón del salón, abre un cajón y saca una carpeta. Cruza el mármol y me la tiende.

—¿Qué es esto?

—Un contrato.

La cojo. La abro.

Es gruesa. Tiene cláusulas, párrafos, subpárrafos, jerga jurídica que apenas comprendo, pero el encabezado de la primera

página es lo bastante claro, en mayúsculas y en negrita:

CONTRATO DE PRESTACIÓN DE SERVICIOS COMO ASISTENTE PERSONAL Y ACOMPAÑANTE SOCIAL.

—Me estás contratando —digo, levantando la vista de la carpeta.

—Para el mundo de ahí fuera —dice—, eres la mujer que compré. Es así, y solo así, como esa gente entiende las cosas. Una posesión. Un artículo adquirido. Si mañana por la mañana simplemente te suelto, se preguntarán por qué. Y cuando un hombre como yo hace algo que no encaja con el personaje que llevo tres años construyendo, esos hombres se dan cuenta. Viven para fijarse en las debilidades de los demás. —Señala con la barbilla la carpeta que tengo en las manos—. Este contrato te convierte en otra cosa a sus ojos. Sobre el papel, y para cualquiera que pregunte, trabajas para mí. Se te ingresa un sueldo todos los meses. Tienes un motivo legítimo y documentado para vivir aquí. Y nadie, en su sano juicio, va a tocar lo que me pertenece.

—Lo que te pertenece —repito, y no sabría decir si estoy más irritada o más intrigada por la elección de palabras.

—Es como piensan ellos. No es como pienso yo.

—Lo dices como si la diferencia fuera obvia.

—Para mí lo es.

—Para mí, sigues siendo el hombre que pagó dos millones de dólares por mí hace menos de tres horas sin ningún motivo.

No aparta la mirada.

—Lo sé.

La respuesta, demasiado simple, me desarma un segundo. Quería que discutiera, que se justificara, que intentara parecer

noble. Pero Ethan no parece interesado en parecer nada. Se queda ahí, demasiado grande dentro de su propio salón perfecto, con los ojos fríos clavados en mis rizos rojos un instante antes de volver a mi cara.

—No voy a tocarte, y nadie más lo hará. Ese es el trato completo, Carmen. No hay letra pequeña escondida. Te quedas aquí, a salvo, haces el papel de asistente cuando necesite una delante de la gente adecuada, y cuando todo esto acabe, te vas con el dinero que ya es tuyo. Es solo eso. Principio, medio y fin.

—¿Y si quiero irme de aquí? —pregunto—. No mañana, no cuando tú decidas que es seguro. ¿Si quiero irme ahora?

—Es la tercera vez que te respondo a eso, Carmen. No me hagas pensar que subestimé tu inteligencia —responde sin pausa, y precisamente la falta de pausa me desarma un poco.

Lo miro demasiado rato.

—¿Siempre hablas como si estuvieras dando órdenes?

—Casi siempre las estoy dando.

—Qué sorpresa.

—Pero ahora no.

—¿No?

—Ahora estoy ofreciendo la mejor opción dentro de una situación pésima.

La carpeta pesa en mis manos más de lo que debería pesar el papel.

Miro la última página. Hay una línea en blanco para mi firma, con mi nombre completo ya escrito debajo. Carmen Violet Pembroke. El registro de la subasta. Claro. Me obligaron a rellenarlo

todo allí, a la entrada, documento en mano, y ahora mi nombre verdadero aparece en el contrato de este hombre como si nunca hubiera llevado máscara alguna. Como si el anonimato hubiera sido solo otra mentira que me vendieron junto con la rosa.

Y hay una cláusula, cerca del final, que releo tres veces seguidas porque no estoy segura de haberla entendido bien.

—«La contratada deberá acudir a eventos sociales como acompañante del contratante siempre que se le solicite» —leo en voz alta, despacio—. ¿Qué eventos?

Algo se endurece visiblemente en su mandíbula.

Es pequeño. Casi nada. Pero en ese salón perfecto, en esa cara demasiado controlada, parece una alarma.

—Los que importan —dice—. Los mismos donde estuviste esta noche. Con la misma gente.

La carpeta se me resbala un poco entre los dedos.

—¿Quieres volver a llevarme cerca de ellos?

—Quiero que ellos crean que estás exactamente donde deberías estar.

—Contigo.

—Conmigo.

La forma en que lo dice no es suave. No es romántica. No es una promesa bonita.

Es una barricada.

Y el frío que me baja por la espina dorsal, lento y completo, me dice con toda la claridad del mundo que este contrato es mucho, mucho más de lo que me está contando.

CAPÍTULO NUEVE

Carmen

Firmo.

Claro que firmo. ¿Qué otra cosa iba a hacer? El dinero ya está en la cuenta, Sloane empieza la preparación para el CAR-T el lunes, y este hombre es, por sus propias palabras, la cosa más segura en una ciudad que de repente se ha vuelto mucho más peligrosa de lo que mis cálculos de madrugada habían previsto.

Pero firmo con su pluma pesada, sobre su mármol frío, y pienso: mi padre debe de estar revolviéndose en la tumba justo en este momento.

Una deuda es una correa, bambina.

Bueno, papá. Es una correa de dos millones de dólares, así que al menos tu hija no se ha vendido barata. Al menos eso. Siempre me dijiste que no aceptara menos de lo que valgo, y me tomé el consejo bien al pie de la letra.

Ethan coge el contrato después, comprueba la firma con una mirada rápida y guarda la carpeta como si aquello fuera solo una transacción más, un documento más entre tantos otros que debe de firmar cada día sin sentir nada. Pero yo lo siento. Siento el peso de la tinta secándose en el papel, siento mi letra atrapada ahí debajo, siento lo absurdo de haber puesto mi nombre completo en una vida que no reconozco.

—¿Ya está? —pregunto.

—De momento.

—Es una respuesta pésima.

—Es la única honesta.

Odio que parezca preferir la verdad incluso cuando no ayuda en nada.

Cuando me voy a la habitación de invitados, que es más grande que mi piso entero, salón, cocina y baño sumados, y tiene unas sábanas tan suaves que sospecho seriamente que cuestan más que mi sueldo de un mes, llamo a Sloane.

Tardo tres intentos antes de pulsar «llamar». En el primero, se me traba el dedo. En el segundo, casi cuelgo antes incluso de completar la llamada. En el tercero, me acuerdo del saldo en la cuenta, me acuerdo del doctor Adeyemi diciendo seis semanas, me acuerdo de la mano caliente de Sloane sobre la mía, y pulso.

—Son las once de la noche —contesta, con la voz blanda de sueño y la indignación intacta—. Tú nunca llamas a las once de la noche. ¿Te has muerto? ¿Me estás llamando desde el más allá? Porque si eres un fantasma, quiero que sepas que me prometiste dejarme tus auriculares buenos.

—Estoy viva. Y los auriculares siguen siendo míos. Tengo una novedad.

—Si es mala, guárdatela para mañana. Estoy oficialmente sin energía para noticias malas hoy. Ya he cubierto el cupo.

—Es buena. —Cierro los ojos, apoyada en el cabecero acolchado que parece una nube—. El CAR-T. El protocolo del doctor Adeyemi. Empiezas la preparación el lunes.

Silencio al otro lado de la línea.

Un silencio largo, distinto de sus silencios normales.

—Carmen. —Su voz cambia, pierde el sueño de golpe, se vuelve pequeña, vuelve a tener ocho años—. ¿Cómo?

—He conseguido un trabajo nuevo. Muy bien pagado. Trabajo de asistente, para un tío rico, plasta y mandón.

No es exactamente una mentira. Es una versión de la verdad recortada al tamaño exacto que ella puede cargar sin hacerse daño. Me he vuelto una experta en recortar la verdad al tamaño de los demás.

—¿Cómo de rico? —pregunta, y oigo la desconfianza empezando a formarse, porque es demasiado lista, siempre lo ha sido.

—Del tipo que su ascensor tiene un banco.

—¿Para sentarse?

—Para sentarse.

—Qué ridículo.

Pero ahora se está riendo, oigo la sonrisa en su voz, y el sonido me reconstruye por dentro trozo a trozo, como pegamento secándose.

—Carmen. En serio ahora. ¿Es verdad esto? ¿No es una broma, no es una estafa, no has firmado nada que te vaya a joder? Porque si has hecho alguna locura enorme por mi culpa…

—Es un empleo. Un buen empleo. Deja de inventarte dramas y de desconfiar de todo, eso lo has sacado de mamá.

—Golpe bajo, ¿eh?

—Pero ha funcionado, has dejado de preguntar. —Sonrío en la oscuridad, aunque ella no pueda verme—. Duérmete. Te quiero. El lunes empiezas y yo voy a estar ahí a tu lado cuando empiece, te cojo la mano y todo.

—¿Vas a llorar?

—Claro que no.

—Mentirosa.

—Profesional.

Se queda callada un instante, y cuando vuelve a hablar, la voz le sale más fina.

—Tenía miedo de que no diera tiempo.

La frase me atraviesa tan limpia que casi no duele en el momento. El dolor viene después, con retraso, abriéndose hueco entre las costillas.

—Va a dar tiempo —digo, metiendo en la voz toda la firmeza que no tengo—. ¿Me estás oyendo? Va a dar tiempo.

—Te quiero, plasta mentirosa. —Una pausa pequeña—. Gracias. Por lo que hayas hecho. Sé que has hecho algo.

Cuelga antes de que necesite responder, lo cual está bien, porque ya no habría tenido una respuesta que cupiera en su tamaño.

Me quedo un rato tumbada en la oscuridad, mirando el techo de esta habitación, sin manchas de humedad, me doy cuenta en el momento.

El silencio de aquí es distinto del silencio de mi piso. Allí siempre hay una tubería golpeando, un vecino tosiendo, una sirena a lo lejos, el crujido del sofá quejándose de mi existencia. Aquí nada cruje. Nada se filtra. Nada delata vida. Es un silencio caro, acolchado, que parece tragarse cualquier sonido antes de que tenga permiso para molestar.

Cuando el sueño no llega, porque el sueño nunca llega, intento hacer lo que siempre hago: contar, pero no hay nada que

contar en esta habitación y a estas horas casi echo de menos las manchas de humedad de mi piso.

Me levanto.

Camino.

El ático está en silencio absoluto. Ethan desapareció hace horas tras una puerta en el extremo opuesto del pasillo. Camino descalza sobre el mármol frío, que me hiela la planta de los pies, paso por la cocina que parece no haber visto nunca romperse un huevo, por el salón-escaparate con sus sofás de mentira, y llego a un pasillo que aún no había explorado.

Al fondo, una puerta.

Cerrada.

Y por debajo, una fina rendija de luz amarilla.

Sé que no debo. Lo sé, con cada célula de mi cuerpo, que lo sensato y educado es dar media vuelta e irme a dormir, pero soy, según el testimonio unánime de todos los que me han conocido en la vida, fundamentalmente incapaz de ignorar una puerta cerrada con luz encendida debajo.

Me acerco, con mucho sigilo.

La puerta está solo entornada, no cerrada con llave, y cede con un toque leve de mis dedos.

Es un despacho.

Y esta habitación, a diferencia de toda la casa-depósito de cadáveres, es humana. Libros de verdad gastados en las estanterías, de los que se han leído y releído, con los lomos arrugados. Un sillón de cuero ajado por el uso, moldeado por años de un cuerpo. Un olor leve a papel viejo y a whisky. Hay una manta tirada de cualquier manera en el brazo del sillón, un vaso olvidado por la mitad sobre

una mesita auxiliar, papeles amontonados sin la perfección quirúrgica del resto de la casa. Por primera vez desde que entré en este ático, veo una grieta en el escaparate.

Y en el escritorio, colocada de frente a la silla, como si la mirase todos los santos días al sentarse, un marco de plata.

Una fotografía.

Una mujer joven. Pelo oscuro, igual que el suyo. Ojos que podrían ser los suyos, pero tristes de una manera que los suyos aprendieron, con mucho entrenamiento, a esconder del mundo. No está sonriendo del todo en la foto. Es la sonrisa de quien ha recibido la orden de sonreír, la sonrisa que no llega a los ojos, la sonrisa que reconozco porque yo misma la puse encima de un escenario hace apenas unas horas.

Hay algo en su cara que me hace un nudo en la garganta.

No es solo tristeza. Es ausencia. Como si una parte de ella se la hubieran llevado antes de que sacaran la foto y nadie, ni siquiera quien sujetaba la cámara, se hubiera dado cuenta.

Cojo el marco sin pensar, atraída.

El metal está frío contra mis dedos.

Y es exactamente en ese momento cuando su voz suena detrás de mí, baja y cortante como una navaja que nadie ha visto salir de la funda:

—Suelta eso.

CAPÍTULO DIEZ

Ethan

Debería haber cerrado la puerta con llave.

En treinta y seis años, nadie ha entrado en este despacho sin mí. Ni el personal de limpieza. Regla absoluta. Pocas horas después de traerla aquí, Carmen está en el centro de la habitación, sosteniendo la única cosa de este piso que importa.

Ella se gira, con el marco en las manos, y yo espero que se disculpe. Que suelte la foto de inmediato. Que retroceda, balbucee algo, huya de la habitación como haría cualquier persona en su sano juicio ante el tono de voz que acabo de usar, un tono que hace que ejecutivos curtidos se encojan en las salas de reuniones.

Carmen Pembroke no retrocede.

La luz de la lámpara le prende en el pelo, transformando los rizos en un color de brasa contra la madera oscura del despacho, y por un instante absurdo pienso que parece la única cosa viva en esta habitación de muertos. Debería parecer pequeña, fuera de lugar, asustada. No lo parece. Parece peligrosa de una manera distinta, no porque pueda hacerme daño con la fuerza, sino porque mira adonde nadie mira y no finge no ver.

—¿Quién es ella? —pregunta.

—Suelta. Eso.

—Voy a soltarlo. —No lo suelta. Me mira a mí y luego a la foto, y de la foto vuelve a mirarme, y esos ojos oscuros me diseccionan de una manera que desde luego no he autorizado, abriendo capas—. Pero nadie reacciona así ante una foto cualquiera. Nadie usa ese tono por un portarretratos decorativo. Se reacciona

así ante una foto que importa. Ante una foto que duele. ¿Quién es ella?

—No es asunto tuyo.

—Casi nada en esta casa es asunto mío —replica, sin retroceder ni un milímetro—. La casa no lo es. La ropa exactamente de mi talla no lo es. El contrato con esa cláusula siniestra sobre eventos no lo es. Pero ahora vivo aquí, oficialmente, he firmado el papel y todo, así que perdóname si estoy intentando entender con qué clase de hombre acabo de compartir techo. —Por fin vuelve a dejar el marco sobre la mesa, con un cuidado casi delicado, girado de nuevo hacia la silla, exactamente en el ángulo en que estaba, como si se hubiera aprendido la posición de memoria—. Reconozco esa cara.

Se me hiela la sangre en las venas.

—¿Cómo que la reconoces? —La frase me sale más dura de lo que pretendía.

—A la persona no. —Me mira a los ojos—. Nunca he visto a esa mujer en mi vida. Reconozco la expresión. Yo he puesto esa cara exacta. Es la cara de quien sonríe porque le han mandado sonreír, en un sitio donde no ha elegido estar, en un momento que querría que acabase cuanto antes. —Traga saliva, y la voz pierde un poco de su filo cortante—. He puesto esa cara esta noche. Encima de un escenario, con una luz en la cara y una rosa roja prendida en el pecho.

Y es eso lo que me desmonta por dentro. No la invasión del despacho. No la terquedad de no soltar la foto. Es el hecho de que ha mirado la cara de mi madre a los dieciséis años y ha visto, en tres segundos, a oscuras, lo que nadie, ni Vivienne, ni Declan, ni ninguno de mis hermanos, ha visto nunca de inmediato: la verdad desnuda por debajo de la sonrisa.

Me quedo callado demasiado tiempo. Carmen lo nota. Ella lo nota todo, ya lo estoy aprendiendo a un coste alarmante para mi paz mental, y, por una vez, no llena el silencio con sarcasmo. Solo espera, plantada ahí, descalza en mi despacho, dándome espacio.

—Ya ha muerto —digo, por fin. Y no sé por qué lo digo. Yo no hablo de mi madre. Con nadie. Desde hace años—. Hace mucho tiempo.

—Lo siento.

—No hace falta que lo sientas.

—Ya sé que no hace falta. Lo he dicho porque es verdad. —Se cruza de brazos, pero el gesto ha perdido toda la hostilidad de antes. Ahora es solo una mujer protegiéndose del frío de una habitación, o del peso de una conversación—. Yo también he perdido a gente que importaba. Sé la diferencia entre el «lo siento» automático de velatorio y el de verdad. El mío ha sido del segundo tipo.

Debería mandarla salir ahora mismo. Debería reconstruir el muro ladrillo a ladrillo, cerrar la puerta con llave dejándola fuera, y recordarme a mí mismo, con firmeza, que esta mujer es una complicación imprevista que no puedo, bajo ningún concepto, permitirme el lujo de tener suelta en medio de la operación más importante y más peligrosa de toda mi vida.

En vez de eso, me quedo ahí plantado, en el despacho donde no entra nadie, mirando a una desconocida descalza que acaba de ver a través de mí como si estuviera hecho de cristal.

—Vete a dormir, Carmen —digo, y la aspereza que intento forzar en la voz me sale gastada, sin filo—. Es tarde. Descansa.

Ella va hacia la puerta. Se detiene y mira hacia atrás, por encima del hombro.

—Por cierto —dice—. No voy a poder dormir. Nunca lo consigo, es una condición crónica. Así que si oyes ruido de alguien andando descalza por tu casa-necrocomio a las cuatro de la madrugada, tú tranquilo, soy solo yo haciendo la ronda. No dispares.

Y sale, dejándome solo con la foto de mi madre y con la sensación extremadamente incómoda, casi física, de que acabo de cometer un error mucho mayor que pujar dos millones de dólares en una subasta.

El móvil me vibra sobre el escritorio. Declan.

—Ya son las doce y media —dice, en cuanto contesto, sin saludar—. Estoy esperando, pacientemente, a que me expliques qué ha pasado hoy, desde el momento en que me colgaste el teléfono en las narices dentro del coche. Y no me vengas con «luego hablamos», Ethan, porque acabo de gastarme tres años enteros de mi vida en esta operación a tu lado, renunciando a un montón de cosas, y hoy, de la nada, has comprado a una chica por dos millones de dólares delante de Conrad Hitchmore y de media red de trata. Así que. Por qué.

—Sé lo que he hecho.

—Eso no responde a la pregunta. —La voz pierde la broma del todo—. En serio, hermano. ¿Por qué?

Miro el marco de plata. La cara de mi madre a los dieciséis años, sonriendo por obligación.

El reloj en la muñeca me pesa cuando cierro la mano. Un regalo de Lawrence Van Alen, mi padre, en mi decimoctavo cumpleaños. «Para que aprendas que el tiempo es un arma», dijo.

—Porque tenía la misma cara —digo, en voz baja.

Al otro lado de la línea, Declan se queda callado. Me conoce desde los diecisiete años. Estuvo en el entierro. Sabe exactamente

de qué cara estoy hablando, y exactamente lo que significa para mí.

—Ay, Ethan —dice, por fin, y el peso en la voz dice todo lo que hace falta decir—. Tío, menudo pozo en el que te acabas de meter.

—Pero hay una cosa más —dice Declan.

Cierro los ojos y me aprieto el puente de la nariz.

—Hitchmore —continúa—. No ha soltado la presa. Anda preguntando por ella. Por la chica de la subasta. Por la que se le escapó de las manos.

—Un hombre como Hitchmore no pierde algo que ha decidido que era suyo y simplemente lo olvida. —Miro hacia la puerta por la que Carmen acaba de salir, oyendo todavía el eco de sus pasos descalzos en el pasillo—. La he comprado delante de él, delante de toda la red. Y eso, para un hombre como ese, no me convierte en dueño. Me convierte en ladrón. Se ha convertido en un objetivo en el instante en que levanté aquella paleta, Declan. Y ahora está bajo mi techo, bajo mi responsabilidad, y tengo que mantenerla lejos de su alcance hasta que lo derribemos todo.

CAPÍTULO ONCE

Carmen

Me despierto a las cinco de la mañana en una habitación que no es la mía, en una cama demasiado mullida para ser real, y durante tres segundos no sé dónde estoy. Después lo recuerdo todo de golpe: el escenario, la rosa roja prendida al pecho, la voz de los quinientos mil, el hombre de ojos de hielo que pagó dos millones y me trajo a un ático que parece un depósito de cadáveres caro. Y lo primero que sale de mi boca, antes incluso del café, antes de cualquier otra cosa, es su nombre.

Sloane.

No he venido a dormir entre sábanas de seda mientras mi hermana se despierta sola en una habitación de hospital sin saber si estoy viva. No fue por eso por lo que me subí a aquel escenario. Me subí a aquel escenario por ella, y ahora que el dinero ha caído, ahora que el tratamiento está pagado, lo único que quiero en el mundo es ver su cara.

Me pongo mi propia ropa, la ropa raída que traje en la mochila, no las cosas caras del vestidor. Me recojo los rizos pelirrojos de cualquier manera, me calzo una zapatilla y cruzo el pasillo de mármol con la otra en la mano, lista para escabullirme si hace falta. Me encuentro a Ethan en la cocina a las cinco y media de la mañana, ya con traje, ya con la expresión de quien ha dormido tres horas y considera eso una extravagancia vergonzosa. Sostiene una taza de café como si fuera una decisión estratégica, y el móvil está al lado, iluminado con demasiados mensajes para alguien que no debería estar vivo hasta después de las seis.

—Necesito ver a mi hermana —digo, sin rodeos—. Ahora. Hoy. Por la mañana.

Él levanta los ojos del café, y veo empezar el cálculo detrás de aquel azul frío antes incluso de que abra la boca.

—Es demasiado pronto.

—¿Para una visita al hospital?

—Para que salgas como si lo de anoche no hubiera pasado. —La voz le sale baja, controlada, peligrosa sin esfuerzo—. Te subiste a un escenario delante de media red criminal. Tienen tu cara, tu nombre falso, tu ficha, y probablemente ya están intentando averiguar cuánta de la verdad sobre ti todavía no han comprado. Un hospital es una dirección fija, previsible, repetida. Que vayas allí al día siguiente, sola, es el tipo de estupidez que les facilita el trabajo a unos hombres a los que prefiero no facilitárselo.

—No he preguntado si era seguro. —Me cruzo de brazos—. He avisado de lo que voy a hacer.

—Carmen.

—Ethan. —Imito su tono grave, y tengo la pequeña satisfacción de ver cómo se le tensa la mandíbula—. Hice lo que hice anoche por una sola persona en todo el mundo. Una. Hace poco más de seis horas que no hablo con ella, no tiene ni idea de dónde estoy, y si crees que un contrato, dos millones de dólares o un ático con un ascensor que tiene banco van a impedirme ver a mi hermana esta mañana, entonces compraste a la mujer equivocada en la subasta.

El silencio de la cocina se vuelve denso y cortante. Ethan me sostiene la mirada durante demasiado tiempo, y yo me preparo para pelear. Para gritar. Para lanzar la primera cosa pesada que encuentre en aquella encimera impecable, probablemente una cafetera automática importada de algún país donde hasta los electrodomésticos parecen juzgar a la gente pobre.

Él suelta la taza, coge la americana del respaldo de la silla y saca las llaves del bolsillo.

—Conduzco yo.

Parpadeo.

—¿Cómo dices?

—Me has oído. —Pasa por mi lado en dirección a la puerta, alto, impecable e irritantemente seguro de sí mismo—. Vas al hospital. Yo voy contigo.

—No he pedido permiso.

—Excelente. No he dado permiso. He resuelto la logística.

—Esa es una palabra muy bonita para decir control.

Él se para en la puerta y mira por encima del hombro.

—Control sería que mandara bloquear el ascensor. Logística es que me asegure de que llegues allí viva, veas a tu hermana y vuelvas entera para odiarme con energía renovada. Elige la versión menos idiota de la mañana, Carmen. El día apenas ha empezado.

Odio el hecho de estar a punto de sonreír.

Casi.

—¿Siempre eres así por la mañana?

—¿Así cómo?

—Insoportable con traje caro.

—Solo cuando alguien intenta convertir una visita al hospital en una misión suicida antes del café.

—Iba a coger un taxi.

—Tu plan se ha frustrado. Ahórrate el drama y entra en el coche.

—¿Tienes idea de lo arrogante que suenas?

Lo sigo hasta el ascensor, que abre con un botón y, para mi sorpresa, nos lleva directamente a un garaje privado del edificio. Al llegar al coche, me abre la puerta, y la comisura de su boca se mueve justo lo suficiente para irritarme en lugares concretos del cuerpo que yo no he autorizado.

—La tengo. Me esfuerzo.

Y no sé qué hacer con este hombre frío y mandón que, en vez de prohibírmelo, simplemente reorganizó el mundo en torno a mi decisión como si fuera dueño de todas las rutas de Chicago. Así que hago lo único que sé hacer cuando alguien me desarma: me quejo.

—Vas a espantar a todo el mundo del hospital con esa cara. Van a pensar que eres de la mafia.

—La mafia tiene menos abogados.

—Eso no ha sido una negativa.

—No suelo malgastar mentiras antes de las seis.

Me sostiene la puerta abierta, y el gesto es demasiado simple para ser íntimo, demasiado educado para ser una amenaza, pero en él todo parece llevar una segunda capa. Como si cada gentileza viniera con acero por debajo.

Paso por su lado sin darle las gracias.

O lo intento.

Su brazo se alza un poco, no para cerrarme el paso, solo para impedir que me choque contra el lateral de la puerta mientras meto el pie en la zapatilla. Su mano no me toca la cintura. Se para a pocos centímetros. Aun así, mi cuerpo percibe su calor como si me hubiera rozado.

Ethan se da cuenta de que yo me he dado cuenta.

Claro que se da cuenta.

Sus ojos bajan medio segundo hacia mis rizos recogidos de cualquier manera, y luego vuelven a mi cara.

—Luego resolvemos el hecho de que salgas de mi casa con un pie calzado y el otro no.

—Tu casa tiene problemas mayores que mi pie.

—Estoy de acuerdo. De momento, el mayor de ellos está discutiendo conmigo en el pasillo.

—¿Me estás llamando problema?

—Te estoy llamando riesgo activo.

—Vaya. Casi romántico.

Su mirada se oscurece, solo un poco.

—Si ahora mismo fuera romántico contigo, Carmen, ninguno de los dos llegaría al hospital.

El aire parece abandonar el pasillo.

O quizá solo abandone mis pulmones.

Él se gira antes de que me dé tiempo a responder, y me quedo mirándole la espalda ancha un segundo más de lo que debería, odiando el modo en que una frase dicha en voz baja, sin ninguna promesa, consigue alcanzarme más que cualquier halago bonito.

El Saint Brigid por la mañana huele a antiséptico y a café malo de máquina, y es el olor más reconfortante del mundo para mí, porque es el olor del lugar donde Sloane está viva.

Ethan aparca en la entrada lateral, no en la principal. Me fijo en eso. Me fijo también en el coche negro parado media manzana

más atrás, en el hombre cerca del quiosco de periódicos que finge mirar el móvil, en la forma en que Ethan lo ve todo sin girar la cabeza. Se mueve como si el mundo entero fuera un tablero que ya se ha memorizado, y todos en él fueran una pieza con una utilidad, una amenaza o una fecha de caducidad.

—Has traído seguridad —digo, cuando cruzamos la puerta automática.

—Claro.

—¿Claro?

—¿Pensabas que estaba de broma anoche cuando dije que irían a por ti?

—Pensé que a lo mejor habías exagerado para asustarme.

—No exagero para asustar. Soy mucho más eficiente cuando digo la verdad.

—Qué cualidad tan encantadora.

—Tengo varias, solo que estás decidida a ignorarlas.

—La humildad no es una de ellas.

—La humildad está sobrevalorada por gente que no tiene resultados para compensar su falta.

Me paro en mitad del pasillo y lo miro, porque aquello fue tan absurdo, tan arrogante y tan perfectamente dicho que por un segundo me olvido de estar nerviosa.

Ethan se para también.

—¿Qué?

—Nada. Solo intento decidir si eres insoportable a propósito o si naciste así.

—Las dos cosas. Vamos.

No me pone la mano encima para meterme prisa. Solo inclina la cabeza en dirección al pasillo, como si el edificio entero, incluidos pacientes, enfermeras, médicos y ascensores, hubiera recibido órdenes silenciosas de apartarse.

Y lo peor es que casi funciona.

Él se para fuera de la habitación de Sloane. La escena es absurda: este hombre con un traje de diez mil dólares, de pie entre una silla de plástico naranja y un tablón de avisos sobre el lavado de manos, con las manos en los bolsillos y la expresión de quien podría comprar el hospital o cerrar el hospital, según el humor. Las enfermeras lo miran. Una paciente en bata lo mira. Un médico pasa, mira, se lo piensa mejor y se desvía. Ethan no mira a nadie. Solo se queda ahí, de centinela, como si el pasillo entero fuera un perímetro bajo su responsabilidad personal.

—¿No vas a entrar? —pregunto, con la mano en el pomo.

—No sin invitación.

La respuesta es tan simple que me pilla desprevenida.

—Pensaba que eras del tipo que entra donde quiere.

—Lo soy. —Me sostiene la mirada—. Por eso significa algo cuando elijo no entrar.

La frase entra en mí despacio.

También odio eso.

Entro en la habitación antes de que vea demasiado en mi cara.

Sloane está sentada en la cama con la tablet en el regazo y un pañuelo de colores cubriéndole la cabeza. Cuando levanta los

ojos y me ve, su expresión pasa del aburrimiento al alivio y después a la sospecha en dos segundos cronometrados.

—Anoche me dijiste que habías conseguido un trabajo y luego desapareciste. No respondiste a mis mensajes. Tú nunca haces eso. Empecé a pensar que te habían secuestrado o, peor, que te habías ido a una fiesta sin mí. —Me estudia con los ojos entornados—. Y llevas la ropa de ayer. Carmen Pembroke. ¿Has dormido fuera?

—Sí. En casa de mi jefe. Lo sé, lo siento. Todo se complicó y no quería despertarte otra vez.

Sloane me estudia con la misma sospecha que ya oí en su voz durante la llamada, como si esperara que la verdad recortada se desplegara sola delante de ella.

—Todavía quiero saber qué clase de trabajo paga tanto de la noche a la mañana.

—Y yo quiero que te comas el desayuno sin organizar un interrogatorio.

—Puedo hacer las dos cosas.

Abre la boca para insistir, pero algo al otro lado de la puerta le llama la atención. Mira por encima de mi hombro, a través de la ventanilla de cristal, y se queda inmóvil.

—Carmen. Hay un hombre en el pasillo mirando hacia aquí como si fuera a hacer explotar el hospital. De traje. ¿Está contigo?

Miro.

Ethan está fuera, mirando la puerta de la habitación, no exactamente a mí, no exactamente a Sloane. Hay algo en su cara que no consigo leer desde lejos, una mezcla de vigilancia y otra cosa más honda, más callada. Parece demasiado grande para aquel pasillo, demasiado peligroso para aquel sitio lleno de niños enfermos

y pegatinas de colores en las paredes, y aun así no invade. No fuerza. Solo guarda.

—Es el jefe —digo—. Me ha traído.

—El jefe te ha traído al hospital y está montando guardia en la puerta a las seis de la mañana. —Sloane vuelve los ojos hacia mí, y su astucia de quince años lo atraviesa todo—. Carmen. ¿Qué tipo de trabajo es este?

—Del tipo que paga tu tratamiento —digo, apretándole la mano—. Del tipo que hace que te pongas buena. Es lo único que importa, ¿vale? Es lo único.

Ella me mira un largo momento y, por primera vez en la vida, decide no hurgar. En vez de eso, me devuelve el apretón.

—Vale —dice, bajito. Después, más alto, recuperando el veneno—: Pero si es un capullo, quiero saberlo. Puede que lleve pañuelo y esté postrada en una cama, pero todavía sé intimidar a un hombre de traje. Solo tienes que traérmelo aquí.

—Si apenas tienes fuerza para abrir el envase de la gelatina.

—La intimidación es una energía espiritual, Carmen. No física.

—Claro. Lo apuntaré en el historial.

Ella vuelve a mirar la puerta.

—Está mirando otra vez.

—Él mira todo de esa manera.

—No. —Sloane inclina la cabeza, curiosa—. A ti es diferente.

—Estás colocada de la medicación.

—Y aun así soy más perceptiva que tú.

—Cómete la gelatina.

—Esa es la frase de quien ha perdido la discusión.

Me quedo con ella casi una hora. Le hablo del tratamiento, de los médicos, del dinero que ya está garantizado. No hablo del escenario. No hablo de la subasta. No hablo del viejo de los quinientos mil, ni de la mano de Ethan flotando cerca de mi cintura, ni de la sensación peligrosa de tenerlo al otro lado de la puerta como si el mundo entero pudiera derrumbarse y, aun así, algo entre la ruina y yo siguiera en pie.

Cuando salgo, Ethan está en el mismo sitio.

Exactamente en el mismo sitio.

—Quiere intimidarte —le aviso.

—Puede intentarlo.

—No te estás tomando en serio la amenaza.

—Sí. Por eso me he quedado fuera.

Apoyo la cadera en la pared.

Su cara sigue seria.

—¿Eso ha sido una broma?

—Una observación estratégica.

—Vaya. Cuidado. Dos más de esas y te conviertes en una persona.

La comisura de su boca casi se mueve, pero los ojos siguen clavados en mi cara.

—Está mejor de lo que esperaba.

La frase me desmonta un poco.

—¿Qué esperabas?

—Leí los estudios disponibles sobre la respuesta a la terapia CAR-T en casos parecidos al suyo y el resumen que el doctor Adeyemi podía facilitar sin revelar datos confidenciales.

Me quedo quieta en el pasillo, olvidándome de la broma que tenía preparada.

—Leíste sobre el tratamiento de Sloane.

—Lo leí.

—¿¡Anoche!?

—Duermo poco.

—Después de todo.

Él me sostiene la mirada, y por un segundo su frialdad parece menos hielo y más contención.

—Después de todo, especialmente.

No sé qué responder.

Ethan saca el móvil del bolsillo, comprueba un mensaje, teclea dos palabras y vuelve a guardarlo.

—El doctor Adeyemi pasará por aquí a las ocho. Le he pedido que te ponga al día personalmente sobre los próximos pasos. También he solicitado una segunda revisión del tratamiento con un equipo de Boston. Antes de que pongas esa cara, no es porque desconfíe de él. Es porque, cuando una niña de quince años es la única familia de alguien, una sola opinión nunca es suficiente.

Se me cierra la garganta.

—No tenías por qué hacer eso.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque puedo.

—Eso no es una respuesta.

—Es la respuesta más honesta que tengo antes de las siete de la mañana.

—Ethan.

Él se acerca medio paso, solo medio, y aun así el pasillo parece estrecharse. Su olor, limpio, amaderado y caro, atraviesa el olor a antiséptico como si tuviera más derecho al aire que el propio hospital.

—Vendiste la única cosa que creías que aún era tuya para intentar salvar a tu hermana —dice, bajo, sin suavizar la frase—. Yo tengo dinero, poder, médicos, contactos y una cantidad indecente de hombres que me deben favores. Si crees que voy a limitarme a cogerte de la puta mano mientras hay algo útil que pueda hacer, entonces todavía no has entendido con quién estás tratando.

Mi corazón da un latido equivocado.

No porque haya sido amable.

Porque *no lo fue*.

Fue arrogante, intenso, mandón y absurdo. Fue Ethan. Y quizá justo por eso me alcanzó tan hondo.

—Hablas como si pudieras resolver cualquier cosa.

—Muchas sí.

—¿Y las que no puedes?

Sus ojos bajan a mi boca durante menos de un segundo. Casi nada. Lo suficiente.

—Compro tiempo —dice—. Echo puertas abajo. Soborno a quien acepta, amenazo a quien se lo merece, destruyo a quien se pone en medio. No es bonito, Carmen, y no voy a fingir que lo sea. Pero funciona.

—¿Eso era para tranquilizarme?

—No. Era para que sepas que, mientras estés bajo mi protección, nadie va a darse el lujo de obligarte a suplicar por nada.

El pasillo se vuelve demasiado ruidoso a nuestro alrededor. Pasa un carrito. Una enfermera llama a alguien. Un monitor pita dentro de alguna habitación. Y aun así, durante unos segundos, solo existe ese hombre delante de mí, con los ojos fríos y la voz baja, diciendo cosas que deberían hacerme salir corriendo y que, por algún defecto grave en mi sistema de supervivencia, hacen lo contrario.

—Yo no soy tu responsabilidad —digo.

—No.

La respuesta rápida me irrita y me alivia al mismo tiempo.

—Estupendo.

—Eres una elección.

El aire desaparece.

Ethan parece darse cuenta de lo que ha dicho en el mismo instante, porque algo se cierra en su cara, pero no se corrige. No se echa atrás. Los hombres como él probablemente no saben cómo echarse atrás sin comprar antes la carretera entera.

Me quedo mirándolo, sin conseguir decidir si quiero pegarle, huir o acercarme. Quizá las tres cosas. Quizá en ese orden. Quizá en ningún orden.

La puerta de la habitación se abre detrás de mí y Sloane asoma la cabeza, con el pañuelo torcido y la expresión más interesada del mundo.

—Eh, jefe rico.

Me giro.

—¡Sloane!

—¿Qué? Estoy hospitalizada, no muerta. Todavía tengo derecho a entretenimiento. —Mira a Ethan de arriba abajo, descarada—. ¿Eres el tío del ascensor con banco?

Ethan la mira un segundo. Serio. Frío. Imposible.

Entonces inclina la cabeza, como si saludara a una reina pequeña y enferma.

—Lo soy.

—¿Eres del tipo capullo?

—Con frecuencia.

Sloane parpadea, sorprendida. Yo casi me atraganto.

—Por lo menos es honesto —dice ella.

—Cuando conviene.

—¿Y con mi hermana? ¿Conviene?

El pasillo parece contener la respiración.

Ethan no me mira. Mantiene los ojos en Sloane, respetando la pregunta como si la hubiera hecho en una sala de negociación

alguien con poder real. Y quizá lo sea. Quizá Sloane, con el pañuelo torcido y la pulsera de hospital, sea más peligrosa que la mitad de los hombres a los que él se enfrenta en salones llenos de champán.

—Con tu hermana —dice, despacio— pretendo ser honesto incluso cuando no me convenga.

Sloane lo estudia.

—Buena respuesta.

—Me esfuerzo.

—Puede ser cabezota y un poco respondona, pero es buenísima en todo lo que hace, trátala bien en ese nuevo trabajo, te lo pido.

Su voz cambia. Se vuelve más pequeña, pero más firme. Mi mano se cierra en el aire, sin nada donde posarse.

Ethan también cambia.

No mucho. Casi nada. Pero lo veo. El hielo se convierte en acero.

—No voy a prometer que nunca me equivocaré, porque solo los cobardes y los mentirosos prometen perfección —dice—. Pero prometo una cosa: cualquier hombre que intente hacerle daño a tu hermana tendrá que pasar por mí primero. Incluido yo.

Sloane se queda callada.

Yo también.

Esa no es una respuesta bonita. Es mejor. Es una respuesta con dientes, con honor, con la brutalidad extraña de un hombre que sabe exactamente de lo que es capaz.

Sloane asiente una vez, como si acabara de aprobar un contrato.

—Vale. Entonces puedes seguir ahí de pie en el pasillo pareciendo un villano de película.

—Gracias.

—Pero tráele un café decente a Carmen. Se pone insoportable sin cafeína.

—Se pone insoportable con cafeína también.

Sloane sonríe.

—Entonces te has dado cuenta rápido.

—Fue imposible no darse cuenta.

—Estoy aquí, ¿eh? —digo, indignada.

—Lo sabemos —responden los dos a la vez.

Y eso es tan absurdo, tan inesperado, tan casi normal, que me río. Me río en el pasillo del hospital, a las siete de la mañana, después de la noche más rara y horrible de mi vida, con mi hermana débil pero viva detrás de mí y Ethan Van Alen delante de mí, arrogante, peligroso y demasiado guapo.

Su sonrisa no aparece entera.

Solo una comisura.

Pero es suficiente para que mi estómago se comporte como una adolescente idiota en una peli mala.

Genial. Ahora, además de subastada, contratada y posiblemente perseguida por una red criminal, también estoy desarrollando una atracción inconveniente por un hombre que amenaza a médicos antes del café.

Fase excelente.

CAPÍTULO DOCE

Ethan

Momentos antes

Me quedo en el pasillo casi una hora y no consigo dejar de mirar por la ventanilla de la puerta.

No para entrometerme. No para vigilar a Carmen de la manera equivocada. Para entender.

La niña de la cama es pequeña, delgada como te deja la enfermedad, con un pañuelo de colores cubriéndole la cabeza y unos ojos demasiado afilados para una cría que debería estar preocupada por el instituto, los amigos, la música mala y cualquiera de las sagradas frivolidades de los quince años. Aun así, se ríe, gesticula, le roba la tablet cuando Carmen intenta cogerla y hace que su hermana ponga los ojos en blanco. Está viva de una forma feroz, insolente, testaruda. Igual que su hermana.

Y Carmen cambia cuando está cerca de ella.

No se vuelve más débil. Se vuelve más verdadera. La boca sigue afilada, los hombros siguen listos para la pelea, pero hay una luz distinta en ella cuando mira a Sloane, una luz que no tiene nada que ver con el escenario, el contrato, el peligro ni conmigo. Es la clase de amor que no pide permiso para existir, la clase que se despierta a las cinco de la mañana después de la peor noche de su vida, se calza unas zapatillas y cruza la casa de un desconocido porque una niña de quince años necesita saber que no la han abandonado.

Yo conozco el poder. Nací dentro de él, lo multipliqué, lo compré, lo vendí, lo manipulé. He visto a hombres arrodillarse por dinero y he visto a otros morir fingiendo que no querían arrodillarse.

El poder, para mí, siempre fue algo simple: una herramienta, una hoja, un idioma que todo depredador entiende.

Lo que Carmen siente por esa niña es otra cosa.

Más antiguo. Más limpio. Más peligroso.

Porque no se puede comprar.

De pie entre una silla de plástico naranja y un mural infantil sobre la higiene de manos, comprendo que me he metido en una historia que ya existía antes de mí. Entré con dinero, coche blindado, guardaespaldas, médicos, abogados y toda la arrogancia de un hombre acostumbrado a resolver problemas aplastando obstáculos, pero Carmen ya estaba en guerra mucho antes de que yo levantara una paleta en aquel salón. Ya estaba sangrando, luchando, perdiendo el sueño, vendiendo pedazos de su propia vida para mantener a Sloane respirando.

Yo no salvé a Carmen.

Interrumpí la caída durante unos metros.

La diferencia importa.

Me vibra el móvil. Declan.

Todo limpio en el perímetro. Un sedán gris ha pasado dos veces por la calle lateral, matrícula registrada. Ya he mandado comprobarla.

Respondo con una mano.

Quiero nombre, dueño, ruta y cualquier vínculo con Hitchmore antes del mediodía.

Me contesta casi al instante.

Estás mandón antes del café. Esto es nuevo.

Escribo:

Estás vivo antes del café porque yo lo permito. A currar.

Guardo el móvil antes de que suelte alguna gracia y vuelvo a mirar por la ventanilla. Carmen se ríe de algo que ha dicho Sloane, y el sonido atraviesa el cristal con menos fuerza de la que debería, pero aun así me alcanza. Desde hace tres años me meto en salones podridos para memorizar a hombres comprando niñas. Desde hace treinta años vivo con una foto de mi madre que me recuerda lo que pasa cuando nadie llega a tiempo. Sé lo que debo hacer. Sé lo que soy. Sé lo que no puedo ser.

Y aun así, en este pasillo, viendo a Carmen sujetar la mano de su hermana como si pudiera anclarla al mundo solo por la fuerza de su voluntad, la parte más fría de mí hace una concesión silenciosa.

Esta mujer es una elección.

No mi posesión. No mi compra. No mi absolución.

Mi elección.

Y las elecciones, cuando las hago, suelen ser definitivas.

El doctor Adeyemi aparece veinte minutos después, la bata abierta, la tablet en la mano, la expresión cauta de un médico que ha aprendido a no prometer nada antes de que las pruebas, los números y las estadísticas se lo permitan. Me reconoce antes de que yo diga nada. Claro que me reconoce. A los hombres como yo se los reconoce en los hospitales igual que se reconoce un incendio en una sala cerrada: por el calor que desplazan al entrar. Las alas nuevas, las máquinas nuevas, los centros de investigación y los nombres en las placas de bronce no surgen por milagro. Surgen por cheque, por fundación, por influencia y por una dosis bien administrada de vanidad filantrópica.

—Señor Van Alen.

—Doctor.

Mira hacia la puerta de la habitación, luego hacia mí, midiendo cuánto puede preguntar sin resultar inoportuno. Elige la supervivencia y no pregunta. Listo.

—¿La señorita Pembroke ya está al tanto de los próximos pasos?

—Se lo está contando su hermana.

La boca se le tensa, casi una sonrisa, pero se controla. Bien. Me gustan los médicos que saben controlar el rostro. Me gustan aún más los que entienden que la cautela no es debilidad: es precisión.

—Sloane está entusiasmada con su presencia —dice—. La presencia de la familia ayuda.

Ayuda. Palabra pequeña para lo que estoy viendo ahí dentro. La familia, cuando vale la pena, no ayuda. La familia te agarra por la garganta de la vida y se niega a soltar aunque el mundo entero tire hacia el otro lado. Carmen no está visitando a Sloane. Está manteniendo a esa niña sujeta al mundo con las dos manos, con los dientes, con todo lo que le queda después de años cargando demasiado peso.

—Quiero una segunda revisión del protocolo —digo, sin rodeos—. Boston, Nueva York, Londres, me da igual dónde esté. Quiero al mejor especialista en respuesta inflamatoria tras el CAR-T, alguien que haya tratado casos difíciles y sepa decir que no cuando todo el mundo esté ocupado protegiendo su propio ego.

Adeyemi me observa un segundo.

—Ya estamos siguiendo un plan bastante sólido.

—No he dicho que no.

—Señor Van Alen…

—Doctor, si yo pensara que es usted un incompetente, esta conversación la estaría llevando el consejo del hospital, no yo en un pasillo. Le estoy pidiendo redundancia. En aviación, en seguridad y en medicina seria, la redundancia salva vidas. La niña tiene quince años. Su hermana ha vendido su propia paz para comprar una oportunidad. Pienso asegurarme de que esa oportunidad no se administre escatimando medios para proteger la vanidad de nadie.

Se queda inmóvil medio segundo. Después asiente, porque es lo bastante bueno para reconocer una orden vestida de sugerencia y lo bastante inteligente para no ofenderse por lo que puede salvar a una paciente.

—Enviaré el material para una revisión externa hoy mismo.

—Ya lo he enviado. El especialista le llamará a las once.

Adeyemi parpadea. Una sola vez.

—¿Ya lo ha enviado usted?

—Sí.

—Entonces no me está pidiendo autorización.

—Le estoy ofreciendo cortesía profesional.

Me mira el tiempo suficiente para decidir si debería enfadarse. Elige, de nuevo, la supervivencia. Empieza a caerme bien.

—Mientras esto no interfiera con su tratamiento, no le veo problema. ¿Y la señorita Carmen lo sabe?

Miro por la ventanilla de la puerta. Carmen está sentada en el borde de la cama, sujetando la mano de su hermana con las dos manos, como si pudiera transmitirle fuerza por contacto. Lleva el pelo pelirrojo recogido de cualquier manera, algunos rizos sueltos

alrededor de la cara, fuego mal contenido bajo la luz blanca del hospital. Parece agotada, furiosa y capaz de morder a cualquiera que se acerque demasiado a Sloane. Por alguna razón idiota, me entran ganas de sonreír.

—Todavía no —digo—. Pero estoy seguro de que soltará unos cuantos insultos al respecto.

—¿Y eso no le preocupa?

—No.

Me preocupan los hombres armados, las cuentas escondidas en paraísos fiscales, los jueces comprados, los viejos depredadores con apellido respetado y demasiada sed. Que Carmen me llame arrogante en un pasillo de hospital no me preocupa. Que Carmen se acostumbre a la idea de que puede contar conmigo, eso sí. Eso es peligroso. Eso no tiene protocolo, ni cláusula, ni salida limpia.

Adeyemi casi sonríe de nuevo.

—Buena suerte, entonces.

—Yo no uso la suerte, doctor.

—¿No?

—Uso el control, la información y la gente competente. ¿En qué categoría está usted?

Esta vez sonríe de verdad, pero poco.

—Espero estar en la tercera.

—También lo espero, por la chica.

La sonrisa se le borra, y lo entiende. Me cae mejor por eso.

—Por la chica —confirma.

Llama a la puerta antes de entrar, y yo me quedo fuera, devuelto al pasillo, al olor a antiséptico, a la silla naranja, al mural infantil sobre lavarse las manos. Un lugar demasiado corriente para la cantidad de decisiones que acabo de tomar en él.

Me vibra el móvil otra vez.

Declan.

Sedán gris registrado a nombre de una empresa fantasma vinculada a un contable que ya apareció en pagos de Hitchmore. Sigo tirando del hilo.

Siento que la sangre se me enfría de una forma limpia.

Hitchmore ya se está moviendo.

Claro que sí. El viejo no ha llegado a los setenta y tres años comprando niñas y saliendo impune por ser lento. Huele el cambio, huele el territorio en disputa, huele a los hombres como yo cuando cometen la estupidez de mostrar interés por algo vivo.

Escribo:

Quiero identificado al conductor. No lo abordes. No lo asustes. Solo rastréalo.

Declan responde:

¿Sabes que un «no lo abordes» viniendo de ti suena a crecimiento personal?

No estoy de humor, Declan.

La respuesta tarda tres segundos.

Vale. Rastreando. Y antes de que preguntes: la amiga Josie también está limpia. Asustada, cabreada y mandando mensajes suficientes para colapsar una antena de telefonía, pero limpia.

Josie.

La amiga. La única fuera del hospital que probablemente sabe que Carmen entró en la Subasta de las Rosas. Una variable emocional, por lo tanto peligrosa. También, por lo poco que Carmen dejó escapar, una de las pocas personas en el mundo que la quiere sin intentar arrancarle nada a cambio.

Protege también a la amiga. Con discreción.

Declan manda:

¿Ahora estás adoptando a todo su círculo social?

Respondo:

Estoy eliminando vulnerabilidades.

Me devuelve:

Claro. Y yo soy el hada madrina.

Guardo el móvil antes de mandar a Declan al infierno y darle el gusto de haberme irritado.

Al otro lado de la puerta, Sloane dice algo, y Carmen se ríe. El sonido es bajo, cansado, vivo. No debería afectarme, no debería atravesar nada, pero atraviesa, porque al parecer mi disciplina, construida a lo largo de tres décadas, ha elegido esta mañana en concreto para convertirse en una broma de mal gusto.

Apoyo los hombros en la pared y cruzo los brazos.

Debería estar pensando en la operación. En Hitchmore, en su obsesión que no se enfría. En la mujer de negro, la reclutadora de las subastas, que me observó comprar a Carmen con una atención que no supe descifrar. En mi propio padre, que aún no responde a mis dudas con la transparencia de antes. En todos los hilos que

empezaron a vibrar en el instante en que levanté aquella paleta y compré a una mujer que no pienso tocar.

Estoy pensando en Carmen descalza en mi cocina, con una zapatilla en la mano y fuego recogido de cualquier manera en lo alto de la cabeza, mirándome como si yo no fuera más que otro obstáculo en su camino hacia su hermana.

Estoy pensando que ningún hombre de aquel salón entendió lo que estaba mirando.

Ellos vieron una flor.

Yo vi un incendio.

Y ahora ese incendio está dentro de mi territorio, bajo mi protección, tocando todo lo que me he pasado la vida organizando con la frialdad suficiente para sobrevivir. No me gusta. No me gusta sentir cómo cambia la dirección de mi propio instinto sin permiso. No me gusta darme cuenta de que, si alguien toca a Sloane para llegar a Carmen, no voy a responder como estratega.

Voy a responder como dueño de la guerra.

Esa es la parte peligrosa. No el deseo. El deseo lo conozco, lo controlo, lo ignoro, lo congelo. La parte peligrosa es el honor mezclándose con la posesión, la protección con el hambre, la elección con la necesidad. Es mirar la puerta de un hospital y entender que, en menos de doce horas, dos mujeres Pembroke se han convertido en puntos fijos en mi mapa de riesgo.

A una la compré para sacarla de un escenario.

A la otra voy a mantenerla viva porque Carmen se rompería con ella si la perdiera.

Y no quiero ver a Carmen rota, aunque no tenga ningún sentido.

La verdad aparece demasiado entera, demasiado pronto. La miro de frente unos segundos en el silencio del pasillo y me dan ganas de reír, pero no hay ningún humor en ello. Solo reconocimiento. Frío, brutal, definitivo.

Estoy jodido.

CAPÍTULO TRECE

Carmen

Josie ya me ha llamado siete veces.

Lo cojo a la séptima, en el baño de la habitación de invitados, con la puerta cerrada, porque Josie Lockwood es mi mejor amiga desde los dieciséis años y tiene un detector de mentiras incorporado que haría llorar de envidia a la CIA.

—ESTÁS VIVA —grita, y aparto el móvil de la oreja—. ¡Te he estado llamando toda la noche! No apareciste por el Marlowe's, el encargado dijo que llamaste y sin más dijiste que lo dejabas, QUE LO DEJABAS, Carmen, con lo que te encanta odiar ese curro, y tu móvil sonaba y sonaba y nada, ¡y yo ya estaba montando un cartel de desaparecida, lo iba a pegar en una farola!

—Estoy viva, Josie. Respira.

—No me mandes respirar. —Una pausa, y su voz cambia, se pone espabilada—. ¿Dónde estás? Hay eco. Estás en un baño grande. Tu baño no tiene eco, tu baño tiene esa mampara que chirría. Ese baño es de rico. Carmen, ¿en qué baño de rico estás encerrada?

Cierro los ojos. Debería haberlo visto venir.

—He conseguido un trabajo nuevo —digo—. De asistente personal. De un… empresario. Vivir juntos, es requisito del trabajo, viaja mucho y necesita a alguien disponible.

Silencio al otro lado. Un silencio escéptico, largo, marca de la casa de Josie.

—Asistente personal —repite—. Vivir juntos. Empresario. —Otra pausa—. Carmen, te quiero, pero esa peli ya la he visto. Suele

llamarse *«la primera media hora de un documental sobre algo muy chungo».* ¿Cuánto te está pagando?

—Lo suficiente para el protocolo de Sloane. Todo. Pagado.

Y entonces Josie se queda de verdad en silencio, porque sabe lo que eso significa. Estuvo conmigo durante los catorce meses. Me vio llorar en el aparcamiento del hospital. Sabe exactamente el tamaño de la montaña que acaba de moverse.

—Carmen —dice, y la broma se ha esfumado—. ¿Qué has hecho?

—He conseguido un trabajo —repito, firme—. Un buen trabajo. Y Sloane se va a poner bien. Es lo único que importa.

—¿Me juras que estás a salvo? —Su voz es pequeñita ahora —. ¿Me lo juras? Porque si ese tío es peligroso, si te hace daño, me planto ahí, no tengo dinero ni plan, pero me planto ahí y muerdo, Carmen, sabes que muerdo.

Y me río, y es la primera vez que me río de verdad en días, porque Josie mordería de verdad: mide metro y medio y es pura furia leal.

—Te lo juro —digo—. Te llamaré todos los días. Prometido.

—Todos los días. —Respira—. Y quiero saber su nombre. Para poder atormentarlo si desapareces.

Miro la puerta cerrada del baño, pensando en el hombre que hay al otro lado del ático.

—Ethan —digo—. Se llama Ethan Van Alen.

—Hmm. —Josie lo procesa—. Nombre de rico, sí señor. Vale. Todos los días, Carmen. Iba en serio con lo de la farola.

**

Al segundo día desayuno con Ethan, y es lo más raro del mundo.

No se ha ido a las seis. Bajo a la cocina a las siete y él sigue ahí, leyendo algo en la tablet con un café solo, y cuando entro no levanta la vista, pero desliza un segundo café por la encimera en mi dirección sin decir nada. Ya azucarado. Tal como me lo tomo.

Me paro.

—¿Cómo sabes cómo me tomo el café?

—Lo hiciste ayer. —Pasa la página en la tablet—. Dos de azúcar, una gota de leche. Me fijo en las cosas.

—Eso da miedo, ¿lo sabías? —Cojo el café. Está perfecto—. Que te fijes en cómo me tomo el café después de verme hacerlo una sola vez. La gente normal no hace eso.

—Nunca dije que fuera normal. —Y entonces por fin levanta la vista, y hay algo casi divertido ahí—. Hablas dormida, por cierto. Las asistentas lo comentaron. Andas por la casa a las cuatro de la mañana y hablas con la nevera.

—Yo no hablo con la nevera.

—Le preguntaste a la nevera por qué es tan grande si nunca hay comida.

Noto que me arde la cara.

—Es una pregunta válida. Esa nevera es del tamaño de un coche y tiene, ¿qué?, tres huevos y champán. ¿Qué clase de hombre almacena champán y no almacena comida?

—Un hombre que no come en casa.

—Un hombre que no vive en casa —corrijo, y me siento en el taburete—. Hay diferencia. Vives en un tanatorio precioso, Ethan. No hay fotos en la pared, no hay desorden, no hay nada que diga que una persona de verdad duerme aquí. Hasta tu nevera es decorativa.

Me mira durante un largo instante, y creo que me he pasado, que se va a cerrar y a marchar, como hace él. Pero en lugar de eso dice, muy bajito:

—No paso el tiempo suficiente en ningún sitio como para que se convierta en hogar.

Y hay algo tan crudo en eso, tan revelador sin querer, que no tengo ninguna broma preparada. Nos quedamos en silencio un segundo, dos cafés entre nosotros, y comprendo que este hombre ha construido su vida entera para no pertenecer nunca a ningún sitio, para no tener nunca nada que doliera perder.

Igual que yo, en realidad. Solo que mi versión es más barata.

**

Vuelvo al hospital a ver a Sloane, sola esta vez, porque Ethan ha mandado al chófer y a un guardaespaldas que finge ser chófer. El chófer de verdad conduce. El guardaespaldas finge leer mensajes en el asiento de delante, con la mandíbula de quien partiría a tres personas antes de comer si alguien se lo ordenara. Discreto, en el vocabulario de Ethan Van Alen, significa al parecer «amenazador, pero de traje».

Sloane está mejor. No bien, todavía no, pero lo bastante mejor para quejarse de la sopa, criticar mi pelo recogido de cualquier manera y acusarme de tener «cara de secreto», lo cual es ofensivo, porque tengo varias caras y ninguna de ellas debería leerse con tanta facilidad por una adolescente que lleva los calcetines antideslizantes del hospital.

Paso dos horas con ella. Dos horas enteras en las que nadie me llama del trabajo, nadie pregunta dónde estoy, nadie me recuerda que el tiempo es dinero, nadie me obliga a elegir entre una cama de hospital y una factura vencida. Me quedo sentada a su lado, ajustándole la sábana, escuchando cotilleos sobre las enfermeras, fingiendo que no me doy cuenta cuando se cansa a mitad de una frase.

Cuando me marcho, me sujeta la mano un segundo de más.

—¿Vuelves mañana?

La pregunta es pequeña. Demasiado pequeña para el estrago que me hace.

—Vuelvo —digo—. Mañana y pasado. Te vas a hartar de mi cara, ya verás.

—Imposible. Tu cara es mi entretenimiento gratis favorito.

Me río, le doy un beso en la frente y salgo antes de que vea que se me llenan los ojos.

Al tercer día, bajo descalza a la cocina y encuentro una nota en la encimera de granito.

Escrita con una caligrafía masculina demasiado precisa para ser simpática, muy recta, de alguien que nunca ha garabateado nada en su vida.

Todavía tengo el sabor de tres días extraños en la boca. Tres días de cafés azucarados en su punto justo. De trozos de verdad a las once de la noche. De un hombre que se va antes de las seis y vuelve después de las nueve y, aun así, aprende cómo me gusta el café. Tres días en los que el ático dejó de ser solo un tanatorio precioso y se convirtió, sin que ninguno de los dos lo admitiera, en algo parecido a la convivencia.

Y hoy, en la encimera, la nota:

«Evento hoy, 20:00. Ropa en tu vestidor. Prepárate para las 19:30.

— E.»

—«E.» —leo en voz alta, para la cocina vacía e impecable—. Qué encanto. Qué calidez. Casi una nota de amor. Solo le ha faltado el corazoncito.

Pongo los ojos en blanco, pero cojo el papel de todos modos.

No es una invitación. Claro que no. Ethan Van Alen probablemente considera que una invitación es una formalidad sentimental inventada por gente sin poder suficiente para, simplemente, reorganizar la noche de los demás.

Aun así, algo en el estómago me da un vuelco.

Evento.

La palabra parece inofensiva. Casi educada. Una palabra de agenda, de champán, de gente rica fingiendo generosidad mientras sonríe al fotógrafo. Solo que, para mí, no viene sola.

Viene con demasiada luz blanca en la cara.

Viene con terciopelo color vino abriéndose.

Viene con el olor imaginario a puro caro, a whisky y a hombres demasiado viejos mirando a una chica como si su cuerpo fuera el postre al final de una cena.

Se me revuelve el estómago.

Me acuerdo de los relojes brillando en la oscuridad. De las paletas subiendo. De la voz del subastador diciendo «intacta» como si estuviera anunciando la cosecha de un vino. Me acuerdo de la voz de los quinientos mil, lenta, satisfecha, asquerosa de una manera

que todavía siento en la piel, como si su mirada hubiera dejado una capa de suciedad que ninguna ducha me ha quitado del todo.

Ropa en el vestidor.

Claro.

Porque después de que te coloquen en un escenario como La Rosa Roja, nada más terapéutico que volver a vestirte para entrar en una sala llena del mismo tipo de hombre.

Aun así, voy a ver la dichosa ropa.

Porque la curiosidad siempre, siempre le gana al sentido común conmigo. Es mi pecado capital.

Cuando abro la puerta del vestidor de la habitación de invitados, un vestidor que, de por sí, es más grande que el baño de mi piso, me quedo inmóvil a mitad de paso.

Hay un vestido colgado ahí solo, con protagonismo, como si lo hubiera colocado un equipo de museo.

Verde oscuro.

Seda pesada que se desliza entre los dedos, con un corte demasiado elegante para mí y demasiado bonito para fingir que no lo es. Cuesta, según mi cálculo conservador, más que todo lo que he poseído en la vida entera sumado, incluido el coche de mi padre. Al lado, en el suelo, un par de zapatos de tacón que parecen armas. Debajo, en un estante, una caja de terciopelo que ni siquiera quiero abrir, porque tengo miedo de que sean joyas y aún más miedo de descubrir que me van a gustar.

El vestido no tiene un escote vulgar, no tiene un brillo desesperado, no tiene nada de aquel escaparate humano de la subasta. Es sofisticado. Adulto. Caro de una manera silenciosa. La clase de vestido que no suplica atención porque sabe que la va a recibir.

Toco la tela con dos dedos.

Odio que me guste.

—Tiene buen gusto, el cretino —admito en voz baja—. Qué rabia.

Y entonces me acuerdo de dónde, exactamente, se va a lucir este vestido.

Evento.

Los que importan.

La misma gente.

La gente de la subasta.

Las butacas de cuero. La voz de los quinientos mil. El escenario. La rosa roja prendida en mi pecho.

El frío me baja otra vez por la espina dorsal, entero, recordándome que toda esta seda suave es una fantasía, una fachada, un disfraz. Y que voy a ponérmela para entrar de nuevo, por voluntad propia, en el mismo mundo que me puso en exposición.

—No —digo.

Al vestido.

A la nota.

Al recuerdo del escenario que todavía no se me ha ido de debajo de la piel.

—¿No qué?

La voz de Ethan llega desde la puerta.

Me giro tan rápido que casi tiro la percha.

Está apoyado en el marco, sin chaqueta, las mangas de la camisa remangadas hasta el antebrazo, como si hubiera elegido justo este momento para parecer menos inalcanzable y más peligroso. Sus ojos recorren el vestido, luego a mí, y algo en su cara cambia cuando ve mi mano todavía aferrada a la tela.

—No pienso ponerme esa ropa que has elegido tú para desfilar en un evento que no me has explicado.

—Es una gala benéfica.

Suelto una risa corta, sin humor.

—Claro. Porque después de la subasta clandestina, nada más relajante que otra sala llena de ricos bebiendo champán y fingiendo que tienen alma.

La comisura de su boca se mueve, pero los ojos no sonríen.

—Justo.

—Ethan.

Se aparta del marco y entra en la habitación solo dos pasos.

Lo bastante lejos para no acorralarme.

Lo bastante cerca para que su presencia cambie la temperatura.

—Algunos hombres de ese evento estaban en la Subasta de las Rosas.

El aire desaparece.

No todo. Solo el suficiente para recordarme que respirar es algo que exige esfuerzo.

—¿Lo sabías y me mandaste una nota? —Mi voz sale demasiado baja, demasiado fina en los bordes. Lo odio—. ¿Ibas a

ponerme sin más un vestido bonito y llevarme al mismo tipo de sala, con el mismo tipo de hombre, sin decir nada?

Se le tensa la mandíbula.

—Iba a decírtelo.

—¿Cuándo? ¿En el coche? ¿En la puerta? ¿Cuando ya estuviera rodeada por ellos?

—Ahora.

—Qué generoso.

Encaja el golpe sin pestañear.

—No voy a mentirte. Algunos de ellos estaban en aquel salón. Te vieron bajo aquella luz, oyeron el nombre de La Rosa Roja y van a querer saber si todavía consiguen hacerte temblar.

La náusea me sube caliente.

Vuelvo a ver la sombra del viejo inclinándose hacia delante. Oigo quinientos mil. Siento la luz clavándome en el sitio, la máscara pegada a la cara, mi orgullo haciendo el papel de columna vertebral porque el resto de mí quería derrumbarse.

—Entonces ¿por qué iba a ir?

—Porque necesitan verte entrar por la puerta principal, con la cabeza alta, conmigo a tu lado, sin máscara, sin rosa prendida, sin precio. —Su voz baja—. Necesitan entender que no saliste rota de aquel escenario.

—¿Y si lo estoy? —pregunto antes de poder impedirlo.

Su cara cambia.

No se ablanda. Ethan no se ablanda. Pero algo se oscurece de una manera más peligrosa, más silenciosa.

—Entonces no tienen por qué saberlo.

Se me encoge el pecho.

—Lo dices como si fuera sencillo.

—No es sencillo. Es necesario. Hay diferencia.

Se detiene y me mira.

—No vas a desfilar —continúa, antes de que consiga responder—. Vas a entrar conmigo. Vas a quedarte conmigo. Y cualquier hombre que confunda mirar con tener derecho va a descubrir lo poco civilizado que soy cuando me provoque.

Un escalofrío me sube por la nuca.

—Dices estas cosas como si fueran normales.

—Para mí lo son.

—Eso no ayuda.

—Lo sé.

El silencio entre nosotros se vuelve tenso.

Vuelvo a mirar el vestido. Después a él.

—¿Y por qué verde?

Sus ojos bajan a mis rizos pelirrojos sueltos sobre el hombro, y la respuesta llega demasiado baja.

—Porque el rojo sería lo obvio. Y no quiero que esos hombres te miren y se acuerden del escenario.

El corazón me da un traspié.

—¿Y de qué quieres que se acuerden?

Ethan da un paso más.

Solo uno.

Aun así, parece mucho.

—De que saliste de allí de pie —dice—. Y de que ahora, cuando entres en una sala, nadie decide tu precio.

No sé qué responder.

Odio esto. Odio cuando dice las cosas correctas de la manera equivocada, con esa arrogancia calmada, como si estuviera dictando sentencia y no intentando ser amable.

—Se te da fatal pedir —digo, porque es más seguro que cualquier otra cosa.

—No estoy pidiendo.

—Claro que no.

—Pero estoy dándote elección. —Su voz baja—. Si no quieres ir, no vas. Si quieres ir con otra ropa, vas. Si quieres ponerte este vestido, me pasaré la noche entera asegurándome de que ningún hombre de esa sala olvide que mirar no da derecho a tocar.

Contengo la respiración.

Ethan me mira un segundo más, luego retrocede, como si hubiera visto demasiado.

—Las ocho —dice—. O no. La decisión es tuya.

Sale antes de que consiga responder.

Me quedo sola en el vestidor, con el vestido verde entre los dedos, el miedo todavía pegado a la garganta y el corazón haciendo algo ridículo, peligroso y completamente inconveniente dentro del pecho.

La decisión es mía.

Después de tantos días sintiendo que el mundo entero solo me empujaba de un lado a otro, la frase debería parecer pequeña.

No lo parece.

Parece una puerta.

Y lo peor es que, contra todo sentido común, contra todo instinto de supervivencia y contra la opinión furiosa que Josie seguro que tendría si supiera todo esto, una parte de mí quiere cruzarla.

No por ellos.

Por mí.

CAPÍTULO CATORCE

Carmen

A las 19:25, Ethan ya está en el salón, listo, cinco minutos antes de la hora, porque por supuesto es el tipo de hombre que considera que ir puntual es una forma discreta de llegar tarde. Y cuando aparezco en el pasillo, ya vestida, con tacones, con el pelo recogido de una manera que me ha llevado cuarenta minutos y tres tutoriales, se para.

Se para de verdad. En medio del mármol, con la corbata oscura aún suelta en la mano, me mira, y durante un segundo entero toda esa frialdad se le evapora de la cara, sustituida por algo cálido e involuntario que se traga demasiado deprisa, pero no lo bastante deprisa como para que yo no lo vea.

—Lo sé —digo, caminando con cuidado, porque estos tacones son preciosos y parecen armas cargadas—. Yo tampoco me he reconocido en el espejo. Pasa cuando metes a una limpiadora dentro de un vestido de cinco cifras. Se convierte en Cenicienta, solo que el hada madrina era un tío de mal humor con una tarjeta de crédito sin límite y problemas de comunicación.

—Estás… —Se para. Cierra la boca. Empieza de nuevo, y esta vez la voz ya ha vuelto al modo automático frío, sellada otra vez—. Estás correcta. Vamos.

Da un paso, luego se para, como si hubiera cometido el error de mirar de nuevo.

—El tirante —dice, cortante—. Está torcido.

Miro hacia el hombro, donde la seda de verdad se ha retorcido en un hilo minúsculo contra la piel.

Ethan levanta la mano despacio, para que yo pueda apartarme si quiero. No me aparto. Sus dedos rozan la seda de mi hombro, apenas nada, solo lo justo para enderezar el tirante, y aun así mi cuerpo entero registra el contacto como si me hubiera tocado directamente en un enchufe. El pulgar me roza una vez la clavícula. Accidental, quizá. Por la forma en que se le tensa la mandíbula, quizá no.

Solo que el pulgar no vuelve a subir. Baja. Despacio, desde lo alto del hombro hasta el borde de la clavícula, trazando la piel expuesta por encima de la tela como si estuviera memorizando un camino que pretende rehacer con los ojos cerrados más tarde. Dejo de respirar. No a propósito, el aire simplemente se olvida de cómo salir de mí, y él lo nota, claro que lo nota, porque es el tipo de hombre que lo nota todo, y siento el instante exacto en que esa información cambia algo detrás de sus ojos.

Su mano entera se abre contra mi nuca. No tira. Solo se queda ahí, caliente, pesada, posesiva de una manera que él jamás admitiría en voz alta, el pulgar dibujando ahora un círculo lento y cruel justo debajo de mi oreja, y mi cuerpo responde antes de que yo lo autorice, un calor que baja por la espina dorsal y se instala exactamente donde no debería estar sintiendo nada por este hombre. Inclino la cabeza. Un milímetro. Lo suficiente para que su palma me sujete mejor, lo suficiente para que él sepa que la he inclinado.

Sus ojos caen hacia mi boca y se quedan ahí demasiado tiempo para fingir que ha sido un desliz. Siento su aliento, caliente, cerca, más cerca de lo que cualquier norma que él mismo se inventó permitiría, y durante un segundo entero los dos quedamos suspendidos justo en esa línea, del lado equivocado de ella, con el aire entre nuestras bocas tan cargado que juro que se puede tocar.

El silencio entre nosotros cambia. Se estrecha. Mi perfume, o el suyo, o los dos mezclados, parece elevarse en el aire y ocupar el espacio que debería ocupar una frase. Él mira el punto exacto donde

ha tocado, luego mi boca, y vuelve a mis ojos demasiado deprisa para fingir que no ha pasado. Debería hacer una broma. Esa es mi función en las situaciones insoportables: abrir la boca y destruir el peligro con sarcasmo. Pero durante un segundo mi lengua se olvida del camino.

—Ya está en su sitio —dice, y se aparta medio paso con la disciplina rígida de un hombre que acaba de ganar una guerra pequeña y privada.

—«Ya está en su sitio» —digo, y cojo el abrigo que me tiende —. Sujétame esa avalancha de halagos arrebatadores, Ethan, soy una mujer frágil, podría desmayarme aquí en el recibidor con tanto romanticismo.

Juro que veo temblar la comisura de su boca, luchar contra sí misma, pero se da la vuelta antes de que yo pueda confirmar la victoria, y me guía hacia el ascensor, ese con el banco que sirve para sentarse.

En el coche, un sedán negro, bajo, caro, conducido por un chófer de traje que no dice ni una sola palabra en toda la noche. Él me repasa las reglas del juego, con la voz de quien está leyendo un manual de instrucciones.

—Eres mi acompañante. No hablas con nadie sobre cómo nos conocimos, bajo ninguna circunstancia, ni aunque insistan. Si alguien pregunta, trabajas para mí, eres mi asistente, punto. No bebes mucho, mantienes la cabeza en su sitio. No te alejas de mí más de unos metros. Y si un hombre llamado Conrad Hitchmore se te acerca… —algo se le endurece, visible, en la mandíbula, un músculo que salta— …me llamas de inmediato. No importa lo que diga, no importa lo educado que parezca. Me llamas. Al momento.

—Ese Hitchmore —digo, observando su perfil duro a la luz anaranjada de las farolas que pasan por la ventanilla—. Es el viejo. El de la subasta. El de la voz de los quinientos mil.

Gira la cabeza despacio hacia mí, y los ojos se le entornan levemente.

—Cómo sabes que fue él. Nunca dije que hubiera sido él.

—No le vi la cara a nadie en aquel salón, la luz me cegaba. —Me encojo de hombros—. Pero oí su voz dar la puja, y oí la tuya superarla. Y la forma exacta en que acabas de pronunciar el nombre «Hitchmore» ahora, con el músculo saltando en la mandíbula, es la misma forma en que yo hablo de mi madre cuando se me escapa en una conversación. —Le sostengo la mirada sin pestañear—. Reconocemos el odio de los demás, Ethan. Es como un idioma. Quien lo habla, lo identifica en la boca de los demás hablantes.

No responde, pero algo cambia en la forma en que me mira durante el resto del trayecto: ya no me ve como un problema de ingeniería que debe resolver, sino como una persona a la que llevaba demasiado tiempo subestimando.

El coche se detiene delante de un edificio todo iluminado, con alfombra y todo.

—Sonríe —dice, ofreciéndome el brazo doblado cuando el chófer rodea el coche para abrirme la puerta—. Y no hagas ninguna tontería ahí dentro.

Cojo su brazo. Es firme, sólido, cálido a través de la tela cara del traje, y odio, con todas mis fuerzas, lo mucho que este simple contacto me da más confianza.

—Relájate, jefe —murmuro, colocándome la sonrisa en la cara como quien se coloca una máscara—. Fingir que todo va bien cuando no es así es, literalmente, la única cosa en el mundo que hago mejor que tú.

CAPÍTULO QUINCE

Carmen

El evento es una de esas galas benéficas donde gente muy, muy rica lleva ropa muy, muy cara para recaudar dinero destinado a causas que ninguna de ellas va a tener jamás que conocer de cerca.

Las lámparas de araña de cristal proyectan una luz dorada sobre todo. El champán circula en bandejas que parecen no vaciarse nunca. Un cuarteto de cuerda en un rincón toca algo culto y bellísimo que absolutamente nadie en la sala está escuchando, porque aquí la música es solo un elemento decorativo más, como las flores y como yo.

Hay un cartel discreto cerca de la entrada que anuncia que la recaudación de la noche va destinada a un instituto de apoyo a la infancia. Lo leí de refilón al entrar y casi me río, porque la ironía es demasiado gruesa para ser accidental: estos hombres donando para niños.

Me trago las ganas de reír. Aprendí pronto que reírse en el momento equivocado también hace que la gente te mire mal.

Y circulando entre todo esto, sonrisas. Sonrisas de tiburón bien alimentado, satisfecho, que ya ha comido y aun así sigue con el ojo puesto en el acuario. Miro a mi alrededor, con la copa que cogí solo para tener algo que sujetar en las manos, y reconozco, con un escalofrío que me sube por los brazos como una hilera de hormigas, que muchos de estos hombres elegantes de esmoquin impecable estaban sentados en esas mismas butacas de cuero hace tres días, pujando por chicas con nombres de flores y máscaras demasiado bonitas para esconder el horror.

Ahora ríen. Brindan. Besan la mejilla de sus esposas, saludan a los camareros por su nombre, posan para la fotógrafa del evento

con la copa en alto. Como si nada. Como si el salón del sábado y el salón de hoy fueran mundos distintos, y no el mismo mundo con el esmoquin cambiado.

Veo a uno de ellos cerca de la escultura de hielo, hablando con un cura. Otro sujeta la mano de una mujer embarazada, sonriéndole a su barriga con una ternura de escaparate. Un tercero inclina el rostro hacia su mujer y la besa, y por un segundo el estómago me da un vuelco tan fuerte que casi se me cae la copa.

Ethan se da cuenta antes de que yo consiga disimular.

Su mano se posa en la parte baja de mi espalda, firme, posesiva, pesada. No tira de mí. No me sujeta. Solo está ahí, un ancla cálida sobre la seda del vestido, y entiendo racionalmente que forma parte de la puesta en escena acordada. Es mía, no os acerquéis, no toquéis lo que es mío.

Pero mi cuerpo, por desgracia, no ha recibido el memorándum de que todo esto es teatro, porque cada vez que sus dedos rozan la seda, el calor de mi piel a través de ella, se me olvida cómo respirar bien durante uno o dos segundos.

—Respira —murmura, sin mover la boca, como si estuviera comentando el tiempo.

—Estoy respirando.

—No lo suficiente.

Su pulgar se mueve una vez contra la parte baja de mi espalda. Un gesto pequeño, casi nada, y aun así mi cuerpo entero presta atención.

—Si quieres salir cinco minutos, te saco de aquí.

—¿Y echar a perder mi oportunidad de observar a la alta sociedad en su hábitat natural? Jamás.

—Carmen.

—Ethan.

Me mira de reojo. La luz de las lámparas se prende en el azul de sus ojos y transforma el frío en algo más peligroso, más bonito, más difícil de ignorar.

—No tienes que demostrar que aguantas.

—Qué gracia. Creía que ese era literalmente el motivo por el que estoy aquí.

—No para mí.

La respuesta queda entre nosotros un segundo más de lo que debería.

Lo peor es que no soy la única que respira mal por su culpa. Dos mujeres cerca de la barra siguen a Ethan con la mirada desde que entramos. Una de ellas sonríe como quien conoce historias que yo no conozco; la otra le toca el brazo cuando pasa demasiado cerca, demasiado íntima. Ethan ni la mira. Solo desplaza el cuerpo ligeramente, colocando mi cintura entre la mano de ella y él, como si fuera el gesto más natural del mundo.

Siento que algo feo, verde y ridículo me muerde por dentro. Celos. De un hombre que no es mío, llevando un vestido que tampoco es mío, en una vida que desde luego no es la mía. Estupendo. Estoy emocionalmente de maravilla, gracias.

—Van Alen. —Un hombre se acerca, copa en mano, sonrisa amplia y dientes demasiado blancos—. Hace tiempo que no te dejas ver. ¿Y quién es esta preciosidad que llevas al lado?

Ethan no sonríe.

Ni intenta parecer educado.

Su mano pesa un poco más sobre mi espalda, y siento el calor de sus dedos abriéndose paso por la seda como si hubiera nacido para eso.

—Mi acompañante —dice Ethan, y las palabras salen tan frías, tan cortas y tan absolutamente definitivas que el hombre parpadea, recalibrando.

El hombre vuelve a mirarme, pero esta vez más rápido. Como si hubiera recibido la instrucción invisible de no entretenerse.

—Qué suerte —murmura, y se bate en retirada, llevándose la sonrisa amplia hacia otra víctima.

—«Mi acompañante» —repito en voz baja, en cuanto desaparece entre la multitud—. Tienes un vocabulario impresionante, ¿lo sabías? Shakespeariano. ¿Nunca has pensado en dejarlo todo y escribir poesía romántica? Yo la compraría. Dos palabras por libro.

—Funciona —dice Ethan, sin mirarme, barriendo el salón con los ojos.

—Nadie cuestiona la eficacia. Retroceden como perros que se han llevado un chorro de manguera en la cara. Pero a mí, como ser humano con sentimientos, me gustaría que me presentaran como algo más que un pronombre posesivo de una sílaba.

—¿Qué prefieres? —Ahora me mira de reojo, y hay un brillo en esos ojos azules que aún no había visto, algo casi divertido, pero todavía demasiado afilado para llamarlo humor—. «Esta es Carmen. Trabaja conmigo. Y cualquier hombre de esta sala con suficiente instinto de supervivencia entenderá que eso es todo lo que necesita saber.»

—Técnicamente amenazante y socialmente inaceptable. —Cojo una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasa —. Te pega. Puedes usarlo.

—Esa era mi intención.

Debería tener una respuesta afilada para eso. Siempre tengo una respuesta afilada para todo. Pero me está mirando de esa forma callada e intensa, como si en medio de un salón abarrotado yo fuera la única cosa que de verdad reclama su atención, y mi cerebro, traidor sin ningún sentido de la autoconservación, decide fallar.

Y por primera vez, lo veo.

De verdad, sin fantasma, sin borrador.

Su sonrisa.

Pequeña, reticente, arrancada casi contra su voluntad, pero es una sonrisa de verdad, completa, y le transforma la cara entera al hombre, le quita diez años y tres capas de hielo, y odio, odio con pasión, que mi estómago escoja justo este momento para hacer esa cosa ridícula y adolescente de mariposa batiendo las alas.

Y entonces una voz corta el salón como un cuchillo caliente atravesando mantequilla. Femenina. Cristalina. Afilada como un estilete.

—Ethan Van Alen. Si crees que vas a pasar por delante de mí, en plena fiesta, sin presentarme a la muchacha que llevas colgada del brazo, entonces has olvidado, muy convenientemente, todo lo que me pasé veinte años enseñándote sobre buenos modales.

Me giro hacia la voz.

Y veo a la mujer más elegante que he visto en mi vida. Setenta y tantos años llevados como una medalla, el pelo plateado en un moño perfecto sin un solo mechón fuera de lugar, un vestido color vino que costó el PIB de un país pequeño, y los mismos ojos de Ethan, azules, perspicaces, vivos, solo que estos claramente nunca aprendieron a esconder lo que sienten, ni tienen la menor intención de aprenderlo a estas alturas de la vida.

Esos ojos me examinan de arriba abajo con un interés descarado, divertido y absoluto, gloriosamente sin vergüenza. Se detienen en mis rizos pelirrojos, en el vestido elegido por alguien del equipo de Ethan, en su mano todavía firme en mi espalda. La ceja se le arquea despacio, como si acabara de encontrar un capítulo entero de cotilleo envuelto para regalo.

—Ah —dice, saboreando la sílaba—. Ahora entiendo por qué estabas sonriendo. Pensaba que te había dado un ictus.

Ethan suspira a mi lado. Es el suspiro de un hombre hecho y derecho, de treinta y seis años, multimillonario, que por un único instante ha vuelto a tener doce ante una figura de autoridad.

—Carmen —dice, en tono de rendición anticipada—, esta es mi tía abuela, Vivienne Van Alen. Vivienne, esta es Carmen, mi…

—¿Tu qué? —Vivienne arquea una única ceja plateada, perfectamente dibujada—. Estoy esperando, querido. Y mira que ya he enterrado a tres maridos a lo largo de la vida, así que puedes creerme: sé esperar el tiempo que haga falta.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ethan

No les quito ojo a las dos en toda la noche.

Vivienne se llevó a Carmen a un rincón hace cuarenta minutos, y ahí siguen las dos, sentadas, con las cabezas inclinadas la una hacia la otra como viejas conspiradoras, riéndose de algo por lo que yo pagaría una cantidad considerable con tal de asegurarme de que no soy yo.

Mi tía abuela tiene el don sobrenatural de sacarles confesiones a las piedras, de hacer hablar a las esfinges, de arrancarles la verdad a hombres que confesarían menos bajo tortura. Y Carmen tiene la pésima, peligrosísima costumbre de decir exactamente lo que piensa, en el momento en que lo piensa, sin limar las aristas, sin medir las consecuencias, sin ese instinto básico de autoconservación que la gente suele desarrollar después de sobrevivir a cosas malas.

La combinación de las dos me deja con la sensación física de que me están deshuesando a distancia, filete a filete, sin anestesia.

Vivienne le toca la mano encima de la mesa.

Carmen no se aparta.

Ese detalle me atrapa más de lo que debería. Carmen se aparta de casi todo el mundo de maneras pequeñas, invisibles para quien no sabe mirar. Tensa los hombros. Cierra los dedos. Echa el cuerpo un centímetro hacia atrás cuando alguien se acerca demasiado. Con Vivienne no hace eso. Se queda ahí, con los rizos rojos cayéndole sobre un hombro, la boca curvada en una sonrisa que probablemente ni se da cuenta de que se le ha escapado, y algo

dentro de mí se contrae con una fuerza idiota, primitiva y absolutamente inoportuna.

—Tienes cara de haberte tragado un limón entero, con piel y todo —murmura Declan, materializándose a mi lado con dos copas y plantándome una en la mano.

Vino como mi «invitado» a la gala, lo que en la práctica significa que se pasa la noche bebiendo champán gratis y comentando, en tiempo real, cada una de mis decisiones cuestionables.

—Relaja esa mandíbula antes de que te rompas un diente. Lo peor que puede hacer Vivienne es contarle que dormías abrazado a un perro de peluche hasta los nueve años.

—Yo nunca dormí con ningún perro de peluche.

—No es lo que me contó Vivienne las Navidades pasadas. Con detalles. Tenía nombre y todo. Era Sir Ladridos, si la memoria no me falla.

—Vivienne miente descaradamente cuando le parece gracioso. Y le parece gracioso casi todo cuando el tema soy yo.

—Cierto. Es una de sus mejores cualidades.

Le lanzo una mirada gélida.

Declan sonríe por encima de la copa.

—No sirve de nada que intentes intimidarme, jefe. Ya te he visto con una intoxicación alimentaria en Mónaco, abrazado a un cubo de hielo y prometiendo donar media fortuna a quien acabara con tu sufrimiento. Tu mítico aire de alfa impávido se fue al garete justo ahí.

—Hablas demasiado.

—Y tú observas demasiado. Todos estamos atrapados en nuestros defectos.

Lo dice y se detiene un segundo antes de continuar.

—Vivienne —dice observando a las dos mujeres en el rincón con interés genuino— se está divirtiendo más en esta fiesta que en ninguna otra de los últimos diez años, y yo fui a casi todas contigo. Mira su postura. Mira cómo se inclina. Esa mujer no se inclina ante nadie, Ethan, ella hace que el mundo se incline ante ella. Y tu supuesta asistente —carga la palabra con la ironía suficiente para hundir un transatlántico— está consiguiendo hacer reír a la vieja dragona. Reír de verdad, de esa manera que sacude los hombros. ¿Tienes idea de cuántas personas vivas en este planeta consiguen hacer reír de verdad a Vivienne Van Alen?

Da un trago, largo.

—Yo. Y la lista terminaba en mí. Hasta esta noche, por lo visto. Ahora somos dos, y no me está gustando la competencia.

No respondo, porque la verdad inoportuna, la verdad que no voy a decir en voz alta ni bajo tortura, es que yo tampoco consigo dejar de mirar.

Y no es por la operación.

No es por su seguridad.

No es por ninguno de los motivos racionales y justificables que sería capaz de escribir, con letra firme, en un informe de seguimiento.

Es porque está absurdamente guapa con ese vestido verde, riéndose de esa manera desatada que dudo que ella misma perciba, con la barbilla erguida en ese ángulo de insubordinación que llevo tatuado en la cabeza desde el instante en que se abrió la cortina de terciopelo. Es porque esos rizos rojos parecen fuego vivo bajo la luz

de las lámparas, fuego salvaje, indomable, completamente fuera de lugar en este salón de oro pulido, mentiras caras y sonrisas ensayadas.

Ella no pertenece a este mundo.

Y, aun así, lo ilumina de una forma que me irrita.

Porque me doy cuenta. Todos se dan cuenta.

Los hombres miran. Las mujeres miran. Algunos fingen no mirar porque yo les devuelvo la mirada, y mi apellido todavía pesa lo suficiente en esta ciudad como para convertir la curiosidad en prudencia.

Pero algunos son estúpidos.

Siempre hay algún estúpido.

Un heredero de vaya usted a saber qué inutilidad pasa demasiado cerca de la mesa de Vivienne, aflojando el paso para mirar a Carmen más tiempo del que debería. Me memorizo su cara antes de que tenga la oportunidad de sonreír.

Declan sigue mi mirada y suspira.

—No podemos arruinar a todas las familias tradicionales de Chicago en una sola noche. Intenta priorizar.

—Estoy priorizando.

—Ese es justamente el problema.

Yo, que he pasado demasiado tiempo asegurándome, con método, disciplina y una paciencia casi religiosa, de que nada ni nadie me alcanzara de verdad, siento que algo muy antiguo y muy enterrado se remueve en el fondo del pecho, como un animal que estaba absolutamente seguro de que estaba muerto, disecado y

catalogado, y que ahora, sin pedir permiso, abre un ojo y me sostiene la mirada.

Es el tipo de cosa que destruye operaciones.

Es el tipo de cosa que destruye a hombres como yo, hombres que dependen de no sentir nada para sobrevivir en medio de los lobos.

Lo sé mejor que nadie.

Vi exactamente lo que los sentimientos le hicieron a mi madre.

Y aun así no consigo apartar la mirada.

Carmen se ríe de nuevo, más bajito esta vez, y Vivienne se lleva la mano al pecho como si acabara de decirle la cosa más escandalosamente encantadora de la noche. Carmen se pone roja. No mucho. Solo lo justo para que el rubor le roce las mejillas y compita con el fuego de su pelo.

Mi cuerpo reacciona antes que mi razón.

Un paso.

Pequeño.

Hacia ella.

Declan lo nota. Claro que lo nota.

—Estás jodido —dice, en voz baja, a mi lado, y cuando por fin giro la cabeza hacia él, la broma ha desaparecido de su cara. Solo queda el amigo que me conoce desde hace veinte años, leyendo en mí lo mismo que yo me estoy negando a leer—. Lo sabes, ¿no? Te veo la cara, Ethan. Nunca te había visto con esa cara.

—Cállate, Declan.

—Tu respuesta no hace más que confirmar lo que he dicho.

—No, es solo la irritación de quien lleva demasiado tiempo aguantándote.

—También. Pero hay otras cosas ahí. Cosas malas para tu tensión arterial y excelentes para mi entretenimiento.

Apoyo la cadera en la barra.

Él levanta las dos manos, fingiendo rendición.

—Vale. No digo nada. Me limitaré a observar en silencio mientras te enamoras de la mujer más inadecuada posible en medio de la operación más delicada de tu vida. ¿Qué podría salir mal?

—Declan.

—Vale. Silencio.

Su silencio dura exactamente tres segundos.

Entonces su cuerpo cambia.

No mucho. Para cualquier otra persona, no habría pasado nada. Pero conozco a Declan desde antes de que aprendiera a esconder el miedo detrás de bromas malas. La postura relajada desaparece. Sus ojos, antes divertidos, se quedan planos.

—Ha llegado Hitchmore —dice Declan, y la broma se evapora al instante de su voz.

Sigo su mirada a través del salón.

Y ahí está, al otro lado, con esmoquin impecable, sonrisa de tiburón domesticado, estrechando las manos de senadores y directores de hospital con la desenvoltura de quien es el dueño del lugar: Conrad Hitchmore.

El hombre que pujó medio millón por Carmen.

Uno de los hilos más gruesos de la red que he venido a quemar hasta los cimientos.

Acepta una copa de champán sin mirar al camarero. Se ríe de algo que dice un hombre de pelo blanco. Inclina la cabeza para escuchar a una mujer cubierta de diamantes. Todo perfectamente civilizado. Todo perfectamente ensayado.

Y entonces sus ojos pequeños y atentos empiezan a barrer el salón lentamente, de un lado a otro.

Buscando.

La sangre se me hiela antes incluso de que la encuentre.

Buscándola a ella.

Cuando la mirada de Hitchmore se detiene en la mesa de Vivienne, algo en su cara cambia. No lo suficiente para que el resto de la sala lo note. La sonrisa sigue en su sitio. La postura sigue impecable. Pero yo lo veo.

Interés.

Reconocimiento.

Hambre.

La copa cruje entre mis dedos.

Declan mira hacia mi mano.

—Ethan.

—Mantente atento —digo, ya en movimiento, ya dejando la copa intacta en la primera superficie que encuentro—. No dejes que se acerque a tres metros de ella. Yo lo intercepto por el camino.

—Con mucho gusto —responde Declan, y ahora no hay broma ninguna—. Pero intenta no matar al viejo en plena gala. La

logística sería un desastre.

No respondo.

Porque una cosa la tengo decidida, con una certeza absoluta que no tiene nada que ver con ningún plan, operación o estrategia:

Conrad Hitchmore no se va a acercar a Carmen Pembroke.

No mientras yo siga respirando en este salón.

CAPÍTULO DIECISIETE

Carmen

La noche casi termina bien.

Y digo casi porque me lo estaba pasando genuinamente bien, lo que, teniendo en cuenta las circunstancias, ya es un milagro digno de investigación. Vivienne es una de las personas más agudas, más divertidas y más inesperadamente amables que he conocido en la vida, y durante una hora entera casi me olvidé de dónde estaba y de por qué estaba allí.

Me contó historias de sus tres matrimonios, «enterré a todos, querida, y unos me gustaron más que otros, pero no voy a decir cuál delante de los retratos», me dio su opinión no solicitada sobre la mitad de las mujeres del salón, me explicó qué diamantes eran heredados, cuáles se habían comprado para compensar una infidelidad y cuáles eran demasiado falsos para merecer respeto, y me hizo reír tanto que derramé champán en la servilleta.

Casi me olvidé de La Rosa Roja, del escenario, de la luz cegándome en la cara.

Casi me olvidé de los hombres en la oscuridad.

Durante una hora fui solo una chica en una fiesta, charlando con una señora encantadora que robaba canapés de la bandeja como si fuera un deporte de competición y hablaba mal de los millonarios con la tranquilidad de quien nació antes que ellos y pretende sobrevivir a todos.

Pero entonces se levantó diciendo:

—Voy a dar una vuelta, querida, que si no las otras víboras empiezan a sisear que estoy monopolizando la novedad de la noche.

Palabra suya, víboras, y me dejó sola durante dos minutos cerca de la mesa de los canapés. Y cometí el error fatal de bajar la guardia.

Solo dos minutos.

En una sala como esa, dos minutos son una eternidad.

Fue suficiente.

—La Rosa Roja —dice una voz a mi espalda.

Baja. Prepotente. Arrastrada y saboreando cada sílaba.

Me quedo congelada en el sitio, con el canapé a medio camino de la boca.

Conozco esa voz. Es la voz de los sillones de cuero. La voz de los quinientos mil. La voz que se inclinó hacia delante en la oscuridad y me erizó la nuca antes incluso de que yo supiera por qué.

Mi cuerpo lo sabe antes que mi cabeza.

La nuca se me eriza. El estómago se me revuelve. Los dedos aprietan el canapé con tanta fuerza que el panecillo se deshace un poco entre ellos. Alrededor, el salón sigue igual. Champán, risas, joyas, perfumes caros. Nadie se detiene. Nadie mira. Así es como sobreviven estos hombres, pienso. Haciendo cosas monstruosas en salas donde todo el mundo ha sido entrenado para fingir que no ha visto nada.

Me giro despacio, controlando cada músculo.

De cerca es más viejo de lo que había imaginado por la voz, y de algún modo peor. Setenta y tantos años, bronceado artificial de quien no ha trabajado un solo día honrado en su vida, ojos pequeños, húmedos y atentos que me recorren de arriba abajo con la familiaridad asquerosa, presuntuosa, de quien cree que ya me

compró una vez y solo está, pacientemente, esperando la entrega del pedido atrasado.

—Creo que me ha confundido con otra persona —digo, y mantengo la voz firme por puro orgullo, por pura cabezonería, porque por dentro cada célula de mi cuerpo está en pánico, gritándome que corra.

—Ah, no, querida. Yo nunca, jamás, olvido una mercancía que se me escapó entre los dedos.

La palabra mercancía me golpea como una mano abierta.

Da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio, y noto el olor a puro, a whisky añejo y a colonia demasiado cara. Detrás de él, una mujer con un vestido plateado se ríe a carcajadas de alguna broma. La normalidad de todo aquello es casi más aterradora que él.

—Fue una pena enorme, aquella noche —continúa—. Yo estaba dispuesto a ser muy, muy generoso contigo. Van Alen tiene dinero de sobra, es cierto, más del que sabe qué hacer con él. Pero no sabe… apreciar las cosas. No como las apreciaría yo. No con el debido cuidado.

Mi brazo quiere moverse solo.

Quiere estamparle la copa en la cara. Quiere empujar. Quiere arañar. Quiere hacer cualquier cosa que convierta el miedo en movimiento.

Pero me quedo quieta.

Porque este salón entero es una trampa elegante, y no sé qué dientes se cierran primero.

—Se está equivocando de persona —digo.

—Estoy hablando exactamente con la persona correcta.

Su mirada baja hacia mis rizos pelirrojos, demasiado lenta, demasiado repugnante.

—La Rosa Roja. El nombre te pegaba. Fuego bonito, raro. Siempre me han gustado las cosas raras. —Se inclina un poco más, y su voz baja, íntima de una forma que me revuelve el estómago—. No te he olvidado, ¿sabes? Todavía pienso en ese pelo. Yo no renuncio a algo solo porque otro hombre haya pagado más por ello. Soy paciente. Espero. Y siempre, siempre consigo lo que decido que es mío. Pregúntale a cualquiera que haya intentado ponerse en mi camino. Los que quedan para contarlo son pocos.

La náusea sube tan rápido que casi no consigo tragar.

—No me llame así.

Él sonríe, y su sonrisa parece húmeda.

—Entonces dime cómo debo llamarte. ¿Carmen? ¿O Van Alen ya te ha elegido otro nombre?

Abro la boca para mandarlo a un lugar muy concreto, muy caliente y muy desagradable, pero no llego a pronunciar la primera palabra.

Porque de repente hay un brazo alrededor de mi cintura, un cuerpo cálido y sólido materializado a mi lado, y la voz más fría que he oído en toda mi vida corta el aire entre el viejo y yo como una hoja de hielo.

—Conrad.

Ethan.

Nunca en mi vida me había gustado tanto oír una voz.

—Estás demasiado cerca de mi acompañante.

Hitchmore sonríe, sin intimidarse lo más mínimo, exhibiendo unos dientes demasiado blancos.

—Solo estaba admirando tu excelente buen gusto, Van Alen. Tienes suerte. Mucha suerte. La última vez, casi fue mía, ¿lo sabías? Faltó tan poco.

La mano de Ethan se cierra en mi cintura, posesiva, firme, definitiva, tirando de mí medio centímetro más cerca de su cuerpo. No es brusco. No hace daño. Pero es un mensaje tan claro que hasta yo, temblando por dentro, lo entiendo.

Detrás de mí.

Ahora.

Obedezco.

Su calor en mi espalda parece una pared.

—No faltó nada —dice Ethan.

Dos palabras.

Bajas.

Sin ninguna emoción.

Y precisamente por eso aterradoras.

—Y no va a faltar. Nada de lo que es mío va a ser tuyo. Nunca. En ninguna circunstancia, en ninguna versión del futuro. —Hace una pausa milimétrica, calculada—. Te sugiero, con firmeza, que te lo grabes bien en la memoria, Conrad.

Los dos hombres se miran fijamente en silencio durante un instante largo, y por debajo de toda la educación de esmoquin, de champán y de gala benéfica, hay ahí algo antiguo, afilado y peligroso, una guerra privada que no entiendo pero que noto en la piel de los brazos como electricidad estática.

Hitchmore mira la mano de Ethan en mi cintura.

Después me mira a mí.

Su sonrisa no cambia, pero algo en sus ojos sí. La mirada se le afila. Se vuelve más fría.

—Cuidado con eso, Van Alen —dice, casi amable—. Los hombres como nosotros no solemos conservar bien los juguetes que empiezan a importar demasiado.

El cuerpo de Ethan se queda inmóvil.

Completamente inmóvil.

Lo único que se mueve en él es el pulgar contra mi cintura, una presión pequeña, casi imperceptible, como si me estuviera diciendo que me quede detrás de él, que no reaccione, que no respire demasiado fuerte.

—¿Los hombres como nosotros? —pregunta Ethan.

Su voz baja tanto que la noto más que la oigo.

—No cometas el error de ponerte en la misma frase que yo —continúa.

Por un segundo, creo que Hitchmore va a volver a sonreír. O a provocar más. O a tocarme solo para ver qué pasa.

Pero quizá él también sienta lo que yo siento: que hay un límite invisible en el aire, y que Ethan Van Alen está a un centímetro de cruzarlo con sus propias manos.

Hitchmore cede primero. Da un paso atrás, recompone la sonrisa y alza la copa en un brindis irónico hacia los dos.

—Disfrútalo mientras dure, Van Alen —dice, y vuelve a desaparecer entre la multitud de esmóquines.

Y yo, que aguanté la subasta entera con la barbilla erguida, que aguanté vender la única cosa que todavía era mía sin dejar caer una sola lágrima, empiezo a temblar ahora, aquí, sujeta al brazo de Ethan, a salvo.

Odiando a mi propio cuerpo por elegir justo este momento, el momento después del peligro, para entrar por fin en pánico.

La mano de Ethan cambia en mi cintura.

De posesión a cuidado.

La diferencia es mínima.

Aun así la noto.

—Carmen —dice, junto a mi oído.

Solo mi nombre.

Sin orden. Sin frialdad. Sin público.

Y eso casi me rompe.

—Necesito salir de aquí —susurro, y la voz me sale temblorosa—. Ahora. Por favor.

Ethan no pregunta nada. No dice «tranquila», ni «ya ha pasado», ni «respira», ni ninguna de las frases inútiles y automáticas que dice la gente cuando no sabe qué hacer con el miedo de los demás.

Solo me sujeta con más firmeza contra su cuerpo, hace un gesto breve con la cabeza a Declan, al otro lado del salón, y me guía hacia fuera por una puerta lateral discreta, lejos de las miradas curiosas, lejos de las sonrisas de tiburón. En el pasillo, ya fuera del alcance de la música, se quita la chaqueta y me la echa sobre los hombros antes de que consiga protestar. La tela aún guarda su calor

y ese olor limpio, oscuro, demasiado caro, una mezcla de jabón, lana fría y algo que es solo Ethan.

—No hace falta —digo, porque necesito decir algo.

—Lo sé.

Él no la retira. Solo me coloca bien la solapa cerca del cuello, con los dedos rozando ligeramente un rizo suelto detrás de mi oreja. El roce dura menos de un segundo, pero la delicadeza inesperada me desarma más que la amenaza de Hitchmore. Entonces abre la puerta hacia la noche fría y cortante de Chicago, donde por fin, por fin consigo llenarme los pulmones de aire.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Carmen

En el asiento trasero del coche, no consigo parar de temblar.

Y no es miedo a Hitchmore, exactamente, no solo eso. Es todo a la vez. Es la noche entera de la subasta volviendo de golpe, en un solo bloque: el escenario, la luz cegadora, la palabra intacta, la palabra vendida, la sensación física de haber sido reducida a una mercancía que ese hombre todavía cree, con toda la calma del mundo, que algún día recibirá en su casa. Es Sloane en la cama del hospital. Es el cansancio acumulado de catorce meses sin salida. Es la certeza, ahora expuesta del todo, de que me he metido en algo mucho, mucho más grande que yo, y de que ya no hay vuelta atrás.

—Respira —dice Ethan, en voz baja, a mi lado, sobre el asiento de cuero.

El conductor ha subido la mampara de cristal ahumado. Estamos solos los dos en la penumbra del coche, las luces de la ciudad deslizándose por las ventanillas. El mundo de ahí fuera pasa en franjas de amarillo, rojo y azul, demasiado borrosas para parecer reales.

—Ahora estás a salvo. Él no va a tocarte. Nadie va a tocarte. Ya te lo he dicho, y yo no digo cosas que no pienso cumplir.

—Lo sé. —Mi voz sale temblorosa y odio cada sílaba temblorosa—. Lo sé, es solo que… por un segundo, cuando me habló, cuando dijo «La Rosa Roja», volví. Volví de golpe a lo alto de aquel escenario. Y me sentí como aquella noche. Como una cosa. Una flor en un catálogo. Un artículo a la venta.

El silencio que viene después no está vacío. Es pesado, lleno de cosas que Ethan no dice. Entonces, en la oscuridad del coche,

siento su mano cubrir la mía sobre el cuero del asiento. No aprieta. No agarra. Solo reposa ahí, cálida, firme, sólida, un ancla en un mar que se agita demasiado. Miro su mano sobre la mía. Grande. Fuerte. Capaz de destruir muchas cosas. Y, aun así, en ese instante, tan cuidadosa que casi duele.

Mi cuerpo recuerda antes que yo: la mano en mi codo en el ascensor, el pulgar en mi clavícula al colocarme el tirante del vestido, la palma firme en mi espalda baja durante la gala, su chaqueta sobre mis hombros en el pasillo frío. Contactos demasiado pequeños para significar algo por sí solos. Juntos, sin embargo, forman un camino peligroso hasta este asiento de cuero, hasta esta penumbra, hasta el modo en que su presencia calma mi miedo y enciende otra cosa en su lugar.

—Tú nunca fuiste una cosa —dice.

Su voz ha perdido toda la frialdad de antes, todo el hielo. Ahora es baja, ronca, casi íntima, casi un secreto.

—En aquel escenario, entre todas las demás, fuiste la única que subió con la cabeza alta. La única. Me fijé al instante, en el segundo en que se abrió el telón: la cabeza alta, los rizos pelirrojos como fuego salvaje bajo la luz, como si hasta tu pelo se negara a obedecer a aquel lugar. Por eso yo…

Se detiene de repente. No termina la frase.

Vuelvo el rostro hacia él. Estamos cerca, mucho más cerca de lo que había notado en la penumbra, las rodillas casi tocándose, su cara a un palmo de la mía. La luz de las farolas entra por la ventanilla en destellos rápidos, dibujando trozos de él de uno en uno: la línea dura de la mandíbula cubierta por la barba, la boca demasiado seria, las pestañas bajas, los ojos azules que, por primera vez desde que lo conozco, no me esconden absolutamente nada. Su mano sigue sobre la mía, y ese contacto, demasiado simple para ser peligroso, hace exactamente lo contrario de lo que debería. En vez

de calmarme, me despierta. Mi piel percibe la suya. Mi respiración percibe la suya. Mi cuerpo entero, traidor y exhausto, se inclina un milímetro hacia la única cosa que parece sólida en esta noche.

—¿Por eso qué, Ethan? —pregunto, y mi voz sale en un susurro que apenas reconozco.

Tarda en responder. Su pulgar se mueve una vez sobre mis dedos, tan leve que quizá ni siquiera fue a propósito. Pero lo siento en la muñeca, en la garganta, en el centro del pecho, en la parte más honda y más asustada de mí.

—Por eso no pude dejar que te comprara —dice.

La frase queda suspendida entre nosotros, y no es una declaración. No debería serlo. Quizá ni lo sea. Pero algo en ella me golpea con más fuerza de la que habría tenido cualquier promesa bonita, porque Ethan no habla para agradar. No habla para consolar. No entrega nada que no haya arrancado antes de algún lugar oscuro dentro de sí mismo.

Debería darle las gracias. Debería apartarme. Debería mirar por la ventanilla, recomponer las partes de mí que todavía saben ser prudentes y recordar que este hombre firmó un contrato con mi nombre. En vez de eso, me quedo mirando su boca, la tensión dibujada ahí, el modo en que parece odiarse por estar tan cerca y, al mismo tiempo, incapaz de apartarse.

—Ethan… —digo, pero el nombre sale mal. Demasiado bajo. Demasiado suave. Casi una súplica.

Su mirada baja hasta mi boca.

Solo eso.

Una mirada.

Y mi cuerpo entero responde como si lo hubieran tocado.

—No digas mi nombre así —murmura.

—¿Así cómo?

—Como si no supieras exactamente lo que me estás haciendo.

El aire desaparece.

No consigo responder. Quizá porque no lo sé. Quizá porque lo sé y eso es peor. Su mano deja la mía despacio, no como abandono, sino como decisión. Por un segundo, creo que va a apartarse. Debería apartarse. Todo en él dice que lo está intentando. La mandíbula trabada, los hombros rígidos, la respiración demasiado contenida.

Entonces levanta la mano y me toca la cara.

No hay prisa. No hay brutalidad. Sus dedos rozan primero el lateral de mi mandíbula, después suben, acariciando mi piel con una delicadeza imposible para alguien que parece hecho de acero y amenaza. El pulgar pasa por mi pómulo, recoge una lágrima que ni siquiera había notado que caía, y ese gesto casi me deshace más de lo que podría hacerlo cualquier beso.

Casi.

—Debería mandarte al otro lado del asiento —dice, la voz tan baja que parece arañar el silencio.

—¿Y por qué no lo haces?

Sus ojos arden en los míos.

—Porque no soy tan fuerte como finjo.

Entonces me besa.

No es brusco. No es robado. Es peor. Es inevitable.

Su boca toca la mía despacio, cálida, firme, como si me estuviera dando la oportunidad de retroceder y, al mismo tiempo, rezando para que no lo hiciera. No retrocedo. Cierro los ojos y dejo que el peso del mundo resbale un centímetro, solo uno, mientras sus labios se amoldan a los míos con una precisión que me deja sin aire. Al principio es casi cuidadoso. Un beso contenido, profundo, su boca probando la mía como si cada segundo costara caro. La barba araña un poco mi piel, una aspereza deliciosa contra la suavidad de mis labios, y siento su sabor, delicioso, cálido, demasiado limpio para encajar con la noche sucia que ha quedado atrás.

Entonces suspiro contra su boca.

Y algo en él cede.

La mano en mi mandíbula se desliza hasta mi nuca, los dedos se hunden en mis rizos pelirrojos, sujetando sin hacer daño, reteniendo sin aprisionar. La otra mano encuentra mi cintura, grande y cálida, abriéndose sobre la seda del vestido como si hubiera luchado toda la noche contra las ganas de hacer exactamente eso. El beso cambia de ritmo. La delicadeza sigue ahí, en algún lugar, pero ahora hay hambre por debajo. Hambre apenas controlada. Hambre de un hombre que se prohibió desear y está descubriendo, demasiado tarde, que ninguna prohibición sobrevive al contacto de la piel.

Su lengua toca la mía, lenta en el primer instante, después más profunda, más segura, arrancándome un sonido bajo que muere dentro de su boca. El sonido parece atravesar algo. Ethan responde con un ruido ronco, casi un gemido atrapado en el pecho, y me atrae más cerca. No lo bastante para asustarme. Lo bastante para que sienta su calor atravesar la distancia entre nosotros, lo bastante para que mi rodilla roce su muslo, para que mi mano busque apoyo en su pecho y encuentre, bajo la camisa, un corazón latiendo demasiado fuerte para un hombre que finge no sentir nada.

Su mano en mi cintura aprieta.

Mi cuerpo lo entiende antes que mi cabeza.

Me inclino, me entrego al beso como quien por fin encuentra un lugar donde puede dejar de defenderse durante unos segundos. Su boca baja un poco, toma mi labio inferior entre los suyos, lo succiona suavemente, y el gesto pequeño, cálido, demasiado íntimo, enciende una línea de fuego que baja por mi cuello, por el pecho, por el vientre. Siento mis dedos cerrarse en su camisa, arrugando la tela cara, tirando sin pensar. Ethan respira contra mi boca, pesado, irregular, y cuando vuelve a besarme, su control está resquebrajado en los bordes.

Ya no existe el coche. No existe la ciudad. No existe Hitchmore, ni subasta, ni contrato, ni La Rosa Roja. Existe su boca abriendo la mía, su lengua haciéndome olvidar dónde termina el miedo y empieza el deseo, su palma quemando en mi cintura, los dedos atrapados en mis rizos como si aquel fuego fuera lo único real dentro de la noche. Existe mi cuerpo entero despertando de golpe, confuso y hambriento, asustado de su propia respuesta. Existe Ethan besando como si intentara ganar una guerra contra sí mismo y estuviera perdiendo, perdiendo estrepitosamente, perdiendo en mi boca.

Mi mano sube hasta su cuello. Siento el pulso ahí, acelerado, vivo, y esa prueba de descontrol me da un valor peligroso. Deslizo los dedos por su barba, en la línea de la mandíbula, y él gira la cara contra mi caricia por una fracción de segundo, como si no pudiera evitarlo. La reacción es pequeña, casi imperceptible, pero me atraviesa entera. Este hombre, que parece inquebrantable ante los monstruos, reacciona a mis dedos como si yo hubiera descubierto una grieta secreta en su armadura.

Y entonces se detiene.

De repente.

Su boca se aparta de la mía, pero no se va lejos. La frente se apoya en la mía, la respiración le sale pesada, entrecortada, cálida contra mis labios todavía abiertos. Las manos siguen en mí, solo que han cambiado de función. Ahora me sujetan a distancia en vez de atraerme.

—No —dice, y su voz está destrozada, ronca, irreconocible—. Carmen, no. No podemos.

—¿No?

Retrocedo un poco, y el frío entra de inmediato en todos los lugares donde estaba su calor. La vergüenza empieza a subirme por el cuello como una marea.

—Me has besado.

—Lo sé.

—Me has besado, Ethan.

—Sé muy bien lo que he hecho.

Se pasa la mano por la cara, por el pelo, y nunca, en ningún momento desde que lo conozco, había visto a Ethan Van Alen perder el control de una forma tan absoluta.

—Y no puede volver a pasar. Nunca más.

—¿Por qué?

Odio que mi voz salga dolida. Odio, con todas mis fuerzas, que esto me duela, que él tenga el poder de herirme tan rápido.

Me mira, y hay tanto en esa mirada —deseo, culpa, rabia contra sí mismo, y algo que parece casi desesperación— que contengo la respiración en mitad del pecho.

—Porque te compré —dice, en voz baja, y cada palabra parece salirle arrancada, costándole caro—. Y esto no va a pasar.

Traga saliva. Su voz se vuelve aún más baja.

—No voy a ser él.

El silencio después de esa frase parece ocupar el coche entero. No sé quién es él. Todavía no. Pero sé, por el modo en que Ethan aparta los ojos, por el modo en que sus dedos se cierran en un puño sobre su propia rodilla, que ese nombre invisible carga con sangre, vergüenza y una herida demasiado antigua para haber cicatrizado bien.

Golpea dos veces con los nudillos en la mampara, le indica al conductor que continúe, y pasa el resto del camino mirando fijamente por la ventanilla, lejos de mí, en su lado del asiento, con los puños cerrados sobre las rodillas como un hombre que está usando cada gramo de su propia fuerza para sujetarse en su sitio.

Y yo me quedo en mi lado del asiento de cuero, los labios todavía calientes y hormigueando por su beso, entendiendo dos cosas a la vez, con una claridad que duele.

La primera: estoy metida en un lío mucho, mucho más grande que dos millones de dólares y un contrato.

La segunda: el «él» que Ethan se niega, con todas sus fuerzas, a ser. Ese «él» no es Conrad Hitchmore.

Es alguien de mucho antes. Alguien que hirió, de un modo que dejó una marca permanente, a aquella mujer de pelo oscuro del marco de plata.

Y eso, de alguna forma, me afecta profundamente.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ethan

No duermo.

A las tres de la madrugada sigo en el despacho, con el whisky intacto al lado del portátil y la foto de mi madre orientada hacia mí en el mismo ángulo de siempre, como si Lucia Van Alen se hubiera pasado quince años juzgando mis decisiones en silencio y, esta noche, por fin tuviera motivo suficiente para salir del marco y llamarme idiota.

El móvil se enciende sobre el escritorio poco después de las tres. Sé quién es antes de girar la pantalla, porque solo una persona en el mundo me llama a estas horas sin que sea una emergencia, y es la misma persona que me enseñó que las tres de la madrugada son la hora en que los hombres cansados bajan la guardia.

—Papá.

—Me he enterado de que anoche reapareciste en el mundo de los vivos. —Su voz es cálida, divertida, la voz de quien está en un despacho igual al mío, a kilómetros de distancia, igual de desvelado —. La gala de Vivienne. Hace tiempo que no dabas la cara en una de esas. Tu tía debe de estar insoportable de lo satisfecha que está.

—¿Ahora tienes informantes?

—Tengo informantes en todas partes, Ethan. Lo sabes. Fuiste tú quien me llamó paranoico las pasadas Navidades, y fuiste tú quien lo aprendió de mí. —Se ríe por lo bajo—. Solo me gusta saber dónde están mis hijos. Es un derecho de padre. Cuando puedas, hazme un hueco. Llevas semanas desaparecido, metido en sabe Dios qué, y no me gusta que desaparezcas. Solo desapareces cuando estás liando algo.

No respondo enseguida. Al otro lado de la línea oigo el tintineo familiar del hielo en un vaso, el sonido de fondo de toda mi infancia, y por un segundo, solo uno, me entran ganas de contárselo todo. La operación. Los tres años. La red. Como tantas otras veces, mi instinto corrió primero hacia él cuando el suelo tembló.

—Vamos a comer. El jueves —digo, en lugar de todo lo que no digo—. Me paso.

—Perfecto. —Una pausa—. Vete a dormir, hijo. Sea lo que sea lo que te mantiene despierto, no va a mejorar de madrugada. Las cosas nunca mejoran.

Cuelga él primero. Siempre cuelga él primero. Y me quedo con el móvil en la mano, en el despacho a oscuras, con la foto de mi madre mirándome fijamente desde el marco, y pienso, como pienso desde niño, que tengo suerte de tener a mi lado a un hombre como ese. Que sin él, después de que mi madre se fuera, me habría convertido en otra cosa. Peor. Y cuando pienso en lo peor, pienso en lo que hice… y en por qué lo hice.

Porque fui un idiota.

No de los descuidados. El descuido es cosa de aficionados. Lo que hice fue peor: vi el riesgo, medí el riesgo, le puse nombre al riesgo, y aun así avancé. Besé a Carmen en el asiento trasero del coche sin cálculo, sin freno, sin una sola de las malditas barreras que me han mantenido vivo durante treinta y seis años. Durante unos segundos olvidé la operación, olvidé a Hitchmore, olvidé a Lawrence, olvidé la regla que enterré junto con mi madre: no ser nunca un hombre más que toma lo que quiere solo porque tiene dinero y poder para tomarlo.

Y entonces paré. Hice lo honrado, lo correcto, lo que me separa de los monstruos de aquel salón, y vi el dolor atravesarle la cara como un cuchillo limpio. Vi la vergüenza subirle a Carmen por el cuello y me odié a mí mismo con una precisión casi quirúrgica,

porque, de algún modo retorcido, herirla por contenerme me pareció más cruel de lo que habría sido ceder.

¿Qué cojones he hecho?

Esa es la pregunta honesta, no la elegante, no la estratégica. La honesta. Compré a la mujer que no podía desear, toqué a la mujer que no podía poseer, besé a la mujer a la que había prometido proteger de hombres como yo, y ahora estoy sentado a oscuras fingiendo que esto sigue siendo solo una operación.

El problema es que ahora sé exactamente a qué sabe en mi boca. Sé el sonido que hace cuando olvida, por un segundo, que necesita defenderse del mundo. Sé cómo se le cerraron los dedos en mi camisa, como si necesitara una prueba física de que yo estaba ahí, y no en algún lugar inalcanzable detrás del cristal blindado que suelo poner entre cualquier cosa viva y yo. Esa clase de conocimiento es una droga peligrosa. Entra en la sangre demasiado rápido, y el cuerpo, idiota fiel, empieza a pedir repetición antes de que la razón tenga tiempo de desenfundar el arma.

El control siempre fue método. No virtud. Método. Es lo que me separa de los hombres de aquel salón, lo que me mantiene vivo entre ellos y lo que va a hundirlos. Carmen amenaza ese método sin siquiera intentarlo. Entra en una habitación, levanta la barbilla, me desafía con esa boca afilada y esos rizos de fuego, y de repente la parte más disciplinada de mí empieza a negociar con la parte más primitiva. Eso la vuelve peligrosa. Para la operación, para la red, para mí.

Me levanto del sillón antes de darme cuenta de que me he movido. Cruzo el despacho, abro la puerta y me detengo en el pasillo a oscuras. El ático está en un silencio absoluto, ese silencio filtrado que todavía me parece más propio de un mausoleo que de una casa. Al final del pasillo este, tras la segunda puerta, Carmen duerme, o lo intenta. La idea de cruzar esos metros, llamar a la

puerta y decir cualquier cosa, pedir perdón, explicar, tocar de nuevo, me atraviesa con una fuerza tan burda que casi me río.

Casi.

En vez de eso, me quedo plantado como un maldito adolescente delante de la habitación de una mujer a la que pagué dos millones por no tocar.

Excelente, Ethan.

Doy media vuelta antes de que la peor parte de mí gane la discusión. La parte que quiere entrar. La parte que sabe que ella quizá abriría la puerta. La parte a la que no le importa lo más mínimo el contrato, la culpa, la operación o el honor cuando recuerda su boca entreabierta, su respiración entrecortada, el modo en que dijo mi nombre en la oscuridad del coche.

Vuelvo al despacho y cierro la puerta con demasiado cuidado.

El móvil se enciende sobre la mesa, iluminando la oscuridad. Mensaje de Declan. Las tres de la madrugada, porque él tampoco duerme cuando la operación está en marcha. Una de las muchas cosas que nos hicieron amigos hace veinte años y una de las razones por las que todavía no lo he estrangulado.

Hitchmore ha adelantado la reunión del «comité» al jueves. La mujer de negro va a estar allí. Se están moviendo más rápido de lo normal, Ethan. Algo los ha asustado.

Mi primer impulso es llamar a Lawrence. Durante años, cuando un movimiento salía mal en el tablero, era a él a quien le llevaba la pieza fuera de sitio. Siempre veía el ángulo que yo no veía y siempre tenía un consejo seco, útil, cruel. Esta vez me quedo con el móvil en la mano y no llamo. No sé por qué. Solo sé que no llamo.

Miro el mensaje demasiado tiempo, el whisky olvidado, la mandíbula apretada.

Algo los ha asustado.

Sé perfectamente qué fue. Fui yo. Entré en aquel salón y solté dos millones de dólares por una flor que aquellos hombres ya daban por vendida, delante de la red entera, y le quité a Hitchmore una cosa que él había decidido que era suya. Sacudí la telaraña entera con una sola jugada, y ahora la araña del centro está nerviosa, tirando de los hilos, queriendo entender por qué uno de los hombres de dentro compró de repente a una de las chicas y la encerró lejos de todos.

Debería estar satisfecho. El movimiento es exactamente lo que quiero. Una telaraña en movimiento deja nudos visibles, deja rastros que puedo seguir, expone manos que antes quedaban ocultas. Tres años de una paciencia casi inhumana existen para provocar este momento. Solo que hay una diferencia brutal entre mover la red y mover el peligro cerca de Carmen, y esa diferencia ahora tiene el sabor metálico del miedo en mi boca.

El miedo me irrita. En mí, más todavía.

El miedo es una herramienta útil cuando está en la cara de los demás. En mí es un fallo. Una puerta abierta. Una invitación al error.

El plan era quirúrgico, frío, limpio. El plan no contemplaba a una mujer al final del pasillo. No contemplaba que su nombre se me atravesara cada vez que alguien usara la palabra peligro. No contemplaba que empezara a calcular rutas de huida antes de calcular pruebas.

Ya no soy lo bastante frío. Ese es el fallo más peligroso de la operación. Tiene nombre, apellido y una maldita habilidad para mirarme como si viera la mugre que me pasé la vida entera puliendo hasta convertirla en armadura.

Respondo con los pulgares firmes:

Refuerza su escolta. Hoy. No mañana, no después de la reunión. Hoy.

La respuesta de Declan llega en diez segundos, como si tuviera el móvil en la mano esperando.

Ya la reforcé anoche, hermano. No eres el único aquí que se ha dado cuenta de que ella te importa. Te conozco desde hace veinte años. Sé leerte la cara mejor que tú.

Me quedo mirando la pantalla. Que te vea alguien que conoce todas tus mentiras tiene algo reconfortante y profundamente irritante, porque significa que ya no puedo esconderme a mí mismo lo que Declan ya ha visto desde fuera.

Aparece otro mensaje antes de que decida responder.

Y antes de que me mandes callar: no, no voy a llamarla cebo. Sé que la idea ya se ha planteado, Ethan. Se me pasó por la cabeza, se te pasó a ti, el segundo día, cuando todavía intentábamos entender qué hacer con ella. Una mujer a la que la red entera te ha visto comprar por dos millones es el cebo perfecto para hacerlo salir de su escondite, y los dos lo sabemos. La diferencia es que tú dijiste que no antes incluso de que yo terminara la frase. Te plantaste. Así que no, no voy a llamarla cebo. He aprendido a apreciar mi cara justo donde está.

La comisura de mi boca se mueve, contra mi voluntad. Hijo de puta.

Escribo:

Por fin algo de inteligencia.

Responde:

Viniendo de mí, siempre. Viniendo de ti, solo cuando ella no está en la habitación.

Borro tres respuestas posibles. Todas agresivas. Ninguna lo bastante falsa como para valer la pena.

Al final escribo solo:

Quiero los nombres de los hombres que estuvieron cerca de ella en la gala. Todos. Incluidos los que miraron demasiado tiempo.

Declan tarda un poco más esta vez.

¿Esto es seguridad o celos?

Mi respuesta sale antes de que lo piense mejor.

Las dos cosas.

Miro las palabras en la pantalla y siento su verdad como un puñetazo limpio. No intento borrarlas. No sirve de nada. Declan ya lo ha visto, y estoy demasiado cansado para fingir que no lo he dicho.

Su respuesta llega corta, sin broma.

Entendido.

Eso me preocupa más que cualquier sarcasmo.

Suelto el móvil sobre la mesa, con la pantalla boca abajo, y vuelvo a mirar la foto de mi madre. Lucia me observa desde el portarretratos con esa sonrisa que nunca le llega a los ojos, y por primera vez en años siento rabia hacia ella también, lo cual es injusto, imperdonable y demasiado humano. Rabia por haberse muerto antes de enseñarme cómo se ama a una mujer sin convertirla en una cosa demasiado frágil para tocarla. Rabia por haberme dejado dentro esa ecuación imposible entre deseo y culpa. Rabia hacia mí por seguir siendo, a los treinta y seis años, un niño ante la foto de una madre muerta, pidiendo permiso para desear algo bueno.

—No voy a hacerle daño —le digo al retrato, en voz baja, como si un marco pudiera absolver a alguien—. Aunque tenga que renunciar a todo lo que deseo con demasiada fuerza.

La casa no responde. Los muertos nunca responden. Por eso son pésimos jueces y excelentes verdugos.

Apoyo la cabeza en el sillón de cuero gastado y cierro los ojos. Por primera vez en demasiado tiempo, la última imagen que me pasa por la cabeza antes de quedarme traspuesto, agotado, no es la fotografía que me persigue desde niño, la de mi madre sonriendo por obligación. Es Carmen, descalza sobre el mármol de mi salón, con la barbilla en alto, recordándome con cada desafío que no piensa permitir que nadie decida por ella.

Y eso, lo sé muy bien mientras el sueño me arrastra, es la parte más peligrosa de todas. Hitchmore puede intentar matarme. La red entera puede intentar destruirme. Carmen puede hacer algo peor: puede hacer que quiera vivir.

CAPÍTULO VEINTE

Ethan

El beso no me deja dormir, y la falta de sueño me vuelve descuidado, y el descuido me hace volver a casa temprano un viernes por la tarde, cuando debería estar en cualquier otro lugar del mundo menos a dos metros de Carmen Pembroke.

Son las cuatro de la tarde. He entrenado en el gimnasio del edificio hasta que los músculos me ardían, intentando quemar esa cosa que me viene corroyendo desde que su boca encontró la mía en el asiento del coche, y no ha funcionado, porque este tipo de hambre no sale con el sudor. No sale corriendo diez kilómetros. No sale levantando pesas hasta que el brazo falla. Se queda. Se queda en los dientes, en la lengua, en la sangre. Se queda como un recuerdo caliente e indecente, diciéndome, a cada puta respiración, que ya conozco su sabor y que eso ha arruinado todas mis posibilidades de fingir que no quiero probarlo otra vez.

Subo en el ascensor pensando que el ático está vacío; Carmen dijo en el desayuno que iba a pasar la tarde en la habitación, al teléfono, resolviendo cosas de Sloane.

Entro en el salón quitándome por la cabeza la camiseta empapada, porque soy un hombre en mi propia casa y no esperaba público, y es justo en ese momento, con la camiseta en la mano y el pecho desnudo, cuando me quedo inmóvil.

Porque Carmen no está en la habitación.

Carmen está en medio de mi salón, de espaldas a la pared de cristal, con unos pantalones cortos minúsculos y una camiseta fina de tirantes que pertenece claramente a la categoría de «pensaba que estaba sola en casa». Lleva los rizos de fuego recogidos, está descalza, con los auriculares puestos y el móvil en la mano. Se ríe de algo que ha dicho la persona con la que habla; tiene las piernas desnudas y la curva de un hombro a la vista, porque la camiseta se

le ha resbalado. Durante un segundo entero me olvido por completo de respirar.

Joder.

He visto a esta mujer con un vestido caro, con máscara, con tacones, con rabia, con miedo, con desafío. He visto a Carmen intentando sobrevivir a un salón lleno de monstruos como si su orgullo fuera un cuchillo entre los dientes. Pero esto es otra cosa. Esto es peor. Esto es ella sin armadura. Demasiada piel. Demasiado calor. Demasiada casa dentro de mi casa. Y la parte primitiva de mi cerebro, la parte que no negocia, no piensa, no firma contratos y no hace promesas delante de fotografías de mujeres muertas, la mira y dice una sola cosa:

Mía.

Y entonces ella se gira.

Y me ve. Sin camiseta. Sudado. Inmóvil en medio del salón como un idiota con la camiseta en la mano.

Y todo el aire del ático se detiene.

—Yo… —empieza, y los ojos se le bajan por el pecho antes de que consiga impedirlo, lo veo pasar, veo el recorrido de su mirada, y la veo odiarse a sí misma por ello en la misma fracción de segundo —. Dijiste que volvías a las nueve.

—He terminado antes. —Me sale la voz más ronca de lo que pretendía.

—Estás sin camiseta.

—Es mi casa.

—Ya. —No está mirándome a la cara. Está haciendo un esfuerzo heroico y visible por mirarme a la cara y fracasando—. Es tu casa. Desde luego. Tu casa, tus normas, tu… ausencia de camiseta.

Debería ponerme la camiseta. Es lo decente. En vez de eso me quedo quieto, porque Carmen lleva unos pantalones cortos en mi salón y deja a la vista esas piernas en las que llevo intentando no pensar. Ese moño deshecho está pidiendo a gritos que alguien lo suelte; la camiseta se le ha resbalado un milímetro más por el hombro y yo soy, por debajo de toda la disciplina, un hombre.

Un hombre con hambre.

Un hombre que sabe exactamente cómo sería cruzar esos dos metros, hundir los dedos en ese pelo rojo, echarle la cabeza hacia atrás y descubrir si vuelve a hacer aquel sonido cuando pierde la compostura contra mi boca.

—Deberías… —empiezo, y me falla la voz. Carraspeo—. Deberías colgar el teléfono. Quiero hablar contigo.

—Ah. —Mira el móvil que tiene en la mano como si hubiera olvidado que existe—. Josie, te llamo luego. —Cuelga sin esperar respuesta, y ahora ya no tiene el teléfono para sujetar, y sus manos no saben qué hacer, y las mías tampoco.

Nos quedamos quietos. Dos metros de mármol entre los dos. Ella con pantalones cortos, yo sin camiseta. El beso flotando en el aire como humo que nadie ha despejado.

—Esto es ridículo —dice, por fin, y la barbilla le sube en ese ángulo de desafío que conozco—. Somos adultos. Tú estás sin camiseta. Yo estoy en pantalones cortos. No es nada. Solo es piel. La gente tiene piel.

—Solo es piel —repito.

—Exacto. —No se mueve—. Entonces, ¿por qué me estás mirando así?

Esa es la pregunta. La pregunta honesta. Y yo, que miento profesionalmente, que he construido tres años de operación sobre

mentiras impecables, no consigo mentirle a ella.

—Sabes por qué —digo.

El aire entre nosotros se vuelve imposible. Ella respira por la boca. Le veo el pulso latiendo en el cuello.

—Ethan…

Mi nombre en su boca, de esa manera, casi acaba conmigo.

—No hables así —digo, bajo.

Ella parpadea.

—¿Así cómo?

—Como si no supieras lo que estás haciendo.

La cara se le enciende. Lo veo. Veo el rubor subiéndole por el cuello, alcanzándole los pómulos, y eso me golpea como un puñetazo en el estómago. Porque Carmen es afilada, Carmen es escandalosa, Carmen es una mujer que convierte el miedo en sarcasmo. Pero ahora, por debajo de todo ese valor insolente, hay deseo. Real. Vivo. Asustado.

Y soy un hijo de puta por querer arrodillarme ante él y devorarlo.

—No estoy haciendo nada —dice, pero la voz le sale más pequeña.

—Sí que lo estás haciendo. —Doy un paso.

Solo uno.

Ella no retrocede.

Mi autocontrol cruje.

—Estás ahí plantada, en mi salón, con esa ropa, ese pelo, esa boca que ya he besado y no consigo olvidar, fingiendo que esto es inocente. No lo es. Nada en ti es inocente para mí ahora mismo.

Los ojos se le abren un poco más.

—¿Eso pretendía ser una queja?

—Pretendía ser un aviso.

—¿De qué?

Un segundo más, medio paso más, y voy a olvidar cada motivo por el que no puedo, cada promesa que hice delante de la foto de mi madre, cada muro que he construido.

—De que no soy tan civilizado como te crees —digo—. Y si me acerco demasiado ahora, Carmen, voy a querer ponerte las manos encima. Voy a querer oír lo que esa lengua afilada tiene que decirme al oído. Voy a querer descubrir si tiemblas de verdad o solo finges que nada te afecta. Y no voy a tocarte hasta que me lo pidas. Así no. De esta manera no. Pero, joder, no me pongas a prueba.

El silencio que viene después parece indecente.

Ella traga saliva.

Los ojos se le bajan a mi boca.

Lo veo.

Claro que lo veo.

Y eso casi me destroza.

Entonces hago la única cosa que todavía me salva.

—Prepara una maleta —digo, y me giro, poniéndome la camiseta de golpe, dándole la espalda a ella y a la tentación—. Para dos días. Salimos dentro de una hora.

—¿Qué? —Parpadea—. ¿Salir? ¿Adónde?

—Fuera de aquí. —A cualquier sitio que no sea esta caja de cristal donde voy a perder la cabeza, no lo digo—. Tengo una propiedad en el campo. A dos horas de aquí. Tengo que ir, es… —busco una excusa que no sea «necesito muros más grandes entre nosotros dos»—… por la operación. Hay cosas que necesito comprobar allí, lejos de oídos indiscretos. Tú vienes. El contrato exige que vengas cuando necesito una acompañante.

Es mentira. La propiedad no tiene nada que ver con la operación. Pero es la mejor excusa que tengo para sacarnos de este ático antes de que haga algo que no pueda deshacer.

—Estás huyendo —dice, despacio, y claro que se da cuenta, ella se da cuenta de todo—. De mí. Estás organizando un viaje entero para huir de mí dentro de tu propia casa.

—Estoy cambiando de escenario —digo, sin girarme—. Una hora. Maleta pequeña.

—Ethan.

Me paro, pero no miro atrás. Si miro, se acabó.

—¿Qué?

La voz le sale más baja.

—¿Y si no quiero que huyas?

La sangre se me pone tan caliente que llega a doler.

Cierro los ojos un segundo.

Solo uno.

—Entonces más te vale estar muy segura antes de volver a decir eso —respondo, la voz áspera, casi un gruñido—. Porque soy

bueno controlándome, Carmen. Pero no soy ningún santo. Y me estás jodiendo cada límite desde que entraste en mi casa.

Salgo del salón antes de que me vea en la cara que tiene toda la razón, que estoy huyendo.

Y antes de que vuelva, cruce esos dos metros de mármol y acabe con la mentira más frágil que aún queda entre nosotros.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Carmen

Llego a la habitación sin recordar haber cruzado el pasillo.

Cierro la puerta. Echo el cerrojo.

Luego apoyo la espalda en ella, como si la madera pudiera retener fuera no solo a Ethan, sino su voz, su mirada, su cuerpo sin camiseta en medio del salón, sudado, duro, caliente, demasiado real.

Pero no lo retiene.

Nada lo retiene.

—¿Y si no quiero que huyas? —susurro a la habitación vacía.

La frase suena absurda ahora que ha salido de mí y se ha quedado en el mundo. Me tapo la boca con la mano, como si aún hubiera tiempo de volver a meter las palabras dentro. ¿Quién ha dicho eso? Porque no he sido yo. No la Carmen sensata, la Carmen que cuenta manchas en el techo, que suelta una broma cuando está aterrada, que sabe exactamente el precio de cada error. Esa mujer del salón no era yo. O quizá era una versión mía que mantuve encerrada durante años, demasiado hambrienta, demasiado cansada, y a la que Ethan Van Alen ha despertado solo con una voz grave y una mirada indecente.

Ni siquiera estaba cerca de mí.

Ese es el peor pensamiento.

Estaba al otro lado del salón. Dos metros de mármol. Una distancia perfectamente segura. Y aun así me puse de esa manera. Caliente. Blanda. Inundada por dentro de unas ganas que no parecían caber en mi cuerpo. Como si me hubiera pasado las manos

por encima sin tocarme. Como si cada palabra suya me hubiera entrado por la piel.

No soy tan civilizado como crees.

Se me corta la respiración.

Como me acerque demasiado ahora, Carmen, voy a querer ponerte las manos encima.

Cierro los ojos y el recuerdo llega entero, cruel, perfecto: su pecho subiendo y bajando, la piel húmeda de sudor, los músculos marcados como si los hubiera dibujado alguien sin ninguna misericordia por las mujeres en situación emocional vulnerable. La camiseta en la mano. La voz ronca. La forma en que dijo joder como si la palabra hubiera sido hecha para su boca.

No me pongas a prueba.

Se me escapa un sonido pequeño.

Vergonzoso.

Sincero.

Me aparto de la puerta y voy hasta la cama, pero las piernas parecen demasiado inestables para una actividad tan simple. Me siento en el borde del colchón. La habitación está en silencio. Segura. Pero dentro de mí no hay nada seguro. Solo calor. Solo pulso. Solo el recuerdo de su boca en el coche, de cómo me besó como si se estuviera castigando por desear y me castigara a mí por haberle hecho desear.

Bajo la mirada hacia mi propio cuerpo.

La camiseta de tirantes fina. Los pantalones cortos. La piel erizada.

Las personas tienen piel, dije.

Qué mentira más idiota.

La piel no es solo piel cuando Ethan mira.

Mi mano sube casi sola hasta el tirante de la camiseta, en el mismo hombro por el que vi que sus ojos se paseaban. Toco ahí, muy suave, e imagino que son sus dedos. Más grandes. Más firmes. Menos cuidadosos de lo que él finge ser. La fantasía me golpea tan fuerte que necesito morderme el labio.

Debería parar.

No paro.

Me tumbo boca arriba en la cama y me quedo mirando el techo sin manchas, intentando respirar como una persona normal. La mano baja por mi garganta, por el centro del pecho, hasta la curva de un seno. La tela fina de la camiseta roza levemente el pezón endurecido, y arqueo la espalda con una sorpresa que casi se vuelve risa, casi se vuelve gemido. Es ridículo. Estoy ridícula. Una mujer adulta, encerrada en la habitación, temblando por culpa de una conversación.

Pero entonces recuerdo sus ojos bajando hacia mi boca.

Recuerdo su voz diciendo: *Voy a querer oír lo que esa lengua afilada tiene que decirme al oído.*

Y la mano se desliza hacia abajo.

Despacio.

Por el abdomen.

Por el borde de los pantalones cortos.

Mi cuerpo entero contiene la respiración antes de que mis dedos lleguen donde el calor es más fuerte. Estoy mojada. Mojada de una forma que me hace cerrar los ojos con fuerza, porque no hay

broma lo bastante buena para salvar a una mujer de ese nivel de verdad. Me hizo esto sin tocarme. Ethan Van Alen, con toda esa disciplina maldita, con toda esa pose de hombre que controla ciudades, empresas, hombres armados y puertas cerradas, me dejó así solo porque me miró como si estuviera a un segundo de devorarme.

Deslizo los dedos sobre mí misma y la sensación sube por mi columna como fuego.

—Ethan —el nombre sale bajo, roto, y me odio un poco por ello.

Solo un poco.

El resto de mí está demasiado ocupado *deseando*.

Pienso en su mano en mi pelo. Pienso en su boca en mi cuello. Pienso en él perdiendo la paciencia, perdiendo la pose, perdiendo esa educación amenazadora que lleva como un traje. Pienso en ese hombre enorme entre mis piernas, diciendo que no es ningún santo, diciéndome que no le ponga a prueba, diciendo mi nombre como si fuera una orden sucia.

Mis caderas se mueven contra mi propia mano.

Una vez.

Otra.

El placer crece demasiado rápido, casi da miedo, como si llevara días esperando detrás de una puerta cerrada. Aprieto los ojos, atrapo el gemido entre los dientes, pero no consigo atraparlo todo. El sonido sale pequeño, caliente, y el hecho de estar intentando quedarme callada solo lo empeora todo. Lo mejora. Lo hace más intenso.

Imagino a Ethan al otro lado de la puerta escuchando.

Madre mía.

La imagen me destroza.

Los dedos encuentran el punto justo y pierdo el ritmo por un segundo, arrasada por una ola tan fuerte que la cama, la habitación, el ático entero parecen desaparecer. Solo existe mi cuerpo. Solo existe su voz. Solo existe el hambre que él puso en mí y de la que huyó antes de resolverla.

Cuando el placer por fin estalla, giro la cara contra la almohada y muerdo la tela para no gritar.

Tardo en volver.

Tardo en recordar que estoy sola.

Sola, encerrada, caliente, jadeante, con el cuerpo blando y el corazón latiendo como si hubiera corrido desde el ático hasta el otro extremo de Chicago.

Me quedo mirando el techo, con una risa baja e incrédula atrapada en la garganta.

—Estás jodida, Carmen —me susurro a mí misma.

Y, por primera vez en mucho tiempo, la palabra no suena a tragedia.

Suena a problema. Un problema grande, arrogante, peligroso, con los ojos azules y demasiado autocontrol.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Carmen

Una hora después, cuando aparezco en el salón con una maleta pequeña y una expresión que espero que parezca absolutamente normal, Ethan está junto a la puerta, ya con una camiseta limpia, pantalón oscuro, la llave del coche en la mano y cara de haberse pasado también la última hora peleándose contra algo.

Sus ojos me recorren.

Se detienen medio segundo en mi cara.

Veo cómo se le dilatan las pupilas.

Solo eso.

Pero basta para que mi cuerpo recuerde, traidor, todo lo que hice pensando en él.

—¿Lista? —pregunta.

—¿Para tu viaje de huida? Siempre.

La mandíbula se le tensa.

—Conduzco yo.

—Tienes chófer.

—Hoy no.

—¿Por qué? ¿Vas a secuestrarme en persona?

Se acerca para coger mi maleta. Sus dedos rozan los míos en el asa, y el contacto es tan breve que no debería provocar nada. Lo

provoca.

—Porque el chófer escucha —dice, en voz baja—. La seguridad habla. Las cámaras graban. Y no quiero que nadie repita nada sobre adónde te llevo.

—¿Eso debería sonar reconfortante?

—No. Debería sonar eficiente.

—Claro.

La comisura de su boca casi se mueve. Casi.

Bajamos por el garaje interior, y él me lleva hasta un coche negro distinto del sedán de siempre. Más bajo. Más discreto. Menos «multimillonario que va a una gala» y más «multimillonario que entierra cadáveres en fincas privadas». No lo digo. Estoy madurando como persona.

O quizá solo estoy demasiado ocupada mirándole la mano en el volante.

Porque, cuando Ethan conduce, el hombre se pone todavía peor.

Conduce como hace todo lo demás: en silencio, con control absoluto, una mano firme en el volante, la otra cambiando de marcha con una precisión casi perezosa. La ciudad se va quedando atrás, las luces se vuelven líneas, los edificios se vuelven sombra, y el coche se llena de esa tensión idiota que ninguno de los dos tiene el valor de nombrar.

Al principio miro por la ventanilla.

Después finjo dormir.

Es una decisión estratégica. Si estoy durmiendo, no tengo que hablar. Si no tengo que hablar, no tengo que decir ninguna de las

cosas peligrosas que se me van acumulando en la lengua. Así que apoyo la cabeza en el asiento, cierro los ojos y dejo que la respiración se me ralentice.

Pero no duermo.

Claro que no duermo.

Abro los ojos solo un poquito, de vez en cuando, lo justo para ver a Ethan en el reflejo oscuro de la ventanilla. La luz de las farolas le pasa por la cara en cortes rápidos: mandíbula, boca, nariz, ojos. Una mano en el volante. El brazo estirado. La camiseta marcándole el hombro. El perfil de un hombre que debería ser frío, pero que en ese coche parece hecho de algo más antiguo. Más bruto. Más peligroso.

—Deja de fingir que estás durmiendo —dice, sin apartar los ojos de la carretera.

Cierro los ojos demasiado rápido.

—Estoy durmiendo.

—Espías cada tres minutos.

—A lo mejor duermo con los ojos curiosos.

—Carmen.

—Ethan.

El silencio vuelve, pero ahora tiene un hilo de risa escondido dentro.

Giro un poco la cara hacia él, rindiéndome del teatro.

—¿Siempre te das cuenta de todo?

—Casi de todo.

—Qué mierda.

—Con frecuencia, sí.

La carretera está vacía. El cielo ahí fuera se va poniendo más oscuro, más limpio, más abierto. No sé en qué momento empiezo a relajarme, solo sé que ocurre. Quizá sea el movimiento constante del coche. Quizá sea la distancia creciente del ático. Quizá sea Ethan, que no me mira, pero tampoco parece distante. Está ahí. Presente. Atento. Una muralla conduciendo a ciento y pico kilómetros por hora.

—No te llevo allí para huir de ti —dice, después de muchos minutos.

—Mentira.

Él expira por la nariz.

—No solo para huir de ti.

—Ah, ahora sí. Transparencia emocional.

—Necesitaba un sitio seguro.

—Y lejos.

—Sobre todo lejos.

—¿De mí?

Esta vez me mira. Rápido. Un segundo nada más. Pero el coche entero parece cambiar de temperatura.

—De mí. Cerca de ti.

La garganta se me cierra. No contesto. Porque no hay respuesta que sea segura.

La finca en el campo no es una casa. Es un respiro. Después de dos horas de carretera en un silencio cargado, él conduciendo, yo fingiendo dormir y siendo pillada en el acto de mirarlo más veces de las que mi dignidad recomienda, llegamos a una casa de campo rodeada de árboles, con porche de madera, un lago a lo lejos y un cielo que tiene estrellas de verdad, no el brillo anaranjado y muerto de Chicago. Es la primera vez en días que siento que hay aire suficiente para respirar.

—¿Esto es tuyo? —pregunto, bajando del coche, mirando la casa. Es grande, pero no es fría. Hay vida aquí, o la hubo—. Esto no pega contigo. ¿Dónde está el mármol? ¿Dónde está el depósito de cadáveres?

—Era de mi madre —dice, sacando las maletas del maletero, y la frase me hace parar.

De su madre. La mujer de la foto de plata. La mujer que sonreía sin sonreír.

—Ethan…

—Ella pasaba aquí los veranos, antes. —No me mira, mientras lleva las maletas al porche—. Cuando yo era pequeño. Es el único sitio donde la recuerdo riéndose de verdad. —Abre la puerta—. Casi nunca vengo. Pero es seguro, está lejos de todo, y nadie de la red sabe que existe.

Y entiendo, mientras lo sigo hacia dentro, que no me ha traído aquí solo para huir de la tensión del ático. Me ha traído al único lugar del mundo donde su madre fue feliz. Él no se ha dado cuenta de lo que eso significa. Pero yo sí.

—Tú te quedas en el dormitorio principal. Yo en el otro.

—Qué caballero.

Cenamos en el porche, comida sencilla que él prepara mal y yo finjo que está buena, con el lago oscuro allá abajo y las estrellas de verdad arriba, y por primera vez desde que lo conozco la conversación fluye sin armadura. Él me habla de los veranos aquí de niño. Yo le hablo de Sloane de pequeña, antes de la enfermedad, antes de que muriera mi padre. Nos reímos. La tensión del salón sigue ahí, por debajo, pero ahora hay espacio para que respire sin asfixiarnos.

Y más tarde, cuando me da las buenas noches en la puerta del cuarto de su madre y se gira para marcharse, al otro dormitorio, a la distancia segura, le agarro el brazo.

Se detiene. No se gira.

—Carmen —dice, y su voz es una advertencia—. No.

—No voy a hacer nada —digo, y le suelto el brazo—. Solo… gracias. Por traerme aquí. Aunque te hayas inventado una excusa de operación que los dos sabemos que es mentira. —Me apoyo en la puerta—. Llevo días sin respirar. Ese ático me está asfixiando. Aquí consigo respirar. Así que gracias.

Él se gira, por fin, y me mira bajo la luz tenue del pasillo, y tiene tantas cosas en la cara, deseo, y miedo, y una ternura que no sabe esconder aquí, lejos del mármol, que contengo la respiración.

—Buenas noches, Carmen —dice, muy bajito.

Y no me toca.

Pero se queda ahí, mirándome, un segundo demasiado largo para ser solo buenas noches.

Su mirada cae en mi boca.

Después vuelve a mis ojos.

—Cierra la puerta con llave —dice, la voz más áspera.

—¿Por qué?

La respuesta tarda un segundo.

—Porque voy a respetar cualquier puerta que pongas entre nosotros.

El corazón me da un vuelco.

—¿Y si no la cierro con llave?

Sus ojos se oscurecen de una manera que hace que el pasillo entero parezca demasiado pequeño.

—Entonces me voy a pasar la noche entera recordándome a mí mismo que una puerta abierta no es una invitación.

Debería bromear.

Debería.

Pero su voz está muy baja, y mi cuerpo todavía recuerda mi propia mano entre las piernas, su nombre en mi boca, el hambre que él puso en mí y que no se fue en la carretera.

—Buenas noches, Ethan —digo.

Él inclina la cabeza una vez, como si aquello le hubiera costado algo físico, y por fin se va al otro dormitorio.

Cierro la puerta.

Echo la llave.

Me apoyo en ella y me doy cuenta de que estoy sonriendo como una idiota en la oscuridad, en el cuarto donde su madre fue feliz, en un lugar con estrellas de verdad, a dos horas y a un mundo de distancia de la caja de cristal.

La chispa no se apagó con la distancia.

Solo ganó aire para crecer.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Carmen

Me despierto sin aire.

No me despierto despacio, no voy saliendo del sueño como una persona normal. Me arrancan de él. Un tirón seco. El cuerpo entero rígido, la boca abierta, el pecho intentando coger oxígeno y fallando, como si alguien hubiera puesto una mano invisible en mi garganta.

Por un segundo, sigo en el escenario.

La luz blanca. La máscara pegada a la cara. La palabra intacta dicha en voz alta, como si fuera una cualidad del producto. La voz vieja ofreciendo quinientos mil. El terciopelo color vino cerrándose. Vendida.

Solo que en el sueño, cuando miro al público, Ethan no está allí.

Su silla está vacía.

Y oigo reírse al viejo.

La Rosa Roja.

Me incorporo en la cama de un tirón, con una mano en el pecho y la otra buscando algo, cualquier cosa, sábana, almohada, realidad. La habitación está a oscuras. La ventana abierta deja entrar una franja de luz de luna pálida, plateada, fría. Tardo unos segundos en recordar dónde estoy.

La casa de campo.

La casa de su madre.

El cuarto donde ella fue feliz.

No el salón.

No la subasta.

No la luz.

Aun así, el miedo no se va. Se queda debajo de mi piel, pegado, sucio, demasiado vivo. Intento contar cualquier cosa, como hago siempre. Las tablas del techo. Los latidos del corazón. Las respiraciones. Pero el número se rompe antes de formarse. Mi cuerpo no cree en las matemáticas hoy.

Saco las piernas de la cama y piso el suelo de madera frío, antiguo, honesto. No como el mármol del ático, que parece caro incluso cuando te hiela. Aquí el frío huele a noche, a lago, a madera vieja y a lluvia que no llegó a caer.

Voy hasta la puerta y cojo el pomo, pero me detengo antes de girarlo.

Eché el pestillo.

Recuerdo su voz en el pasillo.

Porque voy a respetar cualquier puerta que pongas entre nosotros.

Me tiembla un poco la mano cuando descorro el pestillo. No sé si por el sueño o por el recuerdo de la frase. Quizá por las dos cosas. Quizá esté cansada de saber separar las cosas.

Abro la puerta. Y me asusto.

Y Ethan está en el pasillo.

Apoyado en la pared de enfrente, los brazos cruzados, la cabeza baja, como si llevara demasiado tiempo ahí y estuviera profundamente irritado por ello. Lleva una camiseta oscura y un

pantalón de chándal, va descalzo, con el pelo más revuelto de lo que se lo he visto nunca. Menos multimillonario. Más hombre. Y, por algún motivo, eso casi me rompe más que la pesadilla.

Levanta los ojos hacia mí.

—¿Lo has oído? —pregunto, con la voz ronca.

—Lo he oído.

—¿Y te has quedado ahí?

—La puerta estaba cerrada con pestillo.

La respuesta atraviesa algo dentro de mí. Simple. Limpia. Sin discurso bonito. Sin intentar parecer mejor de lo que es.

—Podrías haber llamado.

—Podría.

—¿Por qué no lo has hecho?

Sus ojos recorren mi cara, bajan hasta mi mano aún aferrada al pomo, vuelven a mis ojos.

—Porque no sabía si estabas huyendo de algo en el sueño o de mí.

El pecho se me encoge.

Debería soltar una broma. Decir algo sobre lo mucho que dramatiza para alguien que ni siquiera se hace un café decente. Pero la frase no llega. Estoy demasiado cansada para ponerme la armadura entera.

—He soñado con la subasta —digo.

Su expresión no cambia mucho. Ethan es demasiado bueno manteniendo la cara quieta. Pero algo en los ojos cambia. El azul se

vuelve más oscuro, más duro.

—¿Hitchmore?

Trago saliva.

—Su voz. La luz. El escenario. —Respiro hondo, pero el aire falla por el camino—. Solo que tú no estabas allí.

El silencio que viene después es extraño. Caliente y frío a la vez. Ethan se separa de la pared, pero no viene hacia mí.

—Estoy aquí.

Dos palabras.

Mi cuerpo las cree antes que mi cabeza.

—Lo sé.

—No lo parece.

Suelto una risa pequeña, rota, sin gracia ninguna.

—Mi sistema nervioso es un dramático. Debe de ser pariente de Josie.

La comisura de su boca casi se mueve. Casi.

—¿Quieres que llame a alguien? ¿A una médica? ¿A tu amiga?

—Dios me libre. Acabo de tener una pesadilla, no necesito empeorarla con Josie hablando.

Esta vez, la comisura de su boca se mueve de verdad. Mínimo. Rápido. Pero lo veo, y eso me devuelve un poco más a mi cuerpo.

—¿Qué necesitas? —pregunta.

Miro hacia la habitación que tengo detrás. Hacia la cama demasiado grande. Hacia las sombras demasiado quietas.

—Aire.

Ethan asiente una vez.

Cinco minutos después, estamos fuera.

La noche en el campo parece otra especie de noche. No hay sirenas, no hay ascensor, no hay Chicago vibrando bajo los pies como un animal cansado. Solo árboles, grillos, el sonido lejano del agua golpeando despacio en la orilla y un cielo lleno de estrellas indecentes, exhibidas, como si intentaran demostrar algo.

Caminamos hasta el lago sin hablar mucho. Ethan lleva una linterna pequeña, pero casi no la usa. Se sabe el camino de memoria. Me fijo en eso. En la forma en que su cuerpo se relaja un milímetro aquí, como si la casa, la tierra, el lago guardaran una versión de él que el ático nunca vio.

Llegamos a un embarcadero de madera que se adentra sobre el agua oscura. La luna se parte entera en la superficie, temblando en pedazos. Me detengo en el borde y me ciño más su abrigo al cuerpo. Cómo no, el abrigo es suyo. Cómo no, me lo puso sobre los hombros antes de salir, sin preguntar, porque Ethan Van Alen probablemente considera la hipotermia un fallo logístico personal.

—¿Tu madre venía aquí? —pregunto.

Se queda a mi lado, mirando el agua.

—Sí.

—¿Tú también?

—Cuando ella me obligaba.

—¿Eras de esos niños ricos insoportables que se quejaban de la naturaleza?

—Era de esos niños ricos insoportables que odiaban los mosquitos.

—Qué fuerte. ¿Tú, odiar algo? Jamás lo habría imaginado.

Me mira de reojo.

—Una vez me caí a este lago. Con la ropa, los zapatos y todo. Ella se rió tanto que tuvo que sentarse en el embarcadero.

La imagen viene tan fácil que duele: una mujer joven, de pelo oscuro, riendo de verdad, un niño empapado e indignado, el lago guardando una felicidad pequeña antes de que el mundo la destruyera.

—Yo también me habría reído —digo, más bajo.

—Lo sé.

—Mucho.

—También lo sé.

El silencio cambia. Se vuelve menos pesado.

Me siento en el borde del embarcadero, con los pies por fuera, lejos del agua. Ethan permanece de pie un instante, como si estuviera decidiendo si sentarse cerca de mí es una idea pésima o solo una idea peligrosa. Al final, se sienta. Deja una distancia educada entre nosotros.

Odio la distancia.

También la agradezco.

Soy una contradicción andante con un abrigo de hombre puesto y el olor delicioso de Ethan en plena madrugada. Menuda

etapa.

—En el sueño —digo, mirando el agua—, no conseguía bajar del escenario. Todo el mundo miraba. Nadie hacía nada. Y yo sabía que, si tú no estabas allí, iba a tener que irme con él.

Ethan se queda inmóvil a mi lado.

—No te vas con él.

—Ya sé que no.

—Carmen.

Lo miro.

—No te vas con él —repite, despacio, como si me metiera cada palabra dentro con las manos—. Ni en sueños. Ni en un recuerdo. Ni en ninguna puta cosa que yo pueda impedir.

El corazón me da un traspié.

No es una promesa bonita. Es casi una amenaza al universo. Y quizá por eso funciona.

—Hablas como si pudieras intimidar a las pesadillas.

—Si tienen el mínimo sentido común, sí.

Me río. Bajito. Pero me río.

Y la risa termina demasiado pronto, porque me está mirando de aquella forma otra vez. No la mirada fría. No la mirada del hombre que controla salones. Esta es peor. Más desnuda. Más peligrosa. Me mira como si yo fuera algo que quiere tocar y no se permite.

El viento pasa por el lago. Su abrigo se me resbala un poco del hombro. Antes de que pueda subírmelo, Ethan levanta la mano.

Se para en el aire.

Espera.

El pecho se me encoge con la espera.

—Puedes —digo.

Solo entonces me coloca bien el abrigo en el hombro.

Sus dedos me rozan la piel por debajo del cuello ancho de la camiseta que me he puesto para dormir. Un roce pequeño. Casi nada. Pero mi cuerpo, traidor profesional, lo percibe como si él hubiera escrito su propio nombre ahí.

Su mano se queda quieta un segundo de más, yo no me aparto, él tampoco.

—Estás helada —dice.

La voz le sale más baja.

—Por fuera.

Sus ojos cambian.

Ya está. Ahí está. La frase ha salido antes de que la prudencia llegara corriendo con un extintor.

—Carmen.

—¿Qué?

—No empieces algo que estoy intentando con todas mis fuerzas no terminar.

Se me corta la respiración.

—¿Y si quiero que dejes de intentarlo?

Aprieta la mandíbula. Dura. Preciosa. Irritante.

—Acabas de despertarte de una pesadilla.

—Lo sé.

—Estás asustada.

—También lo sé.

—Entonces quizá no sepas lo que estás pidiendo.

Eso me enciende. No de rabia. No solo. De otra cosa también. Algo caliente, bajo, vivo.

Giro el cuerpo hacia él.

—Siempre haces lo mismo.

—¿El qué?

—Decidir que conoces mi miedo mejor que yo. Decidir que, si estoy asustada, no puedo desear. Como si una cosa anulara la otra. —Mi voz sale baja, pero firme—. Estoy asustada, Ethan. Estoy cansada. Estoy rota en algunos sitios que ni siquiera sé nombrar. Pero no soy una niña. Y sé la diferencia entre querer huir de una pesadilla y quererte a ti.

Cierra los ojos un segundo. Solo uno.

Cuando los abre, el hombre que me mira no parece civilizado. Parece contenido.

—No digas eso si no estás segura.

Levanto la mano y le toco la cara.

La barba me araña la palma. Su piel está caliente. Viva. Real.

—Estoy segura.

Su respiración cambia.

Lo noto antes de oírlo. Su pecho sube con más fuerza. La mandíbula se le mueve contra mi mano. Vuelve la cara mínimamente, casi contra su propia voluntad, y roza la boca en el centro de mi palma.

Todo mi cuerpo se tensa.

—Quiero que me toques —digo, y mi voz apenas parece la mía—. Porque te lo estoy pidiendo. No porque haya un contrato. No porque hayas pagado. No porque te deba nada. Porque *quiero*.

Su mirada baja hasta mi boca.

—¿Dónde?

La pregunta es baja, cruda, directa. El tipo de pregunta que debería avergonzarme.

Me avergüenza.

Y me pone más caliente.

—Ethan…

—¿Dónde quieres que te toque, Carmen? —Se acerca más, solo un poco—. Si voy a tocarte, quiero oírlo de tu boca.

El pulso me late en el cuello. En los muslos. En todos los sitios equivocados.

Le cojo la muñeca.

Por un segundo, su mano permanece pesada e inmóvil sobre la mía. Podría dirigir el movimiento con facilidad. No lo dirige. Espera.

Entonces le llevo la mano hasta mi cintura.

—Aquí —susurro.

Sus dedos se abren sobre mí. Grandes. Cálidos. Firmes.

A través de la camiseta fina, su palma parece indecente.

—¿Y? —pregunta.

Se me calienta la cara.

Odio lo mucho que sabe. Odio todavía más lo mucho que me gusta.

Guío su mano más abajo, hasta la curva de mi cadera, hasta la cinturilla del pantalón corto de dormir. Me detengo ahí, porque el valor es una cosa finita y por lo visto me he gastado casi todo el mío.

Su mirada se clava en la mía.

—¿Aquí?

Asiento con la cabeza.

—Dilo.

—Aquí.

La palabra apenas sale.

Pero sale.

Y veo sus ojos devorarme, y mi piel responder con la misma fuerza.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Carmen

Ethan me besa.

No como en el coche. No con aquella desesperación casi culpable. Ese beso empieza lento, profundo, tan controlado que llega a ser cruel. Como si me estuviera probando, poniéndome a prueba, dándome tiempo para cambiar de idea. No cambio. Mi mano sube hasta su nuca, los dedos se hunden en el pelo oscuro, y cuando tiro un poco, él suelta un sonido grave contra mi boca.

Ese sonido acaba conmigo.

Me atrae más hacia él por la cintura, y yo voy. Sin pensar. Sin contar. Sin calcular. La chaqueta se me desliza de los hombros y cae al muelle, olvidada. El frío desaparece. O quizá siga existiendo, pero ya no me alcanza. Solo existe su boca, caliente, firme, su lengua rozando la mía de una forma lenta y sucia que convierte el beso en una promesa indecente, mientras su sabor delicioso me invade.

La mano en mi cadera aprieta.

Jadeo contra su boca.

Ethan se detiene.

—¿Todavía quieres? —pregunta, con la voz áspera.

Casi me río, sin aire.

—Como me lo preguntes otra vez, te tiro al lago.

Algo parecido a una sonrisa le cruza la boca.

—Es una respuesta pésima.

—Es la más honesta que tengo a estas horas de la madrugada.

Me mira durante un segundo demasiado largo. Después, con una facilidad que me deja sin aliento, me coge por la cintura y me sienta sobre el borde más ancho del muelle, de frente a él. La madera fría me roza la parte de atrás de los muslos. Se queda entre mis rodillas, sin forzar el espacio, solo ocupando el que le abro.

Y yo abro.

Esa certeza me marea.

Ethan mira hacia abajo, hacia el lugar donde mis piernas rodean su cuerpo, y los ojos se le oscurecen tanto que el azul casi desaparece.

—Joder, Carmen.

Debería responder. No puedo.

Inclina la cabeza y me besa el cuello.

Su boca ahí es una condena. Caliente, lenta, lo bastante húmeda para hacerme cerrar los ojos. La barba me araña la piel y ladeo la cabeza sin darme cuenta, ofreciendo más. Él lo acepta con un sonido grave, hambriento, y recorre con la boca la línea de mi garganta, el punto donde el pulso me late demasiado rápido, el hueso de la clavícula que la camiseta deja al descubierto.

Su mano sube por mi costado, por encima de la tela, hasta detenerse debajo del pecho.

Se para.

Espera.

Cubro su mano con la mía y la empujo hacia arriba.

Él suelta el aire entre los dientes.

—Vas a matarme.

Su palma me cubre el pecho por encima de la camiseta, y la tela fina no protege nada. Nada. El calor de su mano la atraviesa. El peso. La presión. El pulgar pasa despacio sobre el pezón endurecido, y me muerdo el labio con tanta fuerza que casi me duele.

—No hagas eso —dice.

—¿El qué?

—Contener el sonido.

Me arde la cara.

—Estamos fuera.

—No hay nadie aquí.

—Estás tú.

Su mirada sube hasta la mía.

—Exacto.

Entonces me besa de nuevo, tragándose el pequeño gemido que se me escapa cuando su pulgar repite el movimiento. Mi mano se cierra en su camiseta. La tela se arruga bajo mis dedos. Siento su pecho duro, su calor, la fuerza demasiado controlada de un hombre que podría dominarme con facilidad y, aun así, está esperando cada permiso mío como si fuera ley.

Eso me deja más mojada de lo que me dejaría cualquier agresividad.

Porque podría tomar.

Pero no toma.

Y eso hace que quiera dar todavía más.

Su mano baja despacio por mi cintura, por mi cadera, hasta el borde del pantalón corto.

Se para otra vez.

Casi suelto un taco.

—Carmen.

—Sí.

—Mírame.

Lo miro.

Es difícil. Respiro por la boca, demasiado acalorada, demasiado expuesta, con las piernas abiertas a su alrededor y la cabeza llena de todo menos de prudencia.

—Voy a tocarte —dice, bajo, cada palabra medida y sucia—. Y si en cualquier momento no quieres más, lo dices. Yo paro. Al instante. Sin preguntas, sin culpa, sin discusión.

El corazón me late tan fuerte que parece obsceno.

—Lo sé.

—Di que lo sabes.

—Lo sé, Ethan.

Su mano se cuela bajo el pantalón corto.

Me olvido del mundo.

Sus dedos encuentran primero la cara interna de mi muslo, y solo eso ya casi me parte en dos. Sube despacio, como si tuviera toda la noche por delante, como si no estuviera tan destrozado como yo, aunque su respiración pesada diga otra cosa. Cuando los

dedos pasan sobre la tela húmeda de las bragas, se queda inmóvil un segundo.

Apoya la frente en la mía.

—Joder —susurra—. Estás empapada.

La vergüenza intenta subir. El deseo la quema por el camino.

—Culpa tuya.

Su risa sale baja, ronca, casi sin humor.

—Cargaré con esa culpa con mucho gusto.

Y entonces me *toca.*

De verdad.

Por encima de la tela primero. Un movimiento lento, firme, circular, justo donde mi cuerpo lo lleva pidiendo desde el salón del ático. Me agarro a sus hombros, porque el placer sube demasiado rápido, demasiado luminoso, casi violento. Su mano libre me sujeta la nuca, no para retenerme, sino para mantenerme ahí, frente contra frente, respiración contra respiración, mientras la otra mano aprende mi cuerpo con una precisión indecente.

—¿Así? —pregunta.

Intento responder. Me sale un sonido que no es una palabra.

Sus dedos van más despacio.

—Palabras, Carmen.

Abro los ojos, jadeante.

—Sí. Así. No pares.

Su expresión cambia. Hambre. Orgullo. Algo oscuro y masculino que me hace apretar el vientre todavía más.

—Buena chica.

Alzo un poco las caderas y Ethan me baja el pantalón corto despacio, primero por una pierna y luego por la otra. El roce de sus manos me arranca un gemido.

Él se da cuenta.

Claro que se da cuenta.

—Esto te ha gustado.

—Cállate.

—No.

Sus dedos apartan la tela de las bragas, y cuando tocan mi piel directamente, pierdo el aire por completo. La sensación es más caliente, más íntima, más real que cualquier cosa que haya hecho yo sola pensando en él. Su mano es firme, cuidadosa y absolutamente devastadora. Toca como conduce, como habla, como entra en las salas: con control. Solo que ahora ese control está entre mis piernas, y no tengo la menor posibilidad de sobrevivir con dignidad.

—Ethan.

El nombre sale roto.

Su mano se vuelve más lenta, más precisa.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—Sí. —Su boca roza mi oído—. Sé exactamente lo que te estoy haciendo.

Mi cuerpo se tensa. Las caderas se mueven contra su mano antes de que pueda impedirlo. Él suelta un sonido grave, casi un gruñido, y me besa de nuevo, profundo, mientras los dedos siguen

llevándome cada vez más cerca de un lugar donde no consigo pensar.

El lago golpea contra la madera.

El viento pasa entre los árboles.

Las estrellas siguen ahí arriba, testigos indecentes.

Y yo estoy en el muelle, en plena madrugada, con Ethan Van Alen entre mis piernas, su mano dentro de mis bragas, tocándome como si cada reacción mía fuera algo precioso y peligroso al mismo tiempo.

El placer crece demasiado rápido.

Intento cerrar las piernas por instinto, asustada por la intensidad, pero su cuerpo está ahí, entre ellas, sólido. Su mano libre baja hasta mi rodilla.

—No huyas —murmura contra mi boca—. Quédate conmigo.

Eso me deshace.

No la caricia en sí.

La frase.

Quédate conmigo.

Como si supiera que me he pasado años huyendo de todo por dentro, incluso cuando me quedaba. Como si supiera que el placer también asusta cuando una está demasiado acostumbrada a sobrevivir.

Me quedo.

Me agarro a su camiseta, apoyo la frente en su hombro y me dejo llevar.

Sus dedos aceleran solo un poco, presión perfecta, ritmo perfecto, y mi cuerpo sube, sube, sube hasta que ya no hay aire, ni pensamiento, ni miedo. Solo calor. Solo Ethan. Solo su mano sujetándome en el sitio mientras me rompo entera.

Cuando llega el orgasmo, le muerdo el hombro para no gritar.

Ethan se estremece.

Lo noto en todo su cuerpo. En el pecho, en los brazos, en cómo la mano entre mis piernas sigue hasta que se desvanece la última oleada, más suave ahora, ayudándome a volver en lugar de arrancarme más.

Tardo en abrir los ojos.

Cuando los abro, me está mirando como si acabara de ver algo que no debería tener derecho a ver.

No sé si quiero esconderme o besarlo hasta que olvide su propio nombre.

Elijo la segunda opción.

Atraigo su cara hacia la mía y lo beso. Sin ninguna delicadeza. Sin estrategia. Solo con el hambre que se ha quedado, aumentada, imposible, viva. Él responde durante dos segundos. Tres. Su mano sale de dentro de mis bragas y vuelve a mi cintura, apretándome contra él.

Lo noto.

Está empalmado. Mucho.

La prueba de su deseo contra mí enciende algo nuevo, feroz, casi posesivo. Mi mano baja por su pecho, por el abdomen firme, hasta la cinturilla del pantalón.

Él me sujeta la muñeca.

Rápido.

Firme.

—No.

La palabra cae entre nosotros como una piedra.

Me quedo quieta, jadeante, con la muñeca atrapada en su mano.

La vergüenza intenta volver, pero su mirada no la deja. No hay rechazo ahí. No hay frialdad. Solo demasiado deseo. Demasiado control. La prueba de que, a centímetros de mi cara, está haciendo un esfuerzo brutal por contenerse.

—No porque no quiera —dice, ronco, antes de que pueda sacar las cuchillas—. No pongas esa cara. No es eso.

—¿Entonces por qué?

Cierra los ojos un segundo, como si la pregunta le doliera físicamente.

—Porque te deseo demasiado. Y porque es tu primera vez. Y esta noche ha empezado contigo temblando por una pesadilla.

—Ya te he dicho que sé la diferencia.

—Te creo. —Me suelta la muñeca despacio, pero no se aparta —. La cuestión no es solo lo que tú sepas. Es lo que yo necesito saber sobre mí mismo.

El viento pasa frío entre nosotros.

El frío me eriza la piel y, de repente, soy demasiado consciente de mi cuerpo y de mi respiración todavía descompuesta.

Ethan se da cuenta. Claro que se da cuenta.

Coge la chaqueta del muelle y me la vuelve a poner sobre los hombros con una delicadeza casi agresiva.

—Cuando pase —dice, bajo—, no será a la sombra de una pesadilla. No será porque estabas asustada. No será porque te saqué de una sala llena de monstruos, ni porque necesites olvidar algo durante cinco minutos.

El corazón me da un golpe fuerte.

Me sujeta la cara con las dos manos.

—Cuando te tenga, Carmen, será porque tú quieres. Entera. Sin dudas. Sin deudas. Sin escenario. Sin precio. Y voy a recordártelo hasta que se te meta en esa cabeza testaruda.

Se me cierra la garganta.

—Se te da fatal ser romántico.

—No estaba intentando ser romántico.

—Ya lo he notado. Ha sonado más bien a una amenaza con problemas emocionales.

Su boca casi sonríe.

Casi.

Pero la mirada sigue demasiado caliente.

—Vamos dentro. Estás temblando.

—¿Por tu culpa o por el frío?

—Por los dos. Pero solo uno lo puedo arreglar con una manta.

Me río, y el sonido sale débil, flojo, feliz de una forma peligrosa.

Me ayuda a bajar del borde del muelle. Las piernas me flaquean un poco cuando mis pies tocan la madera y, cómo no, Ethan se da cuenta. Su mano se cierra en mi cintura.

—No digas nada —le advierto.

—No he dicho nada.

—Lo has pensado en voz alta.

—He pensado varias cosas. Ninguna apropiada para repetir si pretendo seguir controlándome.

El calor me vuelve a la cara. Me pongo rápidamente el pantalón corto antes de contestarle.

—Insoportable.

—Sí.

Volvemos a la casa en silencio. Pero no es el mismo silencio. No es huida. No es negación. Es un silencio lleno de respiración, de piel, de cosas que acaban de pasar y que ya no se puede fingir que no existen.

En la puerta del dormitorio, me paro.

Ethan también.

La distancia entre nosotros parece menor ahora. O quizá la distancia siga igual, y sea yo la que ha cambiado.

—Buenas noches, Carmen —dice.

Pero esta vez la frase suena casi absurda.

Después de su mano. De su boca. De mi nombre en su voz mientras temblaba contra su cuerpo. Buenas noches parece demasiado pequeño.

Le sujeto el bajo de la camiseta antes de que se dé la vuelta.

Él mira mi mano.

Después me mira a mí.

—Carmen.

—Lo sé. —Trago saliva—. No te estoy pidiendo eso.

Se queda muy quieto.

—¿Qué me estás pidiendo?

La parte más orgullosa de mí casi se rinde.

La parte cansada gana.

—Quédate.

La palabra sale baja.

Demasiado honesta.

Sus ojos cambian.

—Solo quédate —continúo, rápido, antes de que convierta una palabra sencilla en un comité de crisis—. No quiero dormir sola hoy. No después del sueño. No después del lago. No después de… todo.

Ethan mira la puerta del dormitorio.

La puerta que dijo que respetaría.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No voy a tocarte.

Levanto una ceja.

—Un poco tarde para esa declaración, ¿no crees?

La culpa le cruza la cara, rápida y afilada.

Le sujeto la muñeca antes de que se retire dentro de su propia cabeza.

—Eh. Era una broma. Mala, quizá, pero broma al fin y al cabo. —Respiro—. Quiero que te quedes. Solo eso. Sin discursos. Sin odiarte. Sin convertir la cama en un documento jurídico.

—Sabes que puedo convertir cualquier cosa en un documento jurídico.

—Lo sé. Es una de tus peores cualidades.

Me mira fijamente un segundo más. Luego asiente.

—Está bien.

Entramos.

El dormitorio parece distinto con él dentro. Más pequeño. Más cálido. Más vivo. Me tumbo yo primero, de lado, demasiado rígida para alguien que acaba de pedir compañía. Ethan apaga la luz, se quita la camiseta y se detiene un instante al lado de la cama.

—¿Lo haces para torturarme? —pregunto en la oscuridad.

—¿Quitarme la camiseta para dormir?

—Existir sin ella ya es un acto hostil.

Su silencio sabe a sonrisa.

Se mete bajo el edredón y se tumba detrás de mí, dejando al principio unos centímetros de distancia, como si eso fuera una

barrera aceptable para su conciencia. Pongo los ojos en blanco en la oscuridad, cojo su brazo y lo llevo a mi cintura.

Él se queda inmóvil.

—Carmen.

—Ethan. Acabo de tener uno de los orgasmos más fuertes que he tenido en mi vida solo con tu mano, en el muelle de tu familia. Creo que podemos sobrevivir a un poco de arrumaco.

Sale un sonido de él. Bajo. Casi una risa. Casi dolor.

—Esa lengua afilada va a matarme antes que cualquier enemigo.

—Mi lengua es inocente.

—No. —Su brazo se cierra alrededor de mi cintura, por fin, atrayendo mi espalda contra su pecho—. No lo es.

Su calor me envuelve entera. Pecho desnudo contra mi espalda. Respiración en mi pelo. Brazo pesado sobre mí. No hay nada sexual en el gesto y, aun así, es una de las cosas más íntimas que he sentido en la vida.

Mi cuerpo se relaja antes de que mi cabeza lo permita.

Y eso me asusta un poco.

—¿Ethan?

—¿Mmm?

—¿Cuánto tiempo te quedaste en el pasillo?

Su respiración pasa entre mis rizos.

—El suficiente.

—Eso no es una respuesta.

—Es la que vas a recibir.

—Mandón.

—Demasiado curiosa.

—Te gusta.

La pausa es pequeña.

Pero existe.

—Me gusta.

La palabra es tan sencilla que se vuelve enorme en la oscuridad.

Cierro los ojos.

Durante mucho rato, ninguno de los dos habla. El lago golpea ahí fuera. La casa cruje bajito. El mundo no se vuelve seguro de repente, porque el mundo nunca hace favores de ese tamaño. Pero, por primera vez en días, quizá en años, no estoy contando nada para mantenerme entera.

Solo estoy respirando.

Ethan apoya la boca en lo alto de mi cabeza.

No es un beso de deseo.

Es peor.

Es cariño.

—Duerme, Carmen —murmura.

Quiero decirle que no puedo. Que nunca puedo. Que dormir es una habilidad que perdí junto con un montón de otras cosas después de que muriera mi padre, después de que Sloane

enfermara, después de que el mundo decidiera cobrar intereses por cada pedazo de paz.

Pero su brazo está firme alrededor de mi cintura, su respiración está estable detrás de mí. Y la puerta está cerrada, no con llave.

Cerrada.

La diferencia, esta noche, parece inmensa. Así que duermo.

Y, esta vez, cuando el sueño intenta arrastrarme otra vez al escenario, una voz baja, áspera e irritada con el universo entero atraviesa la luz blanca antes de que me trague.

Estoy aquí.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Carmen

Volvemos del campo en silencio, pero es un silencio distinto al de la ida. No es el silencio de dos desconocidos esquivándose en una habitación demasiado llena. Es el silencio de dos personas que han compartido un lago, estrellas de verdad, un embarcadero frío de madera, una cama demasiado pequeña para fingir distancia y una excusa de operación en la que ninguno de los dos creyó. Es el silencio de quien ahora sabe demasiadas cosas del otro: el sabor de la boca, el peso del brazo en la cintura, el sonido de la respiración en la oscuridad, el ritmo de un corazón latiendo contra la espalda.

Y, sobre todo, es el silencio de dos personas que no saben qué hacer con todo lo que creció en aquel lugar.

Al regresar al ático, el precioso depósito de cadáveres me parece más pequeño que antes, más agobiante, como si las paredes de cristal se hubieran acercado mientras estábamos fuera. Ethan desaparece detrás de una reunión, luego de otra, luego de un viaje de un día que sospecho que se inventó por el mismo motivo por el que se inventó el primero: para poner metros entre nosotros.

Las notas en la encimera siguen apareciendo.

Cena el jueves, 20 h. Fdo.: E.

Pero el hombre en sí vuelve a ser un fantasma de traje, y odio, con una intensidad desproporcionada, lo mucho que eso me molesta.

Porque yo no vine aquí para que me besaran, me tocaran bajo las estrellas, me durmieran con su cuerpo detrás del mío como si fuera una muralla, y luego me esquivaran como una reunión incómoda.

Yo vine por Sloane. Y Sloane está bien, empezó la preparación del CAR-T el lunes, está respondiendo, el Dr. Adeyemi usó la palabra «esperanzador» con ese cuidado del que no promete nada, y me fui a llorar al baño de azulejos beige del hospital durante diez minutos de puro alivio envuelto en culpa. Esa parte funcionó. Esa parte, la única que de verdad importa, salió bien. El resto es ruido.

Entonces, ¿por qué demonios me quedo despierta esperando el ruido del ascensor a las nueve de la noche?

Hoy decido que no voy a esperar más. Bajo a la cocina a las once de la noche, descalza sobre el mármol frío, hambrienta de verdad por primera vez en días, decidida a saquear la nevera gigante que nunca tiene comida de persona, y me encuentro allí a Ethan.

Está de espaldas a mí, sin la americana, la camisa blanca de vestir con las mangas dobladas hasta el codo, haciendo la cosa más humana y más improbable que le he visto hacer en la vida: huevos.

Está revolviendo huevos en una sartén, a las once de la noche, con el ceño fruncido y la concentración de quien está desactivando un artefacto explosivo.

—No sabía que esta cocina funcionaba —digo, y él se gira tan rápido que casi tira la espátula al suelo.

—Carmen.

—Ethan. —Me subo a uno de los taburetes altos de la isla de mármol, me acomodo—. Estás cocinando. Con tus propias manos de multimillonario. Voy a necesitar un minuto para procesar la escena.

La comisura de su boca se mueve, luchando consigo misma, pero vuelve a darme la espalda, regresando a los huevos sin morder el anzuelo.

—No estás comiendo —dice, de espaldas, y no es una pregunta—. Desde hace cuatro días. Me lo han contado las asistentas. Picoteas, empujas la comida por el plato y finges que has comido.

Me quedo con el comentario gracioso en la punta de la lengua.

—¿Andas interrogando a las asistentas sobre lo que como?

—Le pregunto a alguien que se entera —dice, y esta vez hay una ironía clara en su voz, está reviviendo deliberadamente su propia broma del primer día.

Y entonces hace algo que me desarma por completo, que me pilla totalmente con la guardia baja: reparte los huevos en dos platos, empuja uno de ellos hacia mí por el mármol liso y se sienta en el taburete de al lado con el otro plato. Sin ceremonia ninguna. Sin discurso, sin explicación, sin cláusula. Solo dos platos de huevos revueltos humeando a las once de la noche, uno al lado del otro.

—Come —dice—. Por favor.

Y el «por favor» le sale bastante menos oxidado que la primera vez que le oí usar la palabra. La bisagra se está soltando con el uso.

Comemos en silencio un rato. Es un silencio raro, pero no es un silencio malo. Es el silencio concreto de dos personas que se tocaron en la oscuridad y fingen, sentadas la una al lado de la otra en la barra de una cocina, que aquello no está flotando en el aire entre ellas como humo denso, ocupando todo el espacio.

—Sobre lo del lago —empiezo, después de un rato.

—Carmen.

—No, déjame hablar, lo ensayé en la ducha esta mañana, así que vas a tener la cortesía de escuchar. —Poso el tenedor en el plato

—. Te lo pedí. Me escuchaste. Me tocaste porque yo quise, porque yo dije dónde, porque yo estaba ahí, entera, con miedo y deseo ocupando el mismo cuerpo, y no decidiste por mí. Después paraste, soltaste todo aquel discurso torturado y dormiste conmigo como si la cama fuera un campo minado. Vale. Entendí lo de «no voy a ser él», y hasta me parece bonito, de una forma dramática y llena de problemas emocionales que encaja perfectamente con tu casa-depósito de cadáveres y tu personalidad de caja fuerte cerrada. Pero necesito que entiendas una cosa muy simple.

Me giro en el taburete para encararlo de frente.

—Tú no me compraste. Compraste una noche que tú mismo decidiste no usar. Lo que hago con mi cuerpo, con mi boca y con mis ganas, y con quién decido compartir todo eso, sigue siendo enteramente mío. Tú no tienes voto en estas elecciones. Así que deja de cargar con una culpa que no te pertenece. Yo te deseé. Yo te lo pedí. Y si me tocaste, fue porque yo lo elegí. Punto final. Fin de la frase.

Me mira durante un largo momento, el tenedor suspendido en el aire a medio camino de la boca, y hay algo entero sucediendo detrás de aquellos ojos azules, una guerra silenciosa y completa.

—No lo estás entendiendo —dice, por fin, y la voz le sale baja, controlada—. El problema nunca fue que tú no quisieras. Sé que quieres, no soy ciego. El problema es que yo quiero demasiado. Y cuando quiero algo, Carmen, lo cojo. Siempre. Es así como funciono en absolutamente todo en mi vida, es la única forma que conozco de existir en el mundo. Lo veo, lo quiero, lo cojo, lo conservo. Y tú eres la única cosa que no puedo, de ninguna manera, permitirme coger de esa forma.

El aire entre nosotros se vuelve denso, cargado, difícil de respirar.

—¿Por qué? —susurro.

Suelta el tenedor en el plato con un tintineo bajo.

—Porque no me fío de la diferencia —dice, y sus ojos sostienen los míos—. Me estás diciendo que fue elección tuya, y te creo. El problema no eres tú, Carmen, nunca lo fuiste. Soy yo. Te compré en una sala. Esa fue la primera manera en que te toqué, con dinero, antes de tocarte con cualquier otra cosa. Y ahora ya no sé separar lo que es desearte de lo que es haber pagado por ti. Las dos cosas viven en el mismo sitio dentro de mí, y me da pavor que, al final, no consiga distinguir una de la otra.

Respira hondo, y su voz baja aún más, como si la siguiente frase le costara cara.

—Pasé años de mi vida odiando a los hombres de aquella sala. A Hitchmore. A todos ellos. Hombres que miran a una persona y ven un precio, una posesión, una cosa que se guarda bajo llave. Juré que iba a quemar el mundo entero de ellos hasta los cimientos. —Traga—. Y luego levanté una paleta y pujé por ti. Y cada vez que te quiero cerca, que quiero encerrarte en este ático donde nada puede alcanzarte, siento lo cerca que estoy de convertirme exactamente en uno de ellos. Más guapo, con sábanas caras y buenas intenciones, pero uno de ellos. Y convertirme en eso es lo único que me da más miedo que perderte.

Levanta la mano como si fuera a tocarme la cara. Se detiene a medio camino. Debería apartarme. No me aparto. Su pulgar acaba rozándome la comisura de la boca, limpiando una miga imaginaria que quizá ni siquiera estuviera ahí, y el gesto es tan pequeño, tan doméstico, tan absurdo en aquel hombre hecho de dinero y amenaza, que el pecho se me encoge de una forma casi dolorosa.

Por un segundo, creo que va a besarme de nuevo. Veo la decisión nacer y morir en sus ojos. Su boca queda a menos de un palmo de la mía, lo bastante cerca para sentir el calor de la respiración, lo bastante lejos para que la negativa sea una cuchilla.

—Tú no eres uno de ellos —digo, antes de que huya—. ¿Quieres saber cómo lo sé? Porque ninguno de aquellos hombres perdería una sola noche de sueño por esto. Ninguno de ellos estaría aquí, a las once de la noche, haciendo huevos y torturándose por la diferencia entre desear y poseer. Ellos no ven diferencia ninguna, Ethan, por eso son lo que son. —Le sostengo la mirada—. El hecho de que esto te aterre tanto es exactamente la prueba de que no te has convertido en uno de ellos. Un monstruo de verdad no tiene miedo de ser un monstruo.

Su mano se queda inmóvil contra mi cara.

—Tú no has visto lo que hacen esos hombres. Yo sí. De cerca, por dentro, durante tres años.

—No necesito haberlo visto. —No aparto la mirada—. Sé lo que son porque uno de ellos mató algo dentro de mí en un escenario, con una paleta de subasta. Y sé lo que eres tú porque estás aquí, ahora, muerto de miedo de parecerte a ellos. Los dos no caben en el mismo hombre, Ethan. Quien tiene miedo de convertirse en un monstruo ya no lo es.

La mandíbula se le tensa.

—Estoy intentando hacer lo correcto.

—Lo sé. —Bajo la voz—. Ese es el problema. Eres muy convincente cuando intentas ser malo, pero absolutamente insoportable cuando intentas ser noble.

Esta vez, casi sonríe.

Casi.

Pero el casi muere antes de nacer entero.

—Carmen…

—No. —Le agarro la muñeca antes de que aparte la mano de mi cara—. No me sueltes otro discurso. Hoy no.

Mira mi mano sujetándole la muñeca. Después me mira a mí.

Y, por un segundo, el hombre entero está ahí. No el multimillonario. No el depredador de sala. No el hombre que firma contratos y destruye enemigos. Solo Ethan. Cansado. Hambriento. Asustado de su propia hambre.

—Si me quedo —dice, con la voz casi sin sonido—, voy a querer besarte.

El corazón me da un traspié.

—Lo sé.

—Y si te beso, voy a querer más.

—También lo sé.

Sus ojos se oscurecen.

—Y si lo dices de esa manera, voy a olvidar todos los buenos motivos para levantarme de aquí.

Le paso el pulgar despacio sobre la muñeca, sintiendo el latido fuerte bajo la piel.

—Entonces quizá el problema no sea que yo no lo entienda, Ethan. Quizá sea que tú te crees que solo cuentan tus motivos.

El silencio cae entre nosotros.

Caliente.

Pesado.

Vivo.

Por un segundo, estoy segura de que va a ceder. La certeza es tan fuerte que mi cuerpo se prepara antes que la cabeza: la respiración se contiene, los labios se entreabren, los dedos aprietan su muñeca.

Él lo ve todo.

Claro que lo ve.

Y eso casi acaba con él.

Pero entonces Ethan cierra los ojos, suelta el aire despacio y se levanta.

Su mano se escapa de la mía con demasiado cuidado. Deja el plato a medias en la isla de mármol y se aleja como si cada paso fuera una elección física, dolorosa, deliberada.

—Buenas noches, Carmen —dice.

—Cobarde —respondo, en voz baja.

Se detiene en la entrada de la cocina.

La espalda se le pone rígida.

Por un instante, creo que va a volver. Quiero que vuelva. Creo que esa es la parte más peligrosa de todas.

Pero solo gira el rostro lo justo para que yo le vea el perfil duro, la boca apretada, los ojos bajos.

—¿Contigo? —Su voz suena ronca—. Lo soy.

Y entonces sale de la cocina sin mirar atrás, dejándome sola con los huevos enfriándose despacio y el corazón latiendo con fuerza en un lugar que yo había jurado, con todas mis fuerzas, que no iba a dejar que latiera por nadie.

Y mucho menos por él.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Ethan

La cena es una emboscada cuidadosamente disfrazada de comida familiar.

Vivienne ha convocado. Y cuando Vivienne convoca, hasta yo obedezco, y mis tres hermanos, que son difíciles cada uno a su manera específica e irritante, también aparecen sin rechistar, porque nadie en la familia Van Alen ha ganado jamás una sola discusión con esa mujer, y los pocos que lo intentaron a lo largo de las décadas no vivieron para contarlo.

—Así que —dice Gabe, el mediano, desplegando el encanto para toda la mesa antes incluso de apartar la silla para sentarse, los ojos ya clavados en Carmen al otro lado de la mesa puesta—, esta es la famosa asistente que hizo reír a la tía Vivienne en la gala. La ciudad entera habla de ello, ¿lo sabías? Te has convertido en leyenda urbana en un fin de semana. Yo soy Gabriel. El hermano guapo de la familia, por si aún no te habías dado cuenta.

—En realidad es el hermano que más habla —corrige Theo, el mayor después de mí, serio y contenido como siempre, tendiéndole la mano a Carmen con un cordial gesto de cabeza—. Theo. Ignora a Gabe. Todos ignoramos a Gabe, es una tradición familiar, te acostumbras rápido.

—Yo soy Julian —dice el pequeño, bajito y callado, desde la punta de la mesa, y es literalmente lo único que dice, pero observa a Carmen con esa atención silenciosa y profunda tan suya, esa que ve mucho más de lo que debería.

Y Carmen, a quien traje a esta cena temiendo que se sintiera incómoda, acorralada y muda ante cuatro Van Alen y una matriarca de lengua afilada, hace exactamente lo que mejor sabe hacer: brilla.

—Encantada —dice, estrechándole la mano a Theo con firmeza, sonriéndole a Gabe sin caer en su encanto ni medio segundo, lo que noto que deja a Gabe momentáneamente sin suelo bajo los pies—. Carmen. Dejadme intentar adivinar vuestra dinámica, porque se me da bien: Theo es el responsable que lo sostiene todo, Gabe es el problema simpático, Julian es el que lo ve absolutamente todo y nunca le cuenta nada a nadie, y Ethan… —me mira desde el otro lado de la mesa, y sus ojos oscuros brillan de pura provocación deliberada— …Ethan es el que cree que os manda a todos.

Gabe estalla en una carcajada que resuena por todo el comedor. Theo esboza una sonrisa poco frecuente, de esas que guarda bajo siete llaves. Hasta Julian, en la punta, deja escapar media sonrisa involuntaria.

—Me cae bien —anuncia Gabe a la mesa, apuntando con el tenedor hacia Carmen—. Ethan, me cae bien oficialmente. ¿De dónde narices has sacado una asistente que tiene alma y sentido del humor? Eso no existe en tu mundo de hojas de cálculo.

—Ella no es asistente ni nada por el estilo —dice Vivienne, desde la cabecera de la mesa, zanjando el asunto con la serenidad absoluta de quien solo está comentando el pronóstico del tiempo—. Pero finjamos todos educadamente que lo es, porque a Ethan le gusta fingir. Fingir es su hobby favorito, justo después de guardar dinero y de no hablar de sus propios sentimientos. ¿Más vino, querida Carmen?

Gabe abre la boca para soltar alguna otra tontería con encanto. Yo lo miro. Solo lo miro. Cierra la boca en mitad de la sonrisa, porque, a pesar de toda su teatralidad, Gabe aprendió pronto a reconocer una orden cuando una orden no necesita decirse.

Carmen se da cuenta. La comisura de sus labios tiembla, y sé, con irritación inmediata, que le ha hecho gracia verme controlar una mesa entera con una sola mirada.

Es así, entre las risas de mis hermanos y el veneno cariñoso de mi tía abuela, como miro hacia el otro extremo de la mesa y veo a Carmen Pembroke riéndose, integrada, completamente a gusto, como si siempre hubiera pertenecido a esta familia que me he pasado la vida entera protegiendo tras muros altos. La cosa en mi pecho, el animal que juraba muerto y disecado, abre los dos ojos de golpe.

Estoy jodido. Y, por primera vez en treinta y seis años, la idea no me parece del todo mala.

**

Más tarde, cuando mis hermanos ya se han ido y Carmen está en el jardín, Vivienne me agarra del brazo en la biblioteca antes de que consiga escapar.

—Siéntate —dice.

—Vivienne, ya es tarde, y mañana tengo una reunión temprano que…

—Siéntate, Ethan Van Alen. Te crié desde niño y aún mando en ti dentro de esta casa, con reunión o sin reunión.

Me siento.

Me sirve un dedo de coñac en una copa de cristal, se acomoda en el sillón frente al mío con la elegancia de siempre, y me estudia durante un largo rato en silencio con esos ojos azules que ven todo lo que intento esconder.

—Sé lo que andas haciendo —dice, por fin, en voz baja—. No hablo de la chica. Hablo de lo otro. La cosa peligrosa que crees que nadie nota, que llevas haciendo tres años con ese amigo tuyo Declan y con esa cara permanente de quien no duerme bien.

Me quedo inmóvil en el sillón, porque demasiado movimiento delata debilidad.

—Vivienne…

—No voy a preguntar los detalles, porque soy vieja pero no tonta, y hay ciertas cosas que es mejor que una madre no sepa sobre los hijos que ha criado. —Da un pequeño sorbo al coñac—. Pero voy a decirte una cosa sobre tu madre, sobre Lucia, porque creo que por fin ha llegado la hora de que escuches esto.

Sus ojos se le anegan de repente, brillando a la luz de la biblioteca, pero su voz no tiembla ni un poco.

—Lucia no murió de aquello que le hicieron a los dieciséis años, Ethan. Aquello la hirió, sí, profundamente, de una forma en que ninguna niña debería ser herida. Pero no fue aquello lo que la mató. Lo que mató a tu madre, poco a poco, año tras año, a cámara lenta, fue haberse pasado el resto de su vida convencida de que no merecía ser feliz. De que no merecía ser amada. De que estaba demasiado manchada, demasiado sucia, demasiado rota para tener derecho a nada bueno. —Se inclina hacia delante en el sillón—. Y estoy viendo esa misma mentira exacta empezar a echar raíces dentro de ti, hijo mío. La idea venenosa de que no puedes tener cosas buenas en la vida porque estás demasiado ocupado cargando a tus muertos a la espalda.

No consigo articular una sola palabra.

—Esa chica que está ahí en el jardín —continúa Vivienne, la voz baja y firme— te hizo sonreír al otro lado de un salón abarrotado. Lo vi con mis propios ojos, Ethan. Después de años, lo vi. —Extiende la mano y cubre la mía—. No desperdicies esto por una culpa que ni siquiera te corresponde cargar. Fue exactamente esa culpa la que mató a tu madre, despacio, delante de mí, sin que yo pudiera hacer nada. No dejes que te mate a ti también. No voy a soportar enterrar a otro Van Alen por culpa de la misma mentira.

Se queda en silencio un momento, los dedos aún sobre mi mano, y hay algo nuevo en su rostro, algo que no consigo nombrar. Su boca se abre, duda, como si hubiera una segunda frase esperando detrás de la primera, algo más pesado que lleva demasiado tiempo conteniendo.

—Ethan —empieza, en voz baja—. Sobre tu padre… —Dice la palabra con un cuidado extraño, como quien pisa un suelo de madera que ya ha crujido antes—. Confías en él para todo, ¿verdad? Siempre has confiado. Desde niño.

—Es la única razón por la que no me convertí en algo peor después de que muriera mamá —digo—. ¿Por qué?

Vivienne me mira durante un largo segundo. Y entonces, fuera lo que fuera lo que iba a decir, vuelve a tragárselo, y su rostro se cierra sobre ello con la elegancia de quien ha pasado setenta años aprendiendo a guardarse sus propias cartas.

—Por nada, cariño. Cosas de vieja. —Me da una palmadita en la mano y se levanta para servir más coñac, dándome la espalda—. Solo prométeme una cosa. Cuando llegue el día en que algún número no cuadre, en que algo que él te diga no encaje con lo que ven tus ojos, confía en tus ojos. No en él. En tus ojos. —Vuelve con las dos copas, y la sonrisa ya está de nuevo en su sitio, perfecta—. Ya está. Se acabó el drama de biblioteca.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Carmen

No consigo dormir después de la cena.

Lo cual, teniendo en cuenta mi historial, no es precisamente una noticia capaz de hacer temblar a la ciencia moderna. Pero esta vez es distinto. No es miedo a una factura atrasada, al hospital, a una prueba, a la fiebre, a un recibo, a un turno doble ni a ninguna de las tragedias que suelen turnarse en mi cabeza durante la madrugada.

Es Ethan.

Lo cual es mucho peor, porque las facturas al menos tienen números. Ethan Van Alen no tiene ninguna lógica.

Me quedo tumbada en la habitación de invitados del ático, mirando el techo perfecto, sin una sola mancha de humedad que contar, pensando en la cena como quien vuelve a la escena de un crimen buscando la huella dactilar que se le escapó en el primer rastreo.

He visto a Ethan con su familia.

No al Ethan que entra en las salas y hace que el aire pida perdón por ocupar espacio. No al Ethan de trajes oscuros, órdenes en voz baja y amenazas que parecen firmadas ante notario. He visto a otro. Un hombre que aguanta a Gabriel diciendo tonterías con una paciencia homicida, que le responde a Theo con un respeto silencioso, que observa a Julian como si consiguiera oír lo que su hermano no dice, que obedece a Vivienne aunque finja que no.

Un hombre amado.

Esa es la parte peligrosa.

Es fácil mantener las distancias con un hombre que da miedo. Es prácticamente mi deporte olímpico particular. Lo difícil es mantener las distancias con un hombre que da miedo y que, cuando cree que nadie lo mira, acerca discretamente la copa de Vivienne a la mano de ella. Que escucha a su hermano pequeño hablar poco como si cada palabra valiera oro. Que se cabrea cuando Gabriel flirtea conmigo, no de esa forma asquerosa de posesión, sino de esa forma absurda, casi adolescente, de quien no quiere admitir que está celoso.

Y, lo peor de todo, es que me caen bien.

Dios me perdone, me cae bien una familia multimillonaria con cubiertos que probablemente tengan apellido.

A las seis y pico de la mañana renuncio oficialmente a la mentira del sueño, me ducho y me voy al Saint Brigid. Ethan no pregunta. Solo aparece en la puerta de la cocina cuando oye el ruido de mi mochila, ya demasiado vestido para la existencia humana a esa hora, y dice:

—El coche está esperando.

Solo eso.

En el hospital, Sloane está sentada en la cama, con un gorro amarillo torcido en la cabeza y la tablet apoyada en las piernas, viendo un vídeo de una mujer que enseña a hacerse el delineado como si aquello fuera una habilidad esencial para sobrevivir al apocalipsis.

—Has llegado pronto —dice, entornando los ojos—. Sospechoso.

—Buenos días a ti también, pequeña investigadora criminal.

Baja la tablet.

Y es entonces cuando lo veo.

Color.

No mucho. No el tipo de color que haría a un médico entrar bailando con los resultados impresos, porque los médicos no bailan y, cuando sonríen demasiado, tiendo a desconfiar. Pero hay un tono rosado muy leve en sus mejillas. Una pequeña presencia de vida donde antes solo existía esa palidez grisácea de sábana lavada demasiadas veces.

El mundo se detiene un segundo.

Todo. El ruido de los monitores, los pasos en el pasillo, la tele baja de la habitación de al lado, mi propia respiración. Todo se queda lejos.

Cruzo la habitación y le sujeto la cara con las dos manos antes de poder fingir cualquier normalidad.

—¿Qué pasa? —pregunta Sloane, haciendo una mueca—. ¿Otra vez tengo cara de fantasma?

—No.

Me sale la voz más pequeña de lo que debería.

—Tienes cara de ti misma.

Se queda callada.

Sloane tiene quince años y la irritante capacidad de captar cuándo una frase lleva demasiadas cosas dentro. Se le suavizan los ojos un segundo, solo uno, antes de ponerlos en blanco para salvarnos a las dos del sentimentalismo fatal.

—Madre mía, qué horror. Yo que creía que estaba empezando a tener cara de famosa misteriosa ingresada bajo nombre falso.

—Tienes cara de adolescente insoportable con un gorro amarillo delictivo.

—Entonces estoy curada.

—Tranquila, milagro médico. Todavía no vamos a tatuarlo en la frente.

Sonríe.

Sonríe de verdad.

Y siento que algo dentro de mí cede.

No es grande. No es cinematográfico. Ningún coro de ángeles entra por la ventana del Saint Brigid, entre otras cosas porque el hospital probablemente cobraría un suplemento por manifestación celestial. Pero algo en mí, una parte que lleva meses encogida, quizá años, levanta la cabeza despacio.

Quizá todo esto merezca la pena.

La frase me asusta en cuanto aparece.

Todo esto.

La subasta. La máscara. El escenario. El miedo. Ethan entrando en mi vida como una tormenta con traje hecho a medida. El ático frío. Los guardaespaldas. Las mentiras. El contrato. El roce que no se permite. Los besos que no debería darme. El lago. La cena.

Todo.

Si ese color mínimo en la cara de mi hermana es el resultado, si esa pequeña sonrisa es la prueba, entonces lo volvería a hacer. Que Dios me ayude, lo volvería a hacer.

—Carmen —dice Sloane.

—¿Mmm?

—Estás poniendo esa cara.

—¿Qué cara?

—La cara de quien está pensando algo dramático y va a intentar disimularlo con sarcasmo dentro de tres segundos.

—Yo no tengo esa cara.

—Tienes un catálogo entero de esa cara.

—Estás demasiado descarada para ser alguien en pijama de patitos.

—Y tú estás muy… —Ladea la cabeza, analizándome con esos ojos de nuestro padre, demasiado afilados, demasiado tiernos—. Distinta.

Se me hunde el estómago.

—¿Distinta cómo?

—No sé. Menos rota por los bordes.

Aquello duele más de lo que debería.

—Eso ha sido demasiado poético. Devuélveme a mi hermana ahora mismo.

—En serio. —Me toca la mano, con los dedos todavía finos, pero más firmes que antes—. ¿Es él?

No necesito preguntar quién. Lo cual, de por sí, es una tragedia.

—No empieces.

—Ah, es él.

—Sloane.

—Solo con nombrarlo ya pareces que sonríes por dentro.

—No estoy sonriendo por dentro.

—Que sí. Y te da miedo, lo cual es muy típico de ti. Me salvas la vida cargándote tu propia paz trabajando para un hombre peligroso y ahora te entra el pánico porque a lo mejor él es amable contigo. Menudas prioridades tan fascinantes.

Me quedo mirándola.

—Tienes quince años. No deberías ser tan irritantemente perspicaz.

—El hospital es aburrido. Desarrollo habilidades.

Después de comer, insiste en caminar por el pasillo. La enfermera lo aprueba con esa expresión cuidadosa de quien llama maratón a tres metros para no desanimar al paciente, y yo empujo el soporte del suero mientras Sloane camina a mi lado, despacio, con zapatillas peludas y un exceso de dignidad.

Hay veintisiete pasos hasta el acuario.

Los cuento.

Veintisiete pasos, dos pausas, una queja sobre el olor a desinfectante y tres amenazas contra la sopa del hospital. Se para ante los peces de colores al fondo del pasillo como si hubiera cruzado un continente.

—No llores —avisa, sin mirarme.

—No estoy llorando.

—Tu voz está llorando.

—Mi voz es alérgica a los hospitales.

—Ya, ya.

Apoya la frente con suavidad en el cristal del acuario.

—Quiero conocerlo bien.

El corazón me da un traspié.

—¿A Ethan?

—No, al pez naranja. Pues claro que a Ethan.

—¿Por qué?

—Porque alguien que te pone esa cara tiene que pasar la evaluación de la familia.

—La familia soy yo.

Vuelve la cara hacia mí, pálida, cansada, viva.

—Yo también.

Trago saliva.

—Sí. Tú también.

Sloane vuelve a mirar los peces.

—Y, ¿Carmen?

—¿Qué?

—No lo estropees todo solo porque tienes miedo.

Casi me río. Casi.

Pero el color en su cara sigue ahí, frágil y real, y por primera vez en mucho tiempo el futuro no parece una puerta cerrada en mis narices. Parece un pasillo de hospital demasiado largo, demasiado iluminado, con una niña testaruda caminando despacio a mi lado.

Le aprieto la mano.

—Lo intentaré.

—Guau. Eso, viniendo de ti, es prácticamente una declaración jurada.

—Aprovéchalo, porque no lo voy a repetir.

Vuelve a sonreír.

Y decido, allí, ante un acuario feo en el pasillo de pediatría del Saint Brigid, que quizá sobrevivir no sea lo único que le debo a Sloane.

Quizá también le deba la decisión de vivir de verdad.

Aunque eso signifique mirar a Ethan Van Alen y admitir, en algún lugar muy secreto dentro de mí, que ya estoy cayendo.

Y que, esta vez, quizá no quiera que me salven antes de tocar el suelo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Ethan

Mi padre elige el restaurante de siempre, la mesa de siempre, la del rincón, de espaldas a la pared y de cara a la puerta, porque Lawrence Van Alen jamás en su vida se ha sentado en un sitio desde el que no pudiera ver quién entra. Eso lo aprendí de él. Casi todo lo aprendí de él.

—Tienes cara de cansado —es lo primero que dice, antes incluso de que me siente, y hay en su voz esa preocupación contenida, masculina, de padre que no sabe preguntar las cosas de frente—. ¿Estás durmiendo?

—Lo suficiente.

—Mentira. —Sonríe, y su sonrisa es algo raro y caro, dado con cuentagotas, que me pasé la infancia entera intentando merecer—. No has dormido lo suficiente ni un solo día de tu vida. Desde niño. Yo entraba en tu cuarto de madrugada y estabas con los ojos abiertos. —Despliega la servilleta con ese cuidado metódico de quien nunca hace un movimiento en balde—. Tu madre era igual.

Y ahí está. Lo hace. Suelta su nombre, o casi su nombre, en mitad de una frase corriente, como quien deja caer una moneda a propósito solo para ver si me agacho a recogerla. Yo siempre me agacho.

—Casi nunca hablas de ella —digo.

—Porque duele, Ethan. —Me mira, y por un segundo sus ojos, tan parecidos a los míos, se vuelven más viejos—. Incluso después de todos estos años. Uno no elige lo que le duele. —Bebe un sorbo de vino, despacio—. Yo saqué a tu madre de un sitio muy malo. Eso lo sabes. Nunca te di los detalles porque eras un crío, y luego eras un hombre con demasiada rabia para escuchar los detalles sin hacer

alguna tontería. Pero la saqué de allí. Le di una buena vida, una casa, cuatro hijos. Hice todo lo que un hombre podía hacer.

—Y aun así se marchó.

—Y aun así se marchó. —No aparta la mirada, y eso lo admiro en él, siempre lo he admirado, el valor de mirar de frente las cosas que no tienen arreglo—. Hay heridas que uno no alcanza, hijo. Por mucho que ame. Por mucho que lo intente. Tu madre cargaba con una de esas, y yo pasé más de veinte años con la mano tendida sin conseguir jamás tocar donde le dolía. —Deja la copa—. No cometas el mismo error que ella. No dejes que una herida vieja decida tu vida entera.

Es un consejo bonito. Es un consejo de padre. Y me trago cada palabra, igual que me las he tragado toda la vida, porque es mi padre, y porque enterró a la mujer que amaba, y porque los hombres como nosotros dos no tenemos a mucha gente en el mundo ante quien bajar la guardia.

El camarero se acerca, apunta, desaparece. Mi padre espera a que se vaya, siempre espera, y solo entonces vuelve a hablar.

—Me han contado una cosa curiosa. —El tono es ligero, casual, el tono que usa para las cosas que no son ni ligeras ni casuales—. Que apareciste en la gala de Vivienne con una mujer del brazo. Pelirroja. Y que tu tía, que no le cae bien nadie, se pasó la noche riéndose con ella.

—Una asistente.

—Ah. —Sonríe de nuevo, y esta vez hay un punto de diversión—. Una asistente. Claro. —Me estudia un instante, del modo en que estudia un balance financiero, buscando el número que no cuadra—. Yo te crié, Ethan. Conozco tu cara de cuando una cosa es solo negocio, y esta no lo es. —Una pausa milimétrica—. ¿Cómo se llama?

Y titubeo. Es menos de un segundo, es casi nada, pero titubeo antes de darle su nombre a mi padre, y no sé por qué. Nunca le he ocultado nada. Es el hombre que me enseñó que un secreto entre aliados es el primer clavo del ataúd. Y aun así, por una fracción de latido, algo dentro de mí cierra la mano en torno a su nombre como quien protege una llama del viento.

—Carmen —digo, por fin. Solo el nombre.

—Carmen —repite, y su nombre en su boca me provoca un escalofrío que no consigo explicarme ni a mí mismo—. Bonito. —Vuelve a centrar la atención en el vino, y el tema parece morir ahí, tan casual como nació—. Cuidado con una mujer que hace reír a Vivienne, hijo. Suelen ser las peligrosas.

Se ríe al decirlo, y yo me río con él, porque es una broma, porque es mi padre, porque es una noche corriente de jueves entre un hombre y el padre que lo crió.

Y no sabría decir por qué el escalofrío se queda. La broma pasó, la conversación ya siguió hacia otra cosa, ya han vuelto a llenarme la copa, y aun así algo pequeño y frío sigue ahí, alojado en la base de mi nuca, sin nombre y sin explicación. Miro a mi padre cortar la carne con esa precisión metódica de siempre y no encuentro nada raro en su rostro. Nada. Solo el hombre que me crió, sólido y familiar al otro lado de la mesa. Decido que es cansancio. Duermo mal, ya lo he dicho. El cansancio se inventa fantasmas donde no los hay.

Termino la cena con mi padre, dejo que pague la cuenta porque se empeña, y lo abrazo en la acera antes de que cada uno se vaya a su coche. Me estrecha fuerte, con las dos manos, como me ha estrechado siempre.

—Estoy orgulloso de ti —dice, bajito, al oído—. Lo sabes.

—Lo sé, papá.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Carmen

La nota de esta mañana es distinta a todas las demás que he recibido en esta casa.

No habla de gala, ni de cena, ni de ropa formal ni de un horario con punto final de frase. No trae instrucciones sobre joyas, sobre apellidos que no puedo pronunciar en voz alta ni sobre sonrisas que tengo que fingir.

Solo trae una frase, escrita con esa caligrafía rectísima de quien nunca ha dejado que ni la letra A saliera sin autorización:

Hoy te he despejado el día. Ponte algo cómodo. Paso a por ti a las 9.

Fdo.: E.

Me quedo mirando el papel un buen rato, profundamente recelosa, porque «cómodo» y «Ethan Van Alen» son dos cosas que nunca imaginé en la misma frase sin combustión espontánea. Cómodo, para él, seguramente significa una corbata que no corta la circulación.

También me da recelo lo de «despejado». Como si mi día fuera una habitación cerrada con llave y él hubiera encontrado la llave. Debería estar cabreada por eso. Lo estoy. Un poco. Pero hay otra cosa por debajo, una cosa suave y peligrosa que no quiero nombrar antes del café.

A las nueve en punto aparece sin traje.

Eso, ya de por sí, debería ser titular de portada.

Pantalón oscuro, jersey gris, abrigo sencillo, el pelo un poco revuelto y esa expresión indescifrable que me dan ganas de sacudirlo por los hombros y exigir subtítulos. Sin corbata. Sin gemelos. Sin el uniforme de hombre que compra el silencio del mundo antes de comer.

Parece casi humano.

Lo cual es profundamente inconveniente.

—¿Adónde vamos?

—A recoger a alguien.

—Odio las sorpresas.

—Lo sé.

—Saberlo no lo hace menos delictivo.

La comisura de su boca amenaza con una sonrisa.

Me abre la puerta del coche. Entro intentando no fijarme en el cuidado automático del gesto, porque últimamente ya me he fijado en demasiadas cosas de él y mi corazón anda guardando pruebas contra mí misma.

El coche para en la parte de atrás del Saint Brigid, cerca de una salida lateral que ni sabía que existía. Antes de que el pánico termine de subirme por la garganta, Ethan me sostiene la mirada.

—Está bien. El doctor Adeyemi le ha dado cuatro horas, con mascarilla, silla por si se cansa, la medicación en la bolsa térmica, comida aprobada y una enfermera a dos manzanas fingiendo que no nos sigue.

—¿Cuatro horas de qué?

La puerta automática se abre.

Sloane aparece primero, con un gorro burdeos, la mascarilla puesta y los ojos brillando por encima de ella, sentada en una silla de ruedas como una reina exiliada que vuelve al trono. Detrás, empujando la silla con la delicadeza de un carrito de supermercado en oferta, viene Josie.

Josie lleva una bufanda morada absurda, unas gafas de sol demasiado grandes y una expresión de guardaespaldas contratado por error para proteger a una famosa adolescente.

—SORPRESA —susurra Josie demasiado alto, porque los hospitales convierten hasta un grito en delito administrativo.

Y entonces Sloane dice:

—Y antes de que empieces: sí, me he lavado las manos, me he echado alcohol, me he hecho el test, he firmado un papel que da miedo y he prometido no lamer ninguna barandilla.

Me llevo la mano a la boca.

—Sloane.

—No llores —me advierte—. He pasado veinte minutos eligiendo este gorro para parecer casualmente viva, no me fastidies la entrada dramática.

Y entonces lloro igualmente.

Ethan, como era de esperar, entra en pánico silencioso. Se queda inmóvil medio segundo, como si alguien le hubiera puesto un arma emocional en la mano y se hubiera olvidado de entregarle el manual. Josie me abraza de lado, Sloane me tira de la manga con sus dedos finos, y por un segundo no sé dónde meter tanto alivio.

Está fuera.

No libre, no curada, no de una manera que permita olvidar las pruebas y los números y las palabras médicas que muerden. Pero

fuera. Respirando aire que no ha pasado por un filtro de hospital. Viendo cielo de verdad.

—¿Adónde? —pregunto, con la voz quebrándose.

—Día de verdad —dice Sloane, señalando a Ethan como si fuera acusado y testigo al mismo tiempo—. Fue idea suya. Yo habría dicho «secuestro supervisado», pero él tiene dinero, así que todo el mundo lo llamó logística.

Ethan abre la puerta del coche.

—Lincoln Park Conservatory. Cerrado durante dos horas. Después el lago. Después hamburguesas. Después ella vuelve antes de la medicación de las cuatro.

—¿Has cerrado un jardín botánico?

—Técnicamente, he hecho una donación.

—Claro. Porque la gente normal compra una entrada. Tú compras el concepto de silencio público.

—Funciona mejor.

Sloane suelta una risita que se transforma en una tos corta. Todos nos quedamos congelados. Ella levanta un dedo, irritada.

—Como alguien ponga cara de funeral, me vuelvo dentro por berrinche.

Nadie la pone.

En el jardín botánico huele a tierra mojada, a cristal caliente y a hojas enormes goteando agua. La luz atraviesa el techo de cristal en pedazos dorados, posándose en los helechos, en los bancos de hierro, en el gorro color vino de Sloane. Parece un lugar construido para personas que todavía creen en crecer.

Sloane insiste en levantarse de la silla unos minutos, solo unos pocos, agarrada a mi brazo por un lado y al de Josie por el otro, mientras Ethan camina detrás como si pudiera intimidar a la gravedad para que no la roce.

—¿Siempre anda así? —murmura Josie—. ¿Como viuda rica en el entierro de un enemigo?

—Siempre.

—Sexy y preocupante.

—Josie.

—¿Qué? Soy familia. La familia comenta.

La palabra me golpea de una manera inesperada.

Familia.

Yo siempre dije que la familia éramos Sloane y yo. Dos contra el mundo, dos manos sujetando la misma cuerda. Pero Josie está ahí, colocándole la manta en el regazo a mi hermana como si hubiera nacido para eso, peleándose con el viento, con las plantas, con Ethan y con el cielo y la tierra, si hace falta. Amenaza con denunciar a una corriente de aire y llama «planta creída» a una orquídea rara, haciendo que Sloane se ría por detrás de la mascarilla hasta que se le humedecen los ojos.

Y Ethan está a tres pasos, fingiendo que no forma parte de la escena que él mismo ha organizado hasta el último detalle.

Se acuerda de la hora de la medicación antes que yo. Sabe dónde está la botella de agua, el abrigo de más, la barrita de proteínas sin sabor que Sloane odia y el chocolate que, estoy segura, el doctor Adeyemi no ha aprobado oficialmente, pero que aparece en su bolsillo como contrabando emocional.

—¿Soborno médico? —pregunto, bajito.

—Para levantarle el ánimo.

—Eso no existe.

—Ahora sí.

Sloane roza una hoja gigante con la punta del dedo.

—Se me había olvidado que el verde tenía olor.

Aquello me rompe en sitios pequeños.

Ethan lo oye. No dice nada. Solo la mira con una seriedad callada, como si esa frase acabara de entrar en alguna lista interna de cosas que nunca va a permitir que ella pierda otra vez.

Cuando salimos, el viento del lago corta de frío, pero Sloane levanta la cara hacia él como si fuera el sol. Josie nos hace una foto a Sloane, a Ethan y a mí; luego apunta la cámara hacia Ethan.

—Una sonrisa, Van Alen. Pareces acusado de asesinato.

Él pone los ojos en blanco.

Pero posa.

Solo un poco.

Lo suficiente para que Sloane vuelva a reír. No la risa floja de hospital, entrenada para no preocupar. Una risa de verdad. Pequeña, cansada, pero suya.

—El mejor día —susurra.

Miro a Ethan.

No está mirando el lago.

Me está mirando a mí.

Y comprendo, con un golpe sordo y definitivo en el pecho, que ya no estoy empezando a caer.

Ya caí hace tiempo.

Solo necesité ver a mi hermana sonriendo fuera de una cama de hospital para admitir el tamaño de la caída.

CAPÍTULO TREINTA

Carmen

Vamos de pícnic al lago con tres mantas, dos neveras portátiles, una silla de ruedas, cuatro tipos de gel hidroalcohólico y la sensación absurda de estar cometiendo un crimen maravilloso.

Ethan ha elegido un trozo de orilla apartado, lejos de las multitudes, pero lo bastante cerca para que Sloane pueda ver el agua. Hay un coche discreto aparcado a pocos metros, dos guardaespaldas fingiendo que son árboles urbanos y, en algún sitio, la enfermera que el doctor Adeyemi mandó con nosotros fingiendo aún mejor que no está de servicio.

Sloane se da cuenta de todo.

—Ha montado una operación militar para que yo me coma unas patatas fritas al aire libre —dice, impresionada—. ¿Esto es romántico o clínicamente preocupante?

—Las dos cosas —responde Josie—. El mejor tipo.

Ethan abre la bolsa de las hamburguesas como si estuviera cerrando la negociación de una fusión. Todo en él sigue siendo demasiado ordenado para una tarde con viento, hierba y adolescentes enfermas robando kétchup. Saca servilletas, cubiertos de plástico, una botellita de agua sin gas para Sloane y otra con gas para Josie, que la mira como si la hubieran ofendido personalmente.

—¿Tengo cara de persona con gas? —pregunta.

—Tienes cara de persona que tendría una opinión firme sobre el agua con gas —responde Ethan, sin levantar la vista.

Josie me guiña un ojo.

—Peligroso. Aprende rápido.

—El doctor Adeyemi autorizó la mitad —informa Ethan, entregándole el paquete más pequeño a Sloane.

Mi hermana entorna los ojos.

—El doctor Adeyemi no está aquí.

—Está en mi móvil.

—Cobarde.

—Responsable.

—Rico responsable, que es un subtipo particularmente irritante.

Josie aplaude flojito.

—Me encanta verla educar a un multimillonario. Es terapéutico.

Estoy sentada entre las dos, con el viento enredándome el pelo y un dolor raro en el pecho, del tipo bueno y malo a la vez. Sloane parece demasiado pequeña dentro del abrigo, pero tiene color en la cara. Poco. Frágil. Real. Se ríe cuando una gaviota se acerca con aire de atracadora profesional. Se ríe cuando Josie amenaza con denunciar al animal por intento de robo. Se ríe cuando Ethan, serio como un juez, cambia la bolsa de patatas al lado opuesto como si estuviera protegiendo información confidencial.

Y yo pienso: es esto.

Ni cura. Ni milagro. Ni promesa.

Solo un día.

Un día en el que mi hermana no es un historial médico, una cama, una vía en el brazo, una fiebre medida de madrugada. Un día en el que es una niña de quince años con un gorro color vino robándoles patatas a los demás.

El viento levanta una punta de la manta, y Josie la sujeta con su propia rodilla, dramática.

—¿Veis? Soy imprescindible. Sin mí, la manta se habría fugado para empezar una vida nueva en Canadá.

—Siempre quisiste fugarte a Canadá —dice Sloane.

—Sí, pero os llevaría a las dos. Y ahora, por desgracia, quizá también al señor Jersey Gris, porque compra hamburguesas decentes y al parecer tiene recursos para sobornar a la frontera.

—Yo no soborno fronteras —dice Ethan.

Josie arquea una ceja.

—Esa pausa antes de responder me ha dicho muchas cosas.

Intento no reírme. Fracaso. Sloane me mira al instante, como si hubiera oído un sonido raro en un bosque y necesitara quedarse inmóvil para no espantarlo.

—Esa sonrisa —dice, demasiado bajo para ser una broma—. Guárdala.

Se me encoge el pecho.

—Sloane…

—Lo digo en serio. Te queda bien.

Por un segundo, el mundo entero se hace pequeño. Solo queda su voz, el lago, el viento, el peso de su mano encima de la mía. Una mano todavía demasiado fina. Todavía demasiado helada. Pero ahí. Presente. Tozuda. Viva.

Le aprieto los dedos.

—Voy a intentarlo.

—Pésima respuesta. Pero la acepto porque estoy generosa y medicada.

Sloane coge la hamburguesa más grande de la caja y, en vez de quedársela, la deja en el regazo de Ethan.

—Para ti.

Él mira el paquete, luego a ella, claramente sin saber cuál es el protocolo social para aceptar comida de una adolescente convaleciente.

—Pensaba que querrías esta.

—Quererla, la quiero. Pero has organizado mi secuestro recreativo, así que te la mereces. Además, a Carmen le gustan los hombres que comen carbohidratos. Dan un aspecto más humano.

—¡SLOANE!

Josie se atraganta de tanto reír.

Ethan me mira, y por un segundo ese hombre imposible parece casi feliz. No satisfecho, no victorioso. Feliz. Como si alguien hubiera abierto una ventana pequeña en una habitación cerrada con llave desde hacía años.

—Gracias —le dice a Sloane, con seriedad.

—De nada. Ahora viene la parte importante. —Mi hermana endereza la espalda, pálida y solemne, apoyada en cojines como una reina decidida a juzgar un reino—. Ethan Van Alen, pregunta oficial de la familia Pembroke-Lockwood, porque Josie es un anexo obligatorio del pack: ¿cuáles son tus intenciones con mi hermana? Porque no somos tontas y no vamos a fingir que hiciste todo esto solo porque eres su jefe, así que no insultes nuestra inteligencia, ¿vale?

—Dios mío —digo.

—He traído pañuelos, espray de pimienta y autoridad moral —informa Josie—. Puedes responder.

Ethan no sonríe. Eso, de algún modo, lo empeora todo.

Deja la hamburguesa sobre el papel, se limpia los dedos con la servilleta y mira a Sloane como si fuera una ejecutiva, una jueza o un enemigo digno. Como si mereciera la verdad entera.

—Todavía lo estoy descubriendo —dice—. Pero sé que no quiero hacerle daño. Sé que fallé en muchas cosas antes de ella y probablemente falle en otras, porque soy… complicado.

—Eufemismo elegante —murmura Josie.

—Pero mis intenciones son honorables —continúa Ethan, con la mirada posándose en mí solo un instante.

El calor me sube por el cuello.

Sloane lo estudia en silencio. Luego mira a Josie.

—¿Opinión del consejo?

—Guapo, peligroso, emocionalmente estreñido, pero ha comprado patatas de más y no ha mentido. Yo le daría la libertad condicional con supervisión.

—De acuerdo. —Sloane vuelve a Ethan—. Puedes quedarte.

La frase es pequeña.

Demasiado pequeña para lo que me hace.

Ethan se queda inmóvil un segundo, como si nadie le hubiera dado nunca permiso para pertenecer a una escena simple: una manta en el parque, una adolescente insolente, una amiga ruidosa, una mujer que no sabe qué hacer con el corazón latiéndole de esa manera.

—Gracias —dice de nuevo, más bajo.

Más tarde, cuando llega la hora de devolver a Sloane al hospital, no protesta. Eso me asusta más que cualquier rabieta. Solo me coge la mano dentro del coche y apoya la cabeza en mi hombro. El cansancio le llega de golpe, apagándole poco a poco el brillo de los ojos, y yo odio cada segundo de esto. Odio que su cuerpo le pase la cuenta por cuatro horas de vida normal.

Pero sonríe de todos modos.

—No lo estropees —susurra, tan bajo que Josie, en el asiento de delante, finge no oírla—. Una buena familia no viene hecha, Carmen. A veces llega de la forma más inesperada, trayendo hamburguesas, espray de pimienta y chófer.

Me río con los ojos escociéndome.

—Eso ha sido lo más concreto que has dicho en tu vida.

—Estoy débil. Mi poesía pierde calidad.

En la entrada lateral del Saint Brigid, antes de volver a la silla, Sloane agarra la manga de Ethan.

—Gracias por el día de verdad.

Ethan inclina la cabeza.

—Cuando puedas, te doy otro.

—¿Lo prometes?

Me mira antes de responder.

—Lo prometo.

Y odio lo mucho que le creo.

El hospital vuelve a tragarse a mi hermana una hora después, con olores demasiado limpios y luces demasiado frías. Pero algo se queda fuera con nosotras. Un trocito pequeño de futuro, sentado en una manta cerca del lago, lleno de migas, viento y risas.

Por primera vez en mucho tiempo, no cuento lo que falta.

Cuento lo que tuvimos.

Cuatro horas.

Una tarde.

Un día de verdad.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ethan

La llamada llega un martes, a las seis de la tarde.

Declan ha llegado con el rostro cerrado y, antes de sacar ningún archivo, ha soltado sobre la mesa lo que lo tenía así. Hitchmore anda preguntando por ella en los círculos equivocados. No con discreción, a la manera de un hombre que ha aprendido a perder, sino con la insistencia grosera de quien se cree dueño. Ha mandado un recado por los canales de la red, envuelto en cortesía de gala, diciendo que tiene una propuesta para mí en relación con un interés común. Sé exactamente qué interés. He apretado el vaso de whisky con tanta fuerza que casi lo rompo, y Declan solo ha dicho, en voz baja: «*Mantenla cerca, Ethan; ese viejo no va a rendirse*», y no he tenido que responder porque mantener a Carmen cerca ha dejado de ser una simple elección.

Estoy en el despacho con Declan, revisando por enésima vez los archivos para la reunión, mapas de hilos y nombres desperdigados por la mesa, cuando el móvil de Carmen suena en la sala de fuera. Oigo el tono a través de la puerta, la oigo contestar con la voz normal, y entonces oigo el sonido. El sonido que ningún hermano, ningún padre, ninguna persona que ame a otra persona en el mundo quiere jamás tener que oír: el sonido de alguien recibiendo la peor noticia posible, en directo, al otro lado de una línea telefónica.

Estoy en la sala antes incluso de decidir levantarme de la silla.

Carmen está de pie, inmóvil en mitad del mármol, el móvil caído de su mano en el suelo, el rostro blanco como cera de vela.

—Carmen.

—Sloane —dice, y la voz que le sale no es su voz, es una voz hueca, distante, de otro lugar—. Ha tenido una reacción. Síndrome de liberación de citocinas, ese fue el término que usó la enfermera antes de que yo dejara de entender nada. Su corazón se paró una vez y consiguieron reanimarla, pero ellos… ellos me dijeron que fuera. Ahora. Me dijeron que fuera ahora, Ethan, y cuando te dicen que vayas ahora es porque…

Ya tengo las llaves del coche en la mano.

—Te llevo ahora mismo. Venga.

—No puedo… —Está temblando de pies a cabeza, paralizada en el sitio, lejos, atrapada dentro de sí misma, dentro del pánico—. No puedo perderla, Ethan. Es todo lo que tengo. Es lo único en el mundo entero que es mío. Me vendí… hice todo aquello, me subí a aquel escenario, lo hice todo… y si ella muere lo hice todo para nada, todo fue para nada, yo…

—Mírame. —Le sujeto el rostro con las dos manos, firme, obligando a sus ojos perdidos a encontrar los míos y a enfocar—. No hiciste nada para nada. ¿Me estás oyendo? Nada. Ella está viva ahora, en este mismo segundo, y es allí a donde vamos. Voy a estar a tu lado todo el rato, cada segundo. No vas a pasar por esto sola. No mientras yo siga respirando.

Me agarra las muñecas con las dos manos, con fuerza, clavándome las uñas, y por un segundo solo respira, jadeante, anclada en mí, en mitad del mármol, y entonces mueve la cabeza, una vez, dos.

En el coche conduzco como quien ya se ha comprado todas las multas de esa ciudad y no le importa ninguna de ellas. Serpenteo entre el tráfico con la mano izquierda en el volante y la derecha aferrada a la de Carmen en la consola central. Ella no la suelta ni un instante, y yo tampoco. Y rezo. Yo, que no rezo, que enterré la fe junto con mi madre, le pido a Dios que esa niña sarcástica y valiente

no le sea arrancada a la única mujer que me ha hecho tener miedo de llegar tarde.

En el hospital son cuatro horas de puro infierno.

Cuatro horas de pasillo, de café recalentado y horrible en vaso de plástico, de médicos que pasan demasiado deprisa sin mirar a los lados, de puertas dobles que se abren y se cierran sin traer noticia. Y me quedo. No me aparto de su lado ni un solo minuto. Le sujeto la mano, le traigo agua que no bebe, aparto con una sola mirada a cualquiera que se acerca demasiado o pregunta demasiado, llamo a Declan y le mando movilizar al mejor especialista de la ciudad para que esté a la espera, cueste lo que cueste.

Y cuando por fin se derrumba contra mi pecho, en mitad de aquel pasillo, y llora, llora de verdad, por primera vez desde que la conozco, ese llanto profundo y feo que llevaba guardado bajo siete llaves desde hacía siete años enteros, la sujeto con fuerza y la dejo empaparme la camisa entera y no digo ninguna, absolutamente ninguna, de las frases inútiles y automáticas que la gente dice en esos momentos.

Solo la sujeto. Es lo único de valor que tengo para ofrecer, así que lo ofrezco con todo.

Y hacia las diez de la noche, un médico aparece por las puertas dobles con el rostro cansado, pero no derrotado, y lo leo al instante, sé leer rostros, y dice las palabras exactas que le devuelven el aire a los pulmones:

—Se ha estabilizado. Reaccionamos a tiempo, por poco, pero a tiempo. Es muy fuerte, tu hermana. Más fuerte de lo normal. Vamos a tener que controlar la inflamación, ajustar la medicación de soporte con mucho cuidado y mantener la UCI en alerta, pero ha pasado lo peor. Está estable. Podréis verla dentro de una hora, cuando despierte de la sedación.

Carmen se derrumba de nuevo contra mí, esta vez de puro alivio, las piernas cediendo, y la sujeto. Y se vuelve para mirarme, y la manera en que me mira en ese momento, empapada de lágrimas, destrozada, agotada, y viva, tan viva, me alcanza más hondo de lo que nada me ha alcanzado en una vida cuidadosamente blindada.

—Gracias… gracias por quedarte —susurra, como si no se lo creyera.

—Mientras yo esté vivo, me quedo —digo.

Y me doy cuenta, en el instante en que las palabras salen de mi boca, de que no es una frase de consuelo. No es algo que se dice para calmar a alguien en el pasillo de un hospital.

Es una promesa. De verdad. Y nunca, en toda mi vida, he querido cumplir algo con tanta fuerza.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Carmen

Volvemos al ático casi a la una de la madrugada, los dos vacíos, en silencio, conduciendo por la ciudad dormida.

Sloane está estable, durmiendo sedada, vigilada de cerca por un equipo que Ethan, de algún modo, ha triplicado sin preguntarme. Me quedé a su lado hasta que se despertó y me insultó con la voz débil por tener cara de zombi, *«vete a casa, Carmen, en serio, tienes una cara peor que la mía y yo hoy casi me muero, esto es vergonzoso, que alguien la saque de aquí»,* y solo entonces Ethan me convenció, en voz baja, de que me fuera, prometiéndome que su equipo pediría noticias cada hora durante toda la madrugada y que me despertaría a la menor señal.

Me di cuenta de que el equipo no se dobló solo por Sloane. Hay más hombres en el ático ahora, más coches en el garaje, un guardia nuevo que finge leer el periódico en el vestíbulo. Y hoy, en el pasillo del hospital, pillé a Ethan al teléfono, de espaldas, la voz baja y dura, diciendo un apellido que ya he aprendido a temer. Hitchmore. Colgó demasiado rápido cuando me vio, y me dedicó una sonrisa que no le llegó a los ojos, y dijo que era solo trabajo. No insistí. Pero sé lo que es un hombre levantando un muro. Yo crecí detrás de uno. Y Ethan está construyendo un muro entero a mi alrededor, ladrillo a ladrillo, y sé, sin que él tenga que decírmelo, que al otro lado hay alguien empujando para entrar.

En el ascensor con el banco de terciopelo, estoy agotada de una manera que va mucho más allá del cuerpo, un cansancio que vive en los huesos y en el alma. Y lo miro: a este hombre que condujo como un loco por la ciudad, que pasó cuatro horas de pie en un pasillo de hospital sosteniéndome la mano sin pedir absolutamente nada a cambio, que me dejó mojarle la camisa de

lágrimas sin soltarme ni una sola frase hecha. Algo dentro de mí, algún cerrojo antiguo, simplemente cede. Sin cálculo. Sin hoja de cálculo.

Cuando las puertas del ascensor se abren, no giro hacia el pasillo este, hacia mi cuarto de invitados.

Le cojo la mano.

—Carmen. —Su voz es baja, cuidadosa, alerta—. Estás agotada. Acabas de pasar por el peor día de tu vida. No es un buen momento para tomar ninguna decisión sobre…

—No me digas cuál es el buen momento. —Me giro de frente hacia él, ahí en medio del mármol frío, y sus ojos azules están oscuros y atentos, fijos en mí—. Me he pasado la vida entera siendo práctica, Ethan. Calculando cada paso, cada salida, cada riesgo. Esperando el momento adecuado, la persona adecuada, la seguridad adecuada, todas esas condiciones perfectas que nunca, nunca llegan. Y hoy casi pierdo a la única persona del mundo que es mía de verdad, y mientras estaba en ese pasillo pensando que la iba a perder, entendí algo muy simple.

Doy un paso hacia él, y otro más, hasta quedarme pegada a él.

—No existe el momento adecuado. Nunca ha existido. Solo existe el ahora. Y ahora, esta noche, no quiero ser práctica. No quiero calcular nada. Te deseo a ti. Y no es porque pagaras, no tiene nada que ver con aquel escenario. Es porque te deseo. ¿Eres capaz de oír la diferencia entre las dos cosas?

Cierra los ojos un instante, como si la frase le doliera físicamente.

—Si empiezas esto —dice, con la voz ronca, baja—, no voy a poder parar esta vez. ¿Lo entiendes, Carmen? La última vez paré, y

casi me mata. Esta vez no voy a tener fuerzas. No me lo pidas si no estás absolutamente segura.

—Lo sé. —Le sujeto la cara con las dos manos, sintiendo la barba áspera contra las palmas—. No quiero que pares. Estoy segura. Es lo único de todo el día de lo que estoy segura.

Y es todo lo que él estaba esperando oír.

Me besa como un hombre que llevaba una vida entera conteniéndolo y por fin ha renunciado a luchar. No hay nada contenido esta vez, nada de freno, el hambre que siempre estuvo ahí, hirviendo justo bajo la superficie de hielo, viene entera, de golpe, y me levanta del suelo como si yo no pesara absolutamente nada, y le enrosco las piernas en la cintura por instinto, y me lleva por el pasillo sin despegar su boca de la mía ni para respirar.

—Última oportunidad —murmura contra mis labios, con la voz destrozada, parándose un segundo en la puerta de su habitación—. Dime que pare ahora y paro. Aunque me mate. La decisión es tuya, solo tuya.

—No pares —digo, contra su boca—. No pares nunca más.

Su habitación es oscura y enorme, tan silenciosa que el ruido de la ciudad allá abajo parece venir de otro mundo, filtrado por la pared entera de cristal que convierte Chicago en un mar de luces a nuestros pies. Por un instante, mientras Ethan me lleva en brazos y atraviesa aquel espacio amplio, masculino, demasiado impecable para alguien tan peligroso como él, tengo la impresión absurda de que todo ha quedado suspendido, como si la ciudad, la noche y mi propia vida estuvieran esperando a ver qué me haría cuando por fin no hubiera más puertas, pasillos, reglas ni excusas entre nosotros.

Ethan me tumba en la cama como si aún intentara ser delicado conmigo, pero su mirada ya no tiene nada de delicado. Es oscura, hambrienta, casi sucia de tanto deseo, y cuando le tiro de la nuca y traigo su cuerpo encima del mío, siento el instante exacto en

que su control empieza a resquebrajarse. Pesa sobre mí, caliente, enorme, duro contra el centro de mis piernas, y mi cuerpo responde antes que mi cabeza, abriendo hueco, buscando fricción, queriendo más de ese hombre que se ha pasado días mirándome como si estuviera a punto de cometer un pecado.

—Carmen… —murmura contra mi boca, ronco, tenso, peligroso—. No sabes lo que he pensado en hacerte.

—Pues hazlo.

Su boca se estrella contra la mía como respuesta. Ya no hay calma, ya no hay distancia, ya no está el Ethan frío y controlado que conocí. Hay manos en mi cintura, dedos subiendo por mi piel, la barba arañándome el cuello, dientes que muerden suave mi hombro, y cada roce parece decir que ha esperado demasiado. Me quita el vestido sin prisa, pero no es delicadeza; es tortura. Cada centímetro de piel que aparece recibe su boca, y cuando mis pechos quedan desnudos, Ethan se detiene solo para mirar.

La forma en que me mira me pone más mojada.

—Pensé en ti en esta cama —dice, con la voz baja, pasándome los dedos por los pechos, por los pezones duros, por el vientre—. Pensé en todas las formas de abrirte para mí. Con mi mano. Con mi boca. De espaldas. Encima. Debajo. Hasta que olvidaras cualquier cosa que no fuera mi nombre.

Tiemblo.

Sonríe como si lo hubiera notado.

Entonces su boca se cierra alrededor de mi pecho y me arqueo contra él, gimiendo antes de poder impedirlo. Su lengua es caliente, lenta, luego más firme, chupando, mordiendo suave, mientras la mano baja por mi vientre y encuentra las bragas ya húmedas. Ethan se detiene un segundo, solo un segundo, y apoya la frente en mi pecho.

—Estás mojada por mí.

El calor me sube a la cara, pero antes de que consiga cerrar las piernas, me sujeta uno de los muslos.

—No. No lo escondas. He esperado demasiado para sentirte así.

Me quita las bragas despacio, y el aire frío toca el lugar más sensible de mi cuerpo. Ethan baja la mirada y se queda inmóvil, mirando entre mis piernas con un hambre tan cruda que casi le pido que apague la luz, pero no lo hago. Porque quiero que vea. Quiero que sepa. Quiero que entienda que yo también estoy al límite.

Su mano sube por la cara interna de mi muslo y me abre más. El primer roce de sus dedos me hace contener la respiración. Se desliza por mí, siente la humedad, la esparce despacio, y un sonido bajo se le escapa del pecho.

—Joder, Carmen.

La palabra, dicha de aquella manera, casi me deshace.

—Ethan…

—Lo sé. —Me besa la boca—. Voy a cuidar de ti. Pero antes voy a hacer que te corras hasta que no puedas ni pensar.

Sus dedos empiezan a moverse con una precisión indecente. Primero en círculos lentos, luego con más presión, más ritmo, mientras la boca vuelve a mi pecho y su lengua me enloquece en dos sitios a la vez. Intento moverme, pero me sujeta con el peso del cuerpo, manteniéndome las piernas abiertas, leyendo cada sonido mío, cada temblor, cada contracción.

—¿Así? —pregunta, aumentando el roce.

Solo consigo gemir.

—Dilo.

—Sí… así.

Sonríe contra mi piel y desliza un dedo dentro de mí. Mi cuerpo se cierra a su alrededor, apretado, caliente, y Ethan suelta un gemido bajo, como si eso hubiera alcanzado algún lugar peligroso dentro de él. Mueve el dedo despacio, luego añade otro, abriéndome con cuidado, mientras el pulgar sigue en el punto que me deja sin aire.

El placer crece demasiado rápido.

Agarro las sábanas. Luego sus hombros. Luego su nuca.

—Mírame —ordena—. Quiero verte correrte en mi mano.

Intento mantener los ojos abiertos, pero cuando encuentra el ritmo perfecto, mi cuerpo entero se curva. El orgasmo llega fuerte, caliente, violento, arrancándome un grito que muere en su boca. Ethan no para. Me sujeta ahí, prolongando cada oleada, los dedos dentro de mí, el pulgar firme, la boca en mi cara, murmurando mi nombre hasta que me quedo blanda debajo de él.

Cuando por fin para, estoy temblando.

Se lleva los dedos a la boca.

Y lo veo.

Veo a Ethan probar mi sabor con los ojos clavados en los míos, como si quisiera que yo supiera exactamente lo que está haciendo.

—Uno —dice.

Mi cuerpo palpita de nuevo.

Antes de que consiga respirar bien, me sujeta las caderas y me da la vuelta. Me quedo de rodillas en la cama, apoyada en los

brazos, expuesta ante él de una manera que me deja sin aire. El silencio a mi espalda es pesado. Siento su mirada en mi columna, en la curva de la cintura, en mi cadera alzada, entre mis piernas todavía húmedas.

—Perfecta —murmura—. Estás perfecta así.

Su boca baja por mi columna, lo bastante lenta para torturarme, y sus manos me sujetan las caderas, firmes, abiertas, posesivas. Cuando siento su barba en la cara interna del muslo, el cuerpo entero se me contrae.

—Ethan…

—Te dije que pensé en todas las maneras.

Entonces su boca me encuentra.

Casi me caigo.

Su lengua me recorre caliente, íntima, profunda, y mis manos se cierran en la sábana. La postura lo hace todo más intenso, más vulnerable, más obsceno, y Ethan lo sabe. Me sujeta en el sitio cuando intento huir del exceso de placer, me abre un poco más las piernas, gime contra mí como si mi sabor fuera algo que necesitara desde siempre.

—No huyas —dice, con la voz vibrando contra mi cuerpo—. Déjame probarte. Déjame sentir cómo te deshaces en mi boca.

Digo su nombre. Luego otra vez. Luego no consigo decir nada más.

Su boca se vuelve más hambrienta. La lengua me lleva al límite, vuelve, provoca, insiste, y cuando dos dedos entran en mí otra vez, el placer estalla. Mi segundo orgasmo viene más sucio, más profundo, arrancado directo de aquel lugar donde la vergüenza y el deseo se vuelven la misma cosa. Tiemblo contra su boca, gimiendo

alto, y Ethan me sujeta como si cada espasmo mío fuera también suyo.

Cuando termina, sube por detrás de mí y apoya la boca en mi oído.

—Dos.

Tengo la respiración rota.

—No aguanto más.

—Aguantas. —Me besa el hombro—. Porque todavía ni he empezado a poseerte.

Me da la vuelta otra vez, dejándome de espaldas en la cama, y entonces por fin se quita el resto de su ropa. Observo cada movimiento, el pecho ancho, los brazos fuertes, el abdomen rígido, la tensión en cada músculo. Cuando queda desnudo ante mí, duro, enorme, hermoso de una forma casi indecente, se me seca la boca.

Ethan nota mi mirada.

Claro que la nota.

—¿Todavía lo quieres todo? —pregunta.

La pregunta es caballerosa. Su cuerpo no. Su cuerpo parece listo para partirme en dos.

—Lo quiero.

Vuelve encima de mí, pero aún no entra. En vez de eso, me besa la boca despacio, como si quisiera calmarme, mientras la mano baja otra vez entre mis piernas. Estoy demasiado sensible y me sobresalto, pero él suaviza el roce, besándome la frente.

—Lo sé. Solo uno más, Carmen. Te quiero completamente abierta para mí.

—Ethan…

—Yo cuido de ti.

Y cuida.

Pero cuida de una manera que me enloquece. Sus dedos me tocan con paciencia, rodeando el placer, entrando en mí cuando necesito más, retirándose cuando estoy demasiado cerca. Me besa todo el tiempo, me llama hermosa, mía, imposible, y voy cediendo otra vez, contra toda lógica, contra todo límite, porque su cuerpo sobre el mío es pesado y seguro, porque su voz me manda caer y me promete sujetarme.

—Te quiero blanda cuando entre —susurra—. Quiero sentir cómo tu cuerpo me recibe sin miedo.

La frase me empuja al límite.

El tercer orgasmo viene más lento, más profundo. Me deshago contra él en gemidos largos, temblando bajo su mano, sintiendo mi cuerpo palpitar, abrirse, ceder. Ethan me observa durante todo, los ojos oscuros, la mandíbula apretada, como si se estuviera sujetando por un hilo.

Cuando acaba, estoy sin fuerzas.

Apoya la frente en la mía.

—Tres.

Su voz está destrozada.

Le paso los dedos por la nuca.

—Ahora ven conmigo.

Ethan cierra los ojos, respira hondo, luego alcanza el cajón de al lado de la cama. El sonido del envoltorio rasgándose me hace

temblar. Se protege y vuelve a mí, encajando el cuerpo entre mis piernas con una lentitud que es casi cruel.

—¿Estás segura? —pregunta.

Le sujeto la cara.

—Lo estoy.

—Si te duele, paro.

—Lo sé.

—Si quieres que vaya despacio…

—Confío en ti.

Algo se le quiebra en la cara.

Ethan me besa como si esa frase acabara con él. Después me sujeta el muslo, me abre un poco más y se roza contra mí, caliente, duro, pesado. Solo eso ya me hace gemir. Suelta un sonido bajo, casi animal.

—Vas a ser mi perdición.

Le rodeo la cintura con las piernas.

—Pues ven.

Ethan apoya la frente en la mía, respira una última vez como hombre civilizado, y entonces empieza a entrar.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Ethan

Entro despacio porque es Carmen, porque su cuerpo aún tiembla por los orgasmos que le arranqué con la mano, con la boca, con todo lo que llevo noches imaginando. Pero despacio no significa fácil. La primera presión de mi cuerpo contra el suyo casi me hace perder la cabeza. Está caliente, mojada, apretada, y cuando empieza a abrirse para mí, centímetro a centímetro, necesito apoyar una mano en el cabecero para no agarrarle las caderas con demasiada fuerza.

—Mírame —digo.

Mi voz sale áspera, casi irreconocible.

Carmen abre los ojos, y eso solo lo empeora. Está demasiado guapa. Demasiado deshecha. La boca hinchada, la piel marcada por mi barba, las piernas abiertas para mí, la confianza dibujada en la cara como si no supiera que estoy luchando contra lo peor de mí.

O tal vez lo sepa.

Tal vez sea por eso que me mira así.

Avanzo un poco más y noto que su cuerpo se tensa. Me detengo en el acto. Cada músculo mío protesta. La polla me palpita dentro de ella, exigiendo más, hasta el fondo, pero Carmen contiene la respiración y con eso basta para mantenerme inmóvil.

—Respira —murmuro, besándole la frente—. Despacio. Estoy aquí.

Las uñas se le hunden en mi brazo.

—Ethan…

—¿Duele?

Ella traga saliva.

—Un poco.

Cierro los ojos y me aferro al control con los dientes.

—Entonces paro.

—No salgas.

Esas dos palabras casi me matan.

Apoyo la frente en la suya, dentro del infierno más dulce de mi vida, y me quedo quieto mientras su cuerpo se acostumbra a mí. Ella respira. Yo siento cada movimiento. El pecho subiendo contra el mío, los muslos temblando alrededor de mi cintura, su calor envolviéndome, apretándome, llamándome. Su olor está en mí, en mi barba, en mi boca, en mis dedos. Su sabor sigue en mi lengua, y ahora estar dentro de ella después de haber bebido su placer tres veces me deja casi ciego.

—Estás temblando —susurra ella.

Suelto una risa baja, sin humor.

—Porque estoy intentando no tomarte como un animal.

Sus ojos se oscurecen.

—¿Y si quiero un poco del animal?

Mi control se resquebraja.

No se rompe.

Pero se resquebraja.

—Cuidado, Carmen.

Ella mueve las caderas.

Poco.

Lo justo para arrastrarme más adentro.

Un gemido bruto me desgarra el pecho. Me retiro solo un poco y vuelvo a entrar, despacio, atento a su cara, a su respiración, a las señales de su cuerpo. El dolor empieza a ceder. Lo veo. Lo veo en sus ojos, en cómo se le relajan los muslos, en cómo se le abre la boca ya no por incomodidad, sino por descubrimiento.

—Eso —digo, ronco—. Deja que tu cuerpo me reciba.

Ella gime.

Entro hasta el fondo.

Me detengo otra vez.

Esta vez me detengo por mí.

Porque estar entero dentro de ella es una violencia contra cualquier autocontrol. Carmen me envuelve tan apretada que parece querer mantenerme atrapado ahí, caliente, húmeda, palpitando a mi alrededor. Llevo días pensando en esto. Pensé en todas las posturas, en todos los sonidos, en cómo sería por dentro, en cómo saldría mi nombre de su boca. Pero ninguna fantasía tenía este calor. Ninguna fantasía tenía esta confianza. Ninguna tenía a Carmen mirándome como si yo fuera a la vez peligro y refugio.

—¿Por qué has parado? —pregunta ella, jadeante.

La verdad sale cruda.

—Porque eres demasiado perfecta y estoy intentando seguir siendo digno de ti.

Su cara enrojece.

Incluso ahora.

La polla me palpita dentro de ella cuando veo subir ese color.

—Ethan…

—No pongas esa voz.

—¿Qué voz?

—Esa que me hace querer olvidar que tengo que ir despacio.

Ella me sujeta la cara.

—Entonces olvídalo un poco.

Me retiro lentamente, notando cómo su cuerpo intenta retenerme, y vuelvo a entrar. Más hondo. Más firme. Su sonido cambia al instante. No es dolor. Es placer. Es hambre. Es permiso.

El animal que llevo dentro levanta la cabeza.

Empiezo a moverme.

Despacio al principio, porque aún hay cuidado en mí, porque su cuerpo merece tiempo, porque cada gemido suyo hay que leerlo. Pero ella empieza a acompañarme, a levantar las caderas, a atraerme hacia dentro, y cuando Carmen hace eso, cuando deja de solo recibirme y empieza también a tomarme, algo en mí se deshace.

—¿Así? —pregunto.

—Así.

Le sujeto uno de los muslos y se lo levanto más, abriéndola mejor para mí. El ángulo cambia. Entro más hondo. Carmen grita mi nombre y se agarra a mis hombros.

Me detengo medio segundo.

—¿Dolor?

—No. —Ella niega con la cabeza, desesperada—. No pares.

Entonces no paro.

El ritmo crece, más fuerte, más hondo, y la cama empieza a golpear la pared bajo nuestro peso. Su cuerpo recibe el mío con sonidos mojados, calientes, indecentes, y cada embestida me arranca otro pedazo de control. Le beso la boca, el cuello, le muerdo suave el hombro, no para hacerle daño, sino para marcar el hambre. Ella tiembla, se aprieta a mi alrededor, y por poco me corro ahí mismo.

—Te gusta esto —digo contra su piel.

—Me gustas tú entero dentro de mí.

Ya está.

Esa frase acaba conmigo.

Porque ella no quiere solo al hombre educado. No quiere solo al hombre que pregunta, espera, cuida. Quiere también al hombre que suda, gruñe, le agarra las caderas y entra en ella como si hubiera pasado una vida entera con hambre. Quiere mi parte cruda, siempre que mis manos sigan siendo suyas.

Así que se la doy.

Le sujeto las caderas y la atraigo contra mí en cada embestida, más intenso, más firme, dejando que sienta la fuerza de mi cuerpo sin perder el cuidado. Carmen se abre más, gime más alto, me araña la espalda, y el dolor de sus uñas solo me pone más duro, más loco, más hondo dentro de ella.

—Pensé en esto —digo, incapaz de callar—. Pensé en ti así todas las noches. Pensé en tu sabor. En tu olor. En lo mojada que

estarías para mí. En cómo me apretarías al entrar. Pensé en darte la vuelta, abrirte, hacerte correr hasta que me pidieras la polla.

Ella se contrae a mi alrededor.

Fuerte.

Violenta.

—Joder, Carmen.

Mi voz sale baja, sucia, sin filtro. A ella le gusta. Lo veo en su cara, en cómo se le oscurecen los ojos, en cómo se le abre la boca, en cómo su cuerpo me atrae hacia sí.

—Mía —digo antes de poder impedirlo.

Ella me mira.

Por un segundo, pienso que he ido demasiado lejos.

Entonces me sujeta la nuca y susurra:

—Completamente tuya.

El último hilo se rompe.

Beso a Carmen con hambre, con lengua, dientes, la respiración entrecortada, y acelero el ritmo hasta que se pierde bajo mí. Le sujeto las muñecas por encima de la cabeza con una mano, no para quitarle su elección, sino para hacerle sentir mi fuerza, para mostrarle cuánto podría tomar y cuánto sigo eligiendo cuidarla. Ella pone a prueba la prisión, gime, y sus ojos brillan.

—¿Así? —pregunto.

—Sí.

—Si quieres que te suelte, dilo.

—No quiero.

Todo mi cuerpo responde.

Sigo entrando en ella, más hondo, más fuerte, mientras su respiración se convierte en pequeños sollozos de placer. Está demasiado guapa así, atrapada bajo mí, abierta, sudada, entregada. La habitación huele a sexo, a su piel, a su placer aún húmedo en mí. Bajo la cara a su cuello y respiro hondo, sin vergüenza del hambre, sin fingir civilización.

—Hueles a sexo y a mi cama —murmuro—. Nunca más voy a poder dormir aquí sin acordarme de ti abierta para mí.

Ella gime alto.

Su cuerpo aprieta el mío de nuevo.

Le suelto las muñecas y llevo la mano entre los dos. Ella se sobresalta.

—Ethan…

—Una vez más.

—No puedo.

—Sí puedes. —Le beso la boca—. Estoy notando cómo llegas.

Mis dedos encuentran el punto sensible que ya conozco demasiado bien, y Carmen casi se parte bajo mí. Sigo moviéndome dentro de ella mientras la toco, y cada círculo de mis dedos hace que su cuerpo se cierre alrededor de mi polla de una manera que amenaza con acabar conmigo.

—Mírame —digo—. Quiero sentir cómo te corres conmigo dentro.

Ella intenta obedecer, pero el placer gana. Veo el momento exacto en que ocurre. Se le abre la cara, se le corta la respiración, las uñas vuelven a mi espalda, y entonces su cuerpo se contrae a mi

alrededor, palpitando, apretando, atrayéndome hacia dentro como fuego.

—¡Ethan!

Su grito me destruye.

Aguanto un segundo más. Solo uno. Quiero sentirlo todo. Quiero que ella termine antes. Quiero ser digno hasta en el límite. Pero Carmen sigue temblando a mi alrededor, mojada, caliente, apretada, y mi cuerpo ya no obedece.

Entro hondo una última vez y me corro dentro de ella con un sonido bruto, bajo, animal, la cara enterrada en su cuello, las manos sujetándole la cintura como si ella fuera lo único que me impidiera desaparecer. El placer me atraviesa entero, denso, violento, arrancándome cualquier máscara. No soy Ethan Van Alen ahí. No soy control, dinero, poder, apellido. Soy solo un hombre rendido dentro de la mujer que deseé hasta perder la razón.

Después me quedo quieto sobre ella, respirando mal, aún dentro de ella, sintiendo los pequeños temblores de su cuerpo a mi alrededor. No quiero salir. No quiero apartarme. Quiero quedarme ahí, enterrado en su calor, con su olor en la piel, con la certeza absurda de que nada después de esto va a bastarme.

Pero ella está bajo mí.

Y eso importa más que mi hambre.

Levanto la cabeza, buscando su cara.

—¿Te he hecho daño?

Carmen niega, los ojos suaves, adormilados, satisfechos.

—No.

—¿De verdad?

Ella me toca la mandíbula.

—Me has cuidado.

El alivio casi duele.

Le beso la frente, la sien, la boca. Salgo de ella despacio, atento a la menor señal de incomodidad, y me ocupo de lo que hay que ocuparse antes de volver a la cama.

Cuando me tumbo otra vez, atraigo a Carmen contra mi pecho, y ella viene blanda, caliente, encajándose en mí como si ese lugar ya fuera suyo.

Porque lo es.

—Te has quedado callado —murmura ella.

Le paso la mano por el pelo.

—Estoy intentando no decir que quiero hacerlo todo otra vez.

Ella se ríe bajito.

Mi cuerpo responde, idiota, hambriento, inevitable.

—Pero no lo haré —digo, besándole la frente—. Ahora no. Necesitas descansar.

—¿Y si no quiero?

Sonrío contra su piel.

—Entonces voy a demostrarte que todavía sé ser un caballero unos minutos.

—¿Solo unos?

—No me exijas milagros, Carmen.

Ella sonríe, cansada y guapa, y cierra los ojos contra mi pecho. Yo sigo acariciándole la espalda, sintiendo su calor, su peso, la marca de sus uñas ardiéndome en la piel como un recuerdo que no quiero perder.

Pensé que quería tomar a Carmen.

Y la tomé.

Pero ahora, con ella respirando contra mí, me doy cuenta de que la parte más peligrosa no fue entrar en ella, ni oír mi nombre saliendo de su boca, ni sentir su cuerpo deshacerse alrededor del mío.

La parte peligrosa es querer quedarme.

Es querer cuidar.

Es querer que, cuando ella despierte, yo siga aquí.

En mi cama.

En mi vida.

Siendo mía, porque yo ya soy suyo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Carmen

Me despierto con el sol en la cara y un brazo pesado cruzado sobre la cintura, y durante tres segundos enteros, perfectos, no tengo ni la más remota idea de dónde estoy.

Entonces lo recuerdo todo. Y el calor me sube por el cuello de golpe, desde la clavícula hasta la raíz del pelo.

La cama de Ethan es demasiado grande, demasiado mullida, indecente de lo cómoda que es, y huele a él, a cedro, a algo caro y amaderado que no sé nombrar, y ahora a los dos, a la noche pasada impregnada en las sábanas. Estoy boca abajo, desnuda bajo la sábana de algodón, y él está tumbado de lado detrás de mí, con el brazo sujetándome contra su cuerpo como si, incluso dormido, alguna parte primitiva de él tuviera miedo de que me escapara por la ventana en mitad de la noche.

No me escapé. Por primera vez en siete años enteros, dormí toda la noche, de principio a fin, sin despertarme de madrugada, sin contar manchas del techo, sin nada. Solo me quedé frita contra su pecho y dormí como una persona normal.

Giro despacio dentro de su abrazo, con cuidado de no despertarlo, para poder mirarle la cara mientras duerme, y la imagen me desarma por completo. Sin la frialdad de siempre, sin el control, sin la mandíbula tensa que lleva como una armadura, Ethan Van Alen parece diez años más joven. Casi en paz, casi un hombre corriente. Tiene una arruga vertical entre las cejas que simplemente desaparece cuando duerme, alisada por el sueño, y siento unas ganas absurdas, casi infantiles, de tocar con el dedo el sitio exacto donde suele vivir.

—Me estás mirando fijamente —dice, sin abrir los ojos, con la voz rasposa y grave del sueño.

—Estoy inspeccionando la mercancía —respondo, sin perder el ritmo—. Comprobando si valió los dos millones. Es mi derecho como consumidora.

Un ojo azul se abre despacio, evaluándome con pereza.

—¿Y valió?

—El jurado sigue deliberando, es un caso complejo. —Finjo pensármelo en serio, frunciendo el ceño—. Roncas un poquito. Eso devalúa el producto. Como un arañazo en la carrocería.

—Yo no ronco.

—Sí que roncas. Es bajito, casi delicado. Casi mono, en un sentido extremadamente irritante que me niego a encontrar encantador. —Me estiro y le robo la mayor parte de la sábana, enrollándome en ella como un capullo—. Buenos días, por cierto. Ya que estamos haciendo esto de charlar por la mañana.

Se apoya en el codo y me mira desde arriba, y la forma en que me mira ahora, despacio, hambriento otra vez, pero con algo mucho más profundo y más cálido corriendo por debajo del hambre, hace que el aire de toda la habitación se vuelva denso y pesado entre nosotros.

—Buenos días —dice, bajito. Y entonces, más serio, con la broma saliéndose de la voz—: ¿Cómo estás? De verdad.

—Me estás preguntando, con todo ese rodeo, si me arrepiento.

—Te estoy preguntando cómo estás. Son preguntas distintas.

—Y antes de que respondas —continúa, con la voz más baja, sin esconderse detrás de la frialdad—, necesito dejar una cosa clara.

Lo que pasó ayer no cambia el contrato, porque el contrato nunca tuvo derecho alguno sobre tu cuerpo. No me debes nada en la cama, ni cariño, ni presencia, ni explicaciones. Si hoy quieres volver al cuarto de invitados, vuelves. Si mañana quieres marcharte, voy a odiar cada segundo, pero te abro la puerta. Eso no te lo compro. No te compro a ti.

—Estupendo —digo, porque se me ha cerrado la garganta y no pienso darle la satisfacción de que se dé cuenta tan fácilmente—. Pues ponlo también por escrito, abogado de tus propios remordimientos. Porque yo firmo un mal contrato una vez en la vida, no dos.

Él no sonríe, no bromea, solo asiente, serio, como si acabara de darle una orden perfectamente razonable.

Dejo de bromear, porque está hablando en serio, y se merece una respuesta de verdad, no una broma tras la que esconderme como hago siempre.

—Estoy bien —digo, y me doy cuenta, en el instante en que lo digo, de que es la pura verdad, y eso me sorprende más que ninguna otra cosa—. Pensaba que hoy me iba a sentir rara. O que iba a querer salir corriendo por la puerta antes de que te despertaras. Suelo querer huir después de las cosas buenas, es una especie de especialidad de la casa. —Lo miro fijamente—. Pero no quiero huir. Es la primera vez en mucho, mucho tiempo que me despierto y no quiero estar en otro sitio. Es aterrador, la verdad.

Algo le atraviesa la cara, alivio, y algo más grande y más peligroso que el alivio, y se inclina y me besa, despacio, sin ninguna prisa, un beso de domingo por la mañana que no tiene prisa por llegar a ninguna parte y no necesita llegar.

Y entonces, claro, porque soy quien soy y no sé dejar en paz una cosa buena, la fastidio.

—¿Qué somos ahora? —pregunto, bajito, contra su boca.

Él se detiene.

Pero no se aparta.

Eso es lo primero que me desarma. Ethan no se aleja como yo esperaba, no cierra la expresión, no se pone la armadura. Se queda inmóvil un segundo, los ojos azules clavados en los míos, como si esa pregunta hubiera atravesado algo dentro de él y hubiera acertado en un lugar que nadie tenía permiso de tocar.

—Carmen… —dice, y mi nombre en su boca suena distinto. Más ronco. Más profundo. Casi una rendición.

—Olvídalo. —Me incorporo deprisa, tirando de la sábana conmigo como un escudo—. Pregunta idiota, olvídalo. No necesitamos etiquetas. Odio las etiquetas, la verdad, siempre las he odiado, hasta me sale urticaria. Olvida que lo he preguntado, ha sido el sueño hablando.

Su mano se cierra sobre mi muñeca antes de que consiga apartarme de verdad.

No lo bastante fuerte como para retenerme.

Solo lo bastante firme como para recordarme que está ahí.

Que me ha oído.

Que no va a dejar que huya hacia dentro de la broma sin luchar.

—No —dice.

Miro su mano en mi muñeca, luego su cara.

—¿No?

—No lo olvides.

Su voz está baja, pero tiene algo que hace que toda la habitación parezca más pequeña. Más cálida. Más peligrosa. Como si al hombre tumbado frente a mí lo hubieran educado con esmero, entrenado, pulido a base de dinero, apellido y poder, pero algo mucho más antiguo se hubiera despertado dentro de él en el instante en que le pregunté qué éramos.

Él se sienta también, la sábana resbalándole por la cintura, el pelo oscuro revuelto del sueño, los ojos fijos en mí con una intensidad que me deja sin aire.

—No sé ponerle un nombre bonito a esto —dice—. No se me da bien. Nunca se me ha dado. Pero sé reconocer cuándo algo es responsabilidad mía. Sé reconocer cuándo una mujer entra en mi casa y, de alguna forma imposible, convierte todas las habitaciones vacías en un lugar al que volver.

El corazón me da un latido en falso.

Debería hacer una broma.

Debería decir algo sobre muebles caros, decoración minimalista y falta de personalidad emocional en los áticos de los hombres ricos.

Pero no puedo.

—Ethan…

—Todavía no sé qué somos para el mundo —continúa, y su mano sube despacio de mi muñeca hasta la curva de mi cara, los dedos cálidos contra mi piel—. No sé qué palabra le cabría a algo que empezó mal, firmado en un papel, rodeado de cláusulas, dinero y mentiras. Pero sé lo que eres aquí.

Se toca el propio pecho con la otra mano.

Un gesto sencillo.

Brutal.

Devastador.

—Aquí no eres un contrato. No eres una deuda. No eres una obligación. No eres una mujer que compré, porque preferiría arrancarme la mano de cuajo antes que dejarte creer eso ni un segundo más. —Su voz se vuelve más grave, casi áspera—. Eres la mujer a la que quiero proteger incluso cuando me mandas al infierno. La mujer a la que busco en la oscuridad antes de acordarme de que puedo encender la luz. La mujer que durmió entre mis brazos e hizo que mi cabeza se callara por primera vez en años.

Se me cierra la garganta.

Se inclina un poco, y su mirada cae hacia mi boca antes de volver a mis ojos.

—¿Qué somos ahora? —repite, como si estuviera probando la pregunta en la lengua—. Somos todo lo que tú quieras que seamos. Porque, Carmen Pembroke, ahora soy tuyo para que hagas conmigo lo que te dé la gana.

El silencio se abre entre nosotros, pero esta vez no es frío.

Está vivo.

Palpitante.

El calor me sube por todo el cuerpo, violento y absurdo, pero hay otra cosa junto a él. Una cosa más peligrosa que el deseo. Más frágil también.

Esperanza.

Y odio lo rápido que nace dentro de mí.

La odio porque no es una esperanza pequeña, educada, que se pueda controlar.

Es una cosa salvaje.

Una cosa que clava las uñas.

Una cosa que mira a Ethan Van Alen y piensa: quizá.

Quizá no tenga que huir esta vez.

Quizá pueda quedarme.

Quizá, por primera vez en siete años, alguien esté cuidando de mí de verdad. Él me besa la frente primero.

Después la sien.

Después la comisura de la boca.

Y cada beso parece una promesa que todavía no sabe decir en voz alta.

—No voy a pedirte que confíes en mí hoy —murmura contra mi piel—. Sería arrogante. Y ya soy lo bastante arrogante sin necesidad de esforzarme.

Suelto una risa pequeña, rota.

—Por fin, un momento de autoconocimiento.

Apoya su frente en la mía.

—Pero voy a merecértelo. Día tras día, Carmen. Aunque dudes. Aunque me pongas a prueba. Aunque intentes huir. Yo voy a estar aquí.

El pecho se me aprieta tanto que llega a doler.

—Hablas como si estuvieras seguro.

—Lo estoy.

—¿De mí?

—De mí cuando se trata de ti.

La frase me atraviesa entera.

Leo la mentira en los ojos de los hombres desde los quince años. Heredé de mi padre ese don maldito y sé reconocer al instante cuándo un hombre está diciendo la verdad y escondiendo otra al mismo tiempo.

Y Ethan acaba de darme la verdad más cruda y más hermosa que he visto jamás, y el corazón apenas me cabe dentro del pecho al verla.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Carmen

Quedo con Josie en Marlowe's un sábado por la mañana, no porque haga mucho que no nos vemos —Josie aparece en mi vida con la frecuencia de una factura vencida y un mensaje en mayúsculas—, sino porque ya iba siendo hora de que dejara de colar medias verdades entre una llamada y otra.

Estos últimos días he estado respondiendo a sus audios con luego te cuento, todo va bien y te juro que estoy viva, que son tres maneras distintas de admitir la culpa sin firmar el recibo. Josie, como es natural, no se ha tragado ninguna. La noche anterior, después de mandarme siete signos de interrogación y amenazar con presentarse en el ático «con una pala y amor en el corazón», sentenció: *sábado, Marlowe's, mesa del fondo. No se negocia con terroristas emocionales.*

Yo solo contesté: *vale*.

Porque hay cosas que no se le pueden decir por mensaje a tu mejor amiga sin que te pegue un cartel de desaparecida en la farola. Y, conociendo a Josie, el cartel llevaría una foto mía horrible, elegida a propósito para castigarme.

Ya está en la mesa del fondo cuando llego, la del rincón, la nuestra de siempre, con dos cafés, un plato de tostadas robado de la cocina y el pelo de un tono de rojo que ha vuelto a cambiar desde el martes, lo que significa que alguna farmacia de Chicago ha sido víctima de una decisión impulsiva.

—No empieces —dice antes incluso de que me siente—. Era esto o cortarme flequillo.

—Si no he dicho nada.

—Tu cara lo ha dicho. Tu cara es una cotilla.

Eso me arranca una sonrisa antes de que pueda defenderme. Josie empuja el café hacia mí. No pregunta si quiero azúcar. Ya ha puesto dos sobrecitos al lado, porque me conoce desde los dieciséis años y porque, según ella, «el amargor performativo no cuenta como personalidad».

Entonces me mira de arriba abajo, despacio, con ese ojo clínico suyo. La última vez que la vi fue en el hospital el día en que Sloane se puso mala, cuando llegó después de su turno con un café malísimo, unas ojeras enormes y ganas de pelearse con cualquier médico que respirara en el tono equivocado, y en aquel momento yo todavía era virgen.

Veo el segundo exacto en que registra el cambio, la piel descansada, el pelo suelto de una manera que no llevo cuando estoy en modo emergencia, y algo en mis hombros que ayer no estaba ahí.

—Vale. —Entrecierra los ojos—. Siéntate y habla. Y mírame a la cara mientras hablas, porque yo invento mejores mentiras que tú y reconozco una a tres manzanas de distancia. También reconozco un pospolvo a cinco, para que conste.

—Josie.

—Solo estoy presentando mis credenciales.

Pongo los ojos en blanco, pero el problema es que Josie tiene razón. Siempre tiene razón cuando el tema soy yo, lo cual es profundamente irritante para nuestra amistad.

Apoya los codos en la mesa, inclina el cuerpo hacia delante y baja la voz.

—Vale. Ahora sin rodeos. ¿Fue ayer?

Cojo el café solo por tener algo entre las manos.

—Josie.

—Nada de «Josie». ¿Fue ayer?

El calor me sube por el cuello, lo cual es una traición vergonzosa de mi propio cuerpo.

—Fue.

Se le abre la boca. Se cierra. Se vuelve a abrir.

—Madre mía.

—No empieces.

—Si no he empezado. Estoy en estado de shock respetuoso.

—Tú no sabes estar en shock respetuoso.

—Lo estoy intentando, Carmen. Dame un segundo, porque mi mejor amiga ha perdido la virginidad con un multimillonario misterioso en un ático que debe de tener más habitaciones que un palacio. Necesito procesar las capas literarias del asunto.

—No tiene tantas habitaciones.

Josie ladea la cabeza.

—Carmen, vive en un ático de multimillonario. Si tiene menos de siete habitaciones es porque una la ha convertido en sala para guardar relojes caros y traumas familiares.

—Eres imposible.

—Soy precisa. Sigue.

Rodeo la taza con las dos manos, sintiendo el calor atravesar la porcelana y meterse en mis dedos. Es ridículo, pero hablar de la noche anterior en voz alta parece más íntimo que la propia noche. Con Ethan estaba dentro de aquello. Con Josie tengo que convertirlo en palabras. Y las palabras, a veces, exponen más que la piel.

—Fue en el ático —digo, aunque ella ya lo sabe—. En su habitación.

Josie parpadea una vez, absorbiéndolo con una solemnidad teatral que dura poco.

—Claro que fue en su habitación. Los hombres así no tienen habitación, tienen decorado de caída moral.

—Josie.

—Perdona. Estoy nerviosa. Cuando me pongo nerviosa me convierto en narradora de telenovela mexicana. —Se inclina un poco más y la broma se le escurre de la cara—. Él ya lo sabía, ¿no?

La pregunta no llega como sorpresa. Llega como un cuchillo rozando levemente una cicatriz.

Bajo la mirada al café.

—Lo sabía.

—Por culpa de aquella maldita subasta.

Se me encoge el estómago, incluso ahora, incluso después de todo.

—Todo el mundo en aquel salón lo sabía.

Josie cierra los ojos un segundo, como si necesitara impedir que su propio cuerpo se levantara y saliera a cazar hombres ricos por las calles de Chicago.

—Odio esto —dice, en voz baja—. Odio que algo tuyo haya sido anunciado de esa manera. Como si fuera una característica de producto. Tipo «poco uso», «en perfecto estado», «certificado de fábrica». Lo odio tanto que, si lo pienso más de diez segundos, voy a morder la mesa.

Las ganas de reír y de llorar llegan juntas, raras y calientes.

—Por favor, no muerdas la mesa. Todavía conocemos al encargado.

—No prometo nada.

El silencio se queda entre nosotras un instante. No incómodo. Solo lleno.

—Él no me trató así —digo.

Josie me mira.

—Ayer, quiero decir. Lo sabía. Claro que lo sabía. Pero no lo usó como si fuera… no sé. Un premio. Una deuda. Algo que tuviera derecho a cobrar porque un día pagó por ello.

Las palabras salen a duras penas, pero salen.

—Y creo que esa fue la parte que más me asustó —continúo.

—¿Que fuera decente?

—Que me dejara elegir.

Josie se queda callada. Esta vez, no por falta de respuesta. Por respeto.

Paso el pulgar por el borde de la taza.

—Antes, aquella primera noche, cuando me llevó al ático, pensé que mi vida acababa de convertirse en una puerta cerrada con llave por fuera. Pero él la abrió. Compró una noche y no me tocó. Ayer fue distinto porque… porque no había contrato. No había escenario. No estaban aquellos hombres. No había nadie diciendo lo que valía mi cuerpo.

La voz me falla al final.

Josie extiende la mano por encima de la mesa, pero no me agarra. Solo la deja ahí, cerca de la mía, por si la quiero.

La quiero.

Le cojo los dedos.

—Me preguntó si estaba segura tantas veces que casi me peleo con él.

A Josie le tiembla la boca.

—Claro que casi te peleas.

—Me dio rabia.

—A ti te da rabia cuando sientes tres emociones a la vez y ninguna viene con manual.

—No sabía qué hacer.

—Carmen, nunca lo habías hecho.

Se me calienta la cara otra vez.

—Ya lo sé, pero con él parecía peor. Él parecía saber demasiado y yo parecía estar intentando cruzar una calle con mucho tráfico con los ojos vendados.

—Una comparación sensualísima.

—Cállate.

Sonríe un poco, pero los ojos siguen atentos.

—¿Te dolió?

La pregunta llega en voz baja. Sin curiosidad vulgar. Solo cuidado.

Respiro despacio.

—Un poco. Al principio. Pero él paró enseguida.

Le cambia la expresión.

—¿Paró?

—Paró. Antes de que se lo pidiera. Antes de que decidiera si iba a fingir que estaba todo bien. Se dio cuenta. Se quedó quieto, Josie. Completamente quieto. Como si su cuerpo estuviera peleándose con él y aun así hubiera elegido escucharme.

Josie me aprieta los dedos.

—Eso importa.

—Lo sé.

—No, Carmen. Eso importa mucho.

La miro y se me cierra un poco la garganta.

—Confié en él.

La frase cae sobre la mesa como una cosa viva.

Josie no hace ninguna broma. No de inmediato. Solo me mira con esa cara de quien me conoce desde antes de que me convirtiera en una persona hecha de emergencias.

—¿Y te arrepentiste?

Pienso en el ático por la mañana. En la luz entrando por el ventanal enorme. En su cuerpo cerca del mío sin retenerme. En cómo me miró Ethan cuando me desperté, como si todavía estuviera pidiendo permiso para existir a mi lado.

—No.

Josie suelta el aire.

—Vale.

—Pensé que iba a sentirme… más pequeña. O vacía. O como si por fin me hubieran arrancado algo después de que tantos hombres intentaran comprar esa idea. Pero no fue así. —Trago saliva —. Me sentí mía.

Se le llenan los ojos.

—Pues escucha una cosa y guárdala en esa cabeza dura. Ayer no perdiste nada.

Parpadeo.

—Jo…

—No. Esa expresión es pésima. «Perder la virginidad.» Parece que se te cayó en el metro entre una estación y otra. No perdiste nada. Elegiste. Después de todo lo que intentaron convertir en venta, elegiste darte a ti misma una cosa que era tuya. Eso es completamente distinto.

Le aprieto la mano con más fuerza.

—Necesitaba oír eso.

—Lo sé. Por eso lo he dicho. Soy sabia, a pesar del pelo comprado en la farmacia.

Me río, medio llorando.

Josie se seca por debajo de los ojos con rabia, como si las lágrimas fueran una afrenta personal.

—Dicho esto —respira hondo—, necesito restaurar mi personalidad antes de que me ponga demasiado sana emocionalmente.

—Ya empezamos.

—¿Estuvo bien?

Casi tiro el café.

—¡Josie!

—Eso ha sido un sí. Un sí escandaloso. Tu cara acaba de firmar una declaración pública.

—No voy a hablar de eso.

—No hace falta. Tus mejillas están dando un discurso.

—Te odio.

—Me adoras. Y por lo visto adoras también a un hombre rico, peligroso, traumatizado e irritantemente respetuoso y bueno en la cama. Lo cual es pésimo para mi campaña contra él.

Intento fulminarla con la mirada, pero estoy sonriendo, así que fracaso.

Josie me devuelve la sonrisa, todavía cogiéndome la mano.

—Me alegro por ti —dice, más bajo—. Con vigilancia. Con sospecha. Con plan de ataque y ruta de huida. Pero me alegro. Porque tienes miedo, sí. Pero también pareces viva. Y hace mucho que no te veía tan dueña de ti.

La frase entra demasiado hondo.

Entonces me río, porque si no me río a lo mejor lloro, y Josie se ríe conmigo, y por un segundo, en medio de Marlowe's, con el café templado, las tostadas robadas y la mejor amiga más inconveniente del mundo cogiéndome la mano, creo que quizá exista de verdad una versión de mí que no necesite pagar por cada cosa buena antes de recibirla.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Ethan

—Te has acostado con ella —dice Declan, en el mismo segundo en que cierro la puerta del coche.

No es una pregunta. Me mira por el retrovisor con esa cara insoportable de quien ya lo sabe todo y solo está esperando a que lo confirme, y me planteo muy en serio, por un instante, despedirlo. Salvo que Declan no trabaja para mí. Veinte años de lealtad han convertido al cabrón en una institución, y las instituciones no se pueden despedir. Simplemente siguen existiendo, opinando y dando por saco a jornada completa.

—Conduce —le digo.

—Conduzco y hablo al mismo tiempo, Ethan, son habilidades completamente independientes, soy un hombre de talento. —Se incorpora al tráfico de la mañana sin prisa—. ¿Y bien? ¿Cómo sabes que yo lo sé? No has dicho ni una palabra todavía.

—Tienes una cara.

—¿Yo? ¿Yo tengo una cara? El que tiene una cara eres tú, hermano. Te conozco desde hace veinte años y nunca te he visto esa cara. Tienes cara de… —busca la palabra, gesticulando con una mano en el aire— …de persona. De ser humano funcional. Es profundamente perturbador. Para ya mismo con eso.

No respondo, lo que para Declan equivale a una confesión completa, mecanografiada, firmada y legitimada ante tres notarios.

—Ay, tío. —Suspira hondo, y la broma empieza a irse de su voz—. Ethan. Estamos a tres semanas de cerrar el cerco. Hitchmore, la mujer de negro, toda la estructura financiera, los nombres, por fin

lo tenemos todo en el punto de mira después de tres años. Y tú, justo ahora, en la recta final, vas y te enamoras de la mujer que Conrad Hitchmore cree que debería haber sido suya.

Su nombre en la misma frase que el de Hitchmore me golpea como un puñetazo en el esternón.

—Cuidado con lo que vas a decir.

—Estoy teniendo cuidado. —Me mira un instante por el retrovisor, serio ahora—. Hitchmore no perdió solo una puja aquella noche. Los hombres como él no pierden nada, Ethan. Registran la pérdida como una ofensa personal. Quería a Carmen porque ella dijo que no sin abrir la boca. Porque tú cerraste la mano antes que él.

Miro por la ventanilla. Chicago pasa gris, mojada y completamente indiferente a mi ruina, como toda ciudad demasiado rica para importarle la sangre que corre bajo el asfalto.

Declan tiene razón. Y es precisamente por eso por lo que fastidia tanto oírlo.

—Está merodeando —continúa Declan, más bajo—. Preguntó por ella a dos hombres después de la subasta. Mandó buscar el historial médico. Quiso saber quién la recomendó, cuánto necesitaba, en qué hospital está ingresada la hermana. Eso no es curiosidad de cliente rechazado. Es fijación. Y la fijación, cuando viene de un viejo rico y acostumbrado a comprar todo lo que respira, se convierte en peligro muy deprisa.

Mi mano se cierra despacio sobre el cuero del asiento.

Porque la verdad que admití a las cuatro de la madrugada, tumbado a su lado mientras Carmen respiraba hondo en el sueño por primera vez sin pesadilla, es lo más peligroso que he sentido en demasiado tiempo de una vida construida para no sentir nada: la amo. No es deseo, que sabría administrar. No es cuidado, que conseguiría encuadrar como obligación. Es amor, esa mierda

completa, irreversible, sin marcha atrás, que arruina a los hombres por dentro y convierte la estrategia en punto débil. Y un hombre enamorado comete errores. Duda medio segundo de más. Protege lo que no debe en el momento que no debe. Un hombre enamorado camina por la ciudad con su propio punto débil al descubierto.

—Hitchmore me mandó un mensaje anoche —digo—. Quiere una reunión. Privada, solo los dos. Dijo que tiene una «propuesta de negocios» para mí.

Declan se pone tenso al instante, y la broma muere sin derecho a velatorio.

—¿Eso es bueno o malo?

—Malo. —Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el asiento—. El tono del mensaje era demasiado cordial. Casi elegante. Hitchmore solo se pone elegante cuando ya ha decidido dónde va a clavar el cuchillo. No está intentando meterme dentro del círculo. Está intentando medir cuánto significa Carmen para mí.

No le conté a Declan la parte que me dio ganas de cruzar la ciudad esa misma noche: junto al mensaje, Hitchmore adjuntó una foto granulada de Carmen en la gala, tomada de lejos, con el rostro girado de perfil. El ángulo no era casual. La foto mostraba la curva del cuello. Los rizos pelirrojos cayéndole sobre el hombro. El tipo de encuadre que hace un hombre cuando no está observando una amenaza, sino eligiendo dónde quiere poner los dedos.

Una sola frase debajo:

Siempre se te ha dado fatal compartir los juguetes, Van Alen.

Borré el mensaje del teléfono y guardé la copia en el servidor seguro. No por estrategia. Lo hice por rabia, por miedo y por unas ganas casi animales de arrancar a Hitchmore del mundo antes de que aquel viejo tuviera la oportunidad de volver a decir su nombre.

—Ethan —dice Declan, y ahora no queda en él ni pizca de humor—. Quiere provocarte. Quiere que reacciones como un dueño. Quiere confirmar que ella es la vía más rápida de abrir una grieta en tu armadura.

—Lo sé.

—Si se da cuenta de que Carmen es tu centro, dejará de apuntarte a ti.

Se me cierra la garganta.

—Ya se ha dado cuenta.

El silencio que se instala en el coche es peor que cualquier respuesta.

—¿Y vas a ir? —pregunta Declan, por fin—. ¿A esa reunión?

—Voy a ir. —Abro los ojos y clavo la mirada en el techo del coche—. Porque para eso me metí en este infierno hace tres años. Porque Hitchmore está demasiado cerca de la caída como para que yo me eche atrás ahora. Y porque, si cree que puede convertir a Carmen en trofeo, amenaza o venganza, necesito mirarlo a los ojos mientras descubre el tamaño exacto del error que ha cometido.

No termino. No hace falta. Declan ya lo ha entendido todo, y su cara en el retrovisor me dice que está más preocupado por mí ahora de lo que ha estado en veinte años de amistad y de operaciones peligrosas compartidas.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Carmen

—Estás quemando el arroz otra vez.

Ethan mira la cazuela como si esta hubiera traicionado personalmente a la familia Van Alen.

—Técnicamente, estoy creando textura.

—Ethan, eso no es textura. Está quemado.

Vuelve la cara hacia mí, demasiado serio para ser un hombre en camiseta negra, descalzo y con una espátula en la mano.

—Una vez compré un restaurante entero.

—Eso no te capacita para cocinar.

—Me capacita para contratar a alguien que cocine.

—Pero entonces no tendría gracia.

—¿Te hace gracia verme fracasar?

Me acerco, le robo un trozo de zanahoria de la tabla y sonrío.

—Me hace gracia verte intentarlo.

Su expresión cambia. Despacio. La frialdad que un día le ocupaba la cara entera se derrite un poco por los bordes, en ese lugar peligroso entre la ternura y el hambre. Ethan apoya la espátula en la encimera, me atrae por la cintura y pega la boca a mi sien.

—Entonces sigo intentándolo.

Durante dos semanas, es eso lo que hace.

Se queda. Lo intenta. Aprende la forma absurda en que doblo los calcetines, finge no asustarse cuando Josie invade el ático con

comida robada del Marlowe's, deja que Vivienne me llame para cotillear, y cuando sus hermanos se meten en mi vida, acepta los memes incomprensibles de Gabe y no protesta cuando Theo me manda artículos médicos con frases subrayadas en amarillo. Hasta Julian ha empezado a saludarme con media sonrisa.

—Tu familia me ha adoptado —digo, mientras Ethan rasca el fondo de la cazuela con una dignidad que ningún arroz quemado merece.

—Ellos no adoptan. Ellos rodean.

—Vivienne dice que necesito un abrigo decente antes del invierno.

—Eso significa que le caes bien.

—También ha dicho que a los nueve años tú te vestías como un pequeño banquero triste.

Cierra los ojos.

—Eso significa que le caes demasiado bien.

Me río, y la cosa es tan simple que casi me asusta.

El móvil me vibra en la encimera. Aparece el nombre de Sloane, y el corazón todavía me da un vuelco antes de recordar que no todas sus llamadas son una catástrofe.

Contesto con el manos libres.

—Si es para quejarte de la gelatina del hospital, estoy ocupada supervisando un crimen contra los carbohidratos.

—¿Está cocinando? —pregunta Sloane.

Ethan inclina la cabeza hacia el aparato.

—Me están atacando injustamente.

—Eso ha sido un sí. Carmen, parpadea dos veces si necesitas que te rescate.

—He sobrevivido a cosas peores.

—Yo también. Incluida la sopa de ayer. Pero tengo novedades. El doctor Adeyemi ha dicho «muy bien».

Dejo de respirar.

Ethan también se para.

—¿Ha dicho esas palabras? —pregunto.

—Las ha dicho. Y después ha puesto cara de médico arrepentido, como si el optimismo fuera una sustancia controlada.

Mi mano encuentra la de Ethan sin que yo la busque. Él cierra los dedos sobre los míos de inmediato, firme, cálido, presente.

—Muy bien es bueno —dice, y hay una ronquera extraña en su voz.

—Vaya, multimillonario y poeta —responde Sloane—. Estoy emocionada.

Me río con los ojos ardiendo.

—¿Te encuentras mejor?

—Me encuentro irritada, aburrida y con ganas de volver al instituto solo para quejarme de los deberes. Así que supongo que sí.

Ethan me mira como si esa frase le hubiera encendido una ciudad entera dentro del pecho.

—Cuando salgas, hacemos otro pícnic —dice.

—¿Prometido?

—Prometido.

Después de colgar, me quedo mirando el móvil. Ethan no me mete prisa. Solo me pasa el pulgar por los nudillos, como si supiera que todavía hay partes de mí esperando la versión mala de la palabra estable.

—Está mejor —digo, muy bajito.

—Lo está.

—De verdad.

—De verdad.

—Esto parece una relación —digo antes de pensarlo.

Su boca casi sonríe.

—¿Lo parece?

—Arroz quemado, la llamada de mi hermana, tu tía abuela amenazándome con cachemir… tiene una estructura.

—Yo no sé tener una relación, Carmen.

—Lo he notado por el arroz.

Me atrae más cerca.

—Pero quiero aprender.

La broma se me desvanece en la garganta.

—¿Quieres?

—¿Contigo? Sí. Quiero aprender dónde guardas las tazas. Quiero saber qué película finges odiar y ves cuando estás triste. Quiero discutir sobre comida, recoger a tu hermana en el hospital, oír a Josie insultarme y descubrir, cada día, una manera nueva de hacerte reír antes de que tu cabeza empiece a contar tragedias.

Trago saliva.

—Eso ha sido peligrosamente bonito.

—No se lo cuentes a nadie. Tengo una reputación.

—¿De hombre emocionalmente roto?

—De hombre eficiente.

—El estreñimiento emocional se te da muy bien.

Se ríe. De verdad. Bajo, sorprendido, como si el sonido aún no tuviera la costumbre de existir en él. Y pienso, con una fuerza casi absurda, que quizá la felicidad sea esto: una cocina, una cazuela perdida, una hermana mejorando y un hombre peligroso riéndose porque yo he conseguido arrancarle algo vivo.

Entonces vibra el móvil de Ethan.

El cambio es pequeño. La cara no se cierra del todo, no como antes. Pero una sombra la cruza. Lee la pantalla, aprieta la mandíbula y se guarda el aparato.

—¿Trabajo? —pregunto.

—Una reunión.

El pecho se me encoge antes de que pueda impedirlo.

Él lo nota. Claro que lo nota.

—No estoy huyendo —dice, antes de que yo pregunte.

—No he dicho que lo estuvieras.

—Pero lo has pensado.

Bajo la mirada.

Ethan me sujeta la barbilla con dos dedos, sin fuerza, solo presencia.

—Vuelvo para cenar. Aunque sea tarde. Aunque el arroz pida una orden de alejamiento contra mí. Vuelvo.

—¿Prometido?

—Carmen. —Sus ojos se ponen serios de una forma que me desarma—. Salgo de esta casa pensando en volver a ti.

No es una declaración de amor.

Quizá sea peor.

Me besa antes de irse. Sin prisa. Sin culpa. Como si dejara una parte de sí conmigo.

Cuando la puerta se cierra, el ático parece más grande, pero no vacío. Por primera vez desde que murió mi padre, pertenezco a algún sitio. Tengo gente. Tengo una hermana mejorando. Tengo una familia que ha ido llegando de forma inesperada, ruidosa, rica, rara y peligrosamente mía.

**

Sloane me llama otra vez para avisarme de que han cambiado la hora de una prueba. Estoy en el despacho de Ethan porque ahora puedo entrar ahí. Porque él mismo dijo, hace unos días, ponte cómoda, también es tu casa, y mi corazón idiota guardó la frase como una llave.

Busco un bolígrafo en el cajón de arriba del escritorio.

No encuentro ningún bolígrafo.

Encuentro una carpeta.

Gruesa. Sin etiqueta. Sin nombre. Demasiado discreta, del tipo que grita secreto.

No debería abrirla. Lo sé con cada célula del cuerpo. Pero soy, según el testimonio unánime de todas las personas que han tenido el disgusto de quererme, genéticamente incapaz de ignorar una carpeta sin nombre.

La abro.

Y el mundo bueno, recién nacido, deja de respirar.

La primera página es un informe sobre mí. Mi nombre completo. Mis dos trabajos, con los horarios exactos de entrada y salida. El nombre de Sloane. Su habitación en el Saint Brigid. El protocolo. El coste del tratamiento. La colecta online. El coche de mi padre, con el nombre del comprador. Josie.

Todo.

Cada trozo de mi vida desesperada, fichado.

Y en las páginas siguientes, otro nombre se repite tantas veces que empieza a saltar de la hoja: Conrad Hitchmore. Un perfil entero sobre él. La puja que hizo por mí aquella noche. Su obsesión, descrita en lenguaje técnico y por eso aún más repugnante, como quien cataloga el comportamiento de un animal peligroso. Frases subrayadas. «*Hitchmore registró la pérdida como una ofensa personal.*» «*Hitchmore sigue sondeando el paradero de la chica*.» Y entonces, helándome la sangre, la observación que alguien escribió como si fuera pura lógica de tablero: «*Van Alen tiene ahora exactamente lo que Hitchmore quiere.*»

Más al fondo, sujeta con un clip al margen de ese informe, hay una hoja con tres palabras en una letra que no es la de Ethan, pero está dentro de su cajón.

«La Rosa Roja: activo emocional contra Hitchmore.»

La leo una vez. Dos. Diez.

La carpeta me tiembla en las manos.

Y, por primera vez en dos semanas, el ático vuelve a parecer una puerta que quizá hayan cerrado con llave desde fuera.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Ethan

Sé que algo va catastróficamente mal en el mismo segundo en que salgo del ascensor y entro en casa.

No es la luz encendida. No es el silencio.

Es ella.

Carmen está sentada en el sofá, muy recta, muy quieta, con una carpeta en el regazo. La carpeta que debería haber quemado. La carpeta que debería haber entregado. El pelo pelirrojo le cae sobre un hombro, demasiado vivo para su cara, porque su cara está sin sangre.

—Carmen.

Ella levanta la carpeta.

Mi cuerpo lo reconoce antes que la cabeza. El estómago se me desploma, la garganta se me cierra, y por un segundo no soy Ethan Van Alen, no soy el hombre que pasó tres años dentro de una red podrida sin pestañear. Soy solo un idiota plantado en medio del salón viendo cómo la única cosa buena que lo ha tocado descubre la podredumbre que él guardó en un cajón.

—¿Por qué tienes mi vida entera fichada, Ethan?

La voz no le tiembla.

Eso es lo peor.

Abre la carpeta sobre el regazo, pasa una hoja y lee, despacio, como si cada sílaba tuviera que cortar antes de salirle de la boca:

—«La Rosa Roja: activo emocional contra Hitchmore».

La frase me golpea con más fuerza que cualquier acusación.

Activo.

Emocional.

Contra.

—Carmen, necesito que me dejes explicártelo.

—¿Explicar? —Se ríe, pero ahí no hay risa ninguna. Solo algo rompiéndose con un sonido seco—. Estupendo. Me muero de curiosidad por oír la explicación del hombre que me prometió seguridad mientras guardaba una ficha completa sobre mí con una frase que parece salida de la boca de los hombres que juraste destruir.

Se levanta despacio. Demasiado despacio.

La carpeta le tiembla en las manos, pero la voz le sale afilada.

—Mis trabajos. Mis horarios. El autobús que cogía. La habitación de Sloane en el Saint Brigid. Su enfermedad. El protocolo. El importe. La colecta. El coche de mi padre. Josie. Cada pedazo miserable de mi vida. —Tira la carpeta sobre la mesa, y las hojas se deslizan, esparciendo mi culpa por el mármol—. Y junto a eso, Conrad Hitchmore. Su obsesión. El hecho de que me desea. El hecho de que tú tienes exactamente lo que él quiere. Y en medio, esta frase preciosa, limpia, profesional: activo emocional.

Doy un paso hacia ella y me detengo antes de terminar el movimiento.

No tengo ese derecho.

—Yo no iba a usarte.

La frase sale demasiado pequeña.

Sus ojos se entrecierran.

—¿No ibas?

—No.

—Pero lo pensaste.

Cierro la mano a un costado del cuerpo.

—Sí.

La palabra cae entre nosotros como un vaso al romperse.

Carmen parpadea una vez, y veo cómo el golpe la atraviesa. Esperaba una mentira. Quizá una defensa. Quizá una versión pulida, de esas que los hombres como yo aprenden a soltar sin dejar huella. La verdad, desnuda y fea, la golpea peor.

—Lo pensaste —repite—. En mí. Como activo emocional.

—Fue una hipótesis de operación.

En el mismo instante en que lo digo, odio cada sílaba. Hipótesis de operación. Lenguaje limpio para una cosa sucia. Así es como los hombres justifican monstruosidades desde hace siglos: cambiando sangre por vocabulario técnico.

Su cara cambia.

—No hagas eso.

—Carmen…

—No lo maquilles. —La voz le sube, rajándose por la mitad—. Yo me subí a un escenario con una rosa prendida en el pecho mientras un hombre decía «intacta» como si estuviera describiendo un objeto de coleccionista. Así que no me vengas con hipótesis. Di la palabra de verdad.

Trago vidrio.

—Herramienta.

Ella cierra los ojos un segundo.

Quería que gritara. Que me tirara la carpeta a la cara. Que rompiera algo caro. Su silencio es peor.

—Me salvaste de una subasta —dice, abriendo los ojos de nuevo— ¿para meterme en otra? ¿Una más discreta? ¿Una en la que las pujas eran estrategia, información, acceso?

—No. —Esta vez la palabra sale de algún sitio en bruto, arrancada—. No te compré para eso. No te traje aquí para eso. No dejé que nadie rozara esa idea después de que apareció.

—Pero apareció.

Me quedo callado.

Porque esa es la verdad que no tiene arreglo.

Apareció.

Durante dos minutos, quizá menos, la idea existió en una sala donde yo estaba. La red, Hitchmore, su obsesión, la ventaja táctica. Todo encajó con la precisión asquerosa de un cálculo bien hecho. Y por un segundo, antes de aplastarla, entendí la lógica.

Ese es el pecado que me dan ganas de arrancarme la propia piel.

No fue haber dicho no.

Fue haberlo entendido.

—Habla —exige—. Quiero oírte hablar.

Miro las hojas sobre la mesa. Su nombre. Sloane. Josie. Horarios. Deudas. Miedo convertido en tabla.

Convertí su vida en un documento.

—Llevaba tres años infiltrado en esa red —empiezo, y la voz me sale baja, áspera—. Entré por mi madre. Porque fue vendida por hombres así. Porque aquel lugar le arrancó algo que nunca consiguió recuperar. Juré que iba a derribarlos a todos.

Carmen no se mueve.

—La noche de la subasta, yo no sabía quién eras. No hasta que subiste al escenario. Estaba allí para observar, grabar, mapear y salir. Entonces apareciste tú. Hitchmore levantó la paleta. Vi la forma en que te miró. Levanté mi paleta porque, si me quedaba sentado, iba a ver a ese hombre llevarte. Y no pude. No fue un plan. No fue estrategia. Fue lo primero sin cálculo que hice en años.

—¿Y después? —pregunta—. ¿Después de que ya me habías llevado?

Después viene la parte que me condena.

—Después Declan hizo lo que hace Declan. Investigó todo: cada punto por donde la red podría alcanzarte. Cada persona que podrían usar contra ti. Cada fragilidad. Sloane, Josie, tus trabajos, la deuda, el hospital. No para hacerte daño. Para impedir que ellos llegaran primero.

—Tú no sabes lo que es abrir una carpeta y encontrar a tu hermana enferma dentro. Encontrar el coche de tu padre muerto dentro. Encontrar a tu mejor amiga, tus turnos, tu pobreza, tu desesperación, todo ordenado por un hombre rico que decidió que aquello era información útil.

—Lo sé.

—No lo sabes. —Señala la carpeta, y la mano le tiembla—. Sabes lo que es cargar con la culpa. Sabes lo que es perder a alguien. Pero no sabes lo que es descubrir que tu vida entera, la vida que te pasaste intentando mantener en pie con uñas y dientes, cabe en una carpeta y en una frase de reunión.

No hay defensa para eso.

Respira hondo antes de continuar.

—¿Y la parte del activo emocional? Porque todavía no lo has contado todo.

Respiro hondo.

El aire no entra bien.

—Hitchmore te quería. Yo te aparté de él delante de toda la red. Eso te convirtió en una afrenta para él. En obsesión. En camino hasta mí. Declan lo vio y dijo que, si dejábamos que Hitchmore creyera que podía llegar a ti, quizá se expondría. Quizá tiraría de los hilos que llevábamos años intentando alcanzar. Quizá vendría demasiado rápido, demasiado hambriento, demasiado descuidado.

La piel de ella pierde el poco color que aún le quedaba.

Continúo porque parar ahora sería cobardía.

—No le hizo falta terminar. Dije que no. En el acto. Antes de que acabara la frase. Mandé enterrar la idea. Dije que si alguien, quien fuera, volvía a sugerir usarte contra Hitchmore, yo destruiría la operación con mis propias manos antes de que eso pasara.

—Qué noble —susurra.

La palabra me desgarra.

—No fue noble. Fue lo mínimo. Y ni siquiera cumplí bien con ese mínimo, porque la idea ya había existido. Porque alguien la

escribió. Porque quedó guardada.

Se lleva la mano a la boca. No para llorar. Para retener algo dentro.

—Yo nunca dejé que te usaran —digo, y la voz me falla a mitad de frase, cruda, inútil, demasiado humana.

En sus ojos no hay solo rabia. Hay tristeza. La tristeza honda de quien acaba de reconocer una puerta donde creía que había pared.

—Ese es el problema —dice—. Tú crees que el dolor está en lo que hiciste. Pero está en lo que fuiste capaz de pensar.

Me quedo inmóvil.

—Creo que me salvaste aquella noche. Creo que te negaste. Creo que, si alguien intentara usarme de verdad, quemarías el mundo. —La voz se le hace más baja—. Pero por un segundo, Ethan, me miraste de la misma forma que me miraban ellos. No con deseo. No con crueldad. Con cálculo. Y quizá eso duele más, porque venía de ti.

No me queda aire.

—Me he pasado la vida entera siendo útil —continúa—. Útil para mi padre después de que muriera mi madre. Útil para Sloane desde que nació. Útil para todo el mundo que necesitaba algo de mí. Aquella noche, vendí lo último que creía que aún era solo mío. Y entonces me trajiste aquí, me abriste puertas, me diste una cama, una cocina, una familia ruidosa y rara, y pensé que quizá, por fin, alguien me había mirado sin preguntarse para qué servía.

Toca la hoja con la punta de los dedos.

—Y entonces me encuentro con esto.

—Carmen.

—No estoy diciendo que fueras a hacerlo. —Su calma es lo que me destroza. No la rabia. La calma—. Te creo. Creo que mataste la idea antes de que se convirtiera en un plan. Pero existió.

—Sí.

La confesión sale como una sentencia.

—Y no sé qué hacer con el hecho de que el hombre que me sacó de aquel escenario también supo mirarme como una oportunidad.

Aquello me atraviesa limpio.

—Me pasé tres años aprendiendo a pensar como ellos para destruirlos —digo—. Aquella noche, por un segundo, pensé como ellos. Vi lo que Hitchmore quería y lo convertí en una posibilidad. Odié el pensamiento en el segundo en que apareció. Pero no puedo fingir que no apareció.

Ella cierra los ojos, y la primera lágrima le baja.

—Gracias por no mentir.

La frase no me absuelve. Creo que nada absuelve.

—Dime qué necesitas —le pido—. No para arreglarlo. Solo para saber cómo no empeorarlo.

Ella mira alrededor, a la cocina, al salón, al lugar que me pasé dos semanas intentando convertir en hogar para ella y que, en un cajón, conseguí convertir de nuevo en celda.

—Necesito respirar sin sentir que estoy dentro de una estrategia.

—Me voy yo.

—No. —Niega con la cabeza—. La casa es tuya.

—La casa también es tuya.

El dolor que le cruza la cara me demuestra que esa frase, hoy, ya no sirve de llave.

—Hoy no lo parece.

No me acerco cuando coge el bolso. No le sujeto la muñeca. No le toco el pelo. No hago nada que convierta el miedo en correa.

—No vas sola —digo, y me odio por seguir sonando a orden. Respiro. Vuelvo a empezar—. Por favor. Déjame llamar a Theo, a Declan, a quien tú aceptes. No por control. Porque Hitchmore sigue ahí fuera, y porque si te pasa algo…

—No termines esa frase.

—Está bien.

Ella se para cerca de la puerta.

Por un instante, creo que se va.

Entonces el móvil le vibra encima de la mesa.

El nombre en la pantalla aparece como un cuchillo.

Saint Brigid.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Carmen

Hay llamadas que no suenan.

Cortan.

El teléfono vibra sobre la mesa de Ethan, corto, limpio, casi educado, como si las tragedias hubieran aprendido modales. Yo todavía tengo la carpeta abierta en el regazo, con la frase que me llamó activo emocional quemándome detrás de los ojos, y por eso tardo medio segundo de más en mirar la pantalla.

Saint Brigid.

Dos palabras. Blancas. Crueles. Ese tipo de blanco que usan los hospitales para fingir que el miedo pega con la limpieza.

Todo lo que hay dentro de mí, esparcido en pedazos desde lo de la carpeta, se junta en una sola dirección.

Sloane.

Ethan lo ve. El color abandona su cara tan rápido que casi me da pena. Casi.

—Pon el manos libres —dice.

Casi me río. Cinco minutos antes yo sostenía la prueba de que él sabía convertir a mi hermana en informe, en riesgo, en estrategia, en una de esas palabras frías que los hombres poderosos usan para no decir personas. Y ahora quería la voz de ella abierta en su despacho. El miedo de ella en su aire.

Pero es Sloane.

Y Sloane siempre le gana a cualquier orgullo mío.

Contesto.

—¿Diga?

—¿Señorita Pembroke? —Una voz femenina, rápida, demasiado profesional—. Le llamo de la planta de pediatría del Saint Brigid. Su hermana ha tenido una incidencia durante la medicación. Está estable, pero pregunta por usted.

Estable.

Llevo catorce meses odiando esa palabra. Estable puede significar respirando bien o respirando de momento.

Apoyo la mano en la mesa porque el suelo ha decidido volverse inestable.

—¿Qué incidencia?

—Una reacción febril con bajada de tensión. El equipo está con ella ahora mismo. El doctor Adeyemi ha pedido que venga usted en cuanto pueda.

Y es aquí donde la noticia me alcanza, porque ya he vivido exactamente esto. Hace tres semanas vi cómo le arrancaban a Sloane de mis manos por un síndrome de nombre larguísimo, vi cómo su corazón se paraba una vez, pasé cuatro horas en un pasillo aprendiendo que existe un tipo de espera que te envejece por dentro.

—Voy para allá.

—La entrada principal está cerrada por obras —sigue la voz, en el mismo tono de quien lee una lista—. Use el acceso del aparcamiento este, nivel dos. Seguridad ya estará avisada.

Ethan ya tiene su móvil en la oreja, y algo cambia en su cara. No sé ponerle nombre. Solo sé que me mira y dice:

—Carmen, espera.

Cuelgo.

No porque no lo haya oído. Lo he oído: obras, acceso este, seguridad avisada, el kit completo de palabras que le encienden todas las luces rojas a un hombre como Ethan. Cuelgo porque mi

hermana está en un hospital y he aprendido, por repetición traumática, que los segundos se convierten en sentencia.

—Voy —digo.

—Vamos.

—No.

Se para como si le hubiera tirado un vaso.

—Carmen.

—No puedo meterme en un coche contigo ahora mismo.

—Esto es por Sloane. No es por lo nuestro.

—Todo pasó a ser por lo nuestro en cuanto encontré esa carpeta en tu cajón. —Me sale la voz baja. Menos mal. La voz baja asusta más cuando da en el blanco—. Voy a ver a Sloane. Puedes llamar, comprobar, mandar a medio Chicago detrás de mí. Pero no puedo pasarme todo el camino contigo en el coche. Ahora no.

Se le tensa la mandíbula. Veo cómo se libra la pelea dentro de él, en tiempo real. El hombre que quiere cerrar la mano en torno a mi muñeca e impedírmelo. Y el hombre que, contra todos los hábitos de una crianza de multimillonario, ha entendido que el amor de mano cerrada se convierte en otra cosa. Una cosa fea. Una cosa a la que no sobrevivo dos veces.

Abre la mano.

—Entonces ve con el chófer del equipo. Dos de seguridad irán en el coche de atrás. No hace falta que hables conmigo, ni que me mires. Solo acepta esto.

Debería negarme por orgullo. Debería aceptar por inteligencia.

Sloane desempata.

—Vale.

Coge un abrigo del armario y me lo tiende. El gesto es demasiado automático, demasiado íntimo, exactamente el tipo de

cosa que llega tarde y aun así encuentra una puerta abierta en algún rincón ridículo de una.

—En el hospital hace frío —dice.

No es una orden. Es solo un dato.

Cojo el abrigo.

En la puerta, dice mi nombre.

—Carmen.

Me paro, pero no me giro del todo. No estoy tan generosa como para eso.

—Voy a llamar a Adeyemi y voy detrás de ti en diez minutos —dice—. No uses el acceso este antes de que yo lo confirme con él. Por favor.

El por favor le sale menos oxidado que el primer día. Odio fijarme en eso justo ahora.

—Llama rápido —respondo, y salgo.

En la planta baja, un hombre de traje oscuro espera junto al coche. Le conozco la cara de vista. Mark. Entró en el equipo hace poco más de un mes, en el paquete de refuerzos que Ethan contrató después de la gala, junto con los coches nuevos y los hombres que fingen leer el periódico en el vestíbulo. Educado, eficiente, con ese aire de mueble caro que tiene todo el equipo de Ethan.

—Señorita Pembroke. El señor Van Alen me ha pedido que la lleve al Saint Brigid.

Abre la puerta de atrás. Detrás de nosotros, el segundo coche enciende los faros.

Subo.

No estoy huyendo de Ethan, me digo mientras el edificio desaparece en el cristal. Estoy yendo hacia Sloane. Hay una diferencia.

El camino tiene un silencio de cristal, de esos que cortan si alguien respira mal. Mark habla solo lo justo. El coche de atrás se queda en el retrovisor.

Ethan llama tres veces. Las dos primeras, giro la pantalla hacia abajo. La tercera, miro su nombre hasta que se apaga. No es cobardía. Es autoprotección en estado puro. Si oigo su voz antes de ver a Sloane, a lo mejor me desmorono, y desmoronarme no está en el menú de hoy.

El móvil vibra con un mensaje.

Ethan: He hablado con centralita del hospital. Me están pasando con Adeyemi. Espérame en la entrada principal.

Diez segundos después, otro.

Ethan: Carmen, NO uses el acceso este antes de que yo lo confirme.

El estómago se me cierra como la puerta de una caja fuerte.

Miro por la ventanilla y me doy cuenta de que ya hemos pasado la calle que lleva a la entrada principal.

—La entrada principal está al otro lado —digo.

Los ojos de Mark me buscan por el retrovisor. Tranquilos.

—Centralita ha informado de un cierre temporal, señorita. Vamos por el este, según las indicaciones del hospital.

El coche de atrás gira con nosotros. Eso debería tranquilizarme. No me tranquiliza, porque me fijo en una cosa pequeña: Mark no ha mirado el coche de atrás ni una sola vez. Un chófer de seguridad mira la escolta en cada manzana, eso lo aprendí en semanas de coches negros. Quien no mira es porque no cuenta con ella.

Escribo rápido.

Voy por el este. Dos coches. Mark conduciendo.

El mensaje se queda con el relojito girando.

Sin cobertura.

Cómo no. Porque el universo, además de sádico, tiene sentido de la oportunidad.

El aparcamiento este parece el de siempre y, al mismo tiempo, una copia hecha por alguien que vio el original de refilón. Luz fluorescente. Hormigón gris. Flechas azules. Olor a garaje de hospital. Mark baja la rampa del nivel dos y para cerca del montacargas.

—El acceso es por ahí. La acompaño hasta triaje.

Miro por la luna de atrás.

La rampa está vacía.

—¿Dónde está el otro coche?

Consulta el retrovisor con una calma ensayada.

—Se habrán quedado en la barrera. Pasa.

—No pasa. —Me sale la voz firme, y se lo agradezco—. No se quedan en la barrera. Nunca se quedan en la barrera.

Y entonces empiezo a contar, porque es lo que hago cuando el miedo me sube por la garganta. Una cámara en la esquina, con la luz roja apagada. Un cono naranja bloqueando media zona de peatones. Un cartel de OBRAS colgado torcido, con el logo del hospital impreso ligeramente descentrado.

Tres cosas mal.

Mi padre me enseñó a mirar las cosas torcidas. Su voz, que ha sobrevivido en mí a un entierro, a una deuda y a un pinchazo en plena noche, me susurra con toda la claridad del mundo: *no bajes, hija.*

—He cambiado de idea —digo—. Lléveme a la entrada principal.

—El equipo médico está esperando en el este, señorita.

—Sobreviven cinco minutos más.

La comisura de su boca se mueve. Casi una sonrisa. Casi una confesión.

Y el montacargas se abre.

Salen de dentro dos hombres con chaquetas del Saint Brigid, tarjetas colgando, guantes azules, caras demasiado corrientes. Uno de ellos empuja una camilla vacía.

Una camilla no baja a recoger a una visita.

Mi cuerpo lo entiende antes que mi cabeza. Abro la puerta del coche y echo a correr.

No llego lejos. Mark me alcanza en cuatro pasos y cierra la mano sobre mi brazo, y la educación se evapora de golpe, solo queda fuerza. Giro con el codo, como me enseñó mi padre, le doy en alguna parte útil de la cara, oigo un taco y siento cómo el dolor me sube por todo el antebrazo. El hombre de la camilla avanza. Le doy una patada a la rueda, la camilla vuelca de lado, el metal estalla contra el hormigón con un estruendo que llena el garaje.

—¡Carmen!

No es Ethan. Es uno de los de seguridad del segundo coche, que viene por la rampa a pie, corriendo, con la mano metiéndose dentro de la americana.

Un disparo revienta el aire.

El hombre gira con el impacto en el hombro y cae contra la pared. Meto la mano en el bolsillo del abrigo y encuentro el móvil. No tengo tiempo de mirar la pantalla. Pulso el botón lateral, la pantalla se enciende en emergencia, última llamada, Ethan, y mi pulgar acierta su nombre en el mismo segundo en que una mano se cierra sobre mi boca por detrás.

El olor a medicamento podrido lo invade todo.

Muerdo. Con ganas. El hombre gruñe y aprieta más, y el móvil se me escurre de la mano, pero no cae al suelo. Cae dentro

del abrigo, por la abertura del bolsillo interior, y se desliza hasta el forro, entre la tela y la costura. Invisible. Encendido.

Llamada en curso.

Aún la oigo, pequeña y metálica contra mi pecho, su voz:

—¿Carmen? Carmen, háblame.

Lo intento.

Juro que lo intento.

Pero el garaje se vuelve negro antes de que consiga pronunciar mi nombre.

CAPÍTULO CUARENTA

Ethan

El doctor Adeyemi contesta al segundo tono de la línea directa.

La eficiencia debería tranquilizarme. No lo hace. Un médico no contesta tan rápido cuando la noche transcurre normal. Contesta rápido cuando ya tiene la mano metida en algo que puede sangrar.

—Sloane está durmiendo, Ethan —dice, sin rodeos—. Durmiendo desde las nueve. No ha habido ninguna incidencia.

Durante un segundo, el mundo se queda sin oxígeno.

Después todo se convierte en cuchilla.

No es pánico. El pánico es ruidoso, inútil, cosa de aficionados. Lo que sube en mí es peor: una claridad absoluta, fría, quirúrgica, lo mismo que mi padre siempre llamó cabeza despejada antes de destrozar a un hombre en una sala de reuniones. Odio reconocer la sensación. Odio aún más necesitarla.

—Cierre su planta —digo—. Ahora. Que no entre nadie en la habitación sin usted delante. Nadie con tarjeta identificativa, bata, apellido conocido o excusa convincente. Sobre todo si la excusa parece convincente.

—Ethan, ¿qué está pasando?

—Algo que debería haber visto antes.

Cuelgo antes de que me pida una explicación. Las explicaciones son un lujo para quien todavía no ha perdido demasiados segundos.

El móvil vibra en mi mano. Carmen.

Contesto al instante.

No hay voz al otro lado. Hay sonido.

Hormigón. Eco. Un grito ahogado. Metal golpeando el suelo con violencia. Un disparo.

Mi sangre deja de ser líquida.

—Carmen.

La palabra sale demasiado baja. No es una llamada. Es una amenaza al mundo entero.

Ruido. Una respiración pesada que no es la suya. Pasos apresurados, algo pesado arrastrándose, una puerta corredera de furgoneta deslizándose por el raíl. Entonces una voz masculina, lejana, irritada, como si llegara tarde a una reunión y no cargara con la mujer que yo debería haber protegido:

—Venga, date prisa. El viejo lo quiere todo resuelto antes de que Van Alen llegue al hospital.

El viejo.

No Hitchmore. Hitchmore tiene sesenta y tres empleados que lo llaman señor y ninguno que lo llame viejo. Viejo es palabra de quien obedece por jerarquía antigua, de quien responde ante alguien por encima de cualquier organigrama.

La llamada no se corta. Sigue abierta, con un siseo bajo, y no cuelgo. La pongo a grabar, silencio mi lado del micrófono y dejo esa línea viva como si fuera una arteria.

Declan contesta antes de que termine el primer tono. Declan se pasa la vida fingiendo que nada lo asusta, pero siempre está exactamente donde tiene que estar cuando el suelo se abre.

—Dime que está contigo —dice.

—Se han llevado a Carmen en el acceso este del Saint Brigid. La llamada del hospital era falsa. Número enmascarado, ruta inducida, escolta separada del coche principal. Uno de los nuestros ha recibido un disparo. Y conducía Mark.

Medio segundo de silencio. Para Declan, medio segundo es un grito.

—El conductor nuevo.

—El conductor que aprobó tu criba y contrató mi firma. —La culpa puede esperar. La empujo a la cola—. Cinco semanas en mi nómina, Declan. Cinco semanas conduciendo para ella. Alguien ha comprado a un hombre dentro de mi propia casa.

—Ya lo estoy sacando todo. Cámaras del hospital, del aparcamiento, matrículas de los coches, la vida entera de Mark hasta la primera mentira. —Sus dedos ya teclean de fondo—. Ethan, hay una cosa más, y necesito que estés conduciendo cuando la oigas, porque no puedes parar.

—Habla.

Declan no responde de inmediato.

Ese silencio es la primera respuesta.

Lo siento antes de entenderlo. Una presión absurda se forma detrás de mi esternón, como si alguien me hubiera metido la mano dentro del pecho y hubiera apretado. La visión se me estrecha por los bordes. Las luces del aparcamiento tiemblan en líneas largas sobre el parabrisas, amarillas, sucias, irreales.

—Declan —digo, pero mi voz no parece la mía—. Un nombre.

Al otro lado de la línea, respira.

Solo eso.

Una respiración corta. Contenida. Casi culpable.

Y algo dentro de mí empieza a alejarse de la verdad antes incluso de que llegue. El cuerpo es más inteligente que la mente en

ciertas desgracias. Reconoce el precipicio y retrocede. Rechaza. Niega. Busca otra salida, la que sea.

Un senador. Un director de la agencia. Un juez comprado. Un fantasma del Consejo. Cualquier nombre que cupiera en la mugre sin contaminar mi propia casa.

Pero el silencio de Declan no tiene la forma de un enemigo lejano.

Tiene la forma de la sangre.

El coche arranca, y el estómago se me queda atrás.

—Habla —ordeno.

No sé si a él.

No sé si a mí.

La mano que sostiene el teléfono ha perdido firmeza. Veo mis dedos blancos alrededor del aparato, pero no siento la presión. No siento casi nada. El sonido del motor invade el habitáculo como el agua entrando por una grieta. El conductor dice algo, quizá pregunte el destino, quizá ya lo sepa, quizá yo haya respondido. Nada de eso me llega entero.

Solo está el silencio.

Solo está Declan.

Solo está esa puerta que mi instinto se niega a abrir.

—Lawrence Van Alen —dice.

El nombre no entra.

Golpea.

Primero en mi piel. Después en los huesos. Después en algún lugar más hondo, donde yo aún era lo bastante idiota como para creer que ciertas cosas tenían un límite.

Lawrence.

No.

Van Alen.

No.

Mi pensamiento se parte por la mitad.

Durante un segundo, no entiendo el inglés. No entiendo los nombres. No entiendo linaje, poder, traición. Su nombre queda suspendido dentro del coche, ocupando demasiado espacio, robando demasiado aire, como si lo hubiera pronunciado otra persona, en otra vida, para otro hombre.

—Repítelo —digo.

Declan se queda callado.

—Repítelo, joder.

Mi voz sube al final, pero no sale fuerte. Sale rota. Fea. Demasiado humana.

—Fue Lawrence, Ethan.

Esta vez, el mundo deja de fingir que sigue en su sitio.

Las columnas del aparcamiento pasan por la ventanilla como sombras. Una, dos, tres. No consigo seguirlas. El coche está en movimiento, pero la sensación es de caída libre. No hacia delante. Hacia abajo.

Directo hacia dentro de un recuerdo que nunca quise revisitar.

Mi padre plantado en lo alto de la escalera, impecable, frío, enseñándome que un Van Alen nunca pide perdón. Mi padre ajustándose el puño de la camisa antes de destrozar a un hombre en una llamada de treinta segundos. Mi padre diciendo que la familia era patrimonio. Que la debilidad era una deuda. Que el amor, cuando existía, tenía que obedecer.

Mi padre pronunciando el nombre de Carmen durante la cena, con una curiosidad demasiado medida para ser casual.

Mi padre.

La palabra por fin se forma, pero no como comprensión.

Como herida.

—No —murmuro.

Declan no intenta corregirme.

Ese es el peor tipo de confirmación.

Se me seca la boca. El teléfono se me resbala medio centímetro en la mano. Vuelvo a apretarlo, demasiado fuerte, como si pudiera aplastar lo que acabo de oír antes de que se vuelva verdad.

—Él no haría eso —digo.

La frase sale automática. Ridícula. Instintiva.

Y muere en ese mismo instante.

Porque sí lo haría.

Esa es la parte que me destroza.

No es la imposibilidad.

Es la posibilidad demasiado perfecta.

El hombre que me puso la mano en el hombro en el entierro de mi madre y me enseñó a no llorar en público, porque los hombres observan las debilidades antes de ofrecer condolencias. El hombre que me enseñó a respirar despacio cuando la rabia sube. El hombre que decía que un depredador solo respeta a otro depredador, y que me dio, pieza a pieza, el idioma entero de la caza: paciencia, control, espera.

No para que yo derribara la red.

Para que yo nunca me diera cuenta de que la red hablaba con su voz.

—Ethan —llama Declan—. Quédate conmigo.

—Me crió para cazar a sus competidores.

La frase sale lisa. Sin rabia. Sin temblor. Y eso es lo que me asusta, porque la rabia la conozco. La rabia hace ruido, quema, exige. Esta calma es herencia. Esta calma lleva su apellido.

—Tres años, Declan. Me he pasado tres años despejándole el camino. Entregando nombres que él podía sacrificar sin perder la estructura. Eliminando cabos sueltos que amenazaban con descontrolarse. Yo creía que me estaba acercando al centro. Estaba protegiendo el centro.

—Luego te odias. Ahora conduce.

—No existe un luego para esto.

—Existe si quieres llegar a ella vivo. —Su voz se endurece—. El sobre que nos ha entregado la mujer de negro tiene cuentas, rutas, fechas, nombres. Ya he llamado al contacto federal, ese de fuera del estado, el único que la red nunca consiguió comprar porque nunca supo que existía. Se están moviendo. Dime que tienes una forma de encontrar a Carmen, porque las cámaras de la calle tardarán un tiempo del que no disponemos.

La tengo.

Y la confesión me quema la garganta al salir.

—El abrigo —digo—. Mandé coser rastreadores en el forro de todos sus abrigos.

El silencio de Declan dura un segundo entero esta vez.

—Ethan.

—Lo sé.

—Eso es…

—Sé lo que es. —Y lo sé de verdad. Control disfrazado de cuidado. Una vulneración presentada como prevención. La prueba material de que todavía no he aprendido a amar sin vigilar, y quizá ella nunca me lo perdone, y tendrá razón—. Hoy es la única línea entre Carmen y la desaparición. Con el infierno ya me las veré después.

Abro la aplicación. El punto rojo palpita, vivo, alejándose del hospital en dirección a la zona portuaria. Junto a él, en mi otro móvil, la llamada abierta sigue respirando. Lleva el teléfono encima. Escondido, encendido, transmitiendo. Aun desmayada, aun cargada dentro de una furgoneta, Carmen Pembroke todavía encontró la manera de dejar una puerta abierta detrás de sí.

Esta mujer.

Le envío la ubicación a Declan.

—Muelle sur —confirma en segundos, y cualquier resto de humor muere en su voz—. Un antiguo almacén de la red. La propiedad ha pasado por tres empresas pantalla en ocho años. La última tiene relación con Hitchmore. Demasiado indirecta para ser un descuido, demasiado directa para ser una coincidencia. Los federales están a dieciocho minutos. Tú estás a doce. Ethan. No entres solo.

—Si llego antes, entro.

—Ethan.

—Ya me quitó a mi madre una vez. No se va a llevar a Carmen mientras yo espero a un protocolo.

Conduzco tres manzanas en silencio. La ciudad se abre ante mí como una herida húmeda, luces rojas, asfalto oscuro, puentes, cristal, todo pasando demasiado rápido y aun así demasiado lento.

En algún momento, el pensamiento aparece, frío y automático: llamar a mis hermanos. Theo contestaría al primer tono. Gabe lo dejaría todo. Julian no diría nada y estaría en la puerta en veinte minutos.

No llamo.

No porque no confíe en ellos. Porque esta verdad va a partir en dos a los tres, igual que me está partiendo a mí ahora, y nadie entra en una guerra en el mismo segundo en que descubre que el general enemigo es su propio padre. Merecen recibirlo entero, sentados, con tiempo para sangrar. No por teléfono, en plena noche, mientras yo conduzco hacia un almacén con una pistola en el asiento. Este dolor es mío, para cargarlo yo primero. Suyo, para recibirlo después.

Declan sigue en la línea, más bajo ahora, y no queda ni rastro de broma en él. Solo el hombre que me conoce desde antes de que yo aprendiera a convertir el afecto en estrategia.

—Escucha. Si entras en ese almacén para matar a Lawrence, él gana aun perdiendo. Te conviertes en la prueba final de su proyecto. Si entras para sacar a Carmen de ahí, entonces quizá todavía tengas la oportunidad de ser un hombre distinto. Tú decides cuál de los dos cruza esa puerta.

Aprieto el volante hasta que me duelen los dedos.

Carmen no es mi madre. Carmen no es deuda, no es reparación, no es absolución, no es la vieja fotografía de una niña de dieciséis años obligada a sonreír.

Carmen es Carmen.

La mujer que me miró como si yo fuera una celda y una salida al mismo tiempo. La mujer que rechazó mi protección cada vez que se pareció demasiado a la posesión. La mujer que, rodeada

de hombres armados, todavía encontró la manera de llamarme con un teléfono escondido.

En el semáforo, me miro la propia muñeca. El reloj que mi padre me regaló a los dieciocho años. Acero suizo, un grabado discreto en el fondo, para que aprendas que el tiempo es un arma.

Me lo arranco de la muñeca en un gesto brusco que me hace daño, pero me da igual. El punto rojo se detiene cerca del muelle sur.

Hundo el pie en el acelerador.

Y rezo, por primera vez en años. Rezo por llegar a tiempo, rezo por no estropearlo todo, rezo por que ella no salga herida.

Puede odiarme después. Por el abrigo, por el rastreador, por la carpeta, por todo lo que hice creyendo que el cuidado justificaba la invasión. Puede destrozarme después, y yo le entregaré todas las herramientas.

Solo tiene que haber un después.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Carmen

Me despierto con la mejilla pegada al hormigón frío y el sabor a medicina podrida en el fondo de la garganta.

El mundo tarda un segundo nauseabundo en volver.

Una nave enorme en la zona portuaria. Olor a salitre, óxido y aceite viejo. Esa clase de eco que convierte cualquier sonido en amenaza.

Tengo las manos atadas por delante del cuerpo con cinta gruesa. Estoy sentada en el suelo, apoyada en un pilar de metal, y el abrigo de Ethan sigue sobre mis hombros, pesado, caliente, con algo rígido presionándome levemente contra la costilla izquierda.

El móvil.

En el forro.

Donde cayó.

No me muevo. No miro hacia abajo. Hago la única cosa sensata que aún me queda.

Cuento.

Cuatro bombillas colgando. Una encendida.

Tres coches en la sombra del fondo.

Dos hombres hablando bajo la luz.

Un hombre de pie cerca de la puerta lateral, con el mismo traje oscuro que reconocería en cualquier parte, porque me pasé cuarenta minutos mirándole la nuca dentro de un coche.

Mark.

Y a los dos de debajo de la bombilla también los conozco.

Uno es Conrad Hitchmore. El hombre de la subasta. El del hambre abierta en la cara. El que levantó la paleta por mí como quien reclama algo que ya consideraba suyo.

El otro está sentado en una silla con la tranquilidad de quien espera una visita concertada.

Elegante. Cabello blanco impecable. Traje de sastre. Cara bondadosa de abuelo de anuncio de margarina.

Lo reconozco por las fotografías familiares y por las portadas de prensa.

El parecido con Ethan termina de confirmármelo.

Lawrence Van Alen.

Y es eso lo que me pone la piel de gallina más que la cinta en las muñecas.

La cara buena.

—Se ha despertado —dice Hitchmore, y sus ojos me recorren de una forma que me dan ganas de arrancarme la propia piel—. Te dije que valía la molestia.

—Me dijiste muchas cosas, Conrad. Casi todas movidas por el órgano equivocado. —La voz de Lawrence es suave, paciente, la voz de un hombre acostumbrado a ser obedecido sin levantar el tono—. Si por mí fuera, la chica habría seguido en el ático hasta que mi hijo se cansara de la novedad. Fuiste tú quien convirtió una obsesión en logística.

—Me humilló en aquel salón.

—Ethan humilla a la gente sin darse cuenta desde los quince años. Eso nunca justificó una operación en el aparcamiento de un

hospital.

Encuentro mi voz en medio del miedo. Sale ronca, pero sale.

—La operación tiene un nombre —digo, y miro directamente a la puerta lateral—. Hola, Mark. ¿Qué tal la nariz?

Su nariz, noto con una satisfacción pequeña y mezquina, está hinchada por mi codo.

Él no responde.

No hace falta.

Hitchmore se ríe.

—No culpes al chaval. Solo cumplió órdenes. —Camina hacia mí, saboreando sus propios pasos—. ¿Sabías que tu Van Alen contrata por agencia? Verificación de antecedentes, tres entrevistas, análisis psicológico. Muy moderno. Yo contrato por hambre. Encontré a Mark hace dos meses, ahogado en deudas de juego, y le pagué para que entrara exactamente en la agencia que abastece al equipo de tu protector. Me costó menos que el vino que serví en mi última cena benéfica.

Se inclina, y el aliento a puro llega antes que la frase.

—Así es como supe cada paso que dabas, mi Rosa Roja. Del hospital. De la hermanita. De su recaída, hace tres semanas. Bastó con repetir la receta por teléfono y viniste corriendo, como sabía que vendrías.

La náusea sube caliente.

Usaron la peor noche de mi vida como guion.

—No pagaste por mí —digo, porque mi boca siempre ha sido más valiente que el resto—. Perdiste.

Su cara se ensombrece.

Lawrence se ríe por lo bajo.

—Ah. Ahora entiendo parte del problema. A mi hijo le habrá encantado esa lengua afilada tuya.

Se levanta y camina hacia mí sin prisa. Se agacha delante de mí con la elegancia de un hombre que saluda a un niño.

—¿Sabes cuál es la parte interesante, Carmen? No tienes nada de especial. No para mí. Eres una entre cientos que han pasado por mi red. Una chica desesperada a quien la vida ya había acorralado antes incluso de que yo oyera tu nombre. No he tenido que elegirte. El mundo hace ese trabajo solo con niñas como tú. Yo solo recojo lo que sobra y le pongo un precio.

Y lo peor es que no es un farol.

Oigo la verdad asquerosa detrás de todo aquello. No hubo una conspiración trazada a mi alrededor desde el principio. Hubo una máquina fría que devora a las ya heridas, y yo fui solo una más que cayó en su boca.

De un modo perverso, eso me pone de pie por dentro.

Porque algo que nadie planeó tampoco es algo que yo me merecí.

—Así que eso es lo que eres —digo, y levanto la barbilla, aun atada—. Ethan lleva tres años cazando al monstruo que destruyó a su madre. Y el monstruo eras tú todo el tiempo. El padre. El hombre que le puso la mano en el hombro encima de su tumba.

Algo atraviesa el rostro de Lawrence.

No es culpa. Lawrence no tiene culpa.

Es solo la incomodidad de un hombre que oye en voz alta algo que preferiría mantener a oscuras.

—Lucia era débil —dice, y la frialdad de aquello me corta más que cualquier grito—. Guapa, sí. Útil durante un tiempo. Pero débil. Incapaz de entender que el mundo pertenece a quien tiene el valor de tomarlo.

—¿Compraste a una niña de dieciséis años y a eso lo llamaste valor?

—Lo llamé oportunidad. Hay una diferencia.

—Tuviste hijos con ella.

La máscara de abuelo se abre lo justo para que yo vea lo que hay debajo.

—Hice herederos. Y, a pesar de la debilidad de la madre, moldeé bien al menos a uno de ellos. Ethan aprendió rápido. Frío. Paciente. Implacable. Yo daba pistas, él las perseguía. Yo soltaba nombres prescindibles, él los quemaba. Mi hijo se pasó tres años limpiando mi operación creyendo que estaba vengando a su madre.

El dolor por Ethan llega tan fuerte que casi me deja sin aliento.

Toda aquella guerra. Toda aquella culpa. Cada noche sin dormir frente a la foto de su madre.

Y, todo el tiempo, el general del otro bando firmaba la paga.

—Usaste a tu propio hijo.

—Perfeccioné a mi hijo.

—No. Lo contaminaste.

Por primera vez, la mirada de Lawrence pierde la suavidad.

—Cuidado, niña.

Siento miedo. Claro que lo siento. Estoy atada, drogada, en una nave con dos monstruos, un traidor en la puerta y más hombres escondidos en las sombras.

Pero también siento otra cosa, más pequeña y más afilada, apoyada en mi costilla izquierda.

La oportunidad.

No sé si la llamada ha sobrevivido. No sé si graba. No sé si Ethan ha oído algo.

Solo sé que, si hay algún hilo abierto dentro de este forro, tengo que tirar de él hasta rasgarlo.

Y los hombres como Lawrence solo lo cuentan todo por dos motivos: vanidad o rabia.

Yo tengo talento para provocar ambas.

—Qué gracioso —digo—. Para ser un genio del crimen, no pareces más que un viejo resentido porque la mujer a la que compraste nunca te amó y el hijo que moldeaste eligió a otra persona.

Hitchmore gruñe algo detrás de él.

Lawrence se queda muy quieto.

He dado en el clavo.

—¿Crees que Ethan te eligió a ti? —pregunta.

—Creo que se pasó la vida entera intentando no elegir a nadie, por miedo a convertirse en un monstruo como tú. Y aun así, cuando tuvo que decidir entre la operación perfecta y una mujer en un escenario, quemó la operación.

—Levantó una paleta.

—Y después abrió la puerta. Todas las puertas. Cada vez.

Lawrence sonríe.

Ahora sí, sin ninguna bondad.

—Las puertas son símbolos bonitos. Los hombres prácticos usan cerraduras.

—¿Fue por eso por lo que perdiste a Lucia?

El golpe es bajo.

Lo sé.

Pero si mi voz es la única arma que me han dejado, no voy a pedir perdón por usarla.

Su mano se cierra en mi barbilla. Los dedos están fríos.

—A Lucia no la perdí. La administré.

—Como una propiedad.

—Como todo en este mundo.

Me suelta la cara y se levanta. Después mira a Hitchmore con una expresión de hastío, como si yo fuera solo una reunión que se ha alargado demasiado.

—Y esa es la razón por la que he dejado que Conrad jugara al cazador esta noche.

El estómago se me hunde.

Lawrence se ajusta el puño de la camisa.

—Mi hijo no tardará mucho en llegar hasta aquí. Ethan es previsible cuando está comprometido emocionalmente. Seguirá rastros, amenazará a gente, echará puertas abajo. Siempre tan dramático cuando cree que está salvando a alguien. —Vuelve a

mirarme—. Pero, cuando llegue, yo ya estaré aquí. Fingiendo haberte encontrado primero. Fingiendo haber llegado demasiado tarde.

Hitchmore sonríe, sucio, satisfecho.

Lawrence continúa, tranquilo como una sentencia.

—Conrad habrá acabado con el problema, y yo seré el padre destrozado que intentó proteger a su hijo de otra tragedia. Un escándalo lamentable. Una mujer vulnerable. Un hombre obsesionado. Muy triste. Muy conveniente.

El aire desaparece de mis pulmones.

—Ibas a dejar que me matara.

—Iba a dejar que Conrad hiciera lo que lleva suplicando hacer desde aquella subasta. Por dos motivos sencillos. Primero, para que dejara de darme la lata. Las obsesiones vuelven ruidosos a los hombres. Segundo, porque te estabas infiltrando demasiado en la vida de mi hijo.

Se inclina un poco, y la voz baja se vuelve cuchilla.

—Y eso no me ha gustado.

El miedo intenta doblarme.

No lo dejo.

No delante de él.

—Pues dilo. —Le sostengo la mirada, con el corazón latiendo tan fuerte que apenas oigo mi propia voz por encima—. Dilo en voz alta, aquí, ahora. Compraste a Lucia. Compraste mujeres. Vendiste niñas. Usaste a tu hijo y su dolor para proteger tu red. Y ahora vas a dejar que Conrad me mate para fingir que intentaste salvarme. Dilo,

Lawrence. Al menos una vez en la vida, sé lo bastante hombre para llamar a tu propia mierda por su nombre.

El silencio que viene después parece enorme.

Por un segundo, creo que me va a pegar.

En vez de eso, sonríe.

Y la vanidad vence.

Como la vanidad vence siempre en los hombres que nunca han pagado por nada.

—Compré a Lucia antes de que llevara mi apellido. Compré a muchas después de ella. Vendí más niñas de las que serías capaz de contar sin desmayarte. Usé a mi hijo, sí, porque era demasiado bueno para desperdiciarlo. Y voy a usar tu muerte también, porque toda pérdida puede convertirse en control cuando se tiene la inteligencia suficiente.

Se me hiela la sangre.

—Ethan llorará por ti —dice Lawrence, casi con cariño—. Se culpará. Se cerrará. Volverá a mí. Los hijos heridos siempre buscan al padre cuando no saben adónde llevar el dolor.

Y entonces una voz pequeña, metálica, casi inaudible, sale de dentro de mi abrigo.

—No vuelves a acercarte a ella en tu vida.

El mundo se detiene.

No es un sonido fuerte.

No es dramático.

Pero alcanza a Lawrence como un tiro en el pecho.

Su rostro pierde el color. No mucho. Solo lo justo para que yo vea la grieta. Los ojos le bajan hacia mi abrigo, hacia mi costilla izquierda, hacia el lugar exacto de donde acaba de escapar la voz de su hijo.

Por primera vez desde que me desperté, Lawrence Van Alen parece viejo.

No poderoso.

No intocable.

Viejo.

Asustado.

Traicionado por su propia certeza.

—¿Ethan? —dice, y el nombre sale bajo, incrédulo, casi humano.

Al otro lado de la línea, la respiración de él falla.

Entonces la voz de Ethan vuelve, lo bastante fría para congelar la nave entera.

—Lo he oído todo.

Lawrence se queda inmóvil.

Hitchmore deja de sonreír.

Mark mira hacia la puerta, pálido.

Y yo sonrío con la boca temblando.

—No eres el primer hombre que me subestima —digo—. Pero estoy empezando a disfrutar mucho de ser la última mujer a la que vas a subestimar.

La máscara cae entera.

—Niña tonta.

Levanta la mano.

De los laterales de la nave, salen hombres de entre las sombras.

Dos. Tres. Más de los que consigo contar antes de que el pánico suba como agua.

Hitchmore avanza primero, feo de deseo y de rabia a la vez, y mi cuerpo olvida cualquier plan y se vuelve puro instinto.

Encojo las rodillas contra el pecho y pateo.

Acierto donde puedo.

Se dobla con un sonido que voy a guardar con cariño el resto de mi vida.

Ruedo hacia un lado, con las manos atadas, el hombro golpeando el hormigón. El dolor me atraviesa entera. Mark se mueve desde la puerta hacia mí.

Y es exactamente en ese momento cuando la puerta que hay detrás de él estalla hacia dentro.

Metal gimiendo.

Luz invadiendo el óxido.

Voces gritando unas siglas que nunca creí que fueran a sonar como música.

Y, cortando el caos entero por la mitad, su voz.

—¡CARMEN!

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Ethan

La puerta del almacén cede con un quejido de metal viejo.

Entro detrás de los federales, en contra de la orden expresa de todos ellos, y el mundo entero desaparece.

No existe almacén.

No existe operación.

No existe ley.

Solo existe ella.

Carmen está en el suelo, junto a un pilar, las manos atadas por delante del cuerpo, el pelo pelirrojo desparramado sobre el hormigón sucio como fuego en el sitio equivocado. Tiene sangre en la comisura de la boca. Rabia en los ojos. Vida.

Viva.

Hitchmore está doblado a unos pasos, sujetándose una parte de sí mismo que yo espero, con una satisfacción oscura y primitiva, que ella le haya destrozado. Y mi padre está de pie bajo la única bombilla encendida, demasiado impecable para un hombre cuyo imperio acaba de quedar grabado confesando su propia podredumbre por un teléfono cuya existencia desconocía.

Por un instante, veo a mi madre.

No como fotografía.

No como fantasma.

Como la niña a la que nadie llegó a tiempo de salvar.

Entonces Carmen vuelve el rostro hacia mí.

Con la barbilla alta, incluso en el suelo.

Y eso casi me tumba más que cualquier bala.

—¡FBI! ¡Las manos donde pueda verlas!

El almacén estalla en gritos, botas, metal raspando el hormigón. De las sombras surgen hombres. Algunos sueltan las armas. Otros cometen la estupidez final de correr hacia el muelle.

No los miro.

No me importan.

Si uno de ellos se interpone entre Carmen y yo, caerá.

Declan pasa a mi lado como una cuchilla, derriba a un matón que intentaba alcanzar el lateral del almacén y lo inmoviliza contra el suelo con una eficacia brutal que me va a costar meses oyéndole fanfarronear.

Mark corre hacia la puerta trasera.

No llega.

Dos agentes lo estampan contra un contenedor. Cuando le vuelven la cara contra el metal, sus ojos cruzan los míos durante medio segundo.

Camino hasta él despacio.

Lo bastante despacio para que lo entienda.

Me agacho junto a su oído mientras un federal le sujeta las muñecas.

—Cinco semanas —le digo, tan bajo que solo lo oiga él—. La condujiste durante cinco semanas. Le abriste la puerta del coche.

Viste su rostro en el retrovisor. Oíste su voz. Y aun así entregaste a Carmen a esos animales.

Intenta hablar.

Le agarro la nuca y le golpeo el rostro contra el contenedor una vez.

No lo suficiente para matar.

Lo suficiente para darle una lección.

—Reza para que tu acuerdo de delación sea generoso, hijo de puta. Porque, ahí fuera, solo va a haber un hombre esperándote. Y no va a ser un abogado.

Aparta la mirada primero.

Siempre la apartan.

Entonces Hitchmore se levanta y agarra a Carmen por el brazo.

El mundo se vuelve rojo.

No rojo de metáfora.

Rojo de muerte.

Cruzo el espacio que nos separa antes de que la orden, la ley o la prudencia me alcancen. Le embisto con el hombro, le arranco la mano del brazo de ella dedo a dedo y oigo algo crujir. Grita. El sonido no me satisface.

Nada va a satisfacerme.

Lo lanzo contra un montón de cajones. Cae con un ruido feo, pesado, indigno. Voy tras él, le agarro del cuello de la camisa y lo levanto lo suficiente para que sus pies casi despeguen del suelo.

—La has tocado.

La voz que me sale no parece humana.

Hitchmore abre la boca. Quizá para amenazar. Quizá para suplicar.

Le meto el primer puñetazo antes de averiguarlo.

La cabeza se le va hacia un lado. Aparece sangre en los dientes.

—¡Ethan! —grita alguien.

No sé quién.

No importa.

Golpeo otra vez.

Porque la parte de mí que pasó tres años estrechándole la mano a ese hombre en salones de mármol ahora quiere cerrar los dedos en su cuello y borrar cada mirada que se atrevió a posar sobre ella. Cada pensamiento. Cada intención. Cada segundo en que creyó que Carmen era algo que se podía comprar, tomar, usar.

Atraigo a Hitchmore hacia mí, lo miro a los ojos y sonrío.

—¿Querías saber qué clase de hombre tenía ella a su lado?

Tiembla.

Bien.

—Este.

Mis dedos suben hacia su garganta.

Entonces Carmen dice mi nombre.

Solo eso.

—Ethan.

Me detengo.

Con los puños cerrados.

Con el pecho ardiendo.

Con el infierno entero pidiendo paso dentro de mí.

Pero me detengo.

Por ella.

Siempre por ella.

Suelto a Hitchmore como si fuera basura. Dos agentes se abalanzan y lo derriban contra el hormigón antes de que logre arrastrarse.

Me arrodillo delante de Carmen y saco la navaja del bolsillo. Me tiemblan las manos cuando corto la cinta de sus muñecas. Odio que tiemblen. Agradezco que aún sepan temblar.

—¿Estás herida?

Ella inspira, demasiado firme para alguien que casi ha sido destrozada.

—Estoy cabreada.

Se me escapa una risa rota.

—Eso sé reconocerlo.

Ella me toca la muñeca. Solo con la punta de los dedos. Lo suficiente para atarme mejor que cualquier esposa.

—Luego te derrumbas —susurra. Sus ojos suben por encima de mi hombro, hacia el hombre bajo la bombilla—. Ahora termina.

Tiene razón.

Claro que la tiene.

Me levanto.

Hitchmore intenta ponerse en pie, gritando sobre abogados, donantes, amistades en Washington, nombres que deberían asustar a una sala. Dos agentes lo estampan de nuevo contra el hormigón antes de que termine la lista. El último sonido que le oigo es un ladrido indignado preguntando si sabemos quién es.

Lo sabemos.

Ese es exactamente el problema.

Lawrence Van Alen no corre.

Los hombres como él nunca corren. Salen de los desastres igual que salen de las malas reuniones: ajustándose el puño de la camisa, recalculando las pérdidas, buscando a la persona más débil de la sala a la que echarle la culpa.

Pero aquí ya no hay personas débiles.

No esta noche.

Mira a los agentes que se acercan. Luego a Declan, que sostiene en alto, dentro de una bolsa de pruebas, el móvil todavía caliente sacado del forro del abrigo de ella.

La grabación.

La confesión entera.

Su voz. Su nombre. Cuarenta años de podredumbre dichos en voz alta porque una mujer atada en un suelo de hormigón supo exactamente dónde pulsar la vanidad de un monstruo.

—Has dejado que una cría destruya lo que llevabas cuarenta años construyendo —me dice.

Doy un paso hacia él.

—No. Tú construiste cuarenta años de crimen sobre chicas a las que nadie escuchaba. Carmen solo habló lo bastante alto.

Detrás de mí, siento su mirada.

No necesito volverme para saber que ahí hay orgullo.

Y eso casi me deshace en medio de un almacén lleno de federales.

Lawrence avanza un paso. Los agentes se mueven, pero él levanta las manos, como si aún dirigiera el ritmo de su propia caída.

—Siempre fuiste mi hijo más prometedor.

—Yo era tu herramienta.

—Eras mi legado.

La palabra choca contra mí y ya no encuentra sitio donde quedarse.

Encaro al hombre que me dio un apellido, una fortuna, una educación impecable y una vida entera de mentiras.

—Soy el hijo de Lucia.

Por primera vez en treinta y seis años, veo cambiar de verdad el rostro de mi padre.

La rabia, cuando aparece, es vieja.

Más vieja que yo.

—Lucia era una chica comprada.

El almacén enmudece dentro de mí.

No pienso.

No respiro.

Solo me muevo.

Uno de los matones, esposado en el suelo, ha dejado caer un arma cerca del pie de un cajón. La cojo antes de que ningún agente se dé cuenta. O quizá se dan cuenta. Quizá gritan.

No los oigo.

Solo oigo esa frase.

Chica comprada.

Chica comprada.

Chica comprada.

Cuando vuelvo a mirar a mi padre, el arma está en mi mano.

Y el cañón apunta a su frente.

El almacén entero se congela.

—Ethan —dice Declan, detrás de mí.

No lo miro.

Lawrence tampoco mira.

Me mira a mí.

Y sonríe.

Mi padre sonríe con un arma apuntándole al rostro porque, por primera vez esa noche, cree reconocerme.

—Ahí estás —murmura—. Ahí está mi hijo.

Mis dedos aprietan la culata.

—Cállate.

—No. —Da un paso mínimo hacia mí, y todos los agentes levantan las armas. Mi padre ni parpadea—. Mírate. Manos firmes. Ojos fríos. Listo para hacer lo que hay que hacer. Yo moldeé eso.

—Destruiste todo lo que tocaste.

—Te enseñé a sobrevivir.

—Compraste a mi madre.

—Y le di más de lo que el mundo le habría dado jamás.

La culata cruje en mi mano.

—La mataste.

—Lucia murió porque era débil.

Avanzo y empujo el cañón contra su frente.

Esta vez, deja de sonreír.

—Repítelo.

La voz me sale baja.

Mortal.

—Repite eso mirándome a mí.

Por un segundo, veo algo atravesar sus ojos. No miedo. Puede que Lawrence no sepa sentir miedo como las personas normales. Es otra cosa. Reconocimiento. Orgullo. La perversión final de un padre que mira a su hijo a punto de matarlo y ve una obra maestra.

—Aprieta el gatillo —susurra—. Vamos. Termina. Muéstrales a todos quién eres de verdad.

Mi dedo roza el gatillo.

Detrás de mí, alguien grita mi nombre.

No importa.

Mi padre baja la voz, íntima, venenosa.

—¿Crees que perdonarme la vida va a devolverle la vida a Lucia? ¿Crees que esa chica va a amar al hombre entero cuando descubra todo lo que hay dentro de ti? Conozco ese lugar, Ethan. Yo construí ese lugar. Esa violencia. Esa hambre. Esa necesidad de poseer, proteger, aplastar cualquier cosa que toque lo que es tuyo. Mírate, haciendo exactamente lo que yo hice con tu madre, encerrando a la maldita chica comprada en la subasta. Somos iguales, hijo mío, hechos de la misma materia.

Sus ojos pasan por encima de mi hombro.

Hacia Carmen.

Mi puntería no vacila.

Pero el mundo sí.

—Ella lo verá —dice Lawrence—. Tarde o temprano, verá que eres mi hijo.

El disparo casi sale. Casi, siento la distancia entre querer y hacer.

Es menor de lo que imaginaba. Un milímetro.

—Te has pasado la vida entera intentando convertirme en ti —digo.

Él vuelve a sonreír, mínimamente.

—Y lo he conseguido.

Bajo el arma.

Su sonrisa se apaga.

—No —digo—. Has fracasado, hijo de puta.

El silencio que viene después es más grande que el almacén.

Le entrego el arma a Declan sin apartar los ojos de mi padre.

—Lucia era mi madre. Carmen es la mujer que amo. Y no vas a usar a ninguna de las dos para convertirme en tu espejo.

Lawrence me mira fijamente.

Por primera vez, parece de verdad tocado.

No por la grabación.

No por los federales.

Por mí.

—Amor. —Escupe la palabra como si fuera suciedad—. ¿Crees que esto es amor? Es debilidad. Es la misma enfermedad que mató a tu madre.

Doy un paso hacia él.

Sin arma ahora.

Sin metal.

Solo yo.

—No. Debilidad es necesitar comprar a una chica para sentirte hombre. Debilidad es usar a tus hijos como escudo. Debilidad es construir un imperio entero sobre chicas que no podían decir que no y encima llamar a eso poder.

La mandíbula se le traba.

—Cuidado.

Sonrío.

No hay ni pizca de humor.

—No, papá. Ahora eres tú quien va a tener cuidado.

Los agentes se acercan.

Lawrence intenta recomponerse, intenta volver a ser el hombre del traje impecable, el patriarca intocable, el nombre que entraba en las salas antes que él. Pero lo veo. Veo la grieta. Veo al viejo detrás del imperio.

—Cada palabra que has dicho sobre Lucia está grabada, registrada y de camino a un tribunal federal —digo—. Te pasaste la vida enseñándome que el tiempo es un arma. Gracias por la lección. He usado la tuya.

Las esposas se cierran en las muñecas de Lawrence Van Alen allí mismo, en el suelo sucio de un almacén que huele a aceite, óxido y final.

No es cinematográfico.

No hay orquesta.

No hay redención.

Solo el clic seco del metal y un viejo poderoso descubriendo, demasiado tarde, que el dinero compra muchas cosas, pero no compra a todos los testigos del mundo.

Cuando un agente tira de él, Lawrence se resiste solo lo justo para inclinarse hacia mí.

—Te vas a arrepentir de no haber disparado.

Me acerco lo suficiente para que solo él me oiga.

—No. Pero tú sí.

Él mira a Carmen mientras lo escoltan.

—¿Crees que has ganado?

Carmen está sentada en el suelo, con las muñecas rojas, el pelo revuelto, el rostro pálido. Aun así, alza la barbilla en el mismo ángulo exacto de aquella primera noche bajo la luz del escenario.

—No —dice ella—. Creo que he sobrevivido. Ganar viene después.

Los ojos de Lawrence se oscurecen.

Y por primera vez en la vida, mi padre no tiene respuesta.

Se lo llevan por la puerta reventada, y descubro que no siento lo que pensé que sentiría.

No hay alivio.

No hay victoria.

Solo hay un silencio enorme en el lugar donde antes vivía un hombre al que amé toda la vida. Y la certeza fría de que el duelo por alguien que sigue vivo es un animal que todavía tendré que aprender a alimentar.

Declan aparece a mi lado, sin ni una broma en el cuerpo.

—Has estado a punto de hacer una gilipollez.

—Lo sé.

—No te iba a dejar.

—Lo sé.

Mira hacia la puerta por donde se llevaron a mi padre.

—Los federales quieren su declaración hoy mismo, pero lo he aplazado hasta mañana. Hay una ambulancia ahí fuera. Y, Ethan… la mujer de negro lo ha entregado todo. Cuentas, nombres, rutas. Con la grabación de Carmen, no queda abogado en el país que los saque a los dos de esta.

Cierro los ojos un segundo.

La mujer de negro. Carmen. Lucia.

Mujeres a las que mi padre subestimó.

Mujeres que derribaron un imperio.

—¿Y Sloane? —pregunto.

—Adeyemi cerró la planta a las once y cuatro. Está todo limpio. Nadie ha intentado nada en el hospital. La jugada era solo sacar a Carmen del ático. —Duda—. ¿Quieres que llame a tus hermanos?

—No.

—Ethan.

—Mañana. En persona. Por mí. —Miro hacia la puerta por donde se llevaron a Lawrence—. Van a descubrir que su padre compró a su madre, Declan. Eso no se dice por teléfono. Eso se dice en persona, estando a su lado.

Declan me mira fijamente un segundo largo.

Luego asiente y me aprieta el hombro una vez, fuerte, del modo en que los hombres criados como nosotros aprendieron a decir estoy aquí sin usar ninguna de las palabras.

Vuelvo con Carmen.

Los sanitarios ya están con ella. Manta térmica. Linterna en los ojos. Tensión. Demasiadas preguntas.

Me paro a dos pasos, porque dos pasos es la distancia que aún tengo derecho a ocupar.

Puede que ni eso.

Quería arrodillarme. Quería pedir perdón allí mismo, delante de los federales, de los sanitarios, de todos los fantasmas. Por hacerla pasar por esto. Por haber permitido que le pusieran un dedo encima cuando juré que ella estaría a salvo.

Pero Carmen me mira.

Y solo pregunta:

—¿Y Sloane?

Trago el sabor a culpa que tengo en la boca.

—Durmiendo. Protegida. La planta está cerrada desde antes de que despertaras en este almacén. —Me falla la voz, pero no me quiebro. No ahora—. Te lo juro por la memoria de mi madre, Carmen. Está a salvo.

Su cuerpo cede medio centímetro.

Solo eso.

El miedo por fin encuentra permiso para caer.

Los ojos de Carmen se cierran, y una lágrima gruesa de alivio se le escapa por el rostro. Al instante siguiente, me tiende la mano.

No como una mujer frágil.

No como alguien que espera ser salvada.

Como alguien que elige, incluso después de todo, dejar que me acerque.

Cruzo aquellos dos pasos como si fueran años.

Ella se aprieta contra mi pecho, y la abrazo con cada partícula rota que aún existe en mí. Con las manos abiertas en su espalda. Con el rostro enterrado en su pelo. Con el corazón arrodillado a sus pies.

—He estado a punto de matarlo —confieso contra su pelo.

Su mano se cierra en mi camisa.

—Lo sé.

—Puede que una parte de mí aún quiera.

Ella aparta el rostro solo lo justo para mirarme a los ojos.

—Entonces deja que esa parte se muera de hambre.

La frase entra en mí como luz en una habitación cerrada.

Apoyo la frente en la suya.

—No sé ser bueno, Carmen.

—Sí que sabes. —Le falla la voz, pero no se quiebra—. Solo aprendiste de las personas equivocadas el nombre de las cosas.

Ahí fuera, las sirenas cortan la noche. Caen fortunas. Nombres antiguos se vuelven titulares. Hombres intocables aprenden, demasiado tarde, que toda dinastía se pudre cuando se construye sobre sangre.

Pero allí, en medio del hormigón, del óxido y del final, Carmen respira contra mí.

Y, por primera vez en la vida, lo entiendo.

El imperio nunca fue mi padre.

Nunca fue el dinero.

Nunca fue el nombre Van Alen.

Es ella.

Viva en mis brazos.

Y yo, por fin, lo bastante libre para merecer luchar por ella.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Carmen

Hay lugares donde una se despierta sin saber si ha vuelto a la vida o solo ha cambiado de tipo de pesadilla.

Me despierto en el Saint Brigid, con una manta calentita hasta la barbilla, un monitor pitando a mi lado y Josie sentada en un sillón con la expresión de quien estaba dispuesta a pelearse físicamente contra la medicina moderna entera.

—Antes de que preguntes —dice, señalándome con un vaso de café—, Sloane está bien, Ethan está vivo, no he matado a nadie y eso, sinceramente, es una sucesión de milagros que nadie está valorando lo suficiente.

Me arde la garganta.

—¿Has llorado?

—No seas ridícula. —Se limpia la cara con la manga—. Solo he goteado por los ojos por motivos estratégicos.

Intento reírme. Duele. Me río igualmente.

Sloane aparece veinte minutos después, empujada en una silla de ruedas por el mismísimo doctor Adeyemi, con mascarilla, gorro amarillo y una indignación clínica perfectamente conservada.

—Me he enterado de que te han secuestrado y ni siquiera me has mandado un mensaje —dice—. Pésima hermana. Una estrella.

Tiene la voz débil, pero hay color en las mejillas. Hay vida metiéndose conmigo. Casi me derrumbo allí mismo.

—Mi móvil estaba ocupado grabando a dos delincuentes que confesaban delitos federales.

—Menuda excusa más sosa. Mejórala.

Y entonces extiende la mano, y yo se la cojo como si aún estuviéramos en el entierro de nuestro padre, dos niñas solas agarradas a la misma cuerda. Solo que esta vez no estamos solas. Josie está a mi otro lado, dispuesta a morder a alguien. Ethan está en la puerta, de pie como un hombre que todavía no se cree que tenga permiso para entrar. Y detrás de él, Declan habla bajito por teléfono, con la voz cansada de quien ha pasado la noche entera ayudando a derribar monstruos.

Más tarde, cuando Sloane vuelve a su habitación y Josie sale a amenazar a una máquina expendedora que le ha robado un dólar, entra la mujer de negro.

La acompañan dos agentes federales.

Reconozco la cara antes de reconocer el miedo.

El vestido impecable ya no está. Ni los tacones, ni la sonrisa ensayada. Lleva pantalón oscuro, camisa blanca, un abrigo sencillo sobre los hombros. Parece más pequeña sin la armadura.

—Mara Voss —dice Declan, desde la puerta—. Ese es su nombre.

Mara.

No la mujer de negro. No la reclutadora. No un fantasma.

Una mujer.

—Tú me pusiste en aquel escenario —digo.

Ella acepta la frase sin pestañear.

—Te puse.

Ethan se mueve medio paso. Yo levanto la mano, sin mirarlo.

Se detiene.

Aun devastado, aun con la culpa metida hasta en los huesos, se detiene. Porque se lo he pedido sin palabras, y Ethan entiende de elección mejor de lo que entiende de paz.

Mara mira ese pequeño gesto. Algo se le rompe en los ojos.

—Tenía dieciocho años cuando Lawrence me encontró —dice —. La deuda de mi madre, un hermano pequeño, un desahucio. Una historia banal. A ellos les encantan las historias banales, porque la desesperación es fácil de catalogar. Yo sobreviví a mi noche. Luego sobreviví a la segunda peor experiencia: descubrí que la red no solo destruía a las chicas que compraba. A veces aprovechaba lo que quedaba de ellas.

Se me revuelve el estómago.

—Te convertiste en una de ellas.

—Me convertí en un engranaje —corrige, y la voz solo le falla al final—. Cara limpia. Manos limpias. La mujer que les decía a las chicas dónde pisar, cuándo sonreír, cuándo no llorar. Durante años me dije a mí misma que, quedándome cerca, podía reducir el daño. Elegir compradores menos crueles. Avisar a una o a otra. Esconder una carpeta. Copiar un nombre. Mentiras útiles. Mentiras cobardes.

—¿Y aquella noche?

—Aquella noche, cuando te vi, vi a la chica que fui. Y cuando Ethan levantó la paleta, vi la primera grieta de verdad en cuarenta años. —Traga saliva—. Ya llevaba tiempo dándole a Declan información a cuentagotas, pero no bastaba. Lawrence siempre tenía una capa más. Cuando movió a Hitchmore para atraparte, lo entregué todo. Cuentas, rutas, servidores, nombres de clientes, jueces, médicos, conductores, hoteles. Todo.

—Por eso me dijiste que no olvidara tu cara.

—Porque necesitaba que alguien me recordara como culpable y como testigo. Las dos cosas son verdad.

Me quedo mirándola demasiado rato.

El perdón es una palabra grande, pesada, demasiado bonita para aquella habitación de hospital con olor a antiséptico. No tengo esa palabra para dar. Hoy no.

—No voy a olvidar —digo.

Mara cierra los ojos, y parece aceptar la sentencia como si fuera misericordia.

Declan apoya el hombro en el marco de la puerta.

—La red se ha acabado —dice, y por primera vez desde que lo conozco, no hay ninguna broma esperando en la comisura de la boca—. No es que haya caído. Ha sido aniquilada. Servidores incautados, cuentas congeladas, propiedades precintadas, órdenes en tres estados, acuerdos cancelados antes de nacer. Hitchmore ha intentado llamar a media Washington y ha descubierto que media Washington ya estaba fingiendo que nunca había cenado con él. Lawrence está incomunicado. Mark canta más que un coro de iglesia porque le tiene miedo a Ethan, lo cual, personalmente, me parece sano.

Miro a Ethan.

No sonríe.

Todavía no.

Pero respira.

Y, en esa respiración, hay un comienzo.

Sloane manda un mensaje en ese mismísimo segundo.

Si estáis teniendo una conversación dramática sin mí, quiero acta oficial y también patatas fritas.

Josie responde en el grupo antes que yo.

Estás aislada, pequeña amenaza biológica. Vas a comer gelatina y a dar las gracias.

La respuesta de Sloane llega rápida.

Nunca negocies con una terrorista sin patatas fritas.

Me río. Me río hasta que me duele la costilla, hasta que se me llenan los ojos, hasta que Ethan cruza la habitación y se sienta a mi lado con cuidado, como si yo fuera porcelana e incendio al mismo tiempo.

No me coge la mano.

Deja la suya abierta sobre el colchón.

Esperando.

Que yo elija.

Pongo mis dedos entre los suyos.

Y, esta vez, no cuento las manchas del techo.

Cuento las manos que se quedaron.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Ethan

Contárselo a mis hermanos es peor que entrar en el almacén.

En el almacén había armas, monstruos, sangre y una lógica sencilla: cruzar, llegar hasta Carmen, quitar a todos de en medio.

En la biblioteca de Vivienne hay té, porcelana antigua y tres hombres que comparten mis rasgos en versiones distintas, esperando a que destruya a su padre con palabras.

Theo se queda de pie junto a la ventana, demasiado inmóvil. Gabe va de un lado para otro, sin pizca de encanto por primera vez en su vida. Julian está sentado en el sillón más oscuro, silencioso como una hoja guardada en su vaina.

Carmen está a mi lado.

No detrás. No protegida por mí. A mi lado.

Vivienne le sostiene la mano como si ya hubiera decidido, oficialmente, que Carmen es de la familia y que cualquier discrepancia se tratará como un problema de salud mental.

—Lawrence no solo financiaba la red —digo.

Mi voz no tiembla. Lástima. Quizá sería más fácil si temblara.

—Él la dirigía.

Gabe deja de andar.

Theo cierra los ojos.

Julian no se mueve. Eso, en él, es prácticamente un grito.

—¿Y mamá? —pregunta Theo.

La pregunta llega con treinta años de retraso.

Miro a Vivienne. Ella asiente una vez, pálida.

—Lawrence compró a Lucia cuando ella tenía dieciséis años —digo—. Por el mismo sistema. Antes de que tuviera nombre. Antes de que se convirtiera en la Subasta de las Rosas. Se la llevó a casa, lo llamó rescate, convirtió la posesión en matrimonio y la mentira en familia.

El sonido que suelta Gabe no parece humano.

—No.

—Ojalá fuera mentira.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta Theo a Vivienne.

Ella no aparta la mirada.

—Lo sospeché demasiado tarde. Lucia me contó fragmentos, nunca todo. Yo era más joven, más cobarde y estaba más atada al apellido Van Alen de lo que me gusta admitir. Eso es cosa mía, me toca cargarlo a mí. No a vosotros.

Julian levanta la mirada.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿Dónde estabas tú durante esos tres años?

La pregunta corta porque merece cortar.

—Persiguiendo los cabos que él mismo me iba dando —respondo—. Creyendo que me acercaba al centro. Yo eliminaba a los competidores, quemaba los archivos que él no podía permitirse conservar, entregaba a hombres prescindibles. Le fui útil.

—Te engañaron —dice Carmen.

—Fui un arrogante.

—Las dos cosas pueden ser verdad. Mira qué conveniente, tu mundo acaba de descubrir los matices.

Gabe se ríe.

Una risa horrible, rota, pero risa al fin.

Y, Dios me perdone, la biblioteca respira un poco.

Theo se acerca primero. Siempre Theo, el responsable, el que atraviesa un incendio calculando la estructura del edificio.

Me abraza.

Duro. Fuerte. Sin ninguna elegancia.

Después Gabe entra en el abrazo como si estuviera atacando. Julian tarda más. Cuando por fin viene, solo me pone la mano en la nuca y apoya la frente en mi hombro durante un segundo.

Es suficiente.

No lo merezco, pero lo recibo.

**

Más tarde, en la terraza, cuando toda la casa parece haberse vuelto vieja y nueva a la vez, Carmen me encuentra mirando el jardín.

—Estás poniendo esa cara —dice.

—¿Qué cara?

—La de hombre a punto de convertir la culpa en un proyecto de infraestructura.

—Es una cara muy concreta.

—En tu caso, muchísimo.

Casi sonrío.

Casi.

—Dijo que yo era igual que él.

Carmen se pone a mi lado, su hombro rozando el mío.

—Mintió.

—Viste lo que hice en el almacén.

—Lo vi.

—Estuve a punto de matar a Hitchmore. Estuve a punto de matar a mi padre.

—A punto. —Vuelve la cara hacia mí—. Esa palabra importa.

—No lo suficiente.

—Sí que importa. Ethan, escúchame bien, porque no lo voy a repetir con violines de fondo. Tu padre le quitó la elección a tu madre. Le quitó la elección a Mara. Intentó quitarme la mía. Tú, incluso cuando la cagaste, incluso cuando fuiste controlador, estabas acojonado y eras idiota a un nivel multimillonario, siempre paraste cuando te dije que pararas. Abriste puertas. Me dejaste marchar. Pusiste la mano abierta sobre el colchón y esperaste a que yo decidiera si te tocaba. Eso no es poca cosa. Eso es toda la diferencia del mundo.

Se me cierra la garganta.

—No sé qué queda de mí sin la guerra.

Ella me coge la mano.

—Quedas tú. Que eres un incordio, un arrogante, un traumatizado y sorprendentemente bueno con los adolescentes enfermos. Hay material con el que trabajar.

Esta vez sonrío.

Entero.

Carmen lo ve.

Y su expresión cambia como si hubiera visto amanecer dentro de una sala donde siempre fue de noche, y es en ese preciso instante cuando tengo la certeza clara y absoluta de que voy a intentar cada día ser el hombre que merece a esta mujer.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Carmen

Cuatro meses después

La paz no entra en tu vida de golpe.

Yo siempre había pensado que, cuando llegara, si es que llegaba, sería como en las películas: una puerta que se abre, luz dorada, la música subiendo, todo el mundo respirando aliviado al mismo tiempo.

No es así.

La paz llega a trozos.

Llega una mañana en que Sloane consigue comerse unas tortitas sin marearse y se queja de que el sirope no es «lo bastante dramático». Llega una tarde en que Josie aparece en el ático con tres bolsas de ropa, dos cafés con hielo y la noticia de que ha amenazado a una dependienta de la farmacia porque «una sonrisa pasivo-agresiva también es violencia». Llega una noche en que Ethan se duerme antes que yo, de verdad, sin despertarse con cada ruido del pasillo, sin que la mano vaya buscando una pistola que ya no está ahí.

Llega, sobre todo, cuando el nombre de Lawrence Van Alen deja de ser una sombra y se convierte solo en eso: un nombre en documentos judiciales, en titulares, en declaraciones, en procesos que ni todo su dinero puede seguir enterrando.

Tres meses después de lo del almacén, la red ya no existe.

No debilitada. No escondida esperando otra temporada.

Destruida.

Aniquilada.

Declan usa esa palabra un martes por la mañana, sentado a nuestra mesa con una tablet en la mano y unas ojeras de quien vive de café, venganza y aperitivos robados de la cocina.

—Cuentas congeladas, hoteles precintados, servidores incautados, siete acuerdos de delación firmados, Hitchmore pidiendo protección como si no se hubiera pasado décadas siendo el monstruo en la oscuridad, y Lawrence descubriendo que los jueces comprados también saben fingir amnesia cuando aparece la prensa federal. —Da un sorbo de café—. La casa se cae, arde, se convierte en ceniza y yo bailo encima personalmente.

Ethan no se ríe.

Pero sonríe.

Pequeño. Callado. Real.

Y es entonces cuando me doy cuenta.

Está en paz.

No curado, porque la cura no es una varita mágica. No libre de todo, porque nadie sale intacto de una vida entera siendo entrenado para convertirse en un arma. Pero Ethan Van Alen, el hombre al que conozco como una tormenta enfundada en un traje caro, por fin parece descubrir qué hacer con las manos cuando no necesita usarlas para sujetar el mundo por el cuello.

Las usa para cosas sencillas.

Me prepara el café mal, porque insiste en que mi cantidad de azúcar es «un crimen con testigos». Coloca bien la manta sobre Sloane cuando la visitamos. Me roza la nuca cuando pasa a mi lado en la cocina. Me coge la mano sin apretar, sin guiar, sin atrapar.

Solo se queda.

Sloane todavía tiene pruebas, revisiones, cuidados, demasiadas palabras médicas para que una chica de quince años las cargue sin sarcasmo. Pero está mejor. Mucho mejor.

Pero esta noche no va de hospitales.

No va de tribunales.

No va de padres muertos, monstruos entre rejas ni pasados que intentan morderle los tobillos al presente.

Esta noche va de Ethan abriendo la puerta del dormitorio, aflojándose la corbata negra con dos dedos y mirándome como si yo fuera lo único en el mundo que aún merece urgencia.

Estoy sentada en el borde de la cama, con un camisón de seda verde que Vivienne me da un rato antes con un guiño nada sutil y la frase: «Cariño, los hombres traumatizados necesitan incentivo visual».

Ethan se para en medio del dormitorio.

Sus ojos me recorren el cuerpo despacio.

Sin prisa.

Con hambre.

Con reverencia.

Con algo oscuro, primitivo, que hace que todo mi cuerpo lo entienda antes que mi cabeza: esta noche no quiere solo amarme. Quiere tomarme como un hombre que por fin cree que tiene derecho a ser feliz.

Y yo quiero que me tome.

Quiero que me elija, que me devore, que me adore. Quiero su peso, su fuerza, su boca sin freno. Quiero esa parte de Ethan que

mantiene encadenada no por miedo a hacerme daño, sino por miedo a desear demasiado.

Esta noche yo también quiero demasiado.

—Ese camisón es nuevo —dice.

—Vivienne.

—Debí imaginármelo.

—Dijo que necesitabas incentivo visual.

Su mirada se oscurece hasta hacerse casi imposible de sostener.

—No lo necesitaba.

Se me seca la boca.

—¿No?

—Carmen, pienso en arrancarte toda la ropa que tienes desde antes de tener derecho a admitirlo en voz alta.

El calor me sube por el cuerpo tan deprisa que necesito clavar los dedos en el colchón.

—¿Arrancar? —lo provoco.

La mandíbula se le tensa.

—No juegues conmigo ahora.

—¿Por qué?

Viene hacia mí.

Sin ninguna prisa.

Y así es peor.

Cada paso suyo parece encoger el dormitorio, tirar del aire, convertir mi sangre en algo más caliente. Cuando se para delante de mí, Ethan no me toca. Solo mira. Y esa mirada es una mano. Es una boca. Es un aviso.

—Porque hoy pendo de un hilo —dice.

Contengo la respiración.

—Pues suéltalo.

Sus ojos encuentran los míos.

—¿Estás segura?

Esa pregunta.

Todavía. Siempre.

El corazón casi se me rompe de amor.

—Sí.

Su mano va a mi nuca en un movimiento rápido, firme, y su boca toma la mía.

No es un beso bonito.

Es un beso hambriento.

Ethan me besa como si intentara sobrevivir a mí. Como si todos los meses de miedo, todos los días de hospital, todas las noches en que estuvo a punto de perderme se hubieran convertido en dientes, lengua, respiración áspera. Abro la boca y él entra, profundo, posesivo, robándome un sonido de la garganta.

Mis manos van a su camisa. Tiro, estrujo, araño tela cara sin la menor delicadeza. Él gruñe contra mi boca cuando mis uñas le rascan la piel por debajo del cuello.

Gruñe.

El sonido me baja directo entre las piernas.

—Ethan…

Me agarra el pelo de la nuca y me echa la cabeza hacia atrás, dejándome el cuello expuesto. Su boca baja por ahí con mordiscos abiertos, besos húmedos, la barba rascándome la piel. No duele exactamente. Quema. Marca. Despierta algo en mí que no tiene un nombre educado.

—No tienes ni idea —murmura contra mi garganta— de lo que me haces.

—Pues enséñamelo.

La respuesta acaba con él.

Con un tirón, me sube el camisón por el cuerpo y me lo saca por la cabeza. La seda cae al suelo, dejando mi piel expuesta al aire frío y a su mirada. Ethan se para.

Solo un instante.

Pero en ese instante me siento más desnuda que cualquier desnudez. Vista. Entera. Deseada de una manera que no pide perdón.

—Preciosa —dice.

La palabra sale baja, cruda, casi rabiosa.

Como si mi belleza fuera una injusticia personal contra su autocontrol.

Me empuja hacia atrás sobre la cama y viene conmigo, grande, caliente, pesado. Su boca se cierra sobre mi pecho, chupando con fuerza suficiente para hacerme arquear. Su mano

toma el otro, el pulgar pasando por el pezón hasta dejarlo duro, sensible, dolorido de placer.

Yo le tiro del pelo.

Él muerde.

Ni delicado. Ni demasiado. Lo justo para hacerme gritar su nombre.

—¿Así? —pregunta, ronco.

—Así.

La palabra sale casi como una súplica.

Ethan pierde otro trozo de control.

Su boca baja. Por entre mis pechos, por mi vientre, por la curva de mi cadera. Después me abre las piernas con las manos.

Nada despacio ahora.

Con hambre.

Con posesión.

Pero mirándome todavía. Mirándome siempre. Como si, incluso feroz, incluso al límite, una parte de él esperara la más mínima señal mía.

No le doy ninguna señal para que pare.

Le doy la contraria.

Abro más las piernas.

Ethan cierra los ojos un segundo, como si aquello casi le doliera.

—Carmen.

Mi nombre le sale de la boca como aviso y como plegaria.

—Quiero tu boca —digo.

La frase queda suspendida entre nosotros.

Pesada.

Obscena.

Verdadera.

Sus ojos arden.

—Pues quédate abierta para mí.

Todo mi cuerpo palpita.

Se arrodilla entre mis muslos y me arrastra por la cintura hasta el borde de la cama, con una fuerza que me arranca un sonido de la boca. Me mira, mojada, expuesta, temblando, y se pasa la lengua por los labios.

El vientre se me contrae.

—Ethan…

—Lo sé.

Entonces su boca me encuentra.

Caliente.

Abierta.

Sin falsa delicadeza.

Me lame con hambre, desde la entrada hasta el clítoris, y yo me arqueo tan fuerte que casi despego la espalda de la cama. Sus manos me sujetan los muslos abiertos, los dedos clavándose en mi

piel, manteniéndome exactamente donde él quiere mientras su lengua me explora lo bastante despacio como para ser una tortura.

Después ya no hay despacio.

Me chupa como si lo necesitara. Como si mi sabor fuera lo único capaz de acallar a todos los fantasmas que lleva dentro. Su lengua rodea mi clítoris, presiona, resbala, vuelve, y yo agarro las sábanas con las dos manos, intentando encontrar algo en el mundo que no se esté derritiendo.

No lo encuentro.

El mundo es la boca de Ethan.

El mundo es su barba rascándome la piel sensible, su lengua entrando en mí, el sonido bajo que hace cuando mi cadera se mueve contra su cara.

—No huyas —ordena, ronco, cuando intento cerrar las piernas.

—No estoy huyendo.

—Tiemblas como si lo hicieras.

—Porque me estás matando.

Él sonríe contra mí.

—Todavía no.

Dos dedos se deslizan dentro de mí.

Despacio.

Profundos.

Me quedo sin aire.

Ethan curva los dedos en el punto exacto que me hace fallar la vista, y luego vuelve con la boca a mi clítoris. No hay espacio para la vergüenza. No hay espacio para el pensamiento. Solo placer. Sucio, precioso, intenso, acumulándose en el bajo vientre, subiéndome por la columna, cerrándome la garganta.

—Córrete en mi boca —dice.

La frase me empuja al precipicio.

Me corro con un grito, todo el cuerpo rompiéndose en oleadas. Mi mano le agarra el pelo, mi cadera se mueve contra su boca sin control, y Ethan no para. Me atraviesa hasta el final, prolongando cada espasmo, cada temblor, cada segundo en que me olvido de mi propio nombre.

Cuando sube sobre mí, tiene la boca mojada de mí.

Y debería estar saciada.

No lo estoy.

Estoy peor.

Más hambrienta.

Más viva.

Tiro de su boca hacia la mía y pruebo mi sabor en su lengua. El beso es indecente, profundo, casi violento. Él gime cuando le muerdo el labio, y ese sonido me convierte en otra cosa.

Una mujer sin miedo.

Le empujo la americana por los hombros. Le arranco los botones de la camisa con demasiada prisa, y algunos ceden, saltan, desaparecen en la sábana.

Ethan mira hacia abajo.

—Esa camisa era italiana.

—Murió por una causa noble.

Él se ríe contra mi boca, pero la risa se acaba cuando mi mano le baja por el abdomen, le abre el cinturón, el pantalón, y lo encuentra duro, caliente, pesado en mi palma.

Su cuerpo se paraliza.

Entero.

—Carmen.

Me gusta mi nombre así. Arrancado. Peligroso.

Se la acaricio despacio, sintiéndola palpitar contra mi mano, sintiendo cómo su control se deshace músculo a músculo.

—¿Pendes de un hilo? —susurro.

Él apoya la frente en la mía.

—Hace mucho que pasé del hilo.

—Perfecto.

Enrollo las piernas en su cintura y tiro de él.

—Ahora.

Cierra los ojos, como si la palabra le doliera.

—Protección.

—Cajón.

Se aparta solo lo justo para cogerla. El espacio entre nosotros parece una ofensa. Lo observo mientras se prepara, los músculos del abdomen contraídos, la respiración irregular, la cara dura de deseo.

Cuando vuelve a mí, ya no hay traje, ya no hay máscara, ya no hay millonario frío.

Solo Ethan.

Mi Ethan.

Feroz. Desnudo. Humano.

Me sujeta la cara.

—Dilo otra vez.

Sé lo que me pide.

El pecho se me encoge.

—Te elijo a ti.

Algo se rompe en sus ojos.

Entonces entra en mí.

De golpe no.

Nunca sin oírme.

Pero con una firmeza profunda, inevitable, que me abre centímetro a centímetro hasta que estoy llena de él, tomada por él, rodeada por él. Suelto un gemido largo, casi un llanto, agarrada a sus hombros.

Ethan se queda quieto un segundo, temblando, la frente pegada a la mía.

—¿Estás bien?

—Sí. —Me falla la voz—. Dios mío, Ethan, muévete.

Él sale y vuelve a entrar.

Fuerte.

El impacto me atraviesa el cuerpo entero.

Grito.

Él se para en el mismo instante.

—¿Duele?

—No. —Le clavo las uñas en la espalda—. Otra vez.

Ethan obedece.

Esta vez no hay delicadeza. Hay cuidado, sí, por debajo de todo, como una raíz. Pero por encima hay hambre. Hay alivio. Hay una felicidad tan grande que no cabe en un beso dulce. Necesita piel, sudor, dientes, ritmo. Necesita la cama golpeando la pared. Necesita mi voz quebrándose, su cuerpo cubriendo el mío, su mano sujetándome el muslo abierto mientras arremete hondo, más hondo, como si quisiera grabarse en mí de dentro hacia fuera.

—Mía —gruñe en mi oído.

La palabra me enciende.

No como una cadena.

Como una verdad compartida.

—Tuya —respondo—. Porque quiero.

Él gime, y el ritmo cambia.

Se vuelve más duro.

Más desesperado.

Mi cuerpo lo recibe todo. Su fuerza. Su peso. Su ferocidad. Su paz, también, curiosamente. Porque no hay guerra en ese dormitorio. No hay pasado. No hay compra, deuda, huida ni miedo.

Solo nosotros dos.

Lo bastante libres para ser animales.

Lo bastante libres para ser tiernos después.

Me da la vuelta con una facilidad que me deja sin aliento, me pone boca abajo, me tira de las caderas hacia arriba. Por un segundo, el dormitorio entero parece contener la respiración.

Su mano me recorre la columna.

—¿Carmen?

Miro por encima del hombro.

—No pares.

Sus ojos se oscurecen.

Entra otra vez por detrás, lento solo al principio, y la nueva profundidad me arranca un sonido sin forma. Mi cara cae en la almohada, mis manos agarran la sábana, y Ethan me sujeta la cintura con las dos manos mientras se mueve dentro de mí.

Ahora es crudo.

Feroz.

Casi salvaje.

El sonido de la piel contra la piel llena el dormitorio. Sus gemidos se mezclan con los míos. Su mano me sube por la espalda, se cierra en mis rizos, tira lo justo para levantarme la cabeza, para ponerme la boca en el oído.

—Eres mi paz —dice, con la voz quebrada, brutalmente íntima —. Y mi perdición.

Aquello me destroza.

Mi mano baja entre mis piernas, pero la suya llega primero. Sus dedos encuentran mi clítoris, mojados, firmes, al mismo ritmo de las embestidas. Yo me cierro en torno a él, y Ethan suelta un sonido bajo, casi animal.

—Eso —dice—. Así. Córrete conmigo.

El placer vuelve más grande, más profundo, nacido de alguna parte de mí que no conocía antes de él. Me toma, me sujeta, me adora de una manera feroz. Y cuando me corro, es distinto. No es solo mi cuerpo. Es como si toda la vida atrapada dentro de mí encontrara por fin una salida.

Digo su nombre.

Ethan se pierde.

Arremete unas cuantas veces más, descompasado, fuerte, y se corre con mi nombre enterrado en mi piel, el cuerpo entero temblando sobre el mío, la mano aún firme sobre mí como si, incluso en el clímax, todavía necesitara recordarme que estoy ahí porque quiero.

Después, se desploma a mi lado y me atrae hacia su pecho.

Nos quedamos así.

Sudados.

Jadeantes.

Vivos.

La felicidad no parece luz dorada.

Parece esto.

Mi cuerpo blando, marcado por su boca. Su respiración caliente en mi pelo. El silencio sin amenaza. La cama destrozada. La paz haciéndose un hueco en medio del desastre.

Más tarde, cuando vuelve del baño con una toalla templada y me limpia con una delicadeza tan absurda después de toda aquella ferocidad que me escuecen los ojos, hay algo distinto en su cara.

Una calma luminosa.

Un miedo bonito.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Va hasta la americana tirada en el suelo y saca una cajita negra del bolsillo.

El corazón se me para.

—Tenía un plan —dice.

—Siempre lo tienes.

—Cena. Flores. Ropa. Mi tía abuela fingiendo que no había organizado a media ciudad para que todo saliera perfecto.

Me siento en la cama, subiéndome la sábana hasta el pecho.

—Ethan…

Él se arrodilla delante de mí.

Desnudo, despeinado, con mis marcas en la espalda, la boca aún hinchada de mis besos y el corazón entero en los ojos.

Abre la caja.

El anillo es antiguo, delicado, con una piedra clara en el centro y dos esmeraldas pequeñas a los lados.

—Era de Lucia —dice—. Vivienne lo guardó. Dijo que mi madre lo llevó una vez por decisión propia. Antes de todo. Antes de él. —Su voz baja aún más—. Quería que volviera a una mujer que entiende el peso de una elección libre.

Me escuecen los ojos.

—Esto no es un contrato —continúa—. No es una deuda. No es una promesa hecha desde el miedo. Es solo una pregunta. La más importante que he hecho nunca. Carmen Pembroke, ¿eliges casarte conmigo?

Lo miro.

A ese hombre que nace en medio de monstruos y elige, todos los días, no ser uno de ellos. Al hombre que me da puertas abiertas cuando podría levantar muros. Al hombre que por fin está en paz y, aun así, me mira como si yo fuera el lugar al que quiere volver.

Dejo de contar pérdidas.

—Sí, te elijo.

Su sonrisa aparece despacio.

Entera.

Feliz.

—Menos mal —murmura—. Porque sigo sin plan B.

Yo me río, llorando, y tiro de su boca hacia la mía.

—Bienvenido al club.

EPÍLOGO

Carmen

Sloane camina hasta el altar sin silla de ruedas.

Despacio, claro.

Con el doctor Adeyemi en la tercera fila observando cada paso como si pudiera recetar sentido común a distancia, con Josie al lado lista para cogerla en brazos si mi hermana osaba fingir demasiada fuerza, y con Ethan plantado frente a mí con una expresión que tiene el potencial real de destrozarme el maquillaje antes incluso de los votos.

Pero Sloane camina.

Un paso.

Después otro.

Después uno más.

Y el mundo entero parece contener la respiración conmigo.

El pelo pelirrojo le está creciendo de nuevo, corto, rebelde y absolutamente convencido de que no le debe obediencia a nadie. Josie le ha metido florecillas blancas entre los mechones bajo protestas violentas, tres amenazas verbales y una acusación formal de «crimen contra la estética personal».

Su vestido es amarillo.

Amarillo vivo. Amarillo cálido. Amarillo sol.

Porque, según Sloane, «si he sobrevivido a la gelatina del Saint Brigid, a la comida sin sal y a las enfermeras llamando sopa a aquello, me merezco parecer un rayo de sol».

Dada de alta hace cuatro meses.

En remisión.

Remisión.

La palabra todavía hace que algo tiemble dentro de mí.

Durante mucho tiempo tuve miedo de las palabras médicas. Estable. Protocolo. Ventana. Respuesta. Riesgo. Recaída.

Ahora existe esta.

Remisión.

Una palabra limpia. Clara. Casi demasiado grande para caber en la boca. Una palabra que parece abrir ventanas, descorrer cortinas, poner música en una casa que pasó años hablando bajito para no despertar al miedo.

Sloane está en remisión.

Irritante, hambrienta, mandona, dramática y viva de una manera tan ruidosa que a veces me despierto en mitad de la noche solo para oír su risa en la habitación de al lado, y me acuerdo de que los milagros existen.

Y de que los milagros también dejan la toalla mojada encima de la cama, roban patatas fritas después de medianoche y gritan «esto es tortura médica» cuando alguien sugiere reposo.

La boda es en el Lincoln Park Conservatory, porque Sloane decretó que aquel había sido el primer lugar donde nos convertimos en familia y que sería digno que nos casáramos allí, y yo no podría estar más de acuerdo.

Y Ethan, naturalmente, respondió a eso reservando el recinto entero.

—La gente normal alquila un salón —susurré antes.

—La gente normal no se casa contigo —respondió él.

Un argumento irritantemente sólido.

Ahora el Conservatory está lleno de luz.

Luz atravesando el techo de cristal. Luz en las hojas. Luz en las flores blancas prendidas a los bancos. Luz en los ojos de Vivienne, que ocupa la primera fila como una reina satisfecha con su propia guerra ganada. Theo está serio, pero menos roto. Gabe flirtea con la maestra de ceremonias y se lleva un abanicazo de Vivienne cada tres minutos. Julian está callado junto a los helechos.

Josie es la madrina, con el pelo rojo imposible, el maquillaje perfecto y un pañuelo escondido entre los pechos porque, según ella, «un vestido sin bolsillos es misoginia estructural». Ya ha llorado cuatro veces antes de que empezara la ceremonia y ha amenazado con demandar a cualquiera que lo comentara.

Sloane llega hasta mí.

De pie.

Sola.

Con las mejillas sonrojadas, la respiración perfecta y una sonrisa tan descarada que casi me parte en dos.

Me entrega el pequeño ramo.

—No he tropezado —susurra.

—Estoy orgullosa.

—También he amenazado a Ethan antes de la ceremonia.

—¿Con qué?

—Un PowerPoint.

Me muerdo la sonrisa.

—Cruel.

—Tenía transiciones dramáticas.

—Monstruo.

—Lloró por dentro.

—Eso lo hace mucho.

Sloane sonríe.

Entonces, por un segundo, la broma desaparece.

Me mira de una manera que no tiene quince años, ni dieciséis, ni edad ninguna. Una manera antigua. Una manera de quien estuvo demasiado cerca de irse y decidió volver solo para ser insoportable durante unas cuantas décadas más.

Y entonces me abraza.

Con la fuerza suficiente para demostrar que puede.

Con el cuidado suficiente para recordármelo todo.

—Me quedé —susurra en mi oído.

Cierro los ojos con fuerza, porque ya no cuento manchas en el techo, no cuento manzanas hasta el hospital, no cuento semanas, facturas, fiebres ni posibilidades.

Aun así, en ese instante, cuento.

Un corazón.

El suyo.

Latiendo contra el mío.

—Te quedaste —respondo, y la voz se me quiebra justo por la mitad—. Te quedaste, granujilla.

Ella se ríe bajito, empapada de emoción.

—En remisión, rica e insoportable. Una amenaza completa para la sociedad.

—Mi amenaza favorita.

Cuando se aparta, el doctor Adeyemi se seca discretamente el rabillo del ojo en la tercera fila, como si nadie pudiera verlo.

Todo el mundo lo ve.

Josie emite un sonido que parece un sollozo peleándose con un ataque de rabia.

—Que nadie me hable —advierte—. Estoy en un momento muy sensible y violento.

Sloane pone los ojos en blanco, pero le coge la mano cuando Josie se acerca. Las dos vuelven juntas al lateral, despacio, y yo observo cada paso de mi hermana como quien contempla el final de una película por cuyos créditos casi no tuvo el valor de esperar.

Entonces miro a Ethan.

Y él ya me está mirando a mí.

Ay, Dios.

Sigue siendo injusto que un hombre tenga esa cara. Esa mandíbula. Esos ojos. Esa manera de parecer peligro y hogar al mismo tiempo.

Cuando le cojo las manos ante las plantas, el cristal y las personas que se quedaron, pienso que antes yo contaba manchas en el techo porque no me fiaba del futuro.

Hoy cuento respiraciones.

La de Sloane.

La mía.

La suya.

Todas aquí.

Todas libres.

Ethan pasa el pulgar sobre mis dedos, exactamente donde el anillo de Lucia descansa ahora como una promesa nueva, sin sombra vieja.

—Estás preciosa —dice.

—Tú tienes cara de que vas a llorar.

—Mentira.

—Ethan.

—Quizá por dentro.

—Dramático.

—Tu hermana me ha amenazado con diapositivas.

—¿Eran buenas diapositivas?

—Tenían un gráfico circular sobre mis responsabilidades emocionales.

Me río.

El pastor espera, sonriendo, porque todo el mundo en esta sala ya ha aprendido que los Van Alen pueden comprar el silencio, edificios enteros y, por lo visto, invernaderos, pero no pueden

comprar mi capacidad de arruinar momentos solemnes con sarcasmo.

Los votos de Ethan no son largos.

No le hace falta.

—Me pasé la vida pensando que el amor era una debilidad que los hombres inteligentes evitaban —dice, mirándome solo a mí —. Entonces apareciste en un escenario donde nadie debería haberte puesto, alzaste la barbilla ante el mundo entero y me enseñaste que el amor es la única fuerza que no se puede comprar. Prometo no convertir nunca el cuidado en una celda. Prometo darte puertas, decisiones, verdades, el café mal hecho como a ti te gusta y todas las mañanas que tenga. Prometo amar tu valentía sin exigir que lo cargue todo ella sola. Y prometo recordar, cada día, que no fuiste salvada por mí. Caminaste hacia mí por tu propio pie. Yo solo tuve la suerte de estar ahí cuando decidiste no huir.

Yo debería responder de forma elegante.

Poética.

Madura.

La voz me falla en la primera palabra.

Obvio.

Josie solloza tan alto que puedo oírla.

—Me pasé años pensando que mi vida era una cuenta imposible —digo—. Deuda, miedo, hospital, trabajo, pérdida. Pensaba que amar a alguien significaba encontrar una persona más a la que perder. Y apareciste tú con todo ese dinero absurdo, esa cara imposible y esa manía insoportable de resolverlo todo, y me demostraste que algunas cuentas no cuadran porque no se hicieron para pagarse en soledad.

Ethan me aprieta la mano.

Respiro.

—Te elijo a ti, Ethan. No porque te necesite. Porque te quiero. Porque contigo he aprendido que el amor no es una puerta cerrada con llave. Es una casa encendida. Es volver. Es quedarse. Es tener miedo y aun así tender la mano. Y, por primera vez en mi vida, querer algo bueno no me da miedo suficiente para huir.

Sus ojos brillan.

Esta vez ni siquiera finge que es por dentro.

Cuando me besa, Vivienne aplaude antes de tiempo, Gabe silba, Josie grita «por fin». Y yo me río contra la boca de mi marido.

Mi marido.

La palabra es absurda.

Grande.

Cálida.

Perfecta.

En la fiesta, el Conservatory se convierte en una pequeña burbuja de felicidad en medio de Chicago. Ahí fuera, la ciudad sigue fría, ruidosa e imperfecta. Aquí dentro hay luz dorada, música, flores, copas brindando, risas de más, patatas fritas escondidas para Sloane en una servilleta de lino carísima y Josie discutiendo con un camarero porque cometió el error de decirle «solo un minutito» a una mujer emocionalmente inestable y hambrienta.

Sloane baila dos canciones enteras, y después se sienta y sigue moviéndose dirigiendo a todo el mundo como una pequeña dictadora en remisión.

—¡Más ánimo, Theo! —grita—. ¡Pareces un viudo en un anuncio de seguros!

Theo parpadea, ofendido.

—Estaba sonriendo.

—Aquello fue una petición de socorro facial.

Gabe casi se atraganta de la risa.

Vivienne finge que no llora mientras los observa a todos. Finge fatal. Su maquillaje sigue impecable, claro, porque algunas mujeres tienen un pacto con fuerzas superiores, pero tiene los ojos húmedos.

Ethan baila conmigo bajo el techo de cristal.

Sus manos están en mi cintura. La cara relajada de una manera que todavía me da ganas de tocarla para confirmarlo. Así que la toco.

Paso los dedos por su mandíbula, por la barba, por el lugar exacto donde suele esconder el mundo entero.

—Eres feliz —digo.

Él piensa un segundo, como si la palabra todavía fuera nueva en su boca.

Entonces sonríe.

No esa sonrisa pequeña de medio lado.

No el borrador.

Una sonrisa entera.

Mía.

—Lo soy.

Así de simple.

Antes del postre, el doctor Adeyemi pide la atención de todos. Sloane entrecierra los ojos de inmediato.

—Si esto es una intervención sobre el reposo, tengo abogada.

—No tienes abogada —digo yo.

—Tengo a Vivienne.

Vivienne levanta la copa.

—La tiene.

El médico sonríe, demasiado acostumbrado a nuestra familia como para asustarse. Entonces se saca del bolsillo una pequeña cinta amarilla, con una campanilla de plata prendida en ella. El corazón se me para.

Sloane también se para.

Por un segundo no hay música, ni risas, ni cubiertos, ni conversaciones. Solo aquella campanilla pequeña brillando bajo la luz cálida del Conservatory.

—En el Saint Brigid —dice el doctor Adeyemi, con la voz un poco ronca—, algunos pacientes tocan una campana cuando terminan una etapa importante del tratamiento.

Sloane se negó.

—Estaba ocupada siendo misteriosa —murmura ella.

Él sonríe.

—Dijo que solo la tocaría cuando tuviera la certeza de que no estaría celebrándolo sola.

La cara de Sloane cambia y yo me derrumbo por dentro. El doctor Adeyemi se acerca y le entrega la campanilla.

—Hoy me parece una ocasión adecuada.

Sloane sostiene la campana como si fuera demasiado frágil. O quizá como si lo fuera ella. Josie ya está llorando sin ninguna dignidad.

Me tapo la boca con la mano. Ethan me pasa el brazo por la cintura, sujetándome antes incluso de que me dé cuenta de que lo necesito.

Sloane mira a su alrededor.

A mí.

A Josie.

A Ethan.

A Vivienne, Theo, Gabe, Julian, el doctor Adeyemi, a todas aquellas personas que, de formas torcidas, imperfectas e improbables, se quedaron.

Entonces alza la barbilla.

Mi hermana.

Mi pequeña granujilla.

Mi rayo de sol.

—Solo quiero que quede constancia —dice, con la voz temblando y la nariz roja— de que si alguien tiene toda la culpa de que yo siga aquí y a punto de tocar esta campanilla es mi *hermana*, la mejor que Dios podría haberme dado, y se lo debo todo a ella.

Sloane respira hondo.

Y toca la campana.

Una vez.

Dos.

Tres.

El sonido es pequeño.

Pero parece atravesar años.

Parece pasar por pasillos de hospital, facturas vencidas, noches sin dormir, miedo escondido en un baño, manos entrelazadas en camas frías, lágrimas tragadas, promesas hechas a oscuras.

Parece decir: se acabó. Aquel capítulo, aquella espera. Aquel miedo que vivía en nuestro pecho como una segunda respiración.

Se acabó.

Sloane toca la campana una vez más, solo porque es Sloane y nadie le manda.

Y entonces todos aplauden.

No con educación.

No como en las bodas elegantes.

Aplauden de pie, gritando, riendo, llorando, entrechocando copas, silbando, montando un jaleo tan bonito que, por un segundo, pienso que la felicidad quizá sea esto: una sala llena de gente que ha sobrevivido a demasiadas cosas y por fin ha perdido la vergüenza de hacer ruido.

Voy hasta Sloane y la abrazo con tanta fuerza que se queja en mi oído.

—Las costillas, Carmen. Las necesito para vivir.

—Cállate.

—Qué romántico.

—Te quiero.

Ella se queda callada.

Después me devuelve el abrazo.

—Yo también te quiero. Más que a cualquier cosa que haya querido, gracias, hermana.

**

Más tarde, Josie coge el ramo después de apartar a tres pijas con la delicadeza de un camión.

—¡Ha sido el destino! —grita, sosteniendo las flores en alto.

—Ha sido una agresión —corrige Gabe.

—¡El destino usa métodos variados!

Vivienne se ríe.

Theo baila con Sloane exactamente cuarenta y dos segundos, por orden médica y bajo la vigilancia feroz de Josie. Gabe intenta grabarlo, Sloane le hace un corte de mangas a la cámara y luego manda borrarlo porque «mi ángulo de remisión tiene que respetarse».

Ethan me lleva otra vez a la pista cuando empieza una canción lenta.

—¿Cansada? —pregunta.

—Feliz.

—Eso no responde.

—Responde mejor.

Él baja la cabeza y me besa la frente.

Un beso tranquilo.

Casado.

El pecho se me aprieta de una manera buena.

—Sabes —digo, apoyada en él— que técnicamente esta boda se ha convertido en una celebración de Sloane.

—Técnicamente, tu hermana amenazó con convertir nuestros votos en una asamblea.

—Se lo merece.

—Se lo merece.

Levanto la cara.

—Gracias.

Sus ojos se ponen serios.

—¿Por qué?

Miro a mi alrededor.

A Sloane riéndose con Josie. A Vivienne fingiendo que no está emocionada. A Gabe haciendo alguna tontería con las servilletas. A Theo sonriendo de verdad, poco, pero real.

A las flores, la luz, el techo de cristal, la ciudad ahí fuera, la vida entera aquí dentro.

—Por darme una casa encendida —digo.

Ethan me toca la cara como si yo aún fuera la cosa más improbable que ha tenido nunca el valor de sostener.

—Te encendiste tú primero, Carmen.

Yo sonrío.

—Cursi.

—Verdadero.

—Sigue siendo cursi.

—Sigue siendo verdadero.

Me río y él me besa. Esta vez nadie aplaude antes de tiempo, porque todo el mundo está demasiado ocupado viviendo su propio final feliz en algún rincón del salón. Sloane está comiendo patatas fritas a escondidas detrás de una maceta. Josie está intentando convencer a la maestra de ceremonias de que coger el ramo le da derechos legales sobre el próximo postre.

Vivienne le sostiene la mano a Theo.

A Gabe lo están amenazando tres mujeres distintas y parece encantado con ello.

Los hermanos Van Alen están intentando aprender, torpes y tercos, a ser familia sin miedo de su propio apellido.

Y yo estoy aquí con vestido blanco, con el anillo de Lucia en el dedo, con mi hermana viva, con amigos ruidosos. Con un marido que me mira como si yo fuera una elección, no una deuda. Como si yo fuera hogar. Como si yo fuera mañana.

Aquí dentro hay luz. Hay flores. Hay música. Hay una campanilla pequeña de plata descansando en la mesa de Sloane. Hay risas donde antes había silencio. Hay amor donde antes había miedo. Y está Ethan. Mi elección. Mi hombre. Mi después.

Apoyo la cabeza en su pecho y, por primera vez en muchos años, no cuento nada. Ni manchas. Ni respiraciones. Ni segundos buenos con miedo de que se acaben. Porque no lo necesito. Porque Sloane se está riendo. Porque Ethan me está sosteniendo. Porque la música sigue. Porque, por una noche entera, el mundo no me está pidiendo que sobreviva. Me está dejando ser feliz.

Y no necesito contar nada, porque por fin lo tengo *todo*.

FIN.